

CIC

ALFONSO RIVERA

FABDO BAZÁN

OBRAS
COMPLETAS

10

CUENTOS
Nuevos

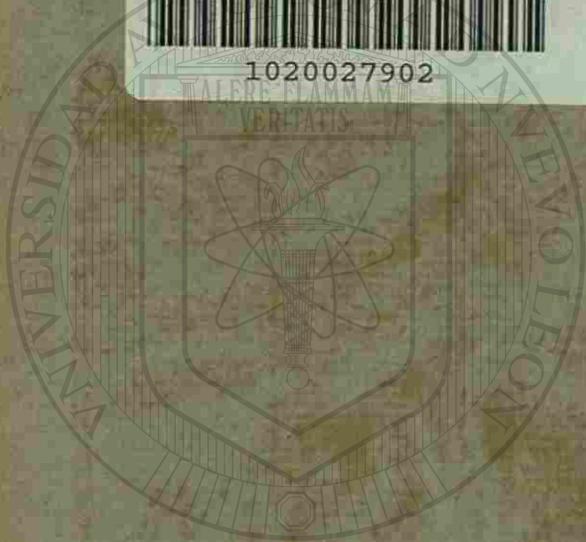
205629

.A7

C82



1020027902



UANL

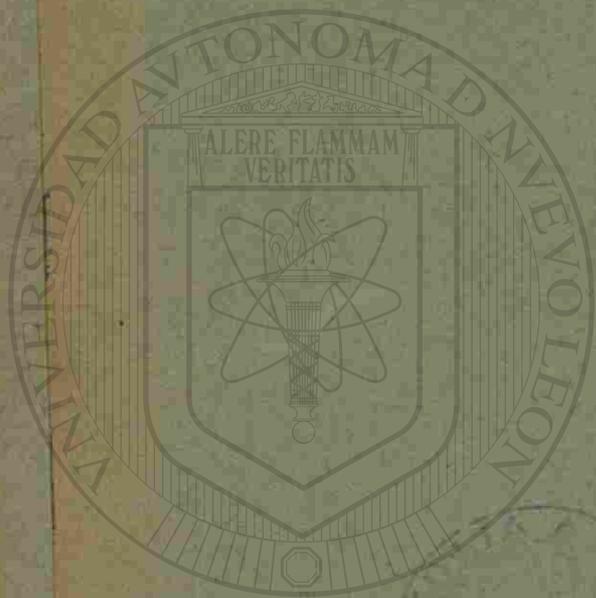


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

®



OBRAS COMPLETAS
DE
EMILIA PARDO BAZÁN
TOMO X
Cuentos Nuevos

CC
Núm. Clas. _____
Núm. Autor _____
Núm. Adq. 33690
Procedencia - 8 -
Fecha _____
Cualificación _____
Catalogo _____

OBRAS DE EMILIA PARDO BAZÁN

NOVELAS

- PASCUAL LÓPEZ, 3.^a edición, un volumen.
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.^a edición, un vol.
LA TRIBUNA, 2.^a edición, un vol. (3 pesetas.)
UNA CRISTIANA, un vol.
LA PRUEBA, un vol.
LA PIEDRA ANGULAR, un vol. (3 pesetas.)
LOS PAZOS DE ULLOA, 2.^a edición, un vol. (3 ptas.)
LA MADRE NATURALEZA, 2.^a edición, un vol. (3,50 ptas.)
CUENTOS DE MARINEBA, un vol. (3 ptas.)
INSOLACIÓN Y MORRIÑA, un vol. (3,50 ptas.)

CRÍTICA É HISTORIA

- SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), 2.^a edición, dos volúmenes.
LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.^a edición, un vol. (3 pesetas.)
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 3.^a edición, un vol. (3 pesetas.)
DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (3 pesetas.)
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA. (Agotada.)
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada.)
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO.
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN. (Biografía.)
LOS FRANCISCANOS Y COLÓN.
POLÉMICAS Y ESTUDIOS LITERARIOS, un vol. (3 ptas.)
RAMÓN DE CAMPOAMOR. (Biografía.)

EN PRENSA

ADÁN Y EVA (Ciclo).—*Doña Milagros.*

VIAJES

- MI ROMERÍA, un vol. (2 pesetas.)
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

POESÍA

- JAIME (poema), un vol. (Agotada.)
NUEVO TEATRO CRÍTICO. Años 1891, 1892 y 1893, 30 números.

EMILIA PARDO BAZÁN

OBRAS COMPLETAS.— TOMO X

CUENTOS NUEVOS



099969

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

ADMINISTRACIÓN No. 1626 MONTERREY, MÉXICO
calle de S. Bernardo, 37, principal.

MADRID

33690

263
P.B.



Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

AGUSTÍN AVILA, inj. resor. — San Bernardo, 92.
Teléfono 3.034



CUENTOS DE NAVIDAD

I

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

La Noche Buena en el Infierno 1926 MONTERREY, MEXICO

HACÍA un frío siberiano, y estaba tentadora para pasar las últimas horas de la noche la cerrada habitación, la camilla con su tibia faldamenta que me envuelve como ropón acolchado, y el muelle sofá de damasco rojo, donde el cuerpo encuentra mil posturas regalonas en que digerir pacíficamente la sopa de almendra y la compota perfumada con canela en rama. ¡Pero no asistir á la Misa del Gallo en la catedral! ¡No oír los gorjeos del órgano mayor cuando difunde por los aires las notas, trémulas de regocijo, del *Hossanna!* ¡Noche Buena, y quedarse así, egoístamente acurrucada, al amor del brasero! No puede ser; ánimo; un abrigo, guantes, calzado fuerte... A la calle en seguida.

Bañada por la misteriosa claridad de la luna, la ciudad episcopal dormía. Extensas zonas de sombra y sábanas de infinita blancura argentada alternaban en las desiertas calles. Nunca

éstas me habían parecido tan solitarias, tan fantásticamente viejas, ni tan adustos los cerrados caserones que ostentan su blasón cual ostentaría la venera un caballero santiaguista, ni tan medrosos los sombríos soportales, que descansan en capiteles bizantinos.

El bulto embozado que al través de aquellos anteles de piedra se desliza á paso de fantasma, ¿no podrá suceder que realmente lo sea? ¡Lo es sin duda! ¡Lo es! Siento que la sangre se congela en mis venas al observar cómo el bulto, saliendo de las tinieblas del soportal, se dirige á mí y se me pone delante, mudo, derecho, con un dedo apoyado en los labios. Olas de luz lunar le envuelven, y me permiten distinguir su faz de cera, que recatan el alto cuello de un *montecristo* azul y las alas de un sombrero de fieltro caprichosamente abollado. ¡Yo conozco á este hombre... es decir, yo le conocí en otro tiempo, cuando era niña!... ¡Le vi un instante, y nunca olvidé su melancólica y pensativa silueta! Entonces los estudiantes recitaban sus versos y celebraban sus dichos impregnados de mordaz ironía... Pero, un año después de haberle visto yo, el poeta se pegó un tiro: la bala le entró por la oreja izquierda y le salió por la sien. ¿Cómo es que pasados cuatro lustros me le encuentro en la calle, á estas horas, la noche del 24 de Diciembre, camino de la catedral?

Quiero preguntárselo, y me sucede lo que cuando probamos á gritar en sueños: en mi laringe no se forman sonidos. El tampoco habla:

me hace señas de que le siga... y le sigo, en dirección de la basílica, cuya masa enorme se alza dominando la *Quintana de muertos*.

En vez de entrar por el pórtico bizantino donde se agolpan los fieles que concurren á la misa nocturna, mi guía y yo nos pegamos al muro de la fachada nueva, y ante nosotros se abre sin ruido una puertecilla pintada de rojo, que yo siempre había visto cerrada. Un pasadizo estrecho, que se enrosca por las entrañas de piedra de la catedral, y se va sumiendo cada vez más hondo, se nos presenta: mi fatídico guía se enhebra por él, y yo voy en pos, sin miedo. Verdosas vegetaciones, humedad rezumada por los poros de la cantería, dan á aquel pasadizo gran semejanza con el interior de los acueductos. Allá, á lo lejos, oscila una lucecilla, y diríase que en vez de acercarnos á ella, la vemos cada vez más distante. Bajamos y bajamos cuestas, rampas, escalones casi insensibles al principio, después tan escabrosos y pendientes, que ya, más que bajar, creo rodar á tropezones. La fatiga y unos asomos de susto me detienen un instante, y entonces mi guía, siempre callado, se vuelve y me hace señas de que continúe. Ya no son escalones, son despeñaderos pedregosos, cantiles de berroqueña, tajos inmensos de donde amenazan desplomarse gigantescos pedruscos, y luego una playa árida, escueta, límite de un mar pesado y aceitoso, con olas de un gris de plomo fundido... A la izquierda divisamos resplandores rojizos, intermitentes, como si algún incendio devorase el

caserío de los pescadores de aquella ribera maldita.

—Oye, poeta—digo á mi guía, que no da señales de detenerse, antes sigue en dirección del incendio—no quiero más. No sé á dónde me llevas, y contigo no voy tranquila. Debés de ser ánima del otro mundo, porque consta que el tiro fué mortal, y tu sepulcro, que luce una inscripción enfática, se les enseña á los curiosos en un cementerio muy poblado de cipreses y adelfa. No tengo preocupaciones, pero la broma ya me parece pesada. Te desconjuro. Rezaré por ti; rezaré devotamente... si me vuelves al punto á la plaza de la Catedral.

—¿De qué me sirven á mí los rezos?—contestó mi guía en voz serena y desesperada, voz de hielo, por decirlo así.—Ven conmigo, y no pidas guía mejor, que Virgilio no habla de molestarse en servirte de *cicerone*. Yo fui uno de los poetas menores del Parnaso romántico: la musa no me amaba lo bastante para hacerme inmortal, y quise ser inmortal desposando á mi musa con la muerte... ¡Ojalá detrás de ésta no hubiese encontrado sino la nada!

Al hablar así, el poeta no hacía contorsiones; su cara de busto de mármol no se descomponía ni se alteraba; sólo sus ojos me parecieron anegados en un llanto... que era fuego á la vez.

—¿Estás en el Infierno?—pregunté con tanta piedad como asombro.

—Así le llamáis los vivos—respondió el condenado.—Nosotros le llamamos *Mundo inferior*, y á su rey le nombramos el *Bajísimo*.

—¿Por oposición al *Allísimo*?

Sólo contestó con un suspiro el poeta.

—Pues yo no quiero tratarme con esa gente—insistí, viendo que de nuevo principiaba á andar mi guía.—Yo no tengo vocación de suicida. A mí la vida me parece amable, y Dios bueno, y sus obras perfectas, el arte me proporciona goces, la naturaleza me vivifica, creo en la amistad (no atravesándose el interés), y no tengo malo el estómago. Déjame de réprobos. Déjame de fronteras donde sea género de contrabando la esperanza.

—Si no descendieras al mundo inferior—contestó mi guía mirándome de pies á cabeza con desdén glacial—serás inferior tú misma. Quien no realiza la bajada á los Infiernos, que no se tenga por artista humano. Peor para ti si retrocedes. Ya me sospechaba yo que tendrías miedo, y por eso elegí esta noche para introducirte en la mansión del dolor. Para que veas cómo del mismo infierno no está desterrada la piedad, te traigo á él la única noche del año en que no se atormenta á los pecadores. ¿Ves cómo la roja luz de los hornos de hierro va palideciendo y transformándose en blanco fulgor sideral? ¿Ves cómo las llamas ya son luminarias? No es que el Infierno se alegre del nacimiento de Cristo, porque en el infierno no cabe alegría; la pena de *daño*, que es la tristeza, no se nos perdona jamás; pero esta noche se interrumpe la de *sentido*: los suplicios cesan, y cesan también los aullidos, el rechinar de dientes, el rugir y el maldecir. Ven sin temor... ¡Adelante!

¿No ves, allá á lo lejos, en el último confin de ese mar de metal antes candente, una claridad casi imperceptible que tan pronto riela como se apaga? Es el último reflejo de la estrellita de Belén... que alumbra otros parajes menos espantosos. Hasta el amanecer no cesará de rielar, y mientras riele, mal que le pese al Bajísimo, sus verdugos no podrán torturarnos. —Entra sin recelo... Te crearás en el Mundo terrestre, porque sólo verás tristeza y amargura, pero no entrañas arrancadas y pies tostados por el fuego...

Como si no dudase de mi aquiescencia, echó delante, y en efecto le seguí animosa, sintiendo despertarse ya la curiosidad inextinguible. Cruzamos la puerta sombría con su lema de color obscuro, y vi desde el primer momento que el poeta menor no me había engañado. Aquello, si era infierno, no lo parecía. Nadie se lamentaba por allí. A la puerta se agrupaban los indiferentes; los conocí por su actitud, no por que les importunasen avispa ni moscones. Más adelante, los culpables por pasión no giraban en tremendo remolino á través del negro ambiente; inmóviles, distribuidos formando parejas, se miraban con ansia infinita.

El recio aguacero y duro granizo no azotaban las espaldas de los golosos, y los avaros reposaban sentados en los ingentes peñascos que sin cesar se encuentran compélidos á subir por cuevas y asperezas, empujándolos con el mísero pecho, donde no tuvo cabida la generosidad. Apagadas las fosas de llama ó braseros

donde los epicúreos materialistas y herejes sufren el castigo de sus errores nefandos, los achicharrados respiraban, y todavía sus ojos fuera de las órbitas y su carne retraída y que descubría el hueso, demostraban la violencia del atroz suplicio. Por el suelo vi trozos humanos, fragmentos del despedazado tronco de los violentos é iracundos, que pugnaban por juntarse aprovechando la breve tregua de horas; las sangrientas cabezas se empalmaban sobre los hombros, las manos descepadadas se adherían al brazo otra vez. Al pasar por la umbrosa selva de árboles vivientes, mi gafa se volvió y me miró con un dolor tan intenso, tan altivo, tan insondable, que recordé... ¡Los suicidas son los que sufren tal pena; los que, desgarrados perpetuamente por leñadores implacables, acogen entre sus dolientes ramas, al través de las cuales circula la sangre requemada, á las Harpías vengadoras!

A la sazón, los horribles monstruos habían desaparecido. En la selva no resonaban quejidos de agonía. El Infierno descansaba. Presté oído... Ni un sollozo.

Con todo, juraría que allá, en un rincón... ¿Me equivoco? No; alguien gime; alguien se retuerce, alguien profiere imprecaciones y maldice de la hora en que su madre le echó al mundo...

—Poeta—le dije—me has mentido. Sácame de aquí. Están atormentando... No quiero oír, ni ver... Sácame á la luz; me angustia esa queja tan dolorosa.

—Tienes razón; se me olvidó avisarte— declaró el poeta.—Es cierto que atormentan á uno... el único... la excepción... ¡Le fustigan con varas de alambre enrojecido y le echan por la boca pez hirviendo!... Escucha: es que ese hombre asesinó á un rival.—Hacia muchos años que proyectaba el crimen y la venganza; no encontrando ocasión de realizarla sobre seguro, acchaba en la sombra, callado, siniestro. Una noche como la de hoy encontró á su enemigo en despoblado. La víctima iba á caballo, y picaba de espuela, porque quería llegar á tiempo de cenar con su madre y acompañarla á la iglesia á celebrar el nacimiento de *Aquel*... Mano á la rienda de la cabalgadura; puñal asestado, golpe seguro, en mitad del corazón... La madre que esperaba á su hijo, recibió á la hora de la Misa del Gallo un cadáver cosido á puñaladas. Por eso el asesino no goza de la inmunidad de esta noche, que no respetó.

—Vámonos—supliqué con energía.

—Vámonos—contestó el poeta.— Te llevaré á ver la *Noche Buena en el Purgatorio*.

II

La Noche Buena en el Purgatorio.

EL poeta suicida, que me había guiado por los laberintos y recovecos de los círculos infernales, me sacó al fin de la caverna, y juntos salimos á dilatada llanura. Pensé hallarme en los descampados de Castilla, porque si la tierra era árida y de cansado y polvoriento matiz, en cambio el cielo, vestido de dulce color de zafiro oriental, resplandecía con hormiguelo de diamantinas constelaciones. Lo que me persuadió de que me hallaba bien lejos del país castellano fué distinguir entre ellas la centelleante *Cruz del Sur*.

A lo lejos se oía el choque de las olas contra una playa. Guiados por el ruido, nos fuimos acercando á la orilla. Una balsa se columpiaba sobre el oleaje,—por que oleaje tenía aquel mar, oleaje vivo y fosforescente como el del Cantábrico,—y una brisa rauda y salitrosa hacía palpitar las velas. Entramos en la barca, y el poeta, tomando los remos, la desvió muy pronto de la orilla. Así que encontramos el filo de

una corriente, alzó los remos y dejó que el viento y el agua nos llevasen sin esfuerzo hacia la isla que se columbraba, lejos aún, bastante lejos, entre los violáceos crêspones de neblina de la noche.

—¿Vamos á ver más penas todavía?—pregunté al vate menor, deseosa ya de que terminase nuestro periplo.

—¡Penas!—suspiró dolorosamente el condeñado.—¡Ah, quién pudiera sufrir las penas que ahora veremos! No hay más pena verdadera que la que no tiene fin. Un día tras otro consúmese el tiempo y se van absorbiendo las horas como agua filtrada por arena; todo suplicio se hace llevadero al pensar que cesará, y (como decía Virgilio, mi ilustre antecesor) la última hora de la vida es el desquite de los vencidos. Pero en la región donde yo habito y de donde acabas de salir, ni hay días ni horas... sino un infinito de tiempo siempre presente, sin límite, sin sucesión, sin forma particular... ¡Loco se vuelve quien en ello piensa!

Llena de compasión guardé silencio, y el poeta, dejando caer sobre el pecho la faz, calló también. Nos íbamos acercando á la isla del Purgatorio: sus dentadas costas, sus ribazos, sus vaporosas lejanías, sus valles, se divisaban claramente á una luz que se parecía mucho á la de la luna, ó, mejor dicho, á la eléctrica, y que permitía apreciar los colores. Noté que al acercarnos á la isla las olas fosforescían más, y se volvían transparentes, con la transparencia pálida de la piedra llamada tan propiamente

aguamarina: todo era verde alrededor nuestro, y la isla, poblada de tupidísimo arbolado, verdeaba también como gigantesca esmeralda, engastada en el oro fino de los arenales, adonde atracaban sin cesar barquillas atestadas de almas, una multitud silenciosa, vestida de verdes tunicelas, hechas tal vez de follaje. La claridad verdosa, difundida en el aire, teñía las caras de un matiz singular, como si se reflejasen en una luna de espejo muy antigua, ó más bien, como si las mirásemos al rayito fosfórico de un gusano de luz.

—Todo es verde aquí—dije al poeta.—Sólo tú me pareces del color de la cera purificada.

—Ya comprenderás la razón—respondió el suicida con calma horrible.—El verde es el color de la naturaleza, la cual resucita á cada primavera, y que al derretirse la nieve aparece lozana y fecunda, como si no la pudiese ofender el tiempo. En el Purgatorio observarás siempre esa entonación gozosa y juvenil. El Infierno es rojo; el Purgatorio verde... ¡Repara qué prados, qué selvas, qué frondosas plantaciones!

Entrábamos en una ensenada que rodeaba vegetación tropical, y la barca se detenía, presa en una maraña de algas finas como cabelle-ras y riciás como cordajes de esparto. Saltamos sobre las piedras, que hacían un muelle natural, y abriéndonos paso al travás de matorrales espesísimos, llegamos á espaciosa explanada, donde hormigueaba innumerable multitud. Desnudos, ó revestidos cuando más de una

sobrevesta de lampazos, parecida á la que llevan los salvajes esculpidos en los pórticos de las catedrales, se apiñaban en la inmensa planicie los sentenciados á presidio espiritual, ó sea las *ánimas del Purgatorio*. La costumbre de verlas siempre en pinturas y retablos cercadas de lenguas de llama, me hacía desconocerlas con aquel atavío.

—¿No hay fuego aquí?—pregunté al poeta.

—Esta noche no le hay ni en el Infierno: ¿cómo querías que aquí lo hubiese?—respondió mi guía.—Sin embargo, aquí el fuego nunca es visible. Esas ánimas de retablo que pintáis en la tierra son un medio de dar á entender á los sentidos lo que no podría comprender acaso la razón... y es que aquí *se arde por dentro*; se sufre una calentura que nunca remite... excepto esta noche; una calentura de cuarenta y un grados y varias décimas, que disuelve la sangre, seca el corazón, abrasa las fauces, incendia el cerebro y engendra continuo delirio. En el Purgatorio se vive delirando: esto es un semillero de inventores, de descubridores, de escritores, de artistas, de locos sublimes que todo lo quieren transformar, regenerar y embellecer: su dolorosa fiebre se resuelve en concepciones mitad absurdas, mitad grandiosas, y los únicos momentos en que descansan es cuando pueden acercarse á aquella fuentecilla que brota allí—¿no la ves?—entre dos peñas... y que está formada con las lágrimas de los que rezan por las *benitas almas del Purgatorio*, sospechando que reside en él alguien á quien ama-

ron... Una sola gota de ese milagroso manantial les rebaja la calentura...

Lo malo es que á veces la fuente corre tan escasa, tan escasa, que no llega ni para remojar los labios... Hay épocas del año—Carnavales, por ejemplo—en que casi se agota la fuente... En cambio el día de Difuntos surte abundante, impetuosa, y su rumor consuela á las ánimas... ¿No has estado tú en el campo el día de Difuntos? ¿No te ha parecido que en la danza de las hojas secas, en el estridente aullido de las ráfagas de invierno, en el gotear de la lluvia, en la voz del mar cuando embiste contra las peñas, hay voces misteriosas, voces del otro mundo? ¡Las hay, las hay! ¡Cómo envidio á los muertos que reciben socorro de los vivos á quienes amaron! ¡A mí no puede socorrerme nadie!

Y el poeta se echó ambas manos á la cabeza y un rugido se ahogó en su ronca garganta...

Nos llegamos á la explanada y nos mezclamos entre la muchedumbre de espíritus apiñados allí. Era la explanada pradería de hierba densa y blanda, donde nos hundíamos hasta las corvas. En mitad del prado se elevaba un árbol inmenso, paradisíaco, singular en su forma: sobre el alto tronco brotaban de súbito dos ramas horizontales, gigantescas, pobladas de follaje, y otra rama vertical, irguiéndose en el centro completaba la copa. La innumerable cohorte de ánimas tenía los ojos tenazmente fijos en el árbol, como si algo muy importante fuese á suceder en él...

Miré á derecha é izquierda, buscando un ánima á quien preguntar, y como llamada y atraída por mi deseo, se me presentó una mujer joven, de tipo muy conocido para mí—aunque al pronto me sería difícil decir dónde, cómo y cuándo la había visto ya.—Guirnaldas de hiedra y gentiles abanicos de helecho velaban su casta desnudez, envolviéndola tan completamente como los paños de un ceñido ropaje, ayudando al mismo oficio la copiosa mata de pelo rubio esparcido por espalda y hombros, que en doradas hebras bajaba hasta los calcañales. Aquella mujer tenía la cara ovalada, la expresión cándida, los ojos bajos, las manos cruzadas sobre el pecho; parecía la estatua del Pudor; tanto lo parecía, que hube de decirselo.

—¿Has podido pecar tú? ¿En qué pecaste? ¿Cómo viniste á las regiones de la expiación?

—Me trajo á ellas el amor, dueño del mundo—contestó la mujer rubia, á quien se le tiñeron de carmín las mejillas.—Yo era una pobre muchacha del pueblo; quedé huérfana, sin más dote que mi hermosura y mi virtud. Hilando, cosiendo, barriendo y fregando, se me pasaban los días de la mocedad. Sucedió que al salir de misa vi á un señor muy galán y bizarro. Me requirió y le adoré. Al sospechar que yo estaba en cinta, las comadres del barrio me señalaban con el dedo, y las mozas de cántaro se reían ó torcían el rostro. “Has pecado,” me decían; y yo contestaba: “Es cierto, pero Dios me perdonará.” Mi hermano era soldado: al volver de la guerra y saber mi deshonra, provocó á mi

seductor, y fué herido mortalmente por él. Expirando, me dijo: “Has pecado, maldita seas.” Y yo contesté: “Cierto, pero Dios me perdonará.” Nació mi hijo: el abandono y la desesperación me volvieron loca... y le arrojé al agua. Los tribunales me sentenciaron á muerte, repitiendo: “Has delinquido.” “Dios me perdonará,” contesté llorando...

—¡Pobre Margarita!—exclamé, porque ya recordaba dónde, cuándo y cómo había visto aquella dulce y lastimosa efigie.—Yo no te hacía en el Purgatorio. El gran poeta alemán nos aseguró que te habías salvado y que estabas en el Paraíso...

—Mi historia es tan vulgar—contestó Margarita modestamente—que no sé cómo se le ha ocurrido narrarla á ningún poeta. Tampoco sé cómo ese poeta, que será un sabio, ignora que el pecado ha de purgarse antes de entrar en el cielo. Lo diría por hermosear mi vida, que fué bien triste y bien sencilla, y bien ajena á galas poéticas... Sí, aquí estoy desde mi muerte, sufriendo, hasta que Dios quiera, la horrible calentura expiatoria. Hoy no; hoy respiramos; hoy se humedece nuestra boca achicharrada y se calma el ardor de nuestro corazón... Hoy... al punto de la media noche... cuando en el establo de Belén se verifique el gran suceso... aquí se verificará otro, que aguardamos con afán...

Y de pronto, juntando las manos, exclamó:

—¿Ves? ¿Ves? Ya se verifica... ¡El árbol florece!

En efecto; sobre el follaje del gigantesco ár-

bol de forma de cruz se destacaban unos puntitos, diminutos primero como cuentas de coral, y que iban creciendo, ensanchándose, cubriendo de placas rojas la verde espesura. Fragancia suavísima se esparcía por el aire, y las manchas bermejas adquirían contornos de flor, pareciendo a un mismo tiempo cálices de rosa y heridas frescas que destilasen sangre...

La muchedumbre de ánimas, al florecer el árbol, rompió en himnos de adoración; la isla entera resonó como un arpa; collados, selvas, grutas y praderías vibraron musicalmente; y el poeta, separando las manos del rostro, gimió con acento sepulcral:

— ¡Felices los que esperan!

III

La Noche Buena en el Limbo

Al llegar á la puerta blanca, mi guía me dejó. Yo había visto contraerse el semblante del réprobo según nos acercábamos, y movida á compasión le dije: "Basta ya. Entraré sola. Maldita la falta que me hacen en el Limbo pajes, escuderos ni rodrigones. Allí no habrá más que chiquillería, porque las almas de los Santos Padres las sacó Cristo cuando descendió después de su muerte; todas salieron de reata, cogidas á un cabo de la cuerda con que los sayones habían amarrado al Dios-Hombre.,

Gimió el poeta, y se guardó bien de acercarse al umbral de la soñolienta mansión. Yo empujé la puertecilla, y bajé por amplia gradería de nítido alabastro, que me condujo á inmenso patio rectangular. En su centro manaba una fuente plañidera, diminuta, que de tazón á tazón revertía gotas muy semejantes á cristalinísimas lágrimas. Al lado de esta fuente divisé otra no mayor, de basalto negro; el chorro que rebotaba en los platillos me pareció de sangre,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBAN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1836 MONTERREZ, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

que fluta en hilos bermejos y salpicaba el piso de placas redondas y oscuras. Entre ambas fuentes vi á un niño como de seis á siete años, en pelota, semejante á una estatua de museo. La cara del niño me asombró; su entrecejo fruncido, sus chispeantes y altaneros ojos, no correspondían á edad tan tierna. El rapaz se entretenía con las dos fuentes, sepultando las manos en el sangriento chorro y bebiendo ansioso el raudal de lágrimas... Le llamé, y acudió orgulloso y marcial, clavando en mí sus ojos fascinadores de aguilucho.

—¿Quieres tú acompañarme?— pregunté á la criatura.

—Sí— contestó lacónicamente.— Aunque ya, viéndome á mí, has visto lo mejor.

—Dime— exclamé señalando á los guantes rojos que cubrían hasta el codo sus bracitos.— ¿Qué son esas dos fuentes? ¿Por qué estás ahí hecho un carnicero, todo mojado y ensangrentado?

El rapaz me flechó de nuevo sus terribles pupilas, y sólo respondió, frunciendo el ceño adusto:

—Mírame bien.

Me bastó la primer ojeada. ¡Qué torpeza la mía! Estaba hablando. La frente vastísima; los ojos profundos y ardientes; las pálidas y esculturales mejillas; los delgados y apretados labios, de líneas correctas; la barbilla acentuada y firme, con meseta redonda; el perfecto tipo de un gran bronce romano... Así, así debía de ser en la primera infancia el Capitán del siglo.

—No pensé hallar en el Limbo á Napoleón— dije risueña y con muchísimas ganas de regalarle un saco de confites al vencedor de Austerlitz.

—¡Sí, Napoleón!— chilló la vocecilla, aunque infantil, bronca y extrañamente grave... Buen Napoleón te dé Dios. Napoleón, á mi lado, se quedaría tamañito. Sabe que yo nací al pie del Cáucaso, y mi destino era conquistar toda el Asia sometióndola al poder de Rusia, y arrojando luego sobre Europa las gentes ya sujetas á mi yugo. No dejaría títere con cabeza. ¡Gran zarabanda histórica! El Imperio alemán, hecho polvo. Media Confederación germánica, incorporada al Imperio moscovita. Italia, repartida entre Austria y Francia. Los españoles trasladados al África, y los ingleses...

—¡Santo Dios!— interrumpí— ¿Todo eso pensabas hacer, mocoso?

—¡Y lo haría!— gritó el héroe en miniatura.— Ese era mi papel en el mundo. Sólo que una tarde, jugando á guerras con otros chicos de mi lugar, tanto sudé, que al enfriarme cogí una fiebre maligna...

—Y cádate salvada á la culta Europa— añadí intentando besarle aquella carita tan fiera y tan salada.— De modo que las fuentes...

—Son la sangre y el llanto que yo tenía que hacer correr.— Aquí me sirven de pasatiempo. ¡Si vieses qué rico, bañarse en los dos pilones! Las lágrimas tienen fama de amargas, pero á mí me saben á miel, y la sangre tibia y líquida despide un olorcillo fragante... Ven, que te en-

señaré la sala grande, la Inclusa general. No creas, yo no voy nunca. No me rozo con semejante patulea. ¡No faltaba más! He acotado para mí este patio, y juego solo. ¡Ay del que me dispute mis dominios! No pienses que no tengo más juguetes que las fuentecitas. Te enseñaré barajas de pedazos del mapamundi: con ellas hago solitarios, y me echo las cartas y me predigo el porvenir. También poseo una escuadrilla de acorazados de hoja de lata y caña, unas baterías de cañones de plomo, y resmas de estampas de soldados, y horror de sables de madera. A cada instante me los piden prestados los memos de la Inclusa... pero yo no presto á chusma semejante. Ven, la verás.

Su mano diminuta y febril asió la mía, y cruzando un pórtico sin color, entramos en un salón gigantesco, pero frío, desnudo, de grises paredes, de aspecto cuartelario. Era lo que mi guía, el dominador del orbe, llamaba despreciativamente la Inclusa. — El inconmensurable recinto estaba atestado de chiquillería; un océano de gente menuda; no intenté contarla, ni siquiera calcular aproximadamente su número. Imaginaos leguas y leguas de terreno cubiertas de mies; figuraos un pomar sin límites, cuajado de manzanas; suponed un colosal aprisco donde las ovejas hierven, ondean, se empujan, se encaraman unas sobre otras; así rebullían y pululaban los retoños humanos en la Inclusa límbica. Asombraba y entristecía considerar tal floración de capullos helados antes de abrirse, tanto fruto verde tronchado por

el granizo, tanta cuna vacía, tanta desesperada madre.

No quiero decir la algarabía que armaban los chicuelos. Habíalos de muy diversos tamaños, desde el rorro coloradillo, recién salido del claustro materno, hasta el diablejo ya tallado; y de su masa confusa brotaba un coral análogo á los de Wagner, en que el llanto estrepitoso, el gemido desconsolado, la carcajada, el berrinche, el pataleo, el gorgojo, se unían en un sólo acorde estridente, irónico, arrancado á las cuerdas y á los metales de infernal orquesta.

¡Y qué hervidero de cabecitas! Resguardada por la gorrilla de tres piezas, la blanda y abierta choía del mamón; aureolada por rubias sortijas, la del angelote de un trienio; con melena á lo Villamediana, negra y brillante, la del ballerito de siete; aquí la pelambreira erizada y cerril del mendigo callejero; allí los bucles de seda de la menina aristocrática; ya la pelona del escolar, ya la aplastada montera de crín del aldeanillo... Luego los cráneos étnicos, dignos del escaparate de un Museo antropológico: en los oscuros vástagos de la raza de Cam, la vedija lanosa; en los amarillentos *muscos* japoneses, el cerquillo frailuno... ¡Qué cabecitas tan curiosas! Daban impulsos de ir cogiéndolas como quien coge flores, y formando un ramillete...

¿Qué hacían las pobres criaturitas muertas? Lo que de vivas. Jugar. Y con la explicación anterior de mi guía, comprendí perfectamente

el sentido de sus juegos.—En aquel rapaz que apila duros de chocolate, y los cuenta, y los recuenta, y se los guarda muy envueltos en un papel, se ha perdido un avaro..., es decir, no se ha perdido nada. Aquel que se abraza á un rocinante de cartón, y lo acaricia, y lo halaga, y lo mira con embeleso... hubiese sido un miembro del Jockey-Club, un *sportman* de esos que besan á sus caballos vencedores en las carreras y cruzan á latigazos á sus queridas.—Un muchacho se arrodilla ante una muñeca vestida de raso, con cara de porcelana, que abre los ojos y dice *papá* y *mamá*... ¡Feliz rapazuelo! La muñeca no le destrozará el corazón engañándole, como se lo destrozaría, si hubiese vivido, la mujer que la muñeca simboliza... La niña que da biberón á un bebé articulado, no tendrá que llorar su muerte, como lloraría la del hijo que representa ese bebé. La imagen de la vida, en una comedia de marionetas; el destino figurado por el juego..., esto es el Limbo.—Me volví y comuniqué mis observaciones al conquistador malogrado.

—Sí, sí...—murmuró él.—Todo eso será verdad, pero á mí no me consuela. Yo quisiera haber vivido, y saber lo que es una batalla, no de mentirijillas, sino de verdad; con soldados de carne y hueso, caballos que corran solos, cañones de acero que disparen balas de hierro, y mi escuadra navegando en un mar real y efectivo, con olas, con tormentas, con viento, con truenos y rayos!

Al expresarse así, rugió el Napoleoncillo en

agraz, y una lágrima saltó de sus lagrimales perfilados y duros.

Allá para mis adentros me pareció que el cachorro de león no iba descaminado. Aquella vida humana expresada con juguetes, con monigotes rellenos de serrín, con cartones y pinturas baratas, con aleluyas y cromos, debía de hacerse intolerable por su falsedad mezquina. Era la insulsez, la mentira sin velos de ilusión, lo abstracto, lo glacial, lo inerte, lo que ni llena el corazón ni aplaca la sed instintiva de vivir...

—Nosotros—añadió bruscamente el guerrillero—no sabemos nada de nada. ¡Como que estamos en el Limbo siempre! Nuestra existencia transcurre entre fñonías y parodias. Sólo hoy, día de Noche Buena, á la hora en que nació Cristo, vemos *algo* real, *algo* que no es ni patraña, ni decoración de teatro... Y la hora se acerca... Me parece que suena ya.

Un cluenco reloj de latón dió doce campanadas, y noté una blanquecina claridad venida de lo alto, que iluminaba la Inclusa, difundiéndose lenta y gradualmente por los ámbitos del enorme salón. Poco á poco se convirtió en resplandor dorado, y las paredes antes incoloras resfulgieron como si fuesen fabricadas de purísimo diamante. En el fondo, entre radiantes irisaciones y sábanas de gloriosa lumbre, surgió un objeto espantoso: era una cruz de madera, donde agonizaba un hombre. Le veíamos perfectamente. Su tronco, desplomado sobre las piernas que contraía y engarrotaba el dolor, presentaba las

huellas acardenaladas de la flagelación, verdugones hinchados y negros. Respiraba estertorosamente, y de sus manos, traspasadas por los clavos, descendía gota á gota la sangre. Los niños miraban, sin comprender, angustiados, fluctuando entre romper á sollozar ó esconderse en los rincones, por no presenciar aquella lástima atroz.

—¿Ves?—exclamé dirigiéndome á mi guía infantil.—Eso real que sólo hoy, á estas horas, se te presenta... eso es la Vida. No la llores. ¡Salir del Limbo es ir al martirio, rapaz!

El chico alzó la cabeza, miró ahincadamente al Crucificado, y un estremecimiento le sacudió... Era el escalofrío del horror silencioso. De pronto se volvió hacia mí, me contempló con arrogancia, y exclamó, respirando firmeza y decisión inquebrantable:

—Pues yo quería vivir.

IV

La Noche Buena en el Cielo.

Cómo subí del brumoso Limbo al Empireo radiante? ¿Fué cabalgando en un hilo de luz? ¿Fué entre las alas de una nube? ¿Fué saltando de estrella en estrella, peldaños de la escala mística que en sueños vió Jacob? Posible me parece cualquiera de estos medios de locomoción, porque si nuestro cuerpo es plomo, centella es nuestro espíritu.

Ello es que de improviso me sentí envuelta en una ola azul, sutil, delicadísima, que compararía á la turquesa disuelta, si hubiere visto alguna vez y en alguna parte la disolución de esa piedra preciosa. Y la alegría y exaltación de todo mi ser, el raptó de mis potencias y sentidos, me dijeron á voces: "¡Quién como tú! Estás en el cielo."

Repito que me puse alegre como unas pascuas; el gozo procedía sobre todo de la imaginación, porque yo no experimentaba ningún beneficio positivo, pero eso de pensar que uno está en el cielo es ya la mitad del cielo, ó más de la mitad.

huellas acardenaladas de la flagelación, verdugones hinchados y negros. Respiraba estertorosamente, y de sus manos, traspasadas por los clavos, descendía gota á gota la sangre. Los niños miraban, sin comprender, angustiados, fluctuando entre romper á sollozar ó esconderse en los rincones, por no presenciar aquella lástima atroz.

—¿Ves?—exclamé dirigiéndome á mi guía infantil.—Eso real que sólo hoy, á estas horas, se te presenta... eso es la Vida. No la llores. ¡Salir del Limbo es ir al martirio, rapaz!

El chico alzó la cabeza, miró ahincadamente al Crucificado, y un estremecimiento le sacudió... Era el escalofrío del horror silencioso. De pronto se volvió hacia mí, me contempló con arrogancia, y exclamó, respirando firmeza y decisión inquebrantable:

—Pues yo quería vivir.

IV

La Noche Buena en el Cielo.

Cómo subí del brumoso Limbo al Empireo radiante? ¿Fué cabalgando en un hilo de luz? ¿Fué entre las alas de una nube? ¿Fué saltando de estrella en estrella, peldaños de la escala mística que en sueños vió Jacob? Posible me parece cualquiera de estos medios de locomoción, porque si nuestro cuerpo es plomo, centella es nuestro espíritu.

Ello es que de improviso me sentí envuelta en una ola azul, sutil, delicadísima, que compararía á la turquesa disuelta, si hubiere visto alguna vez y en alguna parte la disolución de esa piedra preciosa. Y la alegría y exaltación de todo mi ser, el rapto de mis potencias y sentidos, me dijeron á voces: "¡Quién como tú! Estás en el cielo."

Repito que me puse alegre como unas pascuas; el gozo procedía sobre todo de la imaginación, porque yo no experimentaba ningún beneficio positivo, pero eso de pensar que uno está en el cielo es ya la mitad del cielo, ó más de la mitad.

No obstante, pasados los primeros momentos, empezó á convertirse mi júbilo en extrañeza é inquietud vaga. Azul encima, azul debajo, azul alrededor, azul por todas partes...; no sólo era raro, sino monótono y sin pizca de chiste. ¿No habría en el cielo más que tonos cerúleos, y por toda distracción concertantes de violines, violas y arpas? ¿Se reduciría la fiesta de Noche Buena en la mansión de los escogidos á un baño en las ondas turquíes del éter? ¿Tanto ingenio y variedad en los castigos infernales, y tanta insipidez y poquedad en las celestes recompensas?

Éstos eran mis irreverentes pensamientos, cuando, deslizándose por la superficie azulina y tersa del misterioso lago, vino á mí un hombre vestido con ropilla de terciopelo negro, coronado de laureles, parecido á Cervantes en el avellanado rostro; mas no era el Manco, porque en melodioso italiano del *Seicento* me aseguró ser el mismísimo Cisne sorrentino, autor de la *Jerusalem*, maniático, melancólico y muy honesto enamorado. "He adivinado—me dijo—lo que cavilas, y quiero demostrarte que te engañas y que el cielo no es aburrido ni soporífero, sino cosa muy buena.

"Esa idea de la monotonía del cielo proviene de que el cielo es por esencia inefable; no se puede explicar con palabras, y el infierno y el purgatorio sí; los sufrimientos y los males están al alcance de la comprensión de un mortal; la beatitud eterna no la comprende sino quien ya la disfruta. Sólo hoy, por ser Noche

Buena, nos es permitido comunicar algunas partículas del bien sumo á los pobrecitos *enterrados* (desterrados no lo sois, puesto que en la tierra vivís). Y así te diré, en primer lugar, que el cielo no es inmovilidad é inercia, sino, al contrario, vida á raudales y actividad intensa y siempre fecunda. Sé por un ángel ambulante, de esos que van y vienen á vuestro globo, que cierta secta procedente de la India goza ahora de singular favor entre los sabios europeos, y esa secta ridícula hace consistir la beatitud en pasar cientos de años contemplándose el ombligo en un acceso de estrabismo convergente... Ríete de esos ascetas bizcos: en el cielo todos miran derecho, franco y alto; las pupilas irradian luz... ¿No ves las mías?

Era verdad; los ojos de Torcuato Tasso, nublados en vida por la demencia y el dolor, relumbraban ahora como soles, claros, puros, magníficos, ventanas que descubrían el alma glorificada y dichosa. Envidia me causó el mirar del Cisne. ¡Cuán diferente de otro mirar torvo y siniestro que había pesado sobre mi corazón al acompañarme el Cisne suicida!

Descinóse el Tasso su corona de laurel, y me ofreció una hoja. La cogí, y el talismán obró inmediatamente sus mágicos efectos. A manera de telón de raso que se descorre, vi arrollarse el azul ambiente, y allá en el fondo divisé los resplandores de la gloria. Vi en espléndida perspectiva aquella ciudad santa que, extendiéndose por millones de leguas, es toda de oro, margaritas y piedras preciosas; lucidísima

y transparente como el cristal; sus torres y almenas de jacinto y topacio; su atmósfera de lumbré; sus cercanías, campos de fresquísima hierba y raras flores, movidas por un aura embalsamada y deliciosa.

—Ahí tienes—advirtió el Tasso—la Jerusalén celeste, tal como la idearon y describieron los autores místicos. Por ella discurren los bienaventurados, sumidos, como la esponja en el mar, en un piélago de gozo que los penetra y envuelve; gozo dentro y gozo fuera, gozo en lo alto y en lo bajo, y gozo lleno en todas partes (esto debías saberlo ya, por referencia de San Anselmo). Los bienaventurados se encuentran ahí como esponjas, pero como esponjas que tuviesen tantos sentidos del gusto cuantos ojuelos y poros, y las metiesen en un mar de leche y miel, gozando con mil bocas de toda aquella suavidad y dulzura. Vive su entendimiento con perfecta sabiduría; su memoria con inmortal representación de lo pasado; su voluntad con plenísima satisfacción; los sentidos con continua delectación de sus objetos...

—¡Ah!—exclamé.—No comprendo, poeta; no me puedo figurar ese estado beatísimo, y creo que pierdes el tiempo en querer iluminar mi torpeza... Oigo tus palabras; me suenan bien, son dulces, deliciosas; pero *no veo* lo que expresan... ¡Quisiera ser esponja ya!

El Tasso me dedicó una de sus preciosas miradas, húmeda de compasión por más señas.

—¡Poverina!—contestó.—Voy á ver si te ilustro con imágenes más adecuadas para ti.

Te gustan las artes, ¿no es cierto? Verbigracia, ¿eres aficionada á la música?

—A la música, no tanto; pero con todo... si es muy fina, muy escogida y de poco estrépito...

—Pues haz por conseguir el grado de santidad de tu compatriota la fervorosa virgen Doña Sancha Carrillo, y verás cómo, estando enferma y para morir, con un acorde no más que llegue á tus oídos de la música del cielo, se te quitan todos los males y dolores, y quedas sana de repente.—¿No te acuerdas de que el canto de un pajarillo sólo tuvo suspenso á un santo monje por espacio de trescientos años?

—Cisne, háblame de letras y no de notas y acordes. Más música hay en tus estrofas que en ópera ninguna.

—¡Ah, incorregible!—respondió él.—Voy á abrirte el apetito, á ver si te llevo por el camino de la bienaventuranza. Cada espíritu tiene sus asideros; ¡á ti hay que cogerte por el de las letras, empedernida, impenitente, aragonesa de Cantabria! Para que te tomes el trabajo de ganar el cielo, sabe que si llegas á entrar en él, encontrarás juntos á los grandes poetas y á los autores ilustres de todo siglo y de toda nación, y podrás charlar con ellos, ó, mejor dicho, escucharles á tu sabor, y te recitarán sus versos y sus prosas... sin el contrapeso de tener que alabárselas... ¡Te será dada ciencia infusa, y comprenderás al oído y gustarás con deleite el griego de Homero, Píndaro y Safo, el sanscrito de Valmiki, el hebreo de

Salomón, Job y David, el zendo de Firdusi, el latín de Virgilio y el ruso de Pouschkine... Además (abre el ojo) verás esculpir á Miguel Angel, y no te digo que verás pintar á Rafael, porque sé que no te entusiasma ese maestro... Yo te diré la fábula de la Rosa, y Dante te obsequiará con unas *tersine*... ¿A que ya vas comprendiendo los hechizos de la beatitud?

—Si ser beato es *vivir* así, no interrumpir, sino completar la actividad del pensamiento, ensanchar la esfera del goce estético, salir de tantas curiosidades como nos hostigan,—aun convencidos de la imposibilidad de satisfacerlas,—entonces digo que aquí se estará muy bien... ¡Qué placer inmenso el de *revivir* la historia iluminando sus tinieblas, conociéndola tal como fué y no como la ofrecen las pálidas crónicas y las almidonadas narraciones de los historiadores!

—Precisamente—exclamó el Tasso—eso es lo que vas á gozar sin tardanza. No *al dar las doce de la noche*, porque aquí no hay noches ni signos que marquen el curso del tiempo; pero en el instante misterioso que corresponde á la hora terrestre, verás el nacimiento de Cristo *tal como sucedió*... Ven, y aprisa, que ya se acerca el instante solemne.

Le seguí, y salimos de los amenísimos jardines que rodean la Sión divina, á una campiña vulgar, rústica y fragosa á trechos. Atravesamos un villorrio de desparramadas casucas, entrando en él por una puerta de herradura muy ruinosa. Las calles estaban desiertas. Com-

prendí que era la villita de Belén. Seguimos una callejuela que más parecía senda campesina, pues los edificios aislados y en desorden no tenían aspecto urbano, y alcanzamos un vasto espacio vacío, un páramo que semejava agujero abierto en el centro del lugar. Allí vimos una especie de cobertizo, sombreado por un árbol enorme, que me pareció terebinto, y cuyo ramaje se extendía formando techumbre. Al tronco del árbol estaba atado un jumentillo: una mujer joven, vestida de lana blanca, reposaba al pie del árbol, en actitud de cansancio. Notábase el bulto de su vientre...

—Es María—me dijo el poeta.—Siente que se acerca la hora de dar á luz, y quiere lograr asilo en ese cobertizo; José ha ido á hablar con los dueños, y se lo niegan; mira cómo vuelve cabizbajo. Ahora propone á su mujer llevarla á una gruta que sirve de aprisco y establo á los pastores... Ya se levanta ella trabajosamente... Se dirigen á la gruta... Mira.

Salían, en efecto, por la parte oriental de Belén, y seguían un sendero que orillaban derruidos paredones, y fosos, ya cegados, de fortificaciones que se desmoronan. A poco camino que anduvieron, un grupo de arbustos les indicó la gruta, cavada en la roca. Su entrada tenía un saledizo de bálago, abrigo de los pastores. La puerta era de ramas entretrejidas: José la movió y desencajó no sin esfuerzo. En la estancia formada por la excavación y donde entraron los esposos, vi el pesebre, que no era sino pilón ó abrevadero abierto en la piedra

para dar de beber al ganado; encima sobresalía el comedero, aún atestado de seca hierba. Obstruían la gruta esteras y haces de paja; apartólos José, colgó un candilejo de la pared de tierra, mulió la cama para la Virgen, y salió con un odre de cuero á buscar agua; luego bajó á Belén por carbón y escudillas; volvió presto; encendió la hornilla bajo el saledizo y coció tortas y asó manzanas. María comió algo, oró, y se tendió en la cama, suspirando de fatiga. José había vuelto á salir para atender al pienso del asno. Y cuando volvió, la gruta ya parecía inflamada en vivas llamas; fuego sobrenatural, como el de la zarza del monte Horeb, envolvía el recinto. José cayó de rodillas y alzó las manos al cielo.

María, vuelta de espaldas, se apoyaba en la pared de la gruta. Con irreverente curiosidad quise oír sus quejas: no pude... La claridad me cegaba; maravilloso hormiguelo sideral, inmensa vía láctea de estrellas subía desde la gruta, centelleando y vertiendo océanos de lumbre blanca, entre los cuales sólo se distinguía un niño recién nacido, más luminoso que el sol, rodeado de una aureola de rayos...

—Ya me ofusca tanta luz—dije á mi gufa.—Ya no veo los detalles humildes, prosaicos y ternísimos que me encantaban: la *realidad* del Nacimiento...

—Eres mortal—contestó el poeta.—No puedes entender... Esa luz que te ciega sale de tu imaginación, surge de ti misma. No hay tal resplandor. ¿No ves al recién nacido, moradito de

frío, lloroso? ¿No ves á su madre, que lo faja y lo empaña?

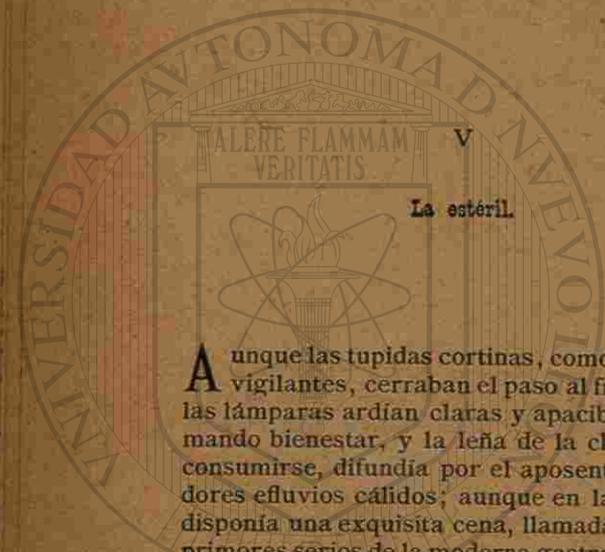
—No... Luz y más luz...—contesté gimiendo, porque ya mis pupilas no podían resistir, y la vibración lumínica hacía danzar en mi cerebro átomos, primero rojos, luego verde esmeralda, luego morados... Hasta que, dando un grito, el grito de espanto del ciego, exclamé:—¡Nada, nada... Oscuridad completa!...—Y extendí las manos para agarrarme á algo, guiada por el instinto de sustitución inmediata de un sentido á otro...

.....
¿Necesitas, lector, que escriba el clásico *desperté?* ¿Verdad que no? ¿Y verdad que tú tampoco sabes ni qué es *dormir* ni qué es *despertar?*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS



Aunque las tupidas cortinas, como centinelas vigilantes, cerraban el paso al frío; aunque las lámparas ardían claras y apacibles, derramando bienestar, y la leña de la chimenea, al consumirse, difundía por el aposento acariciadores efluvios cálidos; aunque en la cocina se disponía una exquisita cena, llamada á unir los primores serios de la moderna gastronomía con las risueñas é ingenuas golosinas tradicionales, como la sopa de almendra y la compota; aunque esperaba á su marido para saborearlas en paz y en gracia de Dios, con la sensación adormecida de una tibia felicidad añeja, de una serie de Navidades todas parecidísimas, la marquesa iba advirtiendo predisposición á entristecerse; casi casi á llorar. ¡Como que ya tenía un velo cristalino ante los ojos!

Era la espina, la antigua espina de la juventud, que volvía á hincarse, aguda y recia, en la carne viva del corazón: era la necesidad, mejor

dicho, el hambre de amor, de ternura, de delirio, de abnegación absoluta, de sufrimiento, reapareciendo una vez más para envenenar las últimas horas de la existencia, como había envenenado las primeras.

Para los que no ven sino por fuera y no penetran en las almas, la marquesa era lo que se llama una mujer venturosa. Su marido la quería con cariño sereno y perseverante, y había sido, al par que inteligente administrador de la hacienda común, afectuoso cumplidor de los más mínimos gustos y deseos de su esposa...

Sin embargo, sentíase defraudada la marquesa, sin que pudiera quejarse del fraude en voz alta. ¡Cuántas veces, desvelada en el lecho conyugal, había prorrumpido en sollozos, que despertaban al esposo dormido y le dictaban la pregunta de todos los ciegos morales: "Hija... pero ¿qué tienes? ¿Te duele algo? ¿Estás enferma? ¿Quieres el agua de azahar?", para obtener la respuesta infalible: "No tengo nada... los nervios, hijo... Sí, tomaré unas gotitas."

¿Cómo decirselo? ¿Cómo se formula lo que apenas á nosotros mismos nos confesamos? La marquesa sentía la falta de algo que gastase y absorbiese por completo su devoradora afectividad. Cuando veía á sus amigas pálidas, desmejoradas, arrastrando el peso del embarazo ó bregando con la lactancia, un rayo de envidioso dolor la consumía. Y—¡cosa más indecible y más secreta aún!—cuando oía referir la triste historia de alguna mujer vendida, engañada por un hombre, y que, á pesar de todo, le adoraba

y se pegaba á él como la hiedra al tronco..., el mismo sentimiento amargo obscurecía su espíritu. Porque la marquesa quería amar, y se moría de plétora amorosa, de la estancación del amor en los centros desde donde debe irradiar, penetrando y vivificando todo el organismo...

Escondiendo su noble enfermedad, como si fuese lepra; alta é inmaculada la frente; valeroso y resuelto el ánimo, la marquesa pasó de la edad en que se espera á la edad en que se recuerda, y ya en sus sienes el nimbo de plata de la vejez parecía promesa de calma y reposo... Mas no era así. Al venir el invierno y reconcentrarse el calor al corazón, crecían la angustia y el malestar de la enferma; sus angustias morales se complicaban con el tedio de la vejez solitaria y glacial; y á las diez de la noche del día 24 de Diciembre, arriada á la chimenea, sin que ninguna pena positiva la apremiase, rodeada de lujo, de seguridad y de dignidad, la marquesa dió suelta al llanto, y lloró gimiendo, mordiendo el pañuelo de encaje, ensopándolo en esas lágrimas calientes y vivas, muy salitrosas, lágrimas de pasión, que surcan de fuego las mejillas.

Ni siquiera advirtió que pasaba tiempo, una hora, más de una hora, y que no venía el marqués, ni rodaba ningún coche por la solitaria calle. Sólo cayó en la cuenta de la extraordinaria tardanza de su marido cuando éste se presentó, restregando las manos yertas, secas, finas y largas, y tendiendo las palmas á la llama de la leña, mientras decía con deferente tono:

—Hija, no extrañes... Creí que no iba á venir hasta la una... Me cogió el Señor en la misma esquina, y tuve que ir y que subir á un quinto piso... Y todo para encontrar á una mujer que ya parecía difunta, y que se murió, efectivamente, á los cinco minutos... ¡Brr! Con este frío, no hay guantes que...

—Y si se murió la que iban á viaticar —preguntó la marquesa por decir algo— ¿cómo es que tardaste?

—Verás... Te lo contaré; lo más sencillo... Aquello es un cuchitril imposible, y bulle allí una lechigada de chicos, que se quedan sin padre ni madre... Yo, por suerte, llevaba un par de billetes en la cartera... De haber subido, parecía natural... ¿no crees tú?

Y el marqués miró á su mujer como buscando excusas al rasgo de beneficencia, deseoso de que su generosidad resultase correcta y fría, perdiendo todo colorido filantrópico. Pero la mirada del esposo, que la marquesa no esperaba, sorprendió á ésta con los ojos llenos de agua y el rostro inmutado; y el movimiento brusco que hizo para ocultar su turbación fué más delator aún que la turbación misma. El repitió la eterna insulsez.

—¿Qué tienes? ¿Te pasa algo?

Levantóse la marquesa. Su dolor era tan agudo, que se le escapaba á borbotones de los labios. Echóse al cuello de su atónico esposo, y, como el prisionero que se queja á una pared, le gimió al oído:

—¡Gonzalo, yo no callo más! Se acabó...

33690

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO REYES

Yo he sido muy desgraciada... Y tú también... ¡Esta casa sin un niño, sin un pequeño que cuidar! ¡Tan solos, mirándonos a las caras en este silencio, en este fastidio! Gonzalo, esta noche daría yo por un niño sangre de las venas... ¿Qué hicimos para que Dios nos castigue? ¡He llorado más!... Soy infeliz; lo fui siempre... Aunque la gente piense otra cosa, muy infeliz, ¡muchísimo! Debí morirme a los veinte años.

El marqués frunció el ceño. La queja de su esposa le hería en lo más íntimo, humillándole en su doble orgullo de hombre y de último representante de una ilustre estirpe; pero sobre todo le desorientaba, pareciéndole cosa inconveniente y chocante, incompatible con el buen tono, el gusto y la delicadeza.

—¡Hija... lo que es para chicos, ahora ya... me parece que te acuerdas un poco tarde!... Si de mi voluntad hubiese dependido...

Y como la señora siguió llorando inconsolable, añadió, no sin asomos de impaciencia:

—Mira, Elena, si te encuentras muy sola y necesitas jugar a los muñecos, te traes a casa uno de los chiquitines de Rafaela... Son una monería, tan listos, tan lindos... ¡Rafaela se dará por bien servida!...

—¿De tu cuñada? ¿De una mujer que vive, que tiene derecho sobre sus hijos, que me disputaría a cada hora la criatura? No, gracias... ¡Que se los guarde, y buena pro le hagan!— respondió con despecho la señora.

—Pues entonces...

La mujer estéril calló, pero su mirada ansiosa seguía fija en el marido. De pronto, cogiéndole febrilmente de la manga, preguntó anhelosa:

—¿Y esos? ¿Cómo eran?

—¿Cuáles?— balbuceó el marqués.

—Los... los de la pobre...

—¿De la que murió? ¡Elena del alma! ¿Cómo han de ser? Parecen gusanos... Horribles, sucios... ¡Hay uno raquítico, que asusta de puro feo!

La marquesa calló, suspiró, secó los ojos, y echando por ellos chispas de codicia, murmuró en voz ardiente y baja:

—Gonzalo, Gonzalo, ¡por Dios!... No me digas que no... Anda, y tráeme de seguida a ese chiquillo raquítico... Yo le sanaré. Yo haré de él un hombre fuerte, robusto... Anda... Te lo pido por la noche en que estamos... ¡Vé a buscar al pobre nene!

El marqués movió la cabeza, como diciendo en sus adentros: "Se acabó: a mi mujer se le ha vuelto el juicio."

—Pero, hija, ¡qué capricho!... ¡Un fenómeno así!... ¿Es para enseñarlo en las ferias? Yo no te traigo pelele semejante. Duerme, hija, que mañana ya te ríes tú del antojito.

La marquesa tomó de la mano a su marido y le llevó a la alcoba, que iluminaba una lamparilla; y señalando al Cristo de marfil, que abría los brazos dominando el copete de la espléndida cama barroca, exclamó con indescribible acento de protesta y algo del humorismo de la mujer segura de su victoria:

—¿Te parece á ti, señor don Gonzalo, que ese que nace ahora mismo, nace sólo para los guapos y los derechos?

El criado, entre tanto, buscaba á los señores en el gabineté, para anunciar que la cena estaba servida; y el marqués, apoyándose como en chanza en el brazo de su mujer, decía cortésmente, mientras se dirigían al comedor:

—Ahora, con este frío, supongo que no querrás que salga en busca del monigote. Las pulmonías acechan en la puerta. Mañana á primera hora te lo traigo, y tú ofreces diez duros de propina á quien te lo quite de delante. ¿Y sabes, Leni, que desde que tenemos sucesión has vuelto á tus mejores tiempos? Tienes una cara y un color... Mira, procura que no se enteren por ahí de lo del niño feo, porque nos van á poner en solfa... ¡Hijos á nuestros años... y de esa estampa!

VI

Vida Nueva...

ANGELA entró: llegóse al espejo; dejó resbalar el rico abrigo de pieles; quedó en cuerpo, escotada, arrebolada aún la tez por la sofoquina del sarao, y se miró, y expresó en la cara esa rápida, indefinible satisfacción de la mujer que piensa: "¡No estoy mal! Lo que es hoy parecí bien á muchos."

Fué, sin embargo, un relámpago aquella alegría. Se nublaron los ojos de la dama; cayeron sus brazos perezosos á lo largo del cuerpo, y subiendo con negligencia las manos, empezó á desabrochar el corpiño. Antes del tercer corchete, detúvose. "Le aguardaré vestida—pensó.—Al cabo hoy es noche de Año Nuevo. ¿Será capaz de irse en derechura á su cuarto?"

Cuando Angela, resuelta ya, volvió á subir el abrigo y se reclinó en el diván para aguardar cómodamente, su corazón brincaba muy aprisa, y tumultuosas sensaciones hacían hervir su sangre y estremecían sus nervios. "También no es suya toda la culpa—pensaba acusándose á sí propia, táctica usual en los desdichados.—Yo he dejado que las cosas se

pusiesen así. Veo que desaparecen las costumbres tan monas de la luna de miel... y transijo. Veo que se establecen otras secatonas, vulgares... y resignada. Veo que empezamos á salir cada uno por su lado... y no me atrevo á quejarme en alta voz. Veo que sólo nos hablamos á las horas de comer... y me da vergüenza de presentarme triste ó furiosa. Esto no puede ser; algo he de poner de mi parte. La dignidad es cosa muy buena, sí, muy buena...; pero cuando se sufre y se rabia, y se le pasan á uno por la cabeza tantas ideas del infierno en un minuto, ¡valiente consuelo la dignidad!

No era Angela de las mujeres que lloran á dos por tres. Al contrario: aborrecía las lágrimas y los pucheros. Sin embargo, al concluir el soliloquio, sospechó que tenía los ojos húmedos... y, despechada, los frotó con el pañuelito de Alençon que llevaba escondido en el pico del corselete. "El caso es—pensó impaciente—que voy á tener plantón para rato. Me he venido tan temprano, sin querer tomar ni una taza de té... ¿Qué hora será?"

Como respondiendo á la pregunta de su dueña, el reloj de bronce dorado produjo esa ligerísima trepidación que anuncia que va á dar la hora, y empezó á darla, clara, argentina y de licadamente. Angela contaba ansiosa: "Una, dos, tres, cuatro... No cabe duda, las doce... ¡Ha muerto un año, y el siguiente empieza á vibrar la última campanada!"

Angela se levantó. El tocador, que precedía á la alcoba, se encontraba alumbrado solamen-

te por las bujías que ante el espejo encendiera la doncella al retirarse. Otro espejo mayor, el del *tremó*, colocado en frente, reflejaba las lucillas en su ancha luna, y fingía, allá en el fondo de la estancia, titilaciones vagas de objetos, movimientos de cortinajes y formas extrañas de muebles, que se prestaban á cualquier capricho de la imaginación. Ello es que Angela, exaltada, materializó, por espacio de algunos segundos, la imagen del año que se iba y la del que venía. Los vió tal cual los pintan en alegorías y almanaques: el que se iba, centenario de luenga barba nivea, de agobiado espinazo, de trémulas manos secas, apoyado en nudoso bastón, envuelto en burdo capote gris, del gris acuoso de las nubes; y el que venía, rollizo bebé, en camisa, hoyoso, carrilludo, colorado, juguetón de pies, acariciador de manos, con luz del cielo en los ojos azules y rosas de primavera en los labios, que aún humedece la ambrosia de la leche maternal...

"A la verdad—pensó Angela,—nene, eres muy lindo...; pero me gustarías más si tuvieses la cara de mi José Luis. ¡Año Nuevo, añito nuevo, de poco me sirves si no traes vida nueva!... Mira, añito, que estoy determinada: ó me la traes, ó... ¿para qué quiero la que tengo?" exclamó casi en voz alta, cubriéndose el rostro con las manos y dando rienda suelta á sollozos roncós, rugidos de leona.

De súbito se enderezó; echó atrás la cabeza, brillaron sus ojos, se inflamaron sus mejillas... No cabía duda: *sus pasos*. Aun apagados por

la alfombra, ¡cómo resonaban en el alma! ¡Sus pasos!... ¡Tan temprano!... ¡Tan oportunamente!... ¡Con tal acierto amoroso!... ¡Al dar las doce de la noche, la primer hora del año!

Angela se precipitó á la puerta á tiempo que ya la empujaba José Luis. Su mujer le recibía con loco abrazo, olvidando toda la estrategia de coquetería que momentos antes combinaba para dar la batalla decisiva y recobrar, ó saber si había perdido de veras, al amado esposo. ¡Rara coincidencia! Diríase que un pensamiento mismo ó una misma necesidad de afecto puro, fuerte, sincero, ardoroso, impulsaba á ambos cónyuges, á una misma hora, á soldar la cadena por donde la habían roto desde tiempo atrás la indiferencia y el cansancio del varón. ¿Qué ocultos móviles determinaban la conducta de José Luis? ¿Desengaños y heridas fuera, que le llevaban á buscar calor dentro? ¿O, pensando más cristianamente, ritornelos de un amor no muerto, aunque adormecido? Lo cierto es que desde el primer instante vió y sintió Angela que no era necesario atizar el fuego, pues conoció su intensidad en las ternezas y halagos, en las balbucientes palabras y hasta en el propio silencio del marido, que con dulce violencia la arrastraba al diván, y recostaba en los hombros de raso de la dama una frente tersa y juvenil, cubierta de pelo negro, cuyo aroma conocía Angela también, que sus vagas emanaciones la causaban delicioso escalofrío.

La alegría prestó resolución á Angela, y su corazón, antes cerrado, se abrió como se abre

una flor de estufa en la templada atmósfera que prefiere. Durante un intermedio de venturosa languidez se desató su lengua, tuvo valor para quejarse de lo pasado, y dijo su soledad, su abandono en medio del desierto social, su desesperación muda, sus oscuras meditaciones, sus lágrimas sorbidas, sus protestas silenciosas y hondas... José Luis sonreía, mostrando los dientes blancos entre la limpia y sedosa barba, y contestaba con halagos, con risas, con graciosa mímica tierna y aduladora. "Hoy empieza Año Nuevo, ¿sabes?—suspiraba ella, vehemente, anhelosa, menos embriagada con la realidad que embebecida en la esperanza.—Año nuevo, vida nueva... ¿Verdad que sí? ¿Verdad que no volverán días como esos del año pasado, tan largos, tan fríos, tan horrorosos? ¡Ese año maldito tuvo lo menós diez y ocho meses! ¡Anda, dime que no volverán!... Vida nueva..."—“¡Vida nueva!”,—repitió él festivamente, ayudando, con gentil desmaña, á desceñir el elegante corselete de terciopelo rosa que rodeaba el talle de su mujer...

A la mañana siguiente, Angela despertó antes que la doncella abriese las maderas: ardía aún la lamparilla tras los vidrios de colores que protegían su luz, y en el tibio ambiente quedaban indefinibles rastros de la emoción, de la ventura pasada. Angela miró á su alrededor; se vió sola; y sería, reflexiva, sacudiendo el sueño, se incorporó sobre el codo. "Unas horas felices... sí, ¡pero después!... El se reía; ¡cómo se reía con aquello de *vida nueva!*... ¡Pobre

de mí! No hay que soñar... Hoy empieza un año que será lo mismo que el otro... Hice mal en estar tan cariñosa... ¡Bah! Si el caso volviera á presentarse... ¡estaría lo mismo! Año nuevo, ¡embusteró! me has engañado...

Al pensar así, creyó Ángela que en las cortinas que cerraban el paso al tocador se agitaba una figurilla... La escasa luz no la permitió distinguirla claramente; pero la figurilla apartó las cortinas, y Ángela no pudo dudar. Era el Año Nuevo, el chiquitín riente, rubio, fresco, con su camisilla de encajes, su gorrito de batista... Debajo del brazo traía una cuna dorada, con lazos de cinta azul. También el refa, como José Luis, pero reía á carcajadas, con la risa deliciosa de la primera niñez, que vierte chorros de inocencia divina, y amenazaba con el dedito á la dama... Hasta fantaseó ella que el nene pronunciaba palabras sueltas, en media lengua confusa: "¡Tonta!... Yo necesito... ¡Vida nueva!... ¡Sí... yo... vida nueva!... ¡Yo!..."

Ángela juntó las manos. Sus ojos se dilataron; su pecho se alzó para respirar ansiosamente; una ola de misterioso júbilo ascendió, desde las profundidades de su ser, al rostro transfigurado por extática beatitud.

"¡Un niño!, —murmuró temblando.

VII

La Niña Mártir.

No se trata de alguna de esas criaturas cuyas desdichas alborotan de repente á la prensa; de esas que recoge la policia en las calles á las altas horas de la noche, vestidas de andrajos, escuálidas de hambre, ateridas de frío, acardenaladas y tundidas á golpes, ó dislaceradas por el hierro candente que aplicó á sus tiernas carnecitas sañuda madrastra.

La mártir de que voy á hablaros tuvo la ropa blanca por docenas de docenas, bordada, marcada con corona y cifra, orlada de espuma de Valenciennes auténtico; de Inglaterra la enviaban en enormes cajas los vestidos, los abrigos y las tocas; en su mesa abundaban platos nutritivos, vinos selectos; el frío la encontraba acolchada de pieles y edredones, y diariamente lavaba su cuerpo, con jabones finisimos y aguas fragantes, una *chambermaid* británica.

En invierno habitaba un palacete forrado de tapices, sembrado de estufas y caloríferos; en verano, una quinta á orillas del mar, con jardines, bosques, verjeles, alamedas de árboles centenarios y diosas de mármol que se inclinan

para mirarse en la superficie de los estanques al través del velo de hojas de ninfea...

Si quería salir, preparado estaba en todo tiempo el landó ó el sociable; si prefería solazarse en casa, le abrían un armario atestado de juguetes raros, y salían de él, como salen de una viva imaginación los cuentos, seres maravillosos, creaciones de la magia moderna; el jockey vestido de rasó azul y botón de oro, con su caballo que galopa de veras y salta zanjas; la muñeca que mueve la cabeza y abre los ojos, y llama á sus papás con mimoso quejido infantil; la otra muñeca bailarina que, asiendo un aro de flores, gira, revolotea, se columpia, danza y repica con los pies, y, por último, saluda al público, enviándole un beso volado; el cochecillo eléctrico, el acróbata, el mono violinista, el ruiseñor mecánico, que gorjea, sacude la cabecita y eriza las plumas; todos los autómatas, todos los remedos, todos los fantoches de la vida, que á tan alto precio se compran para entretener á los hijos de padres acaudalados.

Pues no obstante, yo os digo que la niña de mi cuento era mártir, y que mártir murió, y que después de muerta, su cara, entre los pliegues del velo de muselina, mostraba más acen tuada que nunca la expresión melancólica y grave, tan sorprendente en una criatura de diez años, adorada y criada entre algodones.

Mártir, creedlo; tan mártir como las abandonadas que en las noches de Enero se acurrucan tiritando en el umbral de una puerta. La

vida es así; para todos tiene destinado su trago de ajeno; sólo que á unos se lo sirve en copa de oro cincelada, y á otros en el hueco de la mano. El dolor es eternamente fecundo; unas veces da á luz en sábanas de holanda, y otras sobre las guijas del arroyo.

Hija de padres machuchos, que contaban perdida toda esperanza de sucesión; única heredera de ilustre nombre y de pingües haciendas, la niña fué desde sus primeros años victima de sus propios brillantes destinos. Pendientes de sus más leves movimientos, espiando su respiración, contando los latidos de su corazoncillo inocente, los dos cincuentones la criaron como se cría en el invernáculo la flor rara, predestinada á sucumbir al primer cierzo. Un médico, que bien podemos llamar de cámara, tenía especial encargo de llevar el alta y baja de las funciones fisiológicas de la criatura. Se apuntaban las chupadas de leche que pasaban del seno del ama á la boquita de la nena. Un reloj puntualísimo marcaba por minutos el sueño, el despertar, las horas de comer, la del aseo, la del paseo. Un termómetro graduaba el temple del agua de las abluciones; fina balanza pesaba el alimento y las ropas, según las prescripciones y órdenes minuciosas del doctor. Cuando vino la crisis de la dentición, y con ella el desasosiego, la impaciencia, la casa se convirtió en una Trapa; nadie alzaba la voz; nadie pisaba fuerte por no sobresaltar á la niña, por no quitarla el sueño.

El régimen pareció higiénico y se hizo per-

manente ya. Diríase que aquella morada sordomuda era una capilla erigida al dios del silencio; y la niña, con la singular adivinación que á veces demuestra la infancia, comprendiendo que allí los ruidos no tendrían eco, ni eco las risas, fué, desde que rompió á andar, calladita, formal, obediente, seria... tan seria y tan obediente, que daba una lástima terrible.

Hubo un terreno en que no pudo ser tan docil. Desplegando la mejor voluntad, la niña no lograba sacar buen color, el color de manzana sanjuanera que alegra á las madres. Su tez de seda, satinada y transparente por la clorosis, se jaspeaba con venitas celestes y á trechos con la suave amarillez del marfil. Sus ojos azules, de un azul obscuro, eran hondos, tranquilos y resignados. Su boca parecía una rosa desteñida, mustia ya.

Sea por el cuidado que habían puesto en que no sintiese nunca la menor impresión de frío, ó sea por el mismo empobrecimiento de la sangre, era tan friolera, que, en el rigor del verano, vestía de lana blanca, con polainas y guantes blancos también. Al verla pasar toda blanca, esbelta, derecha, despaciosa, grave, las ideas sanas y humorísticas que infunde la niñez cedían el paso á otras ideas fúnebres, de claustro y de mausoleo. No creáis que sus padres no advertían que la niña era una lamparita de esas que apaga un soplo. Tanto lo advertían, que por eso mismo cada día calafateaban mejor las rendijas por donde pudiese deslizarse una ráfaga perturbadora. Así que blindasen, acolchasen y forrasen com-

pletamente la casa, no penetraría el hálito sutil de la muerte. Vengan algodones, vengan telas, vengan clavos; aislemos, aislemos á la niña. ¡Ah! ¡Si la madre pudiese restituirla á la concavidad del claustro materno, y el padre al calor de las entrañas generadoras! ¡Si fuese dable meterla en la campana neumática, ó alojarla en la máquina donde incuban los polluelos!

Por la ventana, entreabriendo los pesados cortinajes, la niña veía á veces jugar en la calle á los desharrapados granujas. Frescos, risueños, turbulentos, derramando vida, los chicos se embestían con una cabeza de toro hecha de mimbrés, ó se liaban á cachete limpio, ó se santiaguaban con peladillas. En la quinta, desde donde se dominaba la playa, granujas también, los hijos de los pescadores, que, desnudos, bronceados, ágiles y saltadores como peces, y en bandadas como ellos, se bañaban, permaneciendo horas enteras dentro del agua verdosa, en que se zampuzaban á manera de delfines.

Por orden del médico, la niña se bañaba también. La habían preparado una cómoda y ancha caseta; allí la desnudaban, y arropada en mil abrigos, la llevaban á los brazos del bañero, que la sepultaba un momento en el mar y la sacaba inmediatamente, recibida la impresión. Esta impresión era, por cierto, terrible. La sangre afluíá al corazón de la criatura: trémula y con las pupilas dilatadas, miraba aquel infinito espantable, aquel abismo de agua verde y rugiente, la ola que avanzaba pavorosa, cóncava, cerrándose ya como para devorarla; y los dientes

de la niña castañeteaban, y pensaba para sí "Tengo miedo.", Pero ni un grito, ni un suspiro la delataban. El voto de silencio no lo rompía ni aun entonces. Sólo que después, al ver desde la ventana á los traviesos gateras en familiaridad con las terribles olas, jugueteando con ellas lo mismo que gaviotas, pensaba la niña mártir: "¿Cómo harán para ser tan valientes esos chicos?"

Entre tanto, la muerte, riéndose con siniestra risa de calavera, se acercaba á la señorial y cerrada mansión. Es de saber que no encontró ni puerta por donde pasar, ni siquiera por donde colarse, y hubo de entrar, aplanándose, por debajo de una teja, á la buhardilla; de allí, por el ojo de la llave, pasar á la escalera, y desde la escalera, enhebrarse por debajo de la levita del médico, que se metió casa adentro muy impávido, con la muerte guardadita en el bolsillo, detrás de la fosforera.

A causa de tantas dificultades como encontró para insinuarse en la casa de la niña, la muerte quedó algo quebrantada, y no se presentó con empuje y arresto, sino con mansedumbre hipócrita, tardando bastante en llevarse á la criatura. El tiempo que aguardó la muerte á tomar bríos, fué para la mártir larga cuestión de tormento.

Drogas asquerosas, pócimas nauseabundas por la boca, papeles epispásticos y vejigatorios sobre la piel; cauterio para las llagas que abría en su garganta la miseria de su organismo; todo se empleó, sin que rompiese el voto

del silencio la víctima, y sin que sus verdugos atendiesen á la súplica de sus vidriados ojos... porque aquellos verdugos la idolatraban demasiado para perdonarla ni un detalle del suplicio. Sólo en el último instante, cuando todavía la presentaban una cucharada de no sé qué menjurje farmacéutico, la niña suspiró hondamente, se incorporó, dijo que no tres veces con la cabeza, y echando los brazos al cuello de la insensata madre, pegando el rostro al suyo, murmuró muy bajo: "Abre la ventana, mamá."

Era, sin duda, la congoja del postrer ataque de disnea que empezaba. Poco duró. Y la mártir quedó bonita, cándida, exangüe, pero con una expresión de amargura reconcentrada, como el que se va de la vida dejándose algo por hacer, por decir ó por sentir; algo que era quizá la esencia de la vida misma.

En el ataúd forrado de raso, bajo las lilas blancas que la envolvían en aristocráticos aromas, los pobres despojos pedían justicia, se quejaban de un asesinato lento. Por ser la estación primaveral y la noche templada, y por disipar el olor á cera y á difunto, los que velaban á la niña abrieron la ventana. Al entrar la bienhechora bocanada de aire libre, la carita demacrada pareció adquirir plácida expresión de reposo.

Tal vez no quería pasar sin orearse del encierro de su casa al encierro del nicho.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1918 MONTERREY, NUEVO LEÓN

sólo la nostalgia consabida, sino (fuerza es decirlo) otros móviles asaz profanos. Era la una soberbia basílica en que el arte del Renacimiento había agotado sus esplendores, y en ella, destacándose sobre el fondo de luz de ancha ventana, se admiraba la escultura de cierta Magdalena bellísima, vestida sólo de un pedazo de estera y de sus ondeantes y regios cabellos. Al través de la crencha rubia y del grosero tejido, se adivinaban líneas de eutimia celestial. Agustín devoraba con ojos ávidos á la santa meretriz y se deshacía en afán de resucitarla.—En el otro templo predilecto de Agustín no había pecadoras bonitas, ni siquiera maravillas de arte; paredes casi desnudas, salpicadas por los sombríos lienzos del Vía-Crucis; retablos humildes, una pila ancha, honda, llena de agua hasta el borde, y allá en el techo, en vez de emperifollada é historiada cúpula, un sólo emblema pictórico, muy triste; sobre la fría blancura, cinco manchas de almazarrón, que recordaban á los distraídos cómo aquel templo pertenecía á una comunidad franciscana. Agustín llamaba á los chafarrinones bermejos *el cinco de copas*.

No podía acertar Agustín con la razón de sus visitas á la iglesia austera, desprovista de esa opulencia ornamental que fascina los sentidos. Quizá la soledad del convento, situado á un extremo de la población, al pie de una colina, en el repuesto *Valcelestes*; quizá la misma silenciosa nave, donde retumbaba el ruido de los pasos; quizá las sugestivas figuras de los dos

VIII

El cinco de copas.

Agustín estudiaba Derecho en una de esas ciudades de la España vieja, donde las piedras mohosas balbucen palabras truncadas y los santos de palo viven en sus hornacinas con vida fantástica, extramundana. A más de estudiante, era Agustín poeta; componía muy lindos versos, con marcado sabor de romanticismo; tenía momentos en que se cansaba de bohemia escolar, de cenas á las altas horas en *La flor de los campos de Cariñena*, apurando botellas y rompiendo vasos; de malgastar el tuétano de sus huesos en brazos de dos ó tres ninfas nada mitológicas, de leer y de dormir; y como si su alma, asfixiada en tan amargas olas, quisiese salir del piélago y respirar aire bienhechor, entraba en las iglesias y se paraba absorto ante los ricos altares, complaciéndose en los primores de la talla y las bellezas de la escultura, y sintiendo esa especial nostalgia reveladora de que el espíritu oculta aspiraciones no satisfechas y busca algo sin darse cuenta de lo que es.

Entre las iglesias á que Agustín se sentía más atraído, había dos, adonde le llamaban, no

frailes, en oración á uno y otro lado del altar; quizá el oficio de difuntos, que ciertos días salmodiaba la comunidad de un modo tan profundo y extraño... Agustín, sin embargo, atribuía su interés por la escondida iglesia al *cinco de copas* embadurnado de almazarrón. Le inspiraba una especie de *aversión atractiva*. Irritábale lo grosero de la pintura, y más que nada, sus denegridos y secos tonos. "Eso no ha sido sangre nunca. ¿En qué se parece eso á la sangre? ¡Vaya una manera de representar llagas! ¡Y qué frailes estos, que dejan ahí en el techo ese naípe ordinario, y no lo borran siquiera por decoro!". Algunas veces el estudiante se llevaba á Valcelestes á sus compañeros de aula y también de jarana y francachela, y, apoyados en la pila del agua bendita, no sin prodigar carantoñas á las devotas vejezuelas que entraban persignándose, hacían chacota del cinco de copas, celebrando la ocurrencia de quien tan oportuna y gráficamente lo bautizara.

De pronto, un interés nuevo y avasallador llenó la vida de Agustín. Había llegado al pueblo, estableciéndose en él, una familia que el estudiante conocía casualmente, relación de temporada de balneario; y como entrase á visitarles algo temprano, antes de la hora de comer, tropezóse en el pasillo con la hija mayor, Rosario, de quince años, que salía de su cuarto, suelto el pelo y en ligerísimo traje. Chilló y huyó la niña; quedóse el estudiante confuso, pero la imagen apenas entrevista, el rielar del

flotante pelo rubio sobre las carnes de nácar, le persiguió como visión de la fiebre, mezclando en su desenfrenada imaginación la inerte escultura de la Magdalena y la escultura viva de la doncella.

Del matrimonio pensaba horrores Agustín; constábale, además, que en muchos años no tenía probabilidad racional de sostener una familia; y aunque asomos de innata honradez le decían que era infame perder á la hija de unos amigos confiados y afectuosos, el mal deseo pudo más. Miradas, sonrisas, paseos por la calle, encuentros en la catedral, palabras de miel, cartas abrasadoras... No tanto se requería para vencer á la criatura inexperta que ignoraba toda la extensión del mal. Al cabo de cuatro meses de asedio, Rosario otorgó la peligrosa cita. Sus padres salían del pueblo, á una aldeíta próxima; ella se quedaba sola, veinticuatro horas lo menos, con la vetusta y sorda criada; todo dispuesto á maravilla, como por el gran galeoto Lucifer.

Al recibir el aviso, Agustín sufrió un acceso de alegría insana; sus nervios se cargaron de electricidad, y sintióse poseído de tal necesidad de correr, gesticular y pegar brinco, que parecía loco. Faltaba una semana aún, y la enervante espera le sacaba de quicio. Llevaba cinco noches sin dormir, y cinco días en que, rehusando el alimento sano y sencillo, le sostenían algunas copas de cognac. Cuando sólo una tarde y una noche le separaban del instante supremo, resolvió dar largo paseo, á

fin de que el ejercicio violento le permitiese dormir de vispera, por no caer malo y desperdiciar la ocasión.

Salió del pueblo, subió carretera arriba, respirando con deleite la frescura de la tarde, el olor de los pinares y de los prados, y dando un gran rodeo á campo traviesa, alcanzó la senda que guiaba á lo alto de la colina, bajo la cual descansan Valcelesté y el convento. Al llegar á la cruz del *Humilladero*, desde donde los peregrinos, cara contra el polvo, saludaban á la santa ciudad, Agustín sintió que le rendía la fatiga, y sentándose en las gradas durmió. ¿Cuánto tiempo? ¿Media hora? Tal vez más; porque cuando despertó, el sol ya quería traspasar las violadas crestas del monte.

Su primer pensamiento, al recordar, no fué para Rosario, ni para las esperadas venturas, sino para el *cinco de copas*.

“¡Cuánto tiempo hace que no veo aquel marracho!”, dijo entre sí el mozo, riendo en alto y registrando con la vista, allá en el fondo de Valcelesté, el convento, el claustro, la huerta, las torres de la iglesia, que ya empezaban á anegarse en las sombras del crepúsculo.— Casi al mismo tiempo que se acordaba de los rojos brochazos, sintió levisimo roce de pisadas, y un fraile, calada la capucha, sepultadas en las mangas ambas manos, cruzó por delante de él. Nada tenía de extraño que pasase un fraile á tales horas; sin duda, por ser la de la queda, regresaba á Valcelesté; y con todo, el estudiante percibió esa sensación súbita que no

puede definirse, y que es preludio del miedo. Antes de salvar el recodo de la senda, volvióse el fraile, y su cara puntiaguda, exangüe, sumida, chupada, momia, surgió de la capilla: sus pupilas cóncavas y ardientes se clavaron en Agustín, y sacando de la manga una pálida mano, hizole una seña... El estudiante se estremeció, pero al punto saltó del asiento de piedra.

“¡Bueno, y qué! Un fraile que me saluda... La cosa no tiene nada de particular... He de saber quién es, ó no me llamó Agustín.”

Bajó precipitadamente la agria cuesta; ya no se veía allí rastro de fraile. No obstante, al acercarse al atrio, parecióle á Agustín que le veía entrar en el templo. “Iré á rezarle al cinco de copas. Allá voy yo también, y si el fraile flaco me habla, le digo que borren semejante adefesio.”

El templo estaba completamente vacío y casi obscuro; Agustín alzó la mirada hacia la cúpula, y apenas distinguió los cinco brochazos, confusos y lívidos. La idea fija de toda la semana remaneció entonces, al disiparse la vaga impresión de temor causada por la aparición frailesca. Mientras echaba atrás la cabeza para ver el famoso naípe, Agustín, súbitamente, recordó con gran lucidez á Rosario, y su inocencia, y su frescura de azucena en capullo... Sus oídos zumbaron, secósele el paladar... y apenas la voluptuosa imagen invadió sus sentidos, notó que, de pronto, los cinco redondeles del techo adquirían color sangriento, abrién-

dose y palpitando como los labios de una herida. De su vivo seno fluían líquidas gotas, que empezaron á caer lentamente, con centelleo de rubíes, y que salpicaron el suelo todo alrededor del estudiante.—¡Ahora veo que son verdaderas llagas!—gimió Agustín sin poder bajar las pupilas. Una gota más gruesa, roja, resplandeciente, descendía de la llaga central, y despaciosa, pesada como plomo, vino á rebotar sobre la frente del estudiante...

Hace bastantes años que viste el sayal, habiéndose dejado en el mundo, para que otros los recojan, versos, devaneos, libros de Strauss y Buchner, naipes y risas. Alguna vez, en la portería de Valcelesté, le he preguntado, á fin de animarle y ver qué contesta:

—Padre, ¿se acuerda del *cinco de copas*?

TEMPRANO Y CON SOL...

El empleado que despachaba los billetes en la taquilla de la estación del Norte no pudo reprimir un movimiento de sorpresa cuando la infantil vocecica pronunció, en tono imperativo:

—¡Dos de primera... á París!...

Acercando la cabeza cuanto lo permite el agujero del ventano, miró á su interlocutora, y vió que era una morena de once á doce años, de ojos como tinteros, de tupida melena negra, vestida con rico y bien cortado ropón de franela inglesa roja, y luciendo un sombrero jockey de terciopelo granate que la sentaba á las mil maravillas. Agarrado de la mano traía la señorita á un caballerecillo que representaba la misma edad sobre poco más ó menos, y también tenía trazas en su semblante y atavío de pertenecer á muy distinguida clase y á muy acomodada familia. El chico parecía azorado: la niña, alegre, con nerviosa alegría. El empleado sonrió á la gentil pareja, y murmuró como quien da algún paternal aviso:

—¿Directo ó á la frontera? A la frontera... son ciento cincuenta pesetas, y...

—Ahí va dinero—contestó la intrépida seño-

dose y palpitando como los labios de una herida. De su vivo seno fluían líquidas gotas, que empezaron á caer lentamente, con centelleo de rubíes, y que salpicaron el suelo todo alrededor del estudiante.—¡Ahora veo que son verdaderas llagas!—gimió Agustín sin poder bajar las pupilas. Una gota más gruesa, roja, resplandeciente, descendía de la llaga central, y despaciosa, pesada como plomo, vino á rebotar sobre la frente del estudiante...

Hace bastantes años que viste el sayal, habiéndose dejado en el mundo, para que otros los recojan, versos, devaneos, libros de Strauss y Buchner, naipes y risas. Alguna vez, en la portería de Valcelesté, le he preguntado, á fin de animarle y ver qué contesta:

—Padre, ¿se acuerda del *cinco de copas*?

TEMPRANO Y CON SOL...

El empleado que despachaba los billetes en la taquilla de la estación del Norte no pudo reprimir un movimiento de sorpresa cuando la infantil vocecica pronunció, en tono imperativo:

—¡Dos de primera... á París!...

Acercando la cabeza cuanto lo permite el agujero del ventano, miró á su interlocutora, y vió que era una morena de once á doce años, de ojos como tinteros, de tupida melena negra, vestida con rico y bien cortado ropón de franela inglesa roja, y luciendo un sombrero jockey de terciopelo granate que la sentaba á las mil maravillas. Agarrado de la mano traía la señorita á un caballerete que representaba la misma edad sobre poco más ó menos, y también tenía trazas en su semblante y atavío de pertenecer á muy distinguida clase y á muy acomodada familia. El chico parecía azorado: la niña, alegre, con nerviosa alegría. El empleado sonrió á la gentil pareja, y murmuró como quien da algún paternal aviso:

—¿Directo ó á la frontera? A la frontera... son ciento cincuenta pesetas, y...

—Ahí va dinero—contestó la intrépida seño-

rita, alargando un abierto portamonedas. El empleado volvió á sonreír, ya con marcada extrañeza y compasión, y advirtió:

—Aquí no tenemos bastante...

—¡Hay quince duros y tres pesetas!—exclamó la viajera.

—Pues no alcanza... Y para convencerse, pregunten Vds. á sus papás.

Al decir esto el empleado, vivo carmín tiño hasta las orejas del galán, cuya mano no había soltado la damisela, y ésta, dando impaciente patada en el suelo, gritó:

—¡Bien... pues entonces... un billete más barato!

—¿Cómo más barato? ¿De segunda? ¿De tercera? ¿A una estación más próxima? ¿Escorial, Avila...?

—¡Avila, sí... Avila... justamente, Avila...!—respondió con energía la del rojo balandrán. Dudó el empleado un momento; al fin se encogió de hombros como el que dice: "¿A mí qué? ya se desenredará este lío;," y tendió los dos billetes, devolviendo muy aligerado el portamonedas...

Sonó la campana de aviso; salieron los chicos disparados al andén; metiéronse en el primer vagón que vieron, sin pensar en buscar un departamento donde fuesen solos; y con gran asombro del turista británico que acomodaba en un rincón de la red su balija de cuero, al verse dentro del coche se agarraron de la cintura y rompieron á bailar...

.....

¿Cómo principió aquella pasión devoradora, frenética, incendiaria? ¡Ah! Los orígenes primeros de lo grave y trascendental en nuestra vida, son insignificantes menudencias, pequeñas miserias, átomos morales que se asocian en un torbellinito molecular, y, á fuerza de dar vueltas y más vueltas sobre sí mismo, el torbellino se redondea, se solidifica, adquiere forma, toma la consistencia del diamante... No desconfiéis nunca en la vida de las cosas grandes, que se presentan con imponente aparato; esas ya avisan, y hay medio de precaverse: temed á las tentaciones menudas, á los peligros sutiles é insidiosos. Toda la teoría de los microbios, hoy admitida, ¿qué es sino demostración de la importancia capital de lo infinitamente pequeño?

La pasión empezó, pues, del modo más sencillo, más inocente y más bobo... Empezó por una manía... Ambos eran coleccionistas.—¿De qué? Ya lo podéis presumir, vosotros los que frisáis en la edad de mis héroes. La afición á coleccionar suele desarrollarse entre los cuarenta y los sesenta: apenas he visto un bibliómano joven, y las tiendas de los chamarileros son más frecuentadas por señores respetables que por alegres mozos. Hay, sin embargo, una excepción á esta regla general, y es la chifladura por reunir sellos de correos. Sin que yo niegue que pueden padecerla muy graves personajes, la verdad es que el período en que suele hacer estragos es la etapa comprendida entre los diez y los quince. Y en ese lustro auroral que separa la edad del trompo y la cuerda de la edad del

pavo, vivían mis dos enamorados fugitivos del tren.

Ya se ha dicho que su Galeoto, el libro de Lanzarote y Ginebra donde bebieron la ponzoña amorosa, fué el coleccionismo, la manía de la filatelia, común á entrambos. El papá de Serafina, llamada Finita, y la mamá de Francisco, llamado Currín, se trataban poco; ni siquiera se visitaban, á pesar de vivir en la misma opulenta casa del barrio de Salamanca: en el principal el papá de Finita, y en el segundo la mamá de Currín. Currín y Finita, en cambio, se encontraban muy á menudo en la escalera, cuando él iba á clase y ella salía para su colegio; pero valga la verdad: ni habrían reparado el uno en el otro, si no fuera porque cierta mañana, al bajar las escaleras, Currín notó que Finita llevaba bajo el brazo un objeto, un libro encuadernado en tafíete rojo... ¡libro tantas veces codicia lo y soñado por él! «¡Me debía haber comprado mamá uno así, carambita! En cuanto me examine y saque nota, ya me lo está comprando. ¡No faltaba más! El mío es una porquería...» De esto á rogar á Finita que le enseñase el magnífico álbum de sellos, mediaba un paso. Finita, en el mismo descanso de la escalera, accedió á los ruegos de Currín: pusieron el álbum sobre la repisa de la ventana, y se dieron á hojearlo con vivacidad. — «Esta página es del Perú... Mira los de las islas Hawai... Tengo la colección completa...»

Y desfilaban los minúsculos y artísticos grabaditos con que cada nación marca y autoriza

su correspondencia; los aristocráticos perfiles de las dinastías sajonas, que se desdennan de mirarnos á la cara, y las burguesas y honradas fisonomías de los presidentes de Estados americanos, siempre de frente; la república francesa, con sus dos airosas figuras que se dan la mano, y el reyecillo español, con su redonda cabeza de bebé; los sellos chinos y su dragón, los turcos y su cimitarra; Don Carlos, recuerdo de nuestras vicisitudes políticas, y Don Amadeo, efímera memoria de la misma agitada época; los preciosos sellos de Terranova, con la testa entonces ideal del príncipe de Gales, y los fastuosos sellos de las colonias británicas, en que la abuelita Victoria aparece de emperatriz... Currín se embelesaba y chillaba de vez en cuando dando brincos: «¡Ay! ¡Ay! ¡Caracoles, qué bonito! Este no lo tengo yo...» Por fin, al llegar á uno muy raro, el de la república de Liberia, no pudo contenerse: «¿Me lo das?» — «Toma», — respondió con expansión Finita. — «Gracias, hermosa», — contestó el galán; — y como Finita, al oír el requiebro, se pusiese del color de la cubierta de su álbum, Currín reparó en que Finita era muy mona, sobre todo así, colorada de placer y con los negros ojos brillantes, rebosando alegría. «¿Sabes que te he de decir una cosa?» — murmuró el chico. — «Anda, dime-la.» — «Hoy no.» — La doncella francesa que acompañaba á Finita al colegio, había mostrado hasta aquel instante risueña tolerancia con la digresión filatélica; pero parecióle que se prolongaba mucho, y pronunció un «Mademoiselle, s'il vous

plañ „, que significaba: “Hay que ir al colegio rabiando ó cantando, conque... una buena resolución.”

Currín se quedó admirando su sello... y pensando en Finita. Era Currín un chico dulce de carácter, no muy travieso, aficionado á los dramas tristes, á las novelas de aventuras extraordinarias, y á leer versos y aprendérselos de memoria. Siempre estaba pensando que le había de suceder algo raro y maravilloso; de noche soñaba mucho, y con cosas del otro mundo ó con algo procedente de sus lecturas. Desde que coleccionaba sellos, soñaba también con viajes de circunnavegación y países desconocidos, á lo cual contribuía mucho el ser decidido admirador de Julio Verne... Aquella noche realizó dormido una excursioncita breve... á Terranova, al país de los sellos hermosos. Mejor dicho, no era excursión, sino traslado instantáneo; y en una playa orlada de monolitos de hielo, que alumbraba una aurora boreal, Finita y él se paseaban muy serios cogidos del brazo...

Al otro día, nuevo encuentro en la escalera. Currín llevaba duplicados de sellos para obsequiar á Finita. En cuanto la dama vió al galán, sonrió y se acercó con misterio. “Aquí te traigo esto...” — balbuceó él... — Finita puso un dedo sobre los labios, como para indicar al chico que se recatase de la francesa; pero constándole á Currín que no había en el obsequio de los sellos malicia alguna, fué muy resuelto á entregarlos. Finita se quedó, al parecer, algo chafada; sin

duda esperaba otra cosa; y llegándose vivamente á Currín, le dijo entre dientes:

—¿Y... y aquello?

—¿Aquello...?

—Lo que me ibas á decir ayer...

Currín suspiró, se miró á las botas, y salió con esta pata de gallo:

—Si no era nada...

—¡Cómo nada! — articuló Finita furiosa. — ¡Pareces memo de la cabeza! Nada, ¿eh?

Y el muchacho, dando tormento al rey Leopoldo de Bélgica que apretaba entre sus dedos, se puso muy cerquita del oído de la niña, y murmuró suavemente: “Sí, era algo... Quería decirte que eres... ¡más guapita!. Y espantado de su osadía, echó á correr escalera abajo, y del portal salió en volandas á la calle.

Al otro día, Currín escribió unos versos (poseo el original) en que decía á Finita:

Nace el amor de la nada;
De una mirada tranquila;
Al girar de una pupila
Se halla un alma enamorada...

Endeblitos y todo, graves autores aseguran que Currín los sacó de un libro que le prestó un compañero... Mas ¿qué importa? El caso es que Currín se sentía como lo pintaban los versos: enamorado, atrozmente enamorado... No pensaba más que en Finita; se sacaba la raya esmeradamente, se compró una corbata nueva, y suspiraba á solas.

Al fin de la semana eran novios en regla. La

doncella francesa cerraba los ojos... ó no veía, creyendo buenamente que allí se hablaba de sellos, y aprovechaba el ratito charlando también de lo que le parecía con su compatriota el cocinero...

Cierta tarde creyó el portero que soñaba, y se frotó los ojos. ¿No era aquella la señorita Serafina, que pasaba sola, con un saquillo de piel al brazo? ¿Y no era aquel que iba detrás el señorito Currín? ¿Y no se subían los dos á un coche de punto, que salía echando diablitos? ¡Jesús, María y José! ¡Pero cómo están los tiempos y las costumbres! ¿Y á dónde irán? ¿Aviso ó no aviso á los padres? ¿Qué hace en este apuro un hombre de bien? ¿Me recibirán con cajas destempladas... ó caerá una propinaza de las gordas?

—Oye tú—decía Finita á Currín apenas el tren se puso en marcha.—Avila, ¿cómo es? ¿Muy grande? ¿Bonita lo mismo que París?

—No...—respondió Currín con cierto escepticismo amargo.—Debe de ser un pueblo de pesca.

—Pues entonces... no conviene quedarse allí. Hay que seguir á París. Yo quiero ver París á todo trance; y también quiero ver las Pirámides de Egipto.

—Sí...—murmuró Currín, por cuya boca hablaban el buen sentido y la realidad—pero... ¿y los monises?

—¿Los monises?—contestó remedándole Finita.—Eres más bobo que el que asó la manteca. ¡Se pide prestado!

—¿Y á quién?

—¡A cualquiera!

—¿Y si no nos lo quieren dar?

—¿Y por qué, melón de arroba? Yo tengo reloj que empeñar. Tú también. Empeño además el abrigo nuevo: me va asando de calor. No sirves para nada... ¡Escribimos á papás que nos envíen... un... un bono... no, una letra! Papá las está mandando cada día á París y á todas partes.

—Tu papá estará echando chispas... Nos mandará un demontre!... Como mi mamá... ¡La hicimos, Finita!... No sé qué será de nosotros.

—Pues se empeña el reloj, y en paz... ¡Ay! ¡Lo que nos divertiremos en Avila! Me llevarás al café... y al teatro... y al paseo...

Cuando oyeron cantar "¡Avila! ¡Veinticinco minutos!..." saltaron del tren, pero al sentar el pie en el andén, se quedaron indecisos, aturullados. La gente salía, se atropellaba hacia la fonda, y los enamorados no sabían qué hacer. "¿Por dónde se va á Avila?", preguntó Currín á un *faquino*, que viendo á dos niños sin equipaje, se encogió de hombros y se alejó. Por instinto se encaminaron á una puerta, entregaron sus billetes, y asediados por un solícito mozo de fonda, se metieron en el coche, que los llevó á la del Inglés...

Acababa de recibir el señor gobernador de Avila telegrama de Madrid, "interesando la captura, de la apasionada pareja. Era urgentísimo el aviso, y delataba la situación moral de una familia sumida en la angustia y la desesperación,—

mejor dicho, dos familias debían de ser las desesperadas.—La captura se verificó en toda regla, no sin risa por un lado y declamaciones sobre lo que “cunde la inmoralidad,” por otro. Los fugitivos fueron llevados á Madrid, y, acto continuo, Finita quedó internada en las *Dames anglaises*, y Currín en un colegio de donde no se le permitió salir en un año, ni aun los domingos. Con motivo del trágico suceso, el papá de Finita y la mamá de Currín se relacionaron, y conferenciaron largo y tendido, quedando acordes en que era preciso “echar tierra,” “desorientar la opinión...,” “hacer la conspiración del silencio...”. Con tal motivo, el papá de Finita reparó en lo bien conservada que estaba la mamá de Currín, y ésta notó en el banquero excelentes condiciones de hombre práctico en los negocios y de caballero galán con las damas. Su amistad se consolidó, y hay quien cree que se visitan á menudo. No se presume, sin embargo, que jamás se hayan escapado juntos... ¿Para qué?

LAS DOS VENGADORAS

AL CONDE LEÓN TOLSTOY

HABÍA un hombre muy perseguido, no tanto por la suerte, como por los demás hombres sus prójimos, y especialmente por los que debieran profesarle cariño y tenerle ley. No parecía sino que, por negra fatalidad, á Zenón—que así se llamaba—toda miel se le volvía hiel, ó, mejor dicho, ponzoña. Sus hermanos, que eran dos, se concertaron para despojarle de la herencia paterna y le dejaron en la calle, sin más ropa que la puesta, sin techo ni lumbre. Casóse, y su mejor amigo le afrentó públicamente con su mujer; y como si no bastase, la vil pareja le acusó de falsario y forjó pruebas contra él, y logró que le sentenciasen á presidio, donde, inocente, arrastró largo tiempo el grillete de los criminales.

Aunque Zenón tenía al principio el alma abierta y generosa, el carácter noble y suma bondad, las traiciones, persecuciones y calumnias, el deshonor, los ultrajes y los desengaños

fueron ulcerando su espíritu y cambiando su ser de tal manera, que en vez de resignarse y perdonar, como perdonó el Maestro, sintió poco á poco crecer en su corazón un espantable deseo, una sed ardentísima de venganza. Ya no ansiaba cumplir el tiempo de su condena por ser libre y volver á la sociedad, sino por buscar ocasión de saciar la ira que gota á gota había ido destilando. Pasábase las noches en vela fraguando planes que ejecutaría al punto de terminarse su cautiverio. Con paciencia, hilo á hilo, iba tejiendo la trama, y restregándose las manos gozoso, decía para sí: "Hoy salgo y mañana vuelvo á la prisión, pero de esta vez vuelvo *por algo*, por haber pagado á mis enemigos con usura el mal que me hicieron. Inocente me encerraron aquí, y otra vez me encerrarán culpable, pero habiendo saboreado las delicias del desquite. Véngume yo, y álcese el patíbulo después."

Cumplió Zenón su tiempo y salió de las cárceles, resuelto á poner por obra sus airados propósitos. Lo primero que determinó fué pegar fuego á la casa solariega que le pertenecía y de donde sus hermanos le habían expulsado con dolo. Aprovecharía las sombras de la noche, y disfrazado de pordiosero, oculto en un cobertizo, esperaría á que todos se entregasen al descanso, obstruiría bien las cerraduras de puertas y ventanas, y cuando estuviesen en el descuido del primer sueño, prendería las virtas impregnadas de resina, á fin de que todo ardiese como yesca. Así que las llamas subiesen

muy altas y los clamores de los encerrados fuesen extinguiéndose (lo cual probaría que ya los tenía asfixiados el humo), Zenón huiría, yendo á introducirse secretamente en su propia casa, donde la falsa mujer y el mal amigo estarían juntos. Zenón conocía bien las entradas y salidas y podía deslizarse y esconderse sin ser observado de nadie. Compró un puñal, porque á estos deseaba verles morir y saborear las convulsiones de su agonía.

Así que se puso el sol, vistió sus ropas de mendigo, y apoyado en un palo tomó el camino de la casa que pensaba incendiar. Caminaba como el Destino, entre tinieblas más densas cada vez, cuando á una revuelta de la carretera advirtió cierta claridad misteriosa que alumbraba vivamente el paisaje, y se le aparecieron, juntas y cogidas de la mano, dos mujeres que formaban singular contraste.

Una era amarilla, escuálida, tan escuálida, que los huesos se entreparecían bajo la seca piel: tenía palmas de esqueleto, y al través de los polvorientos crespones negros que la cubrían, se notaba que carecía de seno y de toda redondez femenil; con la mano derecha empuñaba y esgrimía reluciente hoz.—La otra mujer era lozana, mórbida, colorada, blanca, y de un rubio encendido los cabellos: vestía gasas de mil colores, rojo, verde, rosa, azul, aunque pegada al cuerpo llevaba una túnica negrísima. Zenón miraba á las dos apariciones, como preguntando qué le querían, hasta que ambas dijeron á una voz: "Somos las Vengadoras y nos

presentamos para que elijas, entre las dos, la que creas más eficaz.

—Yo—añadió la mujer escuálida—me llamo Muerte, y soy por ahora tu preferida. Has apelado á mí para vengarte de tus enemigos, y tienes resuelto carbonizar á los unos y coser á puñaladas á los otros. Heme aquí dispuesta á complacerte sin tardanza; así como así, poco trabajo me cuesta darte gusto, porque es cuestión de adelantar los sucesos: año arriba ó abajo, tus enemigos no podrán librarse de esta hoz que empuño.

—Escucha—intervino la lozana mujer;—antes de que te entregues á mi hermana, que te engatusará por lo sencillo y expeditivo de los recursos que emplea, atiéndeme á mí, y de seguro que yo seré la elegida. Para convencerte no necesito sino enseñarte los cuadros de mi linterna mágica. Abre los ojos, y mira bien.

Zenón miró, y sobre el fondo blanco del paño que extendía la mujer hermosa, vió agitarse las siluetas de sus aborrecidos hermanos. El menor echaba á hurtadillas una pulgarada de polvos blancos en la taza del mayor, y el mayor, después de haber bebido lo que contenía la taza, caía al suelo entre horribles convulsiones; pero no moría; arrastrábase largo tiempo apoyado en un báculo, y en cada plato que le servía el menor, mezclaba nuevo tósigo, hasta que el envenenado se iba quedando imbécil, reducido á la idiotéz, y abandonado de todos y cubierto de miseria espiraba en un rincón. Así que moría, su espectro comenzaba á aparecerse en sue-

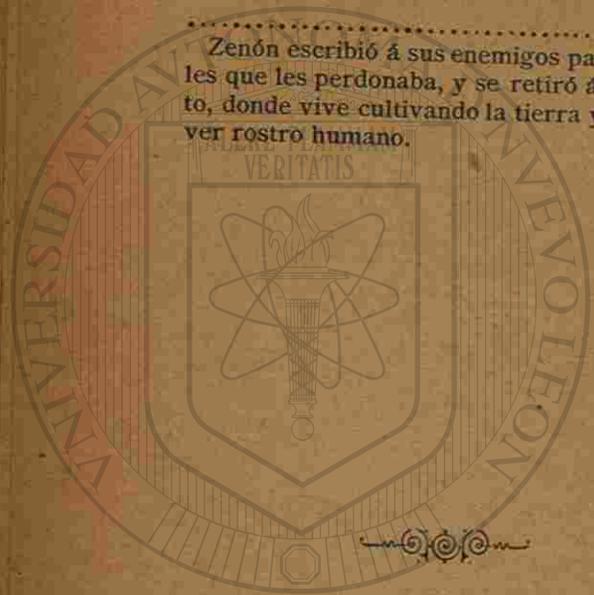
ños al culpable, á quien Zenón veía erguirse en la cama, trémulo, con el pelo erizado y los ojos fuera de las órbitas. Cambió de personajes la linterna, y se destacaron las siluetas de la esposa y del amigo de Zenón: ella siguiendo á su querido como la sombra al cuerpo, abrasada en celos rabiosos, él procurando huir, lleno de hastío, de aquella amante ya marchita por la edad y las pasiones. Escondiase él, ó se pasaba el día en casa de otras mujeres, y ella lloraba, y sus lágrimas eran como gotas de fuego que abrasaban el paño donde caían. Ya cansado de que le espíasen y le acusasen, él se volvió, y Zenón fué testigo de cómo el seductor de su mujer la ponía en el rostro la mano...

—Esta será mi obra—pronunció la Vida solemnemente—si no se atraviesa mi hermana y me apaga la linterna. Ahora, tú dirás, Zenón, cuál de nosotras dos te conviene para Vengadora. ¿Sigues con el propósito de incendiar y acuchillar? ¿Quieres que te ayude la Muerte?

—No—respondió Zenón, que se limpió una lágrima.—Si la crueldad y el odio aún persistiesen en mí, lo que pediría á tu hermana sería que tardase muchos, muchos años en pasar el umbral de mis enemigos, y que te dejase á ti paso franco.

—Con tanta más razón—dijo irónicamente la Muerte, algo despechada, pues al fin es mujer, y no gusta de que la desairen—cuanto que yo, tarde ó temprano, no he de faltar, y que en mi danza general todos harán mudanza, sin que les valgan excusas.

Zenón escribió á sus enemigos para advertir-
les que les perdonaba, y se retiró á un desier-
to, donde vive cultivando la tierra y sin querer
ver rostro humano.



LA MARIPOSA DE PEDRERÍA

ERASE que se era un mozo muy pobre, y vi-
via en una guardilla de las más angostas y
desmanteladas de la gran capital. Los muebles
del tugurio se reducían á dos sillas medio des-
fondadas, un catre con ratonado jergón, una
mesilla mugrienta, un tintero roñoso y un ana-
fre comido de orín. El mozo—á quien llamaré
Lupercio—cubría sus carnes con traje sutil de
puro raído y capa ya transparente. Las botas,
entreabiertas; por ropa blanca, cuatro andra-
jos de lienzo; por corbata, un pingo. Así es que
Lupercio sufría grandes fatigas y rubores, y
cuando al salir á la calle para comprar un pa-
necillo ó diez céntimos de leche se cruzaba con
alguna niña bonita, limpia y bien puesta, ar-
diente oleada de fuego le subía al rostro.

Para evitar el bochorno de que las mujeres
se fijasen en su pergeño, sólo salía al anoche-
cer, cuando es más fácil pasar inadvertido en-
tre la gente que por las calles se codea y empu-
ja. Entonces Lupercio, llevado por la marejada
del gentío, veía y hasta rozaba cuerpos gallar-

dos, recibía el rayo de fulgurantes pupilas, sentía el roce eléctrico de la seda crujidora, y aspiraba bocanadas de finas esencias. Sus ojos ávidos seguían al tren de lujo, maceta de donde emergen, blandamente colúmpiadas, aristocráticas flores. Detrás de los vidrios de las tiendas alzábanse pirámides de botellas de vinos generosos, y la luz se filtraba al través de su vientre con reflejos de oro y de sangre. Otros escaparates presentaban el libro nuevo, gentil, de lustrosa cubierta, ó el rancio infolio, clave del pasado. Y Lupercio temblaba de fiebre, de ansia de amar, de gozar, de aprender, de vivir.

Una noche subió á su guardilleja más calenturiento que nunca. Encendió mortecina lámpara, abrió la ventana para que el tabuco se ventilase, y dejando caer la cabeza sobre la mano, poco tardó en rezumar por entre sus dedos lágrima abrasadora. Alzó la frente, miró al anafre, y se le ocurrió que en él estaba el remedio de cuantos males hay en el mundo. Estas cosas, lector amigo, de cien veces que se piensen, dígame en verdad que no se hacen una. Lupercio, que realmente estaba triste, triste hasta morir, de pronto cogió la pluma, la sepultó en el roñoso tintero, la paseó sobre un fragmento de papel... y salieron renglones desiguales, los primeros que había compuesto nunca. Cuando terminó la composición, ó lo que fuese, el mozo vió, á la luz de la mortecina lámpara, posado sobre su tintero un insecto extraño, fúlgido, ¡deslumbrador, — una mariposa de pedrería.

Su abdomen era de una perla oriental; de esmeraldas su corselete; sus alas de rubíes y brillantes, y al remate de sus antenas temblaban, como gotas de rocío, dos cristalinos solitarios de incomparable pureza. Lo más encantador de la mariposa es que, siendo de pedrería, estaba viva, pues al tender Lupercio la mano para cogerla, voló la mariposa y fué á posarse más lejos, á la orilla de la mesa. El mozo se quedó sobrecogido; si se empeñaba en cogerla, de fijo que la mariposa huiría por la ventana abierta. Renunciando á perseguir al resplandeciente insecto, Lupercio se contentó con admirarlo.

La mariposa tenía, sin duda alguna, luz propia, porque apartada de la escasa de la lámpara, centelleaba más, proyectando irisados reflejos sobre toda la guardilla. Y es el caso que, á la claridad emanada de la mariposa, así se transformaba la vivienda de Lupercio, que no la conocería nadie. Invisibles tapicerós revistieran las paredes de telas, cuadros, espejos y colgaduras; del techo pendían arañas de veneciano vidrio, y cubría el suelo alfombra turquesca de tres dedos de gordo. ¡Qué metamorfosis! En las gorgonas de Murano se deshojaban rosas: sobre un velador árabe tentaban el apetito frutas, dulces y refrescos; blandas melodías de laúd acariciaban el aire; y abriéndose sutilmente la puerta, una mujer, digo mal, una diosa, envuelta en gasas tenues y sin más tocado que las rubias hebras del febeo cabello, se adelantó, tomó del velador una granada entreabierta, reventando en granos de púrpura, y se la ofreció á

Lupercio con lánguida sonrisa... Todo este misterio duró hasta que la mariposa, desde el borde de la ventana, alzó su vuelo, perdiéndose en la obscuridad de la noche.

Aunque al volar la mariposa de pedrería la guardilleja volvió á su pristina y natural fealdad, miseria y desaliño, desde aquel día Lupercio no pensó en la muerte. Tenía un interés, una espezanza: que repitiese su visita la encantada bestezuela. Y la repitió, en efecto, al conjuro de la pluma mojada en tinta y los renglones desiguales. Volvió la mariposa, y esta vez convirtió la guardilla en jardín tropical, poblado de naranjos y palmeras, donde vírgenes africanas ofrecían á Lupercio agua fría en ánforas rojas estriadas de plata y azul.—Así que se habituó á responder al conjuro, la mariposa fué transformando la mansión de Lupercio, ya en gruta oceánica, con náyades, corales y espumas, ya en bahía polar que alumbra boreal aurora, ya en patio de la Alhambra, con arrayanes y fuentes de mármol, donde se leen versículos del Korán, ya en camarín gótico, dorado como un relicario..

Mientras tanto, un periódico imprimía los versos de Lupercio (porque versos eran—ya es hora de confesarlo—), y poco á poco los fué conociendo, estimando y luego admirando el público. Tras la admiración y el aplauso del público vino la envidia de los rivales, la curiosidad de los poderosos y la protección de algunos más inteligentes; con la protección, un poco de bienestar; luego algo que pudiera llamarse desaho-

go, y, por último, una serie de felices circunstancias,—herencia, lotería, negocios,—la riqueza. Lupercio vivió, amó, gozó, rodó en carruaje al lado de pulcras damiselas, con trajes de seda de eléctrico roce... y no necesito decir que, impulsado por el aura de la fortuna, fué bajando, primero de su guardilla al piso segundo, después, del segundo al primero, hasta que resolvió construir para su residencia un lindo palacio, á orillas del mar, en Italia. Había en él jardines, salones, tapicerías, brocados, alfombras, objetos de arte, en suma, cuanto pudo soñar Lupercio en la guardilla de los años juveniles.

Sin embargo, su mujer, sus hijos, sus amigos, sus criados, le veían cabizbajo, abatido, deshecho, y notaban que de día en día se iba agriando su carácter, y ennegreciéndose su humor, y rebosando en él tedio y hastío. Nadie se explicaba el cambio, porque nadie sabía que la mariposa de piedras, la maga de la guardilla, la que también había frecuentado el piso segundo y honrado alguna que otra vez el principal, no se dignaba apoyar sus patitas de esmalte en el reborde de las ventanas del palacio, abiertas siempre, en verano como en invierno, para dejarle franca la entrada.

Lupercio se ponía de pechos en la rica balconada de mármol que dominaba el jardín, y desde la cual se divisaba la extensión del golfo de Nápoles y se oía el murmurio de sus aguas, y miraba á las estrellas por sí de alguna iba á bajar la mariposa; pero las estrellas titilaban in-

diferentes, y de mariposa, ni rastro. Lupercio abría á centenares botellas de generosos vinos—de aquellos que en la mocedad le tentaban como un sueño irrealizable,—y en el fondo espumoso del cristal no dormía la mariposa tampoco. Lupercio comía granadas con algunas risueñas beldades muy aficionadas á la fruta, y tampoco en el seno de púrpura se ocultaba la mariposa maldita, la de las alas de rubíes...

¿Que si había muerto? ¡Para morir estaba ella! Sabe, ¡oh lector!, que las mariposas de pedrería son inmortales. Sólo que la tunanta no tenía ganas de perder el tiempo con gente machucha, y andaba transformando en palacio, jardín ó edén otro domicilio modesto, donde un mozo soñador garrapateaba no sé si verso ó prosa...

EL RUIDO ¹

CAMILO de Lelis había conseguido disfrutar la mayor parte de los bienes á que se aspira en el mundo y que suelen ambicionar los hombres. Dueño de saneado caudal, bien visto en sociedad por sus escogidas relaciones y aristocrática parentela, mimado de las damas, indicado ya para un puesto político, se reveló á los veintiséis años poeta selecto, de esos que riman contados perfectísimos renglones y con ellos se ganan la calurosa aprobación de los inteligentes, la admirativa efusión del vulgo y hasta el venenoso homenaje de la envidia. Sobre la cabeza privilegiada de Camilo derramó la celebridad su unguento de nardo, y halagüeño murmullo acogió su nombre dondequiera que se pronunciaba. Abríase ante Camilo horizonte claro y extenso; la única nubecilla que en él se divisaba era tamaña como una lenteja. No obstante, el marino práctico la llamaría anuncio de tempestad.

Para comprender la trascendencia de la nu-

¹ El insigne escritor francés Julio de Goncourt pensó escribir un cuento sobre este asunto, pero no llegó á verificarlo. Perdóneseme lo atrevido de la sustitución.

becilla, conviene saber que la originalidad literaria de Camilo consistía en una tan delicada, refinada y exquisita construcción del período, que las palabras, engarzadas como eslabones de primorosa cadena de esmalte, se realizaban unas á otras y hacían música como de agua corriente ó de arpas estremecidas por el viento y que despiden sonos aéreos, prolongados y dulcísimos. El efecto que las rimas de Camilo producían en el lector era el de una vibración lenta y profunda, suave y embelesadora. Diríase que los tales versos nacían hechos, ordenados sin esfuerzo alguno por el instinto, como producto natural de la espontaneidad de un gran artista: mas lejos de ser así, Camilo de Lelis, premioso, exigente consigo mismo é idólatra de la forma pura, desdeñando por ella la realidad, dedicaba, no sólo á cada frase, sino á la elección de cada verbo, horas de reflexión, de trabajo mnemotécnico, repasando las palabras que más halagan el oído, buscando el adjetivo plástico que pone de manifiesto casi visiblemente la línea, el color y el relieve de los objetos, aunque no engendre el inefable y espiritual goce de sentir, pensar y soñar.

Ello es que al joven poeta le costaba sudor de sangre cada renglón. Y fué lo malo que, cuando se hubo embriagado con los elogios tributados á la factura de sus primeros poemas, aún refinó más la de los siguientes, y los cinceló con rabia, con encarnizamiento, encerrándose en su gabinete de estudio y negándose á salir, hasta para comer, mientras no encontrase el

efecto de sonoridad ó de dulzura que recreaba su oído de melómano. No tardó mucho en notar cómo le era imposible semejante labor en aquel pícaro gabinete, donde se oían todos los ruidos de la calle céntrica: paso de ómnibus y tranvías, que hacían retemblar las vidrieras; rodar atronador de coches, que imponían al pavimento viva y momentánea trepidación; pregones de verduleras, que rompían con entonaciones ásperas y guturales las cadencias de sílabas que arrullaban á Camilo; riñas callejeras; trotadas de caballo; rebuznos asnales y pianos mecánicos, más insufribles aún que los rebuznos. Al principio, estos ruidos importunaban al escritor, como importuna una sensación de conjunto, la bárbara irrupción de una murga, el vocerío de una feria; pero así que fijó su atención en el hecho de que la calle era bulliciosa, infernalmente estrepitosa, notó con angustia que cada ruido se destacaba de los demás y se precisaba y definía, obstruyéndole el cerebro y no permitiéndole tornear un solo verso. Los tranvías le pasaban por las sienas; los coches rodaban sobre su tímpano; los apremiantes pregones, los apasionados y rijosos rebuznos parecían feroces gritos de guerra; las tocatas de los pianos eran gatos de erizada pelambre, que sobre la mesa de escritorio bufaban enzarzados, ó trocaban mayadas ternezas.

Crispado y dolorido ya, Camilo de Lelis recordó que tenía dinero y podía permitirse el lujo de un estudio silencioso. Gastó varios días en recorrer la capital, hasta que en un barrio

límitrofe con el campo descubrió una casita ó más bien hotel, de estos á la malicia que ahora se usan, que por lo retirado del movimiento y tráfago de las calles y por el jardincillo que tenía al frente, pareció al artista el refugio que soñaba. Realizó la mudanza con apresuramiento febril; instaló sus libros, sus muebles tallados, sus cacharros, sus damasquinas armas y bordadas telas, — porque Camilo necesitaba verse rodeado de atmósfera de elegancia para trabajar, — y cuando todo estuvo en orden, antecogió las cuartillas y enristró la pluma. Apenas llevaba trazadas las tres estrellas, único título del poema que proyectaba, agitóse convulso en el sillón como si hubiese recibido eléctrica corriente. Era que de la calle desierta, abriéndose paso por entre las éticas lilas y los polvorientos *evónimus*, entraba una especie de gorjeo infantil, entrecortado de risas, de chillidos gozosos, de monosílabos palpitantes de curiosidad: en suma, la charla fresca de unos chicos que delante de la verja jugaban á la rayuela con cascós de teja, despojos de la tejera próxima.

El poeta se llevó las manos á las sienes, y poco después, como el parloteo de los gurriatos no cesaba, cogió el tintero y lo arrojó contra la pared, lo cual prueba que la cabeza de Camilo de Lelis empezaba á trastornarse. Sin embargo, resolvió esperar á la noche, hora del silencio, según todos los vates clásicos, y así que las tinieblas colgaron sus pabellones de crespón, he aquí que vuelve á llamar á la

musa... Y cuando mentalmente apareaba el consonante del primer verso con el del tercero, — como quien aparea soberbias perlas para pendientes de una hermosa, — oyó otra vez rumor junto á la verja... No como antes, espontáneo, regocijado y bullicioso, sino reprimido, suave, tímido, dialogado, interrumpido de tiempo en tiempo por calderones que estremecían y exaltaban hasta el paroxismo el cerebro del que oía... ¡Dos enamorados! ¡Una pareja! ¡Allí! El poeta se puso á renegar del amor, lo mismo que si el arte no existiese por él y para él... Y á la mañana siguiente Camilo de Lelis tomaba el tren y buscaba en la soledad de una provincia retiro bronco, la guarida de una fiera montés.

Hallóla á medida del deseo. Era, en la vertiente de una montaña, un conventillo en ruinas, donde mandó hacer los reparos necesarios para dejarlo habitable. Encerróse allí sin más compañía que una anciana criada. Parecía aquello el mismo palacio del Silencio augusto y reparador; y el poeta, al entrar en su mansión romántica, suspiró de gozo, y se puso á escuchar las mudas armonías del desierto. — Cuando pensaba saborear la callada paz de la atmósfera, el canto de un gallo resonó, imperioso y clarísimo. ¡Aquí de Dios! Al punto se le retorció el pescuezo al gallo; pero el sacrificio fué estéril, y Camilo no tardó en convencerse de que el viejo conventillo era cien veces más ruidoso que las calles de la corte. Sordos arrullos de palomas torcaes; correrías de ratones por los desvanes oscuros; zumbido de

abejas que entraban por la ventana; coros de árboles agitados por el viento, y, sobre todo, el eterno plañir de la cascada, que desplomándose de lo alto de la roca al fondo del valle, deshecha en irrestañable llanto, inundaba de desesperación el alma del artista, ya reducido á la impotencia y presa en breve de la insania.

.....
A los treinta años, casi olvidado de sus admiradores de un día, Camilo de Lelis espiraba en el manicomio. Su primera impresión, al encontrarse en el nicho, fué,—no se admire el lector,—de inmenso bienestar. Por fin habían cesado los malditos ruidos de la tierra, por fin su cerebro no sentía las horribles punzadas de agujas candentes y los tenazazos que por el oído llegaban á las últimas células de la substancia gris... ¡Qué hermoso silencio absoluto, eterno, sin límites, como Océano extendido desde lo infinito terrestre á lo infinito celestial!

De pronto... ¡No, si no puede ser! ¿Se concibe que existan ruidos dentro de una tumba, que atraviesen las paredes de un nicho, la espesura de una caja de zinc y de un recio ataúd forrado de paño grueso? No se concebirá, pero lo cierto es que algo suena... Camilo de Lelis se estremece, quiere incorporarse, quiere gemir... El ruido que le quita las dulzuras del perenne reposo es la fermentación que comienza, son los gusanos, que no tardarán en pulular sobre su pobre cuerpo... ¡Tampoco el sepulcro está solitario, y el adorador de la pura é inalterable Forma encuentra en él á su enemiga la Vidal

REMORDIMIENTO

CONOCI en su vejez á un famoso calaverón que vivía solitario, y al parecer tranquilo, en una soberbia casa, cuidándose mucho y con un criado para cada dedo, porque la fortuna—caprichosa á fuer de mujer, diría algún escritor de esos que están tan seguros del sexo de la fortuna como yo del del mosquito que me crucificó esta noche—había dispuesto (sigo refiriéndome á la fortuna) que aquel perdulario derrochase primero su legítima, después las de sus hermanos, que murieron jóvenes, luego la de una tía solterona, y al cabo la de un tutor opulento y chocho por su pupilo. Y, por último, volvió á ponerle á flote el juego ú otras granjerías que se ignoran, cuando ya había penetrado en su cabeza la noción de que es bueno conservar algo para los años tristes. Desde que mi calavera (llamábase el vizconde de Tresmes) llegó á persuadirse de que interesaba á su felicidad no morir en el hospital, cuidó de su hacienda con la perseverancia del egoísmo, y no hubo capital mejor regido y conservado. Por eso, al tiempo que yo conocí al vizconde—poco antes de que

abejas que entraban por la ventana; coros de árboles agitados por el viento, y, sobre todo, el eterno plañir de la cascada, que desplomándose de lo alto de la roca al fondo del valle, deshecha en irrestañable llanto, inundaba de desesperación el alma del artista, ya reducido á la impotencia y presa en breve de la insania.

.....
A los treinta años, casi olvidado de sus admiradores de un día, Camilo de Lelis espiraba en el manicomio. Su primera impresión, al encontrarse en el nicho, fué,—no se admire el lector,—de inmenso bienestar. Por fin habían cesado los malditos ruidos de la tierra, por fin su cerebro no sentía las horribles punzadas de agujas candentes y los tenazazos que por el oído llegaban á las últimas células de la sustancia gris... ¡Qué hermoso silencio absoluto, eterno, sin límites, como Océano extendido desde lo infinito terrestre á lo infinito celestial!

De pronto... ¡No, si no puede ser! ¿Se concibe que existan ruidos dentro de una tumba, que atraviesen las paredes de un nicho, la espesura de una caja de zinc y de un recio ataúd forrado de paño grueso? No se concebirá, pero lo cierto es que algo suena... Camilo de Lelis se estremece, quiere incorporarse, quiere gemir... El ruido que le quita las dulzuras del perenne reposo es la fermentación que comienza, son los gusanos, que no tardarán en pulular sobre su pobre cuerpo... ¡Tampoco el sepulcro está solitario, y el adorador de la pura é inalterable Forma encuentra en él á su enemiga la Vidal

REMORDIMIENTO

CONOCI en su vejez á un famoso calaverón que vivía solitario, y al parecer tranquilo, en una soberbia casa, cuidándose mucho y con un criado para cada dedo, porque la fortuna—caprichosa á fuer de mujer, diría algún escritor de esos que están tan seguros del sexo de la fortuna como yo del del mosquito que me crucificó esta noche—había dispuesto (sigo refiriéndome á la fortuna) que aquel perdulario derrochase primero su legítima, después las de sus hermanos, que murieron jóvenes, luego la de una tía solterona, y al cabo la de un tutor opulento y chocho por su pupilo. Y, por último, volvió á ponerle á flote el juego ú otras granjerías que se ignoran, cuando ya había penetrado en su cabeza la noción de que es bueno conservar algo para los años tristes. Desde que mi calavera (llamábase el vizconde de Tresmes) llegó á persuadirse de que interesaba á su felicidad no morir en el hospital, cuidó de su hacienda con la perseverancia del egoísmo, y no hubo capital mejor regido y conservado. Por eso, al tiempo que yo conocí al vizconde—poco antes de que

un reuma al corazón se lo llevase al otro barrio —era un viejo rico, y su casa —desmintiendo la opinión del vulgo respecto á las viviendas de los solteros—modelo de pulcritud y bienestar.

Miraba yo al vizconde con interés curioso, buscando en su fisonomía la historia íntima del terrible traga-corazones, por quien habitaba un manicomio una duquesa, y una infanta de España había estado á punto de echar á rodar el infantazgo y cuanto echar á rodar se puede.— Si no supiese que veía al más refinado epicúreo, creería estar mirando los restos de un poeta, de un artista, de uno de esos hombres que fascinan porque su acción dominadora no se limita á la materia, sino que subyuga la imaginación. Las nobles facciones de su rostro recordaban las de Volfango Goethe, no en su gloriosa ancianidad, sino más bien en la época del famoso viaje á Italia; es decir, lo que serían si Goethe, al envejecer, conservase las líneas de la juventud. Aquella finura de trazo; aquella boca un tanto carnosa; aquella nariz de vara delgada, de griega pureza en su hechura; aquellas cejas negrísimas, sutiles, de arco elegante, que acentúan la expresión de los vivos y profundos ojos; aquellas mejillas pálidas, duras, de grandes planos, como talladas en mármol, mejillas viriles—pues las redondas son de mujer ó niño;—aquel cuello largo, que destaca de los bien derribados hombros la altiva cabeza... todo esto, aunque en ruinas ya, subsistía aún, y á la vez el cuerpo delataba en sus proporciones justas, en su musculosa esbeltez, algo reco-

gida, como de gimnasta, la robustez de acero del hombre á quien los excesos ni rinden ni consumen. Verdad que estas singulares condiciones del vizconde las adivinaba yo por la aptitud que tengo para restar los estragos de la vejez y reconstruir á las personas tal cual fueron en sus mejores años.

Gustaba el vizconde de charlar conmigo, y á veces me refería lances de su azarosa vida, que no serían para contados, si él no supiese salvar los detalles escabrosos con exquisito aticismo, y cubrir la inverecundia del fondo con lo escogido de la forma. No obstante, en las narraciones del vizconde había algo que me sublevaba, y era la absoluta carencia de sentido moral, el cinismo frío, visible bajo la delicada corteza del lenguaje. Punzábame una curiosidad, y pensaba entre mí: “¿Será posible que este hombre, que para sus semejantes ha sido no sólo inútil, sino dañino; que ha libado el jugo de todas las flores sacando miel para embriagarse de ella, aunque la destilase con sangre y lágrimas; este corsario, este negrero del amor, repito, será posible que no haya conservado nada vivo y sano bajo los tejidos marchitos por el libertinaje? ¿No tendrá un remordimiento, no habrá realizado un acto de abnegación, una obra de caridad?”

Un día me resolví á preguntárselo directamente.

—Porque al fin—le dije—en las batallas que V. solía ganar hay muertos y heridos; sólo que, como en las heridas de florete, la hemorragia es interna, pues el honor manda callar y su-

cumbir en silencio. ¡Cuántos maridos, cuántos hermanos, cuántos padres (sin hablar de las propias víctimas) habrán ardidopor culpa de V. en un infierno de vergüenza!

—¡Bah! No lo crea V.—respondía el Don Juan sin alterarse en lo más mínimo.—En estas cuestiones, los expertos somos un poquillo fatalistas. ¡Lo escrito se cumple! Y lo que yo, por escrúpulos más ó menos justificados, desperdiciase, otro lo recogería, quizá con menos arte, tino y miramiento que yo. La pavía madura cuelga de la rama y va por instantes á desprenderse del tallo. El que pasa y la coge suavemente, le ahorra el sonrojo de caer al suelo, de mancharse, de ser pisada...

Al ver que su extraño razonamiento me dejaba algo perpleja, el vizconde añadió:

—A pesar de todo, confieso que hice un acto de abnegación y que tengo un remordimiento...

Esperé, y el viejo, apoyando la barba en dos dedos de la mano izquierda, habló con lentitud y en tono menos irónico que de costumbre:

—Ha de saber V. que tuve una hermana que se casó y se murió casi enseguida (en mi casa todos murieron jóvenes y tísicos, excepto yo, que absorbi la fuerza que debía repartirse entre los demás). Mi cuñado, poco después, se cayó de un caballo y no sobrevivió á la caída. Quedó una niña, bonita como un serafín. Yo era su tutor, y aunque cuidé bien de su educación y de sus intereses, la veía poco, porque no me gustan los chiquillos. Vino la pubertad, y entonces la criatura tomó formas menos saráficas y más

apetecibles para los humanos. Y, cosa rara, si de chiquilla al verme se deshacía en fiestas y se volvía loca de gozo, ya de mujercita no parecía sino que la afligía mi presencia, y me acuerdo que hasta tuvo un síncope porque la dí un beso paternal... Paternal (se lo afirmo á V. bajo palabra de honor), porque tenemos la tontería de figurarnos que los que conocimos niños no llegan nunca á personas mayores...

Con todo, ciertos errores pronto se disipan, y como los síntomas iban acentuándose, no tardé en conocer la índole de la enfermedad... La muchacha repito que era una hermosura. Le enseñaré á V. su retrato, y me dirá si exagero. Aparte de esto de la belleza, nunca vi mujer que más traspasada se mostrase. Rendida ya, vencida por fuerza superior á su albedrío, lejos de huirme, me seguía y buscaba incesantemente, y se leía en sus ojos, en su voz y en sus menores acciones, que era tan mía, tan mía, que podía yo marcarle en la frente la S y el clavo. Mi edad era entonces la de las pasiones violentas: tenía treinta y ocho años... pero ¡asi y todo...!

—¿No se resolvió V. á coger la pavía?

—No era pavía, como V. verá—respondió el calaverón frunciendo las cejas.—Lo que puedo decir á V. es que al comprender la realidad, huf de mi sobrina, viajé, estuve ausente más de un año, y al ver á mi regreso á la niña enferma de pasión y amartelada como nunca, la hablé lo mismo que un padre, la pinté mi vida y mi condición y hasta mis vicios...

—Leña al fuego—interrumpí.

—¡Leña tal vez...! En fin, la dije redondamente que estaba resuelto á no casarme nunca; que no me casaría ni con Eugenia Montijo, emperatriz de Francia...

—¿Y ella?...

—Ella... Ella... después de llorar y de ponerse más pálida y más temblorosa que una sentenciada... acabó por decirme que... soltero ó casado, malo ó bueno, rico ó pobre...

—¡Comprendo...!

—Bien, pues yo... no sólo rehusé, desvié, contuve, sino que busqué marido joven, guapo, bueno... y con todo mi ascendiente, con mi mandato, lo hice aceptar...

—¡Ya me parecía!—exclamé entusiasmada.

—¡Una acción generosa, bonita! ¡Si no podía menos!

—Una acción detestable—repuso el vizconde, cuyos labios temblaron ligeramente.—Así que se casó mi sobrina se me cayeron á mí las escamas de los ojos, y me hice cargo de que me estaba muriendo por ella... Y la busqué, y la perseguí, y la asedié, y agoté los recursos, y sólo encontré repulsa, glacial desdén, rigor tan sistemático y tan perseverante, que me dí por vencido, y me salieron las primeras canas...

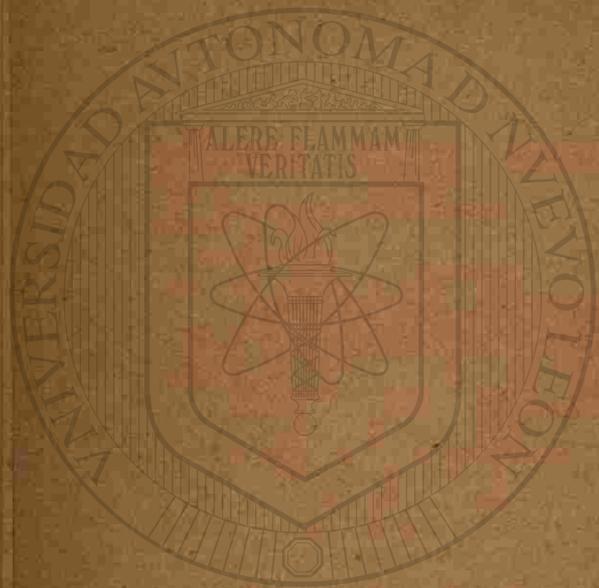
—Vamos, la sobrinita se encontraba bien con el marido que V. eligió...

—Tan bien—añadió el Don Juan sombríamente—que á los seis meses mi sobrina enfermó de pasión de ánimo; y á los diez, en la agonía,

me llamó para despedirse de mí y decirme al oído que... ¡como siempre!

Tresmes bajó la cabeza y me pareció ver que una nube cruzaba por su frente olímpica.

—Ahí tiene V.—murmuró después de una pausa,—mi remordimiento. Nadie debe salirse de su vocación, y la mía no era conducir á nadie al sendero del deber y la virtud.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

AGRAVANTE

YA conocéis la historia de aquella dama del abanico, aquella viudita del Celeste Imperio que, no pudiendo contraer segundas nupcias hasta ver seca y dura la fresca tierra que cubría la fosa del primer esposo, se pasaba los días abanicándola á fin de que se secase más presto. La conducta de tan inconstante viuda arranca severas censuras á ciertas personas rígidas, pero sabed que en las mismas páginas de papel de arroz donde con tinta china escribió un letrado la aventura del abanico, se conserva el relato de otra más terrible, demostración de que el santo Fo (á quien los indios llaman el Buda ó Saquiamuni) aún reprueba con mayor energía á los hipócritas intolerantes que á los débiles pecadores.

Recordaréis que mientras la viudita no daba paz al abanico, acertaron á pasar por allí un filósofo y su esposa. Y el filósofo, al enterarse del fin de tanto abaniqueo, sacó su abanico correspondiente—sin abanico no hay chino—y ayudó á la viudita á secar la tierra. Por cuanto la esposa del filósofo, al verle tan complaciente, se irguió vibrando lo mismo que una víbora, y á

pesar de que su marido la hacía señas de que se reportase, hartó de vituperios á la abanicadora, poniéndola como solo dicen dueñas irritadas y picadas del aguijón de la virtuosa envidia. Tal fué la sarta de denuestos y tantas las alharacas de constancia inexpugnable y honestidad invencible de la matrona, que por primera vez su esposo, hombre asaz distraído, á fuer de sabio, y mejor versado en las doctrinas del *I-King* que en las máculas y triquiñuelas del corazón, concibió ciertas dudas crueles y se planteó el problema de si lo que más se cacarea es lo más real y positivo; por lo cual, y siendo de suyo propenso á la investigación, resolvió someter á prueba la constancia de la esposa modelo, que acababa de abrumar y sacar los colores á la tornadiza viuda.

A los pocos días se esparció la voz de que la ciencia sinense había sufrido cruel é irreparable pérdida con el fallecimiento del doctísimo Li-Kuan (que así se llamaba nuestro filósofo) y de que su esposa Pan-Siao se hallaba inconsolable, á punto de sucumbir á la aflicción. En efecto, cuantos indicios exteriores pueden revelar la más honda pena, advertíanse en Pan-Siao el día de las exequias: torrentes de lágrimas abrasadoras, ojos fijos en el cielo como pidiéndole fuerzas para soportar el suplicio, manos cruzadas sobre el pecho, ataques de nervios y frecuentes síncope, en que la pobrecilla se quedaba sin movimiento ni conciencia, y sólo á fuerza de auxilios volvía en sí para derramar nuevo llanto y desmayarse con mayor denuedo.

Entre los amigos que la acompañaban en su tribulación se contaba el joven Ta-Hio, discípulo predilecto del difunto, y mancebo en quien lo estudioso no quitaba lo galán. Así que se disolvió el duelo y se quedó sola la viudita, toda suspirona y gemebunda, Ta-Hio se le acercó y comenzó á decirle, en muy discretas y compuestas razones, que no era cuerdo afligirse de aquel modo tan rabioso y nocivo á la salud; que sin ofensa de las altas prendas y singulares méritos del fallecido maestro, la noble Pan-Siao debía hacerse cargo de que su propia vida también tenía un valor infinito, y que todo cuanto llorase y se desesperase no serviría para devolver el soplo de la existencia al ilustre y luminoso Li-Kuan.

Respondió la viuda con sollozos, declarando que para ella no había en el mundo consuelo, además de que su inútil vida nada importaba, desde que faltaba lo único en que la tenía puesta; y entonces el discípulo, con amorosa turbación y palabras algo trabadas (en tales casos son mejores que muy hilados discursos), dijo que, puesto que ningún hombre del mundo valiese lo que Li-Kuan, alguno podría haber que no le cediese la palma en adorar á la bella Pan-Siao; que si en vida del maestro guardaba silencio por respetos altísimos, ahora quería, por lo menos, desahogar su corazón, aunque le costase ser arrojado del paraíso, que era donde Pan-Siao respiraba; y que si al cabo había de morir de amante silencioso, prefería morir de rigores; acabando su declaración con echarse

á los diminutos pies de la viuda, la cual, lánguida y algo llorosa aún, tratándole de loquillo, le alzó gentilmente del suelo, asegurando benignamente que merecía, en efecto, ser echado á la calle, y que si ella no lo hacía, era sólo en memoria de la mucha estimación en que tenía á su discípulo el luminoso difunto. Y, sin duda, la misma estimación y el mismo recuerdo fueron los que, de allí á poco—cuando todavía, por mucho que la abanicase, no estaría seca la tierra de la fosa de Li-Kuan—impulsaron á su viuda á contraer vínculos eternos con el gallardo Ta-Hio.

Vino la noche de bodas, y al entrar los novios en la cámara nupcial, notó la esposa que su nuevo esposo estaba, no alegre y radiante, sino en extremo abatido y melancólico, y que lejos de festejarla, callaba y se desviaba cuanto podía, y habiéndole afanosamente preguntado la causa, respondió Ta-Hio con modestia, que le asustaba el exceso de su dicha, y le parecía imposible que él, el último de los mortales, hubiese podido borrar la imagen de aquel faro de ciencia, el ilustre Li-Kuan. Tranquilizóle Pan-Siao con extremas protestas, jurando que Li-Kuan era, sin duda, un faro, y un sapientísimo comentador de la profunda doctrina del *Libro de la razón suprema*, pero que una cosa es el *Libro de la razón suprema* y otra embelesar á las mujeres, y que á ella Li-Kuan no la había embelesado ni miaja. Entonces Ta-Hio replicó que también le angustiaba mucho estar advirtiendo los primeros síntomas de cierto mal que

solía padecer, mal gravísimo, que no sólo le privaba del sentido, sino que amenazaba su vida. Y Pan-Siao, viéndole pálido, desencajado, con los ojos en blanco, agitado ya de un convulsivo temblor... —“Mi sándalo perfumado—le dijo—¿y con qué se te quita ese mal? Sépalo yo, para buscar en los confines del mundo el remedio.” Suspiró Ta-Hio y murmuró: —“¡Ay misero de mí! Que no se me quita el ataque, sino aplicándome al corazón sesos de difunto! —Y apenas hubo acabado de proferir estas palabras, cayó redondo con el accidente.

Al pronto quedó Pan-Siao tan confusa como el lector puede inferir; pero en seguida se le vino á las mientes que, en los primeros instantes de inconsolable viudez, había mandado que al luminoso Li-Kuan le enterrasen en el jardín, para tenerle cerca de sí y poderle visitar todos los días. A la verdad, no había ido nunca; de todos modos, ahora se felicitaba de su previsión. Tomó una linterna para alumbrarse, una azada para cavar y un hacha que sirviese para destrozarse las tablas del ataúd y el cráneo del muerto; y resuelta y animosa se dirigió al jardín, donde un sauce enano y recortadito sombreaba la fosa.

Dejó en el suelo la linterna y el hacha; dió un azadonazo... y en seguida exhaló un chillido agudo, porque detrás del sauce surgió una figura que se movía, y que era la del mismísimo Li-Kuan, ¡la del esposo á quien creía cubierto por dos palmos de tierra!

—Sierpe escamosa—pronunció el filósofo con

voz grave—arrodíllate. Voy á hacer contigo lo que venías á hacer conmigo; voy á sacarte los sesos (si es que los tienes). Entre mi discípulo Ta-Hio y yo hemos convenido que sondeáramos el fondo de tu malicia, y, sobre todo, de tu mentira. No castigo tu inconstancia, que sólo á mí ofende, sino tu fingimiento, tu hipocresía, que ofenden á toda la humanidad. ¿Te acuerdas de la dama del abanico?

Y el esposo cogió el hacha, sujetó á Pan-Siao por el complicado moño, y contra el tronco del sauce la partió la sién.

LA HIERBA MILAGROSA

EXPLICACIONES

AL cuento *La hierba milagrosa* debe preceder, á título de explicación, la carta que dirigí al Sr. D. Miguel Moya, director de *El Liberal*.

Madrid 22 de Octubre de 1892.

Mi distinguido amigo: Al llegar á esta corte y registrar la pirámide de papeles y libros que me esperaban, encuentro un número de *La Unión Católica*, donde se dice que mi cuento *Agravante*, que *El Liberal* insertó el 30 de Agosto próximo pasado, no es mío, sino de Voltaire. Me ha caído en gracia el que un periódico se tome la molestia de investigar la procedencia del cuento, cuando yo la declaraba en el cuento mismo, diciendo expresamente que lo había encontrado en las propias hojas de papel de arroz donde se conserva la historia de la dama del abanico blanco, igualmente publicada por *El Liberal* bajo la firma del distinguido escritor Anatolio France.

Lo que me pareció excusado añadir—porque

lo saben hasta los gatos — es que esas hojas de papel de arroz, de donde tomó Anatolio France su historieta y yo la mía, son las de los auténticos y conocidísimos *Cuentos chinos*, que recogieron los misioneros y coleccionó Abel de Remusat en lengua francesa.

En esa colección, la historia de la dama del abanico blanco y la de la viuda inconsolable y consolada, forman un solo cuento.

Pero no es allí únicamente donde existe la tal historia, pues con sólo abrir (¡recóndita erudición!) el *Gran Diccionario Universal de Larousse*, que forma parte integrante del mobiliario de las redacciones, hubiese visto *La Unión Católica* que esa historieta es conocida en todas las literaturas bajo el título de *La matrona de Efeso*, y que igualmente se encuentra en la India, en la China, en la antigüedad clásica y en la inmensa mayoría de los modernos cuentistas; que dramática y sentenciosa entre los chinos, ha tomado en otras naciones, en boca de los narradores de *fabliaux* y en Apuleyo, Bocaccio, La Fontaine y Voltaire, sesgo festivo y burlón; y añade el socorrido *Diccionario*: "Esta ingeniosa sátira de la inconstancia femenil parece tan natural y verdadera, que se diría que brotó espontáneamente en la imaginación de todo cuentista, y no hay que recurrir á la imitación para explicar tan singular coincidencia."

De estas laboriosas investigaciones se desprende que el cuento es tan de Voltaire como mío, é hicimos bien Anatolio France y yo en

repartírnoslo según nos plugo, y hasta pude ahorrarme la declaración de su procedencia. En efecto; por mi parte, para remozar esa historia, no la he leído en Voltaire ni en ningún autor moderno, sino en la misma colección de *Cuentos chinos*; y estoy cierta de que mi versión se diferencia bastante de las demás.

Si entrase en mis principios dar por mío lo ajeno, ó sea gato por liebre, no juzgo difícil la empresa. Claro está que yo no había de ser tan inocente que ejercitase el instinto de rapiña en lo que cada quisque conoce (ó debe conocer por lo menos, pues se dan casos, y sino ahí está el descubrimiento de *La Unión*). Sobran libros arrumbados: el que quiera tener algo bien oculto, que lo guarde en uno de esos libros. Ea, á la prueba me remito: vamos á hacer una experiencia. Al que acierte y diga *qué autor español refiere en pocos renglones* el caso que va V. á publicar bajo mi firma con el título de *La hierba milagrosa*, le regalo una docena de libros, que no diré que sean buenos, pero corren como si lo fuesen. Queda excluido de concurso Marcelino Menéndez y Pelayo.

De V. siempre afectísima amiga s. s. q. b. s. m.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Publicada esta carta con el cuento *La hierba milagrosa*, recibí algunas donde se me indicaban libros y autores que contenían el argumento del nuevo cuentecillo; no obstante, ninguna de aquellas cartas se refería á autor español; la mayor parte de mis correspondientes citaban á

Ariosto, en cuyo poema *Orlando furioso* ocupa el episodio de *La hierba milagrosa* un canto casi íntegro. Por fin, el señor Don Narciso Amorós, escritor de erudición varia y peregrina, nombró á un autor español que traía el caso de *a hierba*; y aun cuando no era el mismo autor de donde yo lo había tomado—Luis Vives, en su *Instrucción de la mujer cristiana, Tratado de las vírgenes*—me pareció que no por eso dejaba de llenar el señor Amorós las condiciones del certamen, y tuve el gusto de ofrecerle el insignificante premio.

Como se ve, el acertijo no era ningún enigma de la esfinge para quien poseyese cierto caudal de doctrina bibliográfica. Sin embargo, siendo tan fácil descifrar la charada, mi acusador de *La Unión Católica* no la descifró, por *no molestarme*, según declaró poco después.

Págueme Dios atención tan extraña, pues ningún género de molestia, al contrario, me causaría ver consagrar á que se esclareciesen los orígenes de *La hierba milagrosa* igual diligencia que á descubrir el *panamá* de *Agravante*.

El caso que voy á referiros debió de suceder en alguna de esas ciudades de geométrica traza, pulcras, bien torreadas, de apiñado caserío, que se divisan, allá en lontananza, empinadas sobre una colina, en las tablas de los pintores místicos flamencos. Y la herofna de este cuento, la virgen Albaflor, se parecía, de seguro—

aunque yo no he visto su retrato—á las santas que acarició el pincel de los mismos grandes artistas: alta y de gráciles formas, de prolongado corselete y ondulado y fino cuello, de seno reducido, preso en el jubón de brocado, de cara oval y cándidos y grandes ojos verdes, que protegían con dulzura melancólica tupidas pestañas; de pelo dorado pálido, suelto en simétricas conchas hasta el borde del ampuloso traje.

La tradición asegura que Albaflor, pudiendo competir en beldad, discreción, nobleza y riqueza con las más ilustres doncellas de la ciudad, las vencía á todas por el mérito singularísimo de haber elevado á religioso culto el amor de la pureza. La devoción á su virginidad rayaba en fanatismo en Albaflor, revelándose exteriormente en la particularidad de que cuanto rodeaba á la doncella era blanco como el ampo de la intacta nieve. Albaflor proscribía lo que no ostentase el color de la inocencia, y allá en el interior de su alma—si el alma tuviese ventanas de cristal—también se verían piélagos de candor y abismos de pudorosa sensibilidad, que siempre vigilante, vedaba el ingreso hasta al más ligero, sutil y embozado deseo amoroso, rechazándolo como rechaza el escudo de acero la emponzoñada flecha.

¿Decís que era virtud? Virtud era, pero también muy principalmente labor estética; delicada y mimosa creación de la fantasía de Albaflor, que se complacía en ella cual el artista se complace en su obra maestra, y la retoca y perfecciona un día tras otro, añadiéndole nuevos

primores. La que sentía Albaflor al registrar su alma con ojeada introspectiva y encontrarla acendrada, limpia, tersa, clara como luna de espejo, como agua serenada en tazón de alabastro, envolvía un deleite tan refinado y original, tan aristocrático y altivo, que no se le puede comparar ninguna felicidad culpable. Sabíanlo ya los mancebos de la ciudad y habían renunciado á galantear y rondar á Albaflor. Cuando la veían pasar por la calle, semejante á una aparición, recogiendo con dos dedos la túnica de blanco tisú, la saludaban inclinándose y la seguían—hasta los más disolutos—con ojos reverentes.

Aconteció por entonces que un conquistador extranjero invadió el reino y puso sitio á la ciudad donde vivía Albaflor. La desesperada resistencia fué inútil; no dió más fruto que encender en furor al jefe enemigo, inspirándole la bárbara orden de que la ciudad fuese entrada á sangre y fuego.

La soldadesca se esparció, desnuda la espada y al puño la tea, y pronto la triste ciudad se vió envuelta en torbellinos de humo y poblado el ambiente de gemidos, gritos de espanto y ayes de agonía, mezclados con imprecaciones y blasfemias espantosas.

Estaba la morada de Albaflor situada á un extremo de la población, y como el padre de la doncella, habiendo salido á defender las murallas, yacía cadáver sobre un montón de escombros, Albaflor, transida de angustia, se había encerrado en sus habitaciones, y rezaba de ro-

dillas, viendo al través de los emplomados vidrios cómo el sol tramontaba envuelto en celajes carmesíes. De improviso saltó hecha pedazos la vidriera, y se lanzó en la cámara un hombre, un soldado—mozo, gallardo, furioso, implacable—pero que de improviso se paró, sorprendido, quizá, por el aspecto de la cámara.

Revestían las paredes amplias colgaduras blancas, sujetas con tachones y cordonería de plata reluciente. Del techo colgaba una lámpara del mismo metal. Pieles de armiño y vellones de cordero mullían el piso. El sillón y el reclinatorio eran chapeados de marfil, como asimismo el diminuto lecho. En una jaula se revolvía cautiva nevada paloma. Y sobre los poyos del balcón, en vasos de mármol blanco, se erguían haces apretadísimos de azucenas, centenares de azucenas abiertas ó para abrir, y campeando en medio de ellas, airoso y nitido como garzota de encaje, un tiesto de cristal, de donde emergía el lirio blanco, el que su dueña regaba con religioso esmero, viendo en la soñada flor un símbolo...

Como si al iracundo vencedor la hermosura y el aroma de las flores le despertase ideas de destrucción y exterminio, blandió la espada, segó y destrozó colérico el embalsamado bosque de azucenas. Las flores cayeron al suelo rotas y el soldado las pisoteó; después alzó el puño y fué á arrancar el lirio.

Oyóse un sollozo. Albaflor lloraba por su lirio emblemático, tan fresco, tan fino, de hojas de seda transparente, que iba á ser hollado sin

piedad... Al sollozo de Albaflor, el soldado volvió la cabeza, y divisó á la virgen, arrodillada, vestida de blanco, destacándose sobre el fondo de oro de la tendida cabellera; y con rugido salvaje se precipitó á destrozar aquel lirio, más bello y suave que ninguno. Presa Albaflor en los brazos de hierro, se crispó, defendiéndose rabiamente, y en un segundo, en que se aflojó algún tanto la tenaza, dijo con anhelo al soldado:

—Déjame y te daré un tesoro.

—¿Tesoro?— respondió él, estrechándola embriagado.— Cuanto hay aquí me pertenece, y el tesoro lo mismo. No te suelto.

—Es que el tesoro sólo yo lo conozco — respondió afanosamente la doncella.— Sin lo aceptas, te pesará. Si muero, me llevaré el secreto á la tumba; y yo moriré si no me sueltas; ¿no ves cómo se me va la vida?

En efecto; el soldado vió que la doncella, lívida y desencajada, parecía ya un cadáver.

—¿Qué tesoro es ese?— preguntó, desviándose un poco.— ¡Ay de ti si mientes! De nada te servirá; no me engañes.

—Hay— dijo Albaflor serenándose y con energía— una hierba milagrosa. El que la lleva consigo no puede ser herido por arma ninguna. Si la pones bajo tu coraza, harás prodigios de valor en los combates, y serás invulnerable, y llegarás á conquistar mayor gloria que el grande Alejandro. La hierba sólo crece en mi jardín, y nadie la conoce y sabe sus virtudes sino yo, que he ofrecido, por saberlas, perpetua cas-

idad. Si me desfloras, no podré enseñarte la hierba. Yo misma no la encontraré si pierdo mi honor.

—Vamos— exclamó el soldado casi persuadido, aunque todavía receloso.— La hierba ahora mismo; á ser cierto lo que aseguras, á pesar de tu belleza, te miraré como miraría á mi propia madre.

Juntos salieron al jardín Albaflor y su enemigo. Recorrieron sus sendas, y en el sombrío rincón de una gruta inclinóse la doncella, y registrando cuidadosamente la espesura, dió un grito de triunfo al arrancar una planta menuda que presentó al soldado. Este la tomó meneando la cabeza desconfiadamente.

—¿Quién me asegura, doncella, que no me engañas por salvarte?— murmuró al recibir la hierba milagrosa.— ¿Quién me hace bueno que al entrar en batalla no será esta hierba inútil y vano amuleto, como los que fabrican las viejas con cuerda de ahorcado? ¡Creo que soy el mayor necio en perder el tesoro real y efectivo de tu belleza por este mentiroso hechizo!

—Ahora mismo— dijo Albaflor mirando fijamente al mozo— vas á cerciorarte de que no te engañé, y á probar las virtudes de la hierba. Desnuda tienes la espada: aquí hay un banco de piedra: yo pongo en él el cuello, con la hierba encima, y tú, de un tajo bien dado, pruebas á degollarme. Hieres sin temor— añadió la doncella sonriendo gentilmente— emplea toda tu fuerza, que no lograrás producirme ni una rozadura. ¡Ea! ¿Qué aguardas? Ya estoy, ya es-

pero... Asegúrame de los cabellos, que así te es más fácil el golpe...

El soldado, lleno de curiosidad, cogió la rubia mata, se la arrolló á la muñeca, tiró hacia sí, y de un solo golpe segó el cuello de cisne, horro- rizado cuando un caño de sangre roja y tibia le saltó á la cara, envuelto en la hierba mila- grosa...

Así salvó Albaflor el simbólico lirio blanco.

SOBREMESA

EL café, servido en las tacillas de plata, ex- halaba tónicos efluvios; los criados, después de servirlo, se habían retirado discretamente; el marqués encendió un habano, se puso *Char- treuse* y preguntó á boca de jarro al catedráti- co de Economía política, ocupado en aumentar la dosis de azúcar de su taza:

—¿Qué opina V. de la famosa teoría de Mal- thus?

Alzó el catedrático la cabeza, y en tono repo- sado y majestuoso, moviendo con la sobredo- rada cucharilla los terrones impregnados ya, dijo con expresivo fruncimiento de labios y pronunciando medianamente la frase inglesa:

—*Moral restraint*... ¡Desastroso, funesto para la vida de las naciones! Error viejo, ya desacreditado... Pregúntele V. al señor Sama- niago de Quirós, que tan dignamente representa á la república de Nueva Sevilla, si está conforme con Malthus y su escuela.

—Distingo—contestó el ministro americano, deteniendo la taza de café á la altura de la boca, por cortesía de responder sin tardanza.—Soy

pero... Asegúrame de los cabellos, que así te es más fácil el golpe...

El soldado, lleno de curiosidad, cogió la rubia mata, se la arrolló á la muñeca, tiró hacia sí, y de un solo golpe segó el cuello de cisne, horro- rizado cuando un caño de sangre roja y tibia le saltó á la cara, envuelto en la hierba mila- grosa...

Así salvó Albaflor el simbólico lirio blanco.

SOBREMESA

EL café, servido en las tacillas de plata, ex- halaba tónicos efluvios; los criados, después de servirlo, se habían retirado discretamente; el marqués encendió un habano, se puso *Char- treuse* y preguntó á boca de jarro al catedráti- co de Economía política, ocupado en aumentar la dosis de azúcar de su taza:

—¿Qué opina V. de la famosa teoría de Mal- thus?

Alzó el catedrático la cabeza, y en tono repo- sado y majestuoso, moviendo con la sobredo- rada cucharilla los terrones impregnados ya, dijo con expresivo fruncimiento de labios y pronunciando medianamente la frase inglesa:

—*Moral restraint*... ¡Desastroso, funesto para la vida de las naciones! Error viejo, ya desacreditado... Pregúntele V. al señor Sama- niago de Quirós, que tan dignamente representa á la república de Nueva Sevilla, si está conforme con Malthus y su escuela.

—Distingo—contestó el ministro americano, deteniendo la taza de café á la altura de la boca, por cortesía de responder sin tardanza.—Soy

partidario en Europa y enemigo en América. Nosotros poseemos una extensión enorme de tierra fertilísima, y hemos cubierto el territorio de ferrocarriles y salpicado el litoral de magníficos puertos; ahora sólo nos faltan brazos que beneficien esa riqueza, y nos convenría que el *tecolote*, ó lechuza sagrada, que en nuestra mitología indiana estaba encargada de derramar los gérmenes humanos sobre el planeta, nos sembrase un hombre detrás de cada mata, para convertir en Paraíso terrenal cultivado lo que ya es Paraíso, pero inculto.

—No les hacía á Vds. la pregunta sin intrínsecos—advirtió el marqués.—Quería saber su opinión para formar la mía respecto á una mujer que fué condenada á cadena perpetua, y que yo no he llegado á convencerme de si era la mayor criminal ó la más desdichada criatura del mundo.

—¿Pues qué hizo esa mujer?—preguntaron á la vez y con el interés que siempre despierta el anuncio de un drama todos los convidados del marqués, apiñándose alrededor de la mesilla cargada con el cincelado servicio de café y las botellas de licores color topacio.

—Lo habrán Vds. leído quizá en los periódicos; pero esas noticias telegráficas, en estilo cortado, se olvidan al día siguiente, á no ser que, como á mí, produzcan impresión tan profunda que luego se quiera averiguar detalles, y que, averiguados, quede fija en el alma la terrible historia, en forma de problema, de remordimiento y de duda. La van Vds. á oír..., y si la

sabían ya, me lo dicen, y también lo que piensan de ella, á ver si me ilumina su ilustrado parecer.

“En uno de los barrios más destartados y miserables de este Madrid donde se cobija tanta miseria, ocupó un mal zaquizami una pareja de pobretes: él obrero gasista, ella hija del arroyo. El marido trabajó algún tiempo... regular; en fin, que comían casi siempre ó poco menos. Vinieron los chiquillos, más espesos que las hogazas; hizo falta trabajar firme, pero el hombre flojeó, mientras la mujer se agotaba lactando. La historia eterna, reproducida á cientos de miles de ejemplares: un poco de fatiga y desaliento trae la holganza; la holganza llama por la bebida; la bebida por el hambre; el hambre por las quimeras; de las quimeras se engendra la riña y la separación. El obrero una noche abandonó el tugurio, soltando blasfemias y maldiciendo de su estrella condenada, porque, según él, quien se casa es un bruto, quien tiene hijos dos brutos, y quien los mantiene tres brutos y medio, y jurando que cuando él volviese á aportar por semejante leonera habría criado pelos la rana.

“Allí se quedó sola la mujer, con los cinco vástagos, la mayor de diez años, de once meses el menor. Buscó labor, pero no la encontró, porque no podía apartarse de los niños, y en especial del que criaba, ni se improvisan de la noche á la mañana casas donde admitan á una asistenta ó una lavandera desconocida, famélica, hecha un andrajo, con un marido borra-

chin y de malas pulgas. El único trabajo que la *salió*, como ella decía, fué recoger huesos, trapos y estiércol en las carreteras; gracias á este arbitrio se ganaba un día con otro sus tres ó cuatro perros grandes.

„Vino un invierno lluvioso y muy crudo, y el recurso faltó, porque la lluvia es la enemiga del traperero; le hace papilla la *mercancía*. Transcurrió una semana, y en ella empezaron á debilitarse de necesidad los niños. La madre andaba escasa de leche; el crío lloraba la noche entera, tirando del pecho flojo. El panadero, á quien se le debían ya diez y seis pesetas, se cerró á la banda, negándose á fiar. La Sociedad de San Vicente dió unos bonos, y comidos los bonos, el hambre y el desabrigo volvieron. La mujer salió de su casa una tarde—vispera, por cierto, de Reyes—y vendió su única joya, una chivita blanca, muy hermosa, por la cual sacó algunos reales. Fuése á la Plaza Mayor, compró unos Reyes Magos, preciosos, á caballo, con su estrella y su portalito; además atestó los bolsillos de piñonate y se echó una botella de vino bajo el brazo. Llevó pan, garbanzos, tocino; llegó á su casa; puso el puchero, y los niños, locos de alegría, después de jugar mucho con los Santos Reyes, comieron olla y golosinas, y se acostaron atiborrados, y se durmieron al punto. La madre también comió y bebió vino á placer. Con el alimento y el Arganda sintió que subía la leche á su seno: se desabrochó y dió un solemne hartazgo al pequeñillo. Así que le vió tan lleno que cerraba los

ojos, le metió de firme el pulgar por el cuello, asfixiándole.

„Se llegó luego al mal jergón donde juntos dormían la niña de tres años, el niño de seis y el de nueve. A la de tres la apretó el gáznate hasta dejarla en el sitio. Al de seis igual. Pero el mayorcito se despertó, y sintiendo las manos de su madre en el pescuezo, se defendió como una fierecilla. Mordía, saltaba, pateaba, no quería morir; la madre consiguió batirle la cabeza contra la pared, y así aturdido, ahogarle.

„Volvióse entonces y vió á la niña mayor, de diez años, incorporada en su jergón, con los ojos dilatados de horror y las manos cruzadas, chillando, pidiendo misericordia. Tenía aún sobre la almohada las figuritas de los Santos Reyes. „Paloma,—dijo la madre acercándose,—tu padre se ha largado, á tus hermanitos los he despachado y yo llevaré el mismo camino en seguida, porque no puedo más con la carga. ¿Te quieres tú quedar sola en este amargo mundo?

„Y la chiquilla, convencida, alargó el pescuezo y se dejó estrangular sin defenderse; como que, muerta, tenía una expresión dulce y casi feliz.

„Cubrió la madre á las cinco criaturas con unos trapos y las mantas; encendió el anafre; cerró las ventanas: se tendió en la cama y esperó.

„Los vecinos habían oído gritar al chico y á la niña. Percibieron tufo de carbón; recelaron y rompieron la puerta. La madre se salvó de

morir; la llevaron á la cárcel entre una multitud que la amenazaba y maldecía; la juzgaron, y en la duda de si era fingido ó no era fingido el suicidio, ni se atrevieron á enviarla al palo ni á absolverla. Lo que hicieron fué sentenciarla á cadena perpetua.,,

Al pronto, nadie comentó la historia del marqués; tan impropia de un amo de casa que obsequia á sus amigos. Por fin, el catedrático de Economía murmuró sentenciosamente:

—No veo clara la conducta de esa mujer. ¿Por qué no ahorró los dineros producto de la venta de la cabra, en vez de malgastarlos en figuritas de Reyes y estrellas de talco? Con esos cuartos vivían una semana lo menos. El pobre es imprevisor. ¡Ah, si pudiésemos infundirle la virtud del ahorro! ¡Qué elemento de prosperidad para las naciones latinas!

—¿Y V.—preguntó el marqués sonriendo— enviaría á esa mujer á presidio?

—¡Qué remedio!— exclamó el interrogado, presentando las suelas de las botas al calorcillo de la chimenea.

EVOCACIÓN

EL marqués de Zaldúa era, al entrar en la edad viril, secretario de Embajada, garzón cumplido y apuesto, con una barba y un pelo que parecían siempre acabados de estrenar, manos tan pulcras como las de una dama, vestir intachable, y conversación variada y en general discreta: en suma, dotado de cuantas prendas hacen brillar en sociedad á un caballero. Y en sociedad brillaba realmente el marqués; sonreíanle las bellas, y de buen grado se refugiaban en su compañía á la sombra de una lantana ó de un gomero, en una *serre*, á charlar y oír historias, á desmentuzar el tocado ó á comentar los amoríos de las demás. Su brazo para ir al comedor, su compañía para el rigodón, eran cosas gratas; su saludo se devolvía con halagüeña cordialidad, de igual á igual; ramo que él regalase se enseñaba á las amigas, previo este comentario: "De Zaldúa. ¡Qué amable! ¡Qué bonitas flores!,"

En vista de estos antecedentes, no faltará quien crea que nuestro diplomático es un afortunado mortal. No obstante, el marqués, que por tener buen gusto en todo hasta tiene el de

no ser jactancioso ni fatuo, afirma, cuando habla en confianza absoluta, que no hay hombre de menos suerte con las mujeres.

—Si me pasase lo contrario; si fuese un conquistador, me lo callaría — suele añadir sonriendo.—Pero puesto que nada conquisto, no hay razón para que me haga el misterioso y oculté mis derrotas. Soy el perpetuo vencido: ya he desesperado de sitiar plazas, porque sé que habría de levantar el cerco prudentemente, para salvar siquiera el amor propio.

Reflexionando sobre el asunto, he dado en creer que mi mala ventura es hija de lo que llaman mis éxitos de salón. ¿Ha observado V. que las mujeres menos amadas son esas tan festejadas, esas reinas mundanas que al pasar levantan rumor de admiración y á quienes todos los hombres tienen alguna insubstantialidad que decir? Algo parecido nos debe de suceder á los que en los círculos muy escogidos no hacemos papel del todo desairado. También creo que me perjudica... no vaya V. á reirse... la buena educación de familia. Me lo inculcaron desde niño, y soy extremadamente cortés con las señoras: imposible que nadie las trate con más respeto, con más delicadeza. Al hablarlas las incienso; al sonreirlas les dedico un poema. Y aunque parezca extraño... á veces se me ocurre que las mujeres, por la dependencia en que vive su sexo desde tiempo inmemorial, tienen un flaco inconfesado por los hombres insolentes y duros, reconociendo en ellos al amo y señor. Los que estamos dispuestos á

descolgar la luna para complacerlas, quizá pasamos por sandios ó por débiles: dos cosas igualmente malas.

Cierto día, hablando así el marqués á un amigo suyo, el amigo le preguntó si era posible que tanta galantería, tanta corrección, no le hubiesen valido algo más que simpatías, y si nunca se había creído dueño del corazón de una dama. El marqués, después de algunos instantes de perplejidad, contestó:

—En fin, ya ha pasado tiempo, la interesada no existe, y si V. me permite callar el nombre, contaré la única fortunilla que tuve... Después de que V. se entere, no me llamará alabado por haberla contado... Es una victoria negativa, que concurre á demostrar lo mismo que decíamos antes (y aquí el marqués sonrió con cierto humorismo triste); á saber, que no eclipsaré yo á los Tenorios ni á los Mañaras.

“Una de las veces que vine á España con licencia á ver á mi madre, encargóme ésta que cuando regresase á París visitase á una duquesa amiga suya, á quien no había visto en muchos años, porque vivía retirada, desde la muerte de una hija muy querida, en soberbia quinta á poca distancia de Bayona. Resuelto á cumplir el deseo de mi madre, resolví también no aburrirme, ó al menos no demostrarlo, en las horas que la visita durase. Me bajé en la estación más próxima á la quinta, donde ya me esperaba el capellán de la duquesa con un break.

„A fuer de señora fina, la duquesa me recibió con muestras de contento, y salió á salu-

darme al vestíbulo, toda de luto, sin más adorno que unos pendientes de perlas de inestimable precio, por lo iguales, lo gruesos y la hermosura de su oriente...

—¿Como aquellas dos perlas que V. lleva en la pechera muchas noches?

—Justo. Mi primer movimiento, al ver á la señora, fué tomarla la mano y besársela con devoción y viveza. Noté sorprendido que tan sencilla atención le hacía salir el color á las mejillas. ¡Cuánto tiempo que nadie la besaba la mano! No sé por qué, al advertirlo, me ocurrió lisonjear un poco á la pobre señora, tratándola como trata á una mujer joven, guapa y digna un muchacho de buena sociedad, con hábil mezcla de respeto y galantería. Las primeras palabras de la duquesa fueron para notar mi gran parecido con mi madre, y lo dijo con la tierna turbación del que recuerda afectos y alegrías pasadas. Después añadió que, comprendiendo lo que son muchachos, me rogaba que me considerase en su casa enteramente libre, y que sabiendo las horas de comer, y enterado de que en la quinta había coches y caballos á mi disposición, podía arreglar los días á mi gusto. Respondí con calor que no me había desviado de mi camino sino para verla y acompañarla, y que ella no sería tan cruel que no me permitiese gozar, aunque sólo fuese por breve tiempo, de su conversación y trato. Nuevamente se coloreó su cara y como hiciese una indicación al capellán para que me mostrase la quinta, la supliqué—si no

la era molesto—que me la enseñase ella misma, á la hora que tuviese por más conveniente, porque el recuerdo de aquella finca se uniese al de su dueña en el santuario de mi memoria. Al punto la duquesa pidió su sombrilla, su sombrerito de jardín, y sin dilación quiso que fuésemos á recorrer arriates, estufas, bosques y granja ó caserío de los colonos. La presenté el brazo y la sostuve con vigor, con la tensión de músculos que en un baile desarrollamos para pasear por los salones á la reina de la fiesta y ostentarla.

„Durante el paseo la fuí animando, á fuerza de atención, á que hablase mucho, y dos ó tres veces la hice reír y contestar en tono chancero. En el invernáculo nos paramos delante de una flor rara, el jazmín doble, y alabando su aroma, la rogué que me pusiese una rama en el ojal. Consintió declarando que yo era muy caprichoso; y mientras me sujetaba la rama con sus dedos torneados aún, la miré al fondo de las pupilas, con una gratitud risueña y... no sé cómo diga... iba á decir *amorosa*... en fin, con un no sé qué, que la hizo bajar los ojos... ¡Si, bajarlos!

„Volvió de la excursión algo fatigada; subió á arreglarse para comer, y durante la comida procuré seguir entreteniéndola, sin que la conversación languidciese un minuto. A los postres, volví á ofrecerle el brazo, y ya lo tomaba para pasar al salón, cuando el capellán, asombrado, la recordó que faltaba dar las gracias. Rezamos, y ya en el salón, me senté al lado de

la duquesa é insensiblemente la traje á hablar de su juventud, de sus triunfos. Al contarme que en un baile de casa de Montijo llevaba traje rosa salpicado de jazmines—justamente de jazmines—exclamé como involuntariamente.—¡Qué hermosa estaría V.!—Volvió la cabeza, hubo un silencio eléctrico de algunos segundos... y noté que su respiración se hacía difícil.

„Al retirarme á mi cuarto, recapacité, y me alarmé, lo confieso; vi en perspectiva la ridiculez posible de una situación hasta entonces tan original, tan graciosa, tan culta... y resolví marcharme á coger el tren que pasa al amanecer por Bayona. Dicho y hecho: salté de la cama, me vesti, bajé á la cuadra, mandé poner el break, y dejé una cartita para la duquesa, donde, presentándola todas mis excusas, indicaba que las despedidas son siempre melancólicas, y que mi deseo era que no quedase ningún mal recuerdo de mi breve estancia.

„El día de Año nuevo recibí en París una caja. No contenía más que jazmines dobles. El día de mi santo recibí otra. Igual contenido. Al cumplirse un año — día por día — de mi llegada á la quinta, más jazmines. Ya no pude dudar de la procedencia. La duquesa los criaba á precio de oro, y me los enviaba en toda estación.

„Después nada recibí... más que la noticia de la muerte de la duquesa, y á poco me entregaron esas perlas que V. sabe—sus pendientes—que en su testamento me legaba á título de

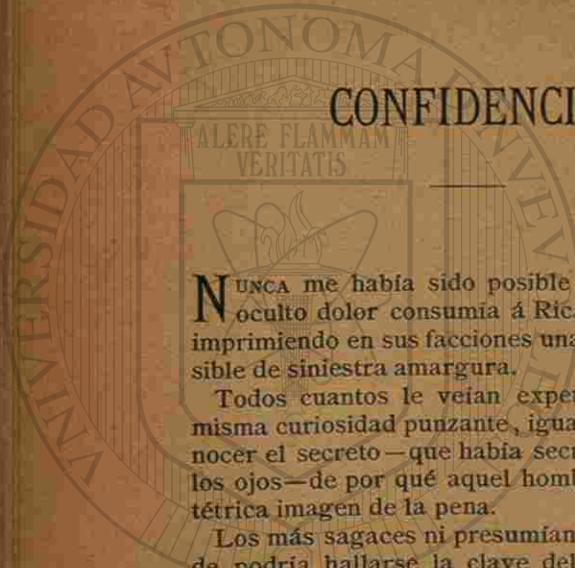
recuerdo del día *en que nos conocimos*. Así rezaba la cláusula: *en que nos conocimos*.

„Ea, ya sabe V. mi conquista...”

—¿Y V. cree—preguntó el amigo con suma curiosidad—que la duquesa no enfermó de pena de no verle?

—La duquesa tenía sesenta y cinco años—dijo por vía de contestación Zaldúa.





CONFIDENCIA

NUNCA me había sido posible adivinar qué oculto dolor consumía á Ricardo de Solís, imprimiendo en sus facciones una huella tan visible de siniestra amargura.

Todos cuantos le veían experimentaban la misma curiosidad punzante, igual deseo de conocer el secreto—que había secreto saltaba á los ojos—de por qué aquel hombre parecía la tétrica imagen de la pena.

Los más sagaces ni presumían siquiera dónde podría hallarse la clave del misterio. Ricardo de Solís era soltero; su hacienda mucha; limpia y noble su ascendencia; vigorosa su complexión; su presencia gallarda. Alguien atribuyó su abatimiento á males físicos: su médico lo desmintió, asegurando que nada le dolía á Solís. Las damas cuchichearon no se qué de amores imposibles y secretos lazos ilegales: púsose en acecho la malicia, fisgoneando como entrometida dueña, y sólo descubrió patentes indicios de una indiferencia suprema en cuestiones femeniles.

Se habló de pérdidas en Bolsa, de deudas, de

usuras, de atolladeros sin salida; pero el agente que manejaba fondos de Solís, su abogado, sus proveedores, sus compañeros de casino desmintieron tales voces, declarando que no existían en Madrid cien fortunas tan saneadas ni tan bien regidas como la de Don Ricardo. Por ninguna parte se veía el punto negro, y justamente el no verlo excitaba más la sed de saber y enterarse de lo que á nadie importa, sed que aflige y caracteriza á los desocupados é inútiles, ó sea á la mayoría social.

A mí también declaró que me daba en qué pensar el enigma; pero mi curiosidad—y perdónenme los demás curiosos—tenía alguna justificación, al modo que la tiene la crueldad del vivisector que despelleja á un conejo en interés de la ciencia. Cuanto más vivo, más voy creyendo que la Biblia en cuyas páginas se estudia el supremo saber, es la humanidad. Como los rancieros y primorosos horarios que iluminaba la mano paciente del monje en la Edad Media, el libro del corazón humano no tiene página que sea igual á otra. Como en esos mismos horarios, al lado de la página donde los ángeles, cercados de luz, saludan á la Inmaculada Doncella, está la página donde los vicios, representados al natural ó en forma de inmundas alimañas, ostentan sin rebozo su fealdad y desnudez. Como en los mismos horarios, la impresión definitiva que produce en el alma el conjunto de divina pureza y desnuda fealdad, es una impresión religiosa.

Defendida así mi propia causa, diré que puse

en juego todos los recursos decorosos y licitos, todas las estratagemas de buena guerra para descifrar el logogrifo viviente. Busqué con maña el trato de Solís; estudié el modo de atraerle á mi casa; le serví en dos ó tres asuntos de poca monta; y tuve la habilidad de presentarme como persona á quien son profundamente indiferentes las historias ajenas. No sé si lo creyó, pues la impertinencia de las gentes le tenía muy prevenido y en guardia; sé que aparentó creerlo, y estimó mi cauta discreción en lo que valía. Quizá lisonjeado por ella—la discreción es siempre una lisonja, pues implica respeto—fué dejándose ganar al trato frecuente, siempre reservado, siempre serio, siempre mudo sobre *lo esencial*—lo que todos deseaban saber y yo más que todos.

Cuando ya íbamos siendo amigos, me pareció notar que la escondida llaga de la vida de Solís se escondaba. La contracción de su rostro, lo torvo de su mirar, la expresión de *condenado* visible en ojos, boca y hasta en la nerviosa dilatación de la nariz, por donde exhalaba involuntariamente el suspiro de agonía á que los apretados labios no querían abrir camino,—eran otros tantos indicios delatares del desastre moral, sujeto, como el físico, á leyes fatales de progresión. El alma de Ricardo de Solís naufragaba; hundida en las olas y sin fuerza ya para combatir las, sacaba á flor de agua la cabeza, miraba con desesperación al cielo—y volvía á sentirse sorbida por el remolino inexorable.

Al mismo tiempo que observé todos estos síntomas alarmantes, creí percibir otros... ¡cuán leves eran! ¡cuán vagos! ¡cuán indefinibles!—de una tendencia á quebrantar aquel horrible silencio, á deshacer el nudo de la garganta, á despedazar la glacial costra, dejando paso al torrente de lava que estremecía el subsuelo. Los librepensadores que hacen mofa de la confesión auricular, desconocen la íntima textura de nuestro espíritu, que rara vez puede resistir sin desfallecer el peso del secreto propio. El reo que acosado, acorralado, con la sentencia de muerte encima, sabe que el confesar es peligroso, pero confiesa, porque *no puede menos*, saborea un placer inefable, cuya causa no adivina, porque ignora que la afirmación de la verdad complace á nuestra alma racional, como á nuestra vista la línea recta.

Tal era, sin duda, el estado psíquico de Ricardo de Solís: en varias ocasiones sospeché que le subía á la boca la confesión, y allí se paraba espantada de sí misma. Y, por último, adquirí el convencimiento de que Solís—un día ú otro, quizá mañana, quizá dentro de un año—hablaría, porque era necesario, era fatídico que hablase. Lejos de facilitarle ocasión, me esmeré más que nunca en que me creyese indiferente y distraída. Los cismáticos griegos se confiesan á una pared y no tienen rubor. Yo fingí ser de cal y canto, para que, al llegar la segura y tremenda confianza, fuese absoluta, sin hipócritas reticencias, ni atenuaciones, ni distinguos.

Una noche entró Solís. Nadie estaba conmigo: ardía mansamente la chimenea: la pantalla verde apenas dejaba filtrar la claridad del quinqué; el aposento se encontraba á esa fantástica semi-luz que favorece la expansión de la confianza: fuera zumbaba el viento de invierno, lúgubre y sordo: dentro, la alfombra y las cortinas amortiguaban el ruido más leve. En el modo de saludar, de sentarse, de iniciar la conversación, comprendí desde el primer instante que aquella noche se descorría el velo misterioso.

He de confesar mi cobardía. A las primeras palabras de la historia de Solís senti impresión tal, que quise rechazar la confidencia, y aconsejé al desgraciado que fuese á arrodillarse á los pies de un hombre bueno y justo, con facultad para absolver á los mayores culpables en nombre del que murió por ellos.— Mi repulsa fué hábil, pues acrecentó en Solís el ansia de abrir su corazón.

“No hay sacerdote para mí,—me dijo ronco y tembloroso, apoyando en las manos la frente.— “Ni hay sacerdote, ni yo quiero ser perdonado... ¡El perdón me horroriza!—añadió rechinando los dientes.— “No, no se asuste V. todavía. Ahora verá V. ¿V. sabe lo que quieren á sus hijos las madres? Pues pinte V. el cariño de cien madres de las más extremosas, y comprenderá V. lo que era la mía... No me separé de ella desde el día en que nací, y creo que eso mismo... creo que el exceso... Lo cierto es que cuando fui un minuto hombre, hirvió en mí un ansia insensata de libertad.

“Quería vivir á mi gusto, no sé si mal ó si bien, pero dueño de mí, sin traba ninguna de voluntad ajena. Un instinto diabólico me llevaba á hacer todo lo contrario de lo que quería y aconsejaba mi madre. Sospecho que aquello tenía algo de manía ó demencia. El alma es insondable. No sé cómo fué, puedo jurarlo; pero lo cierto es que la contradecía, la afligía, la maltrataba con rabia, primero de palabra, después...”

Aquí Solís exhaló una especie de gemido convulsivo y calló. Yo me guardé muy bien de manifestar que me asustaba la revelación horrenda. Mi silencio y mi serenidad animaron al reo.

“Lo que más la angustiaba era el que yo bebiese... y, sin ganas, bebía... sólo por mortificarla, por... Adquirí costumbre... Sucedió que una vez vine á casa... ebrio... ebrio... Con toda la energía de su amor me reprendió, afeó el mal hábito... y... después... quiso acostarme, cuidarme como cuando era niño... Salté furioso... la rechacé brutalmente... no sé lo que dije... la amenacé, jurando que si se empeñaba en tratarme como á un muñeco, pegaría fuego á la casa... Y al decirlo, arrimé la luz que estaba sobre la mesa á una cortina... La llama subió deprisa, culebreando... Yo entonces tuve no sé qué vislumbre de razón, y huí pidiendo á voces jagua, socorro! Por pronto que acudieron los criados, que ya dormían... mi madre... desmayada, aturdida del golpe que la di al rechazarla... caída en el suelo al pie de la cortina... su

traje en comunicación... rodeada de llamas...
El parricida alzó la cabeza y clavó en mí dos ojos que eran dos ascuas vivas. Pedí á Dios que les enviase á aquellos ojos una lágrima... y Dios, compasivo, debió de oirme, porque las ascuas se apagaron, se vidriaron... Un sollozo acompañó el fin de la confesión.

“Mi madre dijo á todos que ella misma, con la bujía, se había prendido fuego á la ropa... De allí á ocho días... porque duró ocho días... entre sufrimientos que hacen erizar los pelos... Las ballenas del corsé, de acero, incrustadas en la carne... La camisa adherida á la piel, que salió con ella á tiras... los ojos ciegos... las costillas descubiertas, el hueso del brazo hecho carbón...”

—Segura estoy—dije interrumpiendo á Solís. —de que su madre de V., antes de morir, le perdonó y le bendijo.

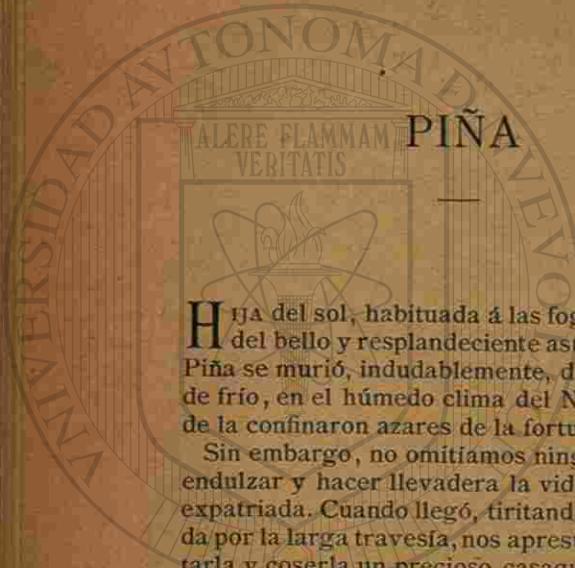
Contestóme un ahogado grito del hombre que ya no podía reprimir la convulsión, y su voz, que apenas se oía.

“Eso... eso fué lo malo... el perdón maldito... No, si yo no tengo remordimientos... si yo no me arrepiento, no... Sólo quiero me quiten aquel perdón... y volveré á gozar, á reir, á tener amores, á comer, á vivir como los demás... El perdón... El perdón que me dió agonizando.. ¡Ese perdón! ¡Ahl! ¡Qué venganza tan infame! El perdón es lo que yo tengo aquí... ¡De eso me muero!”

Y seco ya el llanto, rugió una maldición, y salió huyendo como en la noche de su crimen.

Oí el portazo que dió, y quedé trémula, pesarosa de saber y queriendo saber más todavía.

No supe más. Ricardo de Solís no volvió á mi casa. Pocos días después desapareció de la villa y corte. Se cuenta que pasó al Africa y que en Tánger se pegó un tiro en la sien.



PIÑA

HIJA del sol, habituada á las fogosas caricias del bello y resplandeciente astro, la cubana Piña se murió, indudablemente, de languidez y de frío, en el húmedo clima del Noroeste donde la confinaron azares de la fortuna.

Sin embargo, no omitíamos ningún medio de endulzar y hacer llevadera la vida de la pobre expatriada. Cuando llegó, firitando, desmadejada por la larga travesía, nos apresuramos á cortarla y coserla un precioso casaquín de terciopelo naranja galoneado de oro, que ella se dejó vestir de malísima gana, habituada como estaba á la libre desnudez en sus bosques de cocoteros. Al fin, quieras que no, la encajamos su casaquín, y se dió á brincar, tal vez satisfecha del suave calorcillo que advertía. Sólo que, con sus malas mañas de usar en vez de tenedor y cuchillo los cinco mandamientos, en dos ó tres días puso el casaquín majo hecho una gloria. El caso es que la sentaba tan graciosamente, que no renunciamos á hacerla otro con cualquier retal.

Porque es lo bueno que tenía Piña: que de

una vara escasa de tela se la sacaba un cumplido gabán, y de medio panal de algodón en rama se le hacía un edredón delicioso. ¡Y apenas la gustaba á ella arrebujarse y agasajarse en aquel rinconcejo tibio, donde el propio curso de su sangre y la respiración de su pechito delicado formaban una atmósfera dulce, que la traía vagas reminiscencias del clima natal!

De noche se acurrucaba en su medio panalito; pero de día, la vivacidad de su genio no la daba lugar á que permaneciese en tal postura, y todo se la volvía saltar, agarrarse á una cuerda pendiente de un anillo en el techo, columpiarse, volatinear, enseñarnos los dientes y exhalar agrios chillidos. Si la llevábamos una avellana, media zanahoria, una uva, tendía su mano negra y glacial, de ágiles deditos, trincaba el fruto, la golosina, ó lo que fuese, y mientras lo mordisqueaba y lo saboreaba y lo hacía descender, ya medio triturado, á las dos bolsas que guarnecían, bajo las mejillas, su faz muequera, nos miraban con benevolencia y no sin algún recelo sus contráctiles ojos de oro, ojos infantiles, que velaba una especie de melancolía indefinible.

Mucho sentíamos verla prisionera detrás de aquella reja de alambre; pero ¡el diablo que suelte á una criatura por el estilo! No quedaría en casa, á la media hora de haberla soltado, titeré con cabeza. Un día que logró escaparse, burlando nuestra severa vigilancia, causó más averías que el ciclón. Volcó dos jarrones de flores, haciéndolos añicos por su-

puesto; arrancó las hojas á tres ó cuatro volúmenes; paseó por toda la casa la gorra del cochero, acabando por arrojarla en el fogón; destrozó un quinqué, se bebió el petróleo, y, por último, apareció medio ahorcada en los alambres de una campanilla eléctrica. De milagro la sacamos con vida, demostrándonos una vez más su escapatoria que la libertad no conviene á todos, sino tan sólo á los que saben moderadamente disfrutarla.

Pero claro está; la infeliz Piña, al verse libre y señera, se había creído en sus florestas del trópico, donde nadie arma bronca á nadie por rama tronchada más ó menos. Pasado el desorden de su primera embriaguez, cayó Piña en abatimiento profundo, no sé si por reacción de la febril actividad gastada en pocas horas, ó si por obra de la turca de petróleo. Causaba pena verla al través del enrejado, tan alicaída, tan pálida, con el pellejo de las fauces tan arrugado y el pelo tan erizado y revuelto. Su inmovilidad entristecía la jaula, y su plañidero gañido tenía cierta semejanza con la queja sorda del niño debilitado y enfermo. Comprendimos que era preciso intentar algún remedio heroico, y al primer capitán de barco que quiso aceptar la comisión le encargamos un novio para Piña.

¡Nada menos que un novio!

Porque conviene saber que Piña conservaba el candor, la inocencia, la honestidad y todas esas cosas que deben conservar las damiselas acreedoras á la consideración y respeto del

público. La flor, —si así puede decirse,—de su virginidad, estaba intacta. Y aunque ningún indicio justificara la atrevida y ofensiva suposición de que Piña estuviese atravesando la sazón crítica en que las doncellas se pirran por marido, la pena y decaimiento en que se encontraba sumergida eran motivo suficiente para que la proporcionásemos la suprema distracción del amor y del hogar. Aflojamos, pues, cinco duros, y el novio, muy lucio de pelaje y muy listo de movimientos, entró en la jaula como en territorio conquistado.

¿Estaría aquel galán empapado en las teorías de Luis Vives, Fray Luis de León y otros pensadores, que consideran á la hembra creada exclusivamente para el fin de cooperar á la mayor conveniencia, decoro, orgullo, poderío y satisfacción de los caprichos del macho? ¿Se habría propuesto llevar á la práctica el irónico mandamiento de la musa popular, que dice:

Tratarás á tu mujer
como mula de alquiler?

¿O procedería guiado por un espíritu de venganza y resentimiento, al notar que la joven desposada le recibía con frialdad evidente y con despego marcadísimo? Lo que puedo afirmar es que, desde el primer día, el esposo de Piña (al cual pusimos el nombre significativo de *Coco*) se convirtió en aborrecible tirano. Yo no sé si medió entre ellos algo semejante á conyugales caricias: respondo sí de que, ó por exceso de pudor (raro en gentes de su casta), ó

porque tales caricias no existieron, jamás advertimos que Coco y Piña, en sus mutuas relaciones, se hubiesen de otra manera sino de la que voy á referir.

Encogida Piña en un rincón de la jaula, entre girones de verdura, peras aplastadas y destrozadas zanahorias, llegábase á ella su marido, y bonitamente se le sentaba encima del espinazo, lo mismo que en cómodo escabel, poniéndole las dos patas sobre las ancas, y agarrándose con las dos manos al pescuezo de la infeliz, á riesgo de estrangularla. En tan difícil posición se sostenía en equilibrio Coco, sirviéndole de entretenimiento el atizar de cuando en cuando á su víctima un mordisco cruel, un impensado zarpazo ó una bofetada en los ojos. Ella, trémula, engurruminada, hecha un ovillo, se mantenía quieta, porque la menor tentativa de escapatoria la costaría mordidas y lampreazos sin número. Era inconcebible que el verdugo no se fatigase de estar así en vilo, pero no se fatigaba, y permanecía enhiesto en su pedestal viviente, como los sátrapas orientales que extendían al pie de su trono una alfombra de cuerpos humanos. Si nos acercábamos á la jaula, ofreciendo á la pareja alguna fincilla de dulces ó frutas, la zarpa de Coco era la que asomaba al través del enrejado de alambre, y sus papos los únicos donde iban á esconderse las fresas ó las almendras presentadas al matrimonio. Por ventura, dominada del instinto de la golosina, intentaba Piña alargar la diestra, mientras en sus ojos mortecinos, de arru-

gado y sedoso párpado, brillaba una chispa de deseo; pero inmediatamente los dienteclillos del marido hacían presa en sus orejas, el bofetón caía sobre sus fauces, y todo estímulo de la gula cedía ante la presión del dolor y del miedo.

Miedo, ¿por qué? He aquí el problema que me preocupaba, cuando me ponía á reflexionar en la suerte de la maltratada cubanita. Su marido, por mejor decir, su tirano, era de la misma estatura que ella; ni tenía más fuerza, ni más agilidad, ni más viveza, ni dientes más agudos, ni nada, en fin, sobre qué fundar su despotismo. ¿En qué consistía el intríngulis? ¿Qué influjo moral, qué soberanía posee el sexo masculino sobre el femenino, que así lo subyuga y lo reduce sin oposición ni resistencia al papel de pasividad obediente y resignada, á la aceptación del martirio?

Los primeros días, en una lucha cuerpo á cuerpo, sería imposible profetizar quién iba á salir vencedor, si el macho ó la hembra, Piña ó Coco. La hembra ni siquiera intentó defenderse: agachó la cabeza y aceptó el yugo. No era el amor quien la doblegaba, pues nunca vimos que su dueño la prodigase sino manotadas, repelones y dentelladas sangrientas. Era únicamente el prestigio de la masculinidad, la tradición de obediencia absurda de la fémina, esclava desde los tiempos prehistóricos. El quiso tomarla por felpudo, y ella ofreció el espinazo. No hubo ni asomo de protesta.

Y Piña se moría. Cada día estaba más pálida,

más flaca, más temblona, más indiferente á todo. Ya no se rascaba, ni hacía muecas, ni nos reñía, ni trepaba por la sogá. Su débil organismo nervioso de criatura tropical se disolvía; la falta de alimento trafa la anemia, y la anemia preparaba la consunción. Nosotros habíamos desempeñado hasta entonces el papel de la sociedad, que no gusta de mezclarse en cuestiones domésticas y deja que el marido acabe con su mujer si quiere, ya que al fin es cosa suya; pero ante el exceso del mal, determinamos convertirnos en Providencia, y estableciendo en la jaula una división, encerramos en ella al verdugo, dejando sola y libre á la mártir.

Pintar los visajes y chillidos de Coco, sería cuento de no acabar nunca. Al ver que le ofrecíamos á Piña golosinas y alimento, sus gritos de envidia y cólera aturdían la jaula. Y al pronto, Piña... ¡oh hábito del miedo y de la resignación! no se atrevía á saborear el regalo, como si aun al través de la reja, en la imposibilidad de hacerla daño alguno, la impusiese el déspota su voluntad. Con todo, según fueron pasando días, renació en Piña la confianza, lo mismo que en su desollado cogote brotaba nuevamente el pelo. Refloreó su salud, engresaba, sus ojos de ágata brillaban, sus dientes parecían más blancos, su rabo prehensil estaba muy juguetón, y sus manos traviesas retozaban fuera de los alambres, complaciéndose en espulgar, por vía de caricia, á todo el que se acercaba á su prisión. Si á esto

se añade la proximidad del verano, lo suave de la temperatura, las frecuentes visitas del sol á la galería de cristales donde teníamos la jaula, se comprenderá la dicha de la esposa de Coco, su alegría y su nueva juventud, revelada en lo fino de su pelaje y en lo rápido de sus movimientos y gesticulaciones.

Para mayor felicidad de Piña, nos trasladamos á la Granja, y allí se la permitió expliarse por los jardines, subiéndose á los árboles cuanto consentía el largo de una cadenita ligera. Ella danzaba por la copa de las acacias y entre el follaje de las camelias, soñando tal vez que el cielo era, no azul celeste, sino turquí; que el bosquecillo de frutales se convertía en cerrado manglar, y que en el estanque nadaban, en lugar de rojos ciprinos, pardos caimanes que dejaban en el agua un rastro de almizcle.

Ya no la prendíamos en jaula: nos contentábamos con amarrar su cadena, de noche, á una argollita. Cierta mañana encontramos la argolla y algún eslabón roto de la cadena, pero á Piña no. Apareció, después de largas pesquisas, en un alero del tejado, tiritando y medio muerta. Ebria de libertad y de luz, confundió las noches de Galicia con las luminosas y tibias noches antillanas, y el rocío, la niebla, el frío del amanecer la hirieron con herida mortal.

Expiró lo mismo que una persona, ó, por mejor decir, que una criatura: tosiendo, gimiendo blandamente, con agonía estertorosa, vi-

driándose sus ojos y humedeciéndose sus lagrimales. Mis niños quisieron enterrarla solemnemente en el jardín; cavaron su fosa al pie del gran naranjo *bravo*, no lejos de un pie de salvia todo florido; depositaron el cuerpo envuelto en un paño blanco; lo recubrieron de tierra, echaron sobre la sepultura flores, conchas, hasta cromos y aleluyas, y mientras los dos mayores lloraban todas las lágrimas de su corazoncito piadoso, la pequeña, haciendo trompeta con el hocico salado y ensayando los gestos y pucheros que juzgó más adecuados para expresar el dolor, pronunció estas palabras, condena del sentimentalismo y fórmula de un carácter jovial y antirromántico:

— Yo también quería llorar por la mona.
¡Pero no puedo!

LA CALAVERA

EL chillado habló así:
“Desde que por imitar á Perico Gonzalvo, que la echa de elegante y de original, puse en mi habitación, sobre un zócalo de terciopelo negro, la maldita calavera (después de haberla frotado bien para que adquiriese el bruñido del marfil rancio), empecé á dormir con poca tranquilidad, y á sentirme inquieto mientras velaba. La calavera me hacía compañía y estorbo, lo mismo que si fuese una persona, y persona fiscalizadora, severa, impertinente, de esas que todo lo husmean, y censuran nuestros menores actos en nombre de una filosofía indigesta y melancólica, de ultratumba. Cuando por las mañanas me plantaba yo frente al espejo para acicalarme, tratando de reparar, dentro de lo posible, el estrago de los cuarenta en mi rostro y cuerpo, no podía quitárseme del magín que la calavera me miraba, y se reía silenciosa y sardónicamente cada vez que aplicaba yo cos-

mético al bigote y trafa adelante el pelo del colodrillo para encubrir la naciente calva. Al perfumar el pañuelo con esencia fina, al escoger entre mis alfileres de corbata el más caprichoso, oía como en sueños una vocecilla estridente, sibilante, mofadora, que articulaba entre la doble hilera de dientes amarillos todavía implantados en las mandíbulas: "¡Imbécil de vaniiidoso!", Será una tontería muy grande; pero lo cierto es que me molestaba de veras.

Por las noches, al recogerme, noté que la calavera se ponía más cargante, entrometida y crítica. Su respingada nariz y su boca irónica, tan parecidas (salvo la carne) á la expresiva fisonomía de Don Cándido NoCEDAL, me preguntaban y acusaban con una chunga despreciativa, capaz de freir la sangre al hombre más flemático:—¿Por dónde has andado, vamos á ver, grandísimo perdido, bôtarate de siete suelas? ¿Qué nido era aquel donde entraste esta tarde tan de ocultis? ¿Se puede saber quién te esperaba allí? ¿Y te crees buenamente, presumido, que con tu calvita y tus arrugas y tus cuarenta del pico estás ya para seducir á nadie? Por los monises, por las sangrías que te dan al bolsillo, campos tú, que si no... Vamos á ver: ¿qué te sacaron hoy con tanta zaragatería de la cartera? ¿No fué un billete de á cien? ¿No salió luego otro de á cincuenta por contrapeso? ¡Ah, memo Paganini, caballo blanco! ¡Lo que se divertirán con ese dinero á cuenta tuya!...

Le aseguro á V. que la calavera, en este punto, entreabr a el tenazón de sus mandíbu

las, y se reía bajo, sin que las ondas de su silenciosa carcajada agitasen las del aire. Aprentando los dientes otra vez y adoptando el énfasis doctoral de quien sermonea sobre las miserias y locuras del mundo—mientras yo procedía á mis abluciones nocturnas ó buscaba en el armario de luna la camisa de dormir—continuaba:

—“Y después, ¿á qué más andurriales te condujo tu flaqueza? Lo sabemos, lo sabemos, aunque V. se lo tenga muy bien callado. Al Congreso, á adular al ministro Calabazote y al general Polvorín. A arrastrarte por los suelos, á ofrecerte incondicionalmente para todo lo que te ordenen y manden, á mendigar un distrito, ese soñado distrito que nunca llega, ni llegará, porque á ti te emboban con buenas palabritas y te sostienen hace cuatro años con la boca abierta esperando el higuí... Del Congreso... ¡No me lo niegues, porque estoy muy bien informada! Del Congreso te fuiste á la redacción del *Estómago*, diario ministerial que cobra cinco subvenciones y media, á que te insertasen un sueltécito de tu puño, donde te das bombo, incluyéndote en el grupo de personas caracterizadas que se disponen á prestar incondicional apoyo á la política de nuestro ilustre jefe Calabazote. Y á renglón seguido...”

“Aquí me revolví furioso contra la intransigente censora, diciendo:

—“Bueno: ¿y á renglón seguido, qué? A renglón seguido me fui á comer con unos amigos... ¡Me parece que cosa más inocente y natural!...”

— ¡Tate, tate! — replicaba la calavera insufrible. — Las cosas, dichas así, parecen lo más sencillito... Pero á mí no me la das tú, aunque vuelvas á nacer cien veces... Ya soy vieja. Ya se me ha caído todo el pelo. La experiencia me hace sagaz. Fuiste á comer en casa del banquero Tagarnina, no porque sea amigo tuyo ni porque le estimes, pues bien persuadido estás de que su riqueza la granjeó arruinando á muchos infelices y saqueando al país con contratas y empréstitos, sino porque tiene buen cocinero y exquisita bodega, y también porque su mujer, ¡que es una mujer de patentel!, has soñado tú que te mira con buenos ojos... cuando lo que hay es que los tiene preciosos, y no ha de ponerse á bizcar si los fija en tu cara. La verdad desnuda... ¿A que no se te ocurre ir á hacer penitencia con tus amigos los de Martínez, que te ofrecerían un modesto pucherito? Tagarnina ya es otra cosa; aquel Borgoña añejo... aquel Rín de principios del siglo... aquellas trufas de la *poularde*... Vamos, que aún se te hace agua la boca, compañero, si de eso te acuerdas... ¿Eh? ¿Qué magníficas estaban? Aún te relames, epicúreo... Y ahora, ¿qué tal? ¿Vas á acostarte para digerirlas como un prior?

— ¡Acostarme! No, y ello es que no había más remedio. Encendida mi lamparilla, entreabría con cuidado las sábanas, me descalzaba, y ¡zas!, me hundía en el lecho blando. El primer momento era de bienestar incomparable. Mi cuarto y todos mis muebles son confortables y regalones, como de solterón egoísta que adorna

y prepara un rincón á su gusto, á fin de vivir en él hecho un papatache, saliendo fuera á comer y almorzar y teniendo su criadito que por las mañanas limpie y arregle. En la cama había puesto especial cuidado, considerando que la mitad de nuestra vida se desliza en ella. La lana más rica para el colchón; el plumón más caro para edredones y almohadas; mantas suaves, que se ciñen al cuerpo y no pesan; un cubrecama antiguo, de seda bordada de colores; en suma, una cama de arzobispo que padece gota y se levanta tarde. ¡Ay! ¡Qué bien me sabía la camita deliciosa antes de que por rutina, por ese espíritu de plagio, que es el cáncer de nuestra sociedad, incurriese yo en la tontuna de traerme á mi cuarto una porquería como la dichosa calavera!

— Apenas empezaba á conciliar el primer sopor entre el grato calorillo de las amorosas mantas, la calavera, antes tan campechana y bromista, mudaba de registro, se ponía trágica, y balbucía—en honda y cavernosa voz, que sonaba cual si girase entre las descarnadas vértebras por falta de laringe,—cosazas pavorosas y tremendas. De las cuencas llenas de sombra parecía brotar diabólica chispa. Los dientes castañeteaban como estremecidos por el pavor. Yo sepultaba la cabeza entre las sábanas temiendo *oír*; pero el caso es que oía, oía; la voz de la calavera penetraba al través de aquel muro de lienzo, y, desliziéndose como una sierpe en el hueco de mis oídos, llegaba á mi cerebro excitado por el estúpido temor y la

sugestión del insomnio, que se convierte muy luego en el insomnio mismo.

— ¡Hola! ¿Qué es eso? ¿No duermes, no te entregas como otras veces al placer de roncar á pierna suelta, después de hacer tu gusto todo el santísimo día? ¿Es acaso mi proximidad lo que te desvela? ¡Ah, bobo! ¡Inconsecuente! ¿Pues no piensas tú, para mayor comodidad tuya, para quitarte los escrúpulos y vivir según te acomoda y no privarte de nada, que yo soy únicamente un poco de fosfato de cal, la cáscara de una nuez ya digerida por el tiempo? Pues si soy *eso*, ¿por qué cavilas tanto en mí, hombre pusilánime? ¿Hase visto fantasmón? ¿Explicame por qué se te ocurre á veces cavilar qué será de mi alma, por dónde andará rodando? ¿Conque mucho de despreocupación, y espíritu fuerte, y materialismo de Cervecería Inglesa y Café de Viena, y apenas apaga V. la palmatoria ya le tenemos acordándose de...

„Los dientes de la calavera—ó tal vez los míos—se entrechocaban con fuerza convulsiva, y salían entrecortadas estas dos palabras tremendas:

— „La Muerte!... ¡El Infierno!

„La calavera prosiguió más bajito aún:

— „El Infierno... quedamos en que no crees en él. ¿Crear en esas papas? Está bueno para las viejas y los niños. Un hombre como tú, ilustrado, moderno, se ríe de semejantes farsas. ¿Te nazazos, llamas, calderas, gemidos, demonios rabudos, eternidad de penas? A otro perro con ese hueso. Corriente: descartemos el Infierno...

Mandémoslo retirar á toda prisa. No sirve ya. Al cesto con él...

„Daba yo una vuelta en la cama, buscando postura mejor, y la calavera susurraba:

— „Pero lo que es en *lo otro*... en la de la guadaña... Vamos, lo que es en esa... crees á puño cerrado. ¿Acerté?

„Un soplo glacial acariciaba mis sienes. En la raíz de mis cabellos, gotitas de sudor se cuajaban. Mis nervios, encalabrados, gritaban con furia: — Cualquiera duerme hoy.

— „Vamos, que de esta vez he puesto el dedo en la llaga—recalcaba la calavera.—¿A que sí? No la echés de guapo, compañero; aquí no estamos á engañarnos... Nos conocemos, camará. Tus medranitas te pasas de vez en cuando, acordándote de la *hora* que ha de sonar sin remedio alguno... Porque, ¡mira tú qué cosa más diabólica! Nunca te llegará, probablemente, la de salir diputado, gracias á la influencia de Calabazote; es regular que tampoco suene la de tu primer cita con la señora de Tagarnina el banquero; casi puede jurarse que no verás la de cobrar aquel pico que te deben, ni la de que te adjudiquen la hacienda del Encinarejo, ni la de colgarte la gran cruz, ni ninguna de esas horitas que tu vanidad desea... Pero en cambio, la hora... aquella en que no quieres pensar nunca... aquella que te empeñas en suprimir con la imaginación...; lo que es esa... aunque se descompongan todos tus relojes... ha de sonar, más fija, más puntual... más exacta! ¡Ni un segundo de atraso... ni uno!

„Temblor general se apoderaba de mis miembros, y en las sienas parecía que me pegaban furibundos martillazos.

„Hace poco días—continuaba la voz—viste morir de una pulmonía fulminante al bueno de Paco Soto. La víspera de caer en cama corrísteis una broma en Fornos con la Belén Torres... ¡Ya ves si tengo yo informes! A mí no se me escapa ni esto... ¡Cuánto se reía Paquillo! Bueno: pues tú llevaste una cinta de su féretro... ¿No te acuerdas? Y estuviste en la Sacramental, y viste cómo le metieron en el nicho... ¿A ti te gustaría que te soplasen en un nicho? ¿A que no? Más calentita está la cama tuya... y más blanda... ¿eh? Pero lo del nicho tiene que llegar... ¿Y qué me dices? ¿Por dónde andará Paco Soto, con aquellas guasas que gustaba y aquella afición suya á cazar y á comer y á beber seco? ¿Crees tú que es enteramente imposible que el alma de Soto...? ¡Ah! No me acordaba de que eso del alma se te hace á ti muy duro de tragar... muy durillo. Bueno: admitido que eso del alma... Pero si en cerrando el ojo se acaba toda la fiesta, ¿por qué diantres me tienes así... este respetillo... este pavor... este?... Mira... ahora calo yo tu conciencia, hasta lo más hondo de ella... Mañana has determinado echarme al pozo... ¡Qué vergüenza!... ¡Cobarde! Me has cogido miedo, miedo supersticioso, pero cervical... ¡Ja, ja! Miedo, miedo. Como se lo tienes á lo otro..., al final..., al desenlace de la comedia... Por eso me echarás al pozo; porque yo soy una vocecita misteriosa que te habla de lo que

hay por esos mundos desconocidos... y, mal que te pese... ¡chúpate esa!, reales, reales... reales!

„Me incorporé en la cama, con los pelos erizados.—Bribona, mañana te juro que vas por la ventana á la calle. Espantajo del otro barrio, yo te ajustaré las cuentas. A tu sitio, que es la tierra; á pudrirte, á disolverte, á hacerte polvo impalpable. Lo que es de mí no te ries tú. Ahora... á la perrera, á la leñera... A la basura, que es tu sitio.

„Encendí fósforos, la palmatoria, el quinqué... Así el cráneo, y lo arrojé con ira al cajón de la leña. Lo célebre es que no me atreví á volver á acostarme. Pasé el resto de la noche en un sillón, azorado, nervioso, como si custodiase el cuerpo de un delito, la prueba de un crimen. Rayó el alba, y en el mismo sillón concilié algunos minutos de agitado sueño. Así que fué día claro, saqué la calavera, que me pareció á la luz del día un trasto ridículo; la envolví en un número de *La Correspondencia*; salí de casa, tomé un simón, y di orden de ir por la Ronda de Embajadores, hasta topar con un sitio retirado. Cerca de unas yeserías arrojé el bulto, que al caer dió contra una piedra, y desenvolviéndose del periódico, rebotó con ruido seco y lúgubre. —¡Ah, recondenada calavera! Ya no volverás á darme que hacer. Poco me importa que creas que te temo... No es á ti, fúnebre espantajo; es á mí propio, á mi imaginación, á mi cabeza loca á quien tengo un poco de miedo: por lo demás... Ahí te quedas, hasta que te descubra algún chicuelo que juegue contigo á la pelota...

— ¡Con qué gusto me metí aquella noche en la cama! Iba á dormir, á reposar deliciosamente...

— ¿Y reposó V.?

— ¡Ay, señora!—contestó á mi interrupción el chillado.—La calavera ya no estaba en su zócalo de terciopelo... ¡Pero si viese V.! De la habitación no había salido. Estaba más cerca de mí, estaba precisamente en el sitio de donde yo quise arrojarla... ¡Aquí, aquí!—repitió golpeándose la frente y el pecho.



CUATRO SOCIALISTAS

Por extraordinario, estaba la mar como una balsa de aceite. Las olas, de un verde vítreo alrededor de la embarcación, eran á lo lejos, bajo los rayos del sol, una sábana azul, tersa y sin límites. La hélice del vaporcillo batía el agua con rapidez, alzando, entre olores de salitre, espuma bullente y rumorosa.

De los pasajeros que se habían embarcado en Cádiz con rumbo á las africanas costas, cuatro, agrupados en la popa, conversaban. No se ha visto cosa más heterogénea que las cataduras de los cuatro. Uno era membrudo y rechoncho, y á pesar de vestir la holgada blusa del obrero, á tiro de ballesta se le conocía ser de aquellos del brazo de hierro y de la mano airada, y que había de caerle bien á su tipo majo el marsellés y el zapato vaquerizo. Gastaba aborascadas patillas negras, y chupaba un puro grueso y apestoso. El otro, caballero por su ropa y por sus trazas, era alto y descolorido, de cara inteligente y seria; sus ojos miopes, fatigados, de rojizo y lacio párpado, los amparaban lentes de

oro. El tercero era un viejecito, tan viejecito, que le temblaba la barba al hablar, y la falta de dientes le sumía la boca debajo de la nariz; y si no mentía el burdo sayalote negruzco, el manto de la misma tela y color, con cruz roja, el cordón de triple nudo y las sandalias, pertenecía á alguno de los numerosos colegios de Misioneros Franciscanos establecidos en el litoral de Africa. El cuarto... es decir, la cuarta, llevaba el desairado hábito de las *Hermanitas de los Pobres*; era joven, coloradilla, de cara inocentona y alegre, parecida á la de ciertas efigies de palo que se ven en los templos de aldea. El obrero estaba sentado sobre un fardo, con las piernas muy esparrancadas; los demás de pie, reclinados en la borda.

—Pues na, que el hombre se cansa de vivir á la sombra y aguantando malquereres—gruñía el de la blusa, ceceando y escupiendo de costado.—O ha de ser uno un borreguiyo que diga *amén* á cuanto se le antoje al patrón, y se deje chupar la sangre toda, ó ya sa fastidiao. Y aluego le cuelgan á usted el sambenito: que levanta usted de cascos á los demás, y que donde está usted se armó la gresca. Porque me vieron en un *mitin*, ya toó Dios que se desmandaba tenía yo la culpa. Porque un día caé una pelotera cerilla... un descuido... en el almacén, y se alsa una llamará que se querfa tragar la fábrica... ¿quién había de ser? Curro, y aposta. Yasté ve que... fumando...

—Pues mucho cuidadito —respondió el de los lentes— con que en el gran establecimiento agri-

cola industrial en que le daré á V. trabajo, caiga cerilla ninguna... ¡Eh! Porque yo tengo tan malas pulgas como los patronos.

—Y es la fija; tóos los burgueses, idénticos —declaró el obrero con voz opaca y sombrío mirar.

—No soy burgués—repuso con imperceptible desdén el aludido.—Mi padre hacía zapatos en Ecija. A fuerza de privaciones me dió carrera. Seguí la de ingeniero mecánico. No poseo un céntimo de capital; sólo tengo mi cabeza y mi corazón. Paso al Africa á dirigir en parte una empresa que se funda con dinero inglés y brazos españoles, á competencia con las industrias francesas, que son allí las boyantes. Estaré al frente de los talleres. Se me ha dado carta blanca, y podré aplicar las nuevas y humanitarias ideas sociológicas, relativas á la vida fabril. Bajo mi dirección no habrá explotados. Se amparará á la mujer y al niño. Se ensayará la cooperación. Moralidad, equidad, justicia. Si no, dejó el puesto. Pero... ¡al que me revuelva el cotarro... sin escrúpulo ninguno, y como á un lobo rabioso... le salto la tapa de los sesos! V. verá si le trae cuenta entrar en mis talleres.

Habiase puesto de pie el obrero, y en sus morenas facciones y por su frente de bronce, expuesta al sol, corrian como olas encrespadas arrugas profundas, surcos de odio. Su mano se crispó en la cintura, señalando bajo la blusa el relieve del ancha navaja cabriterá. —Mas de pronto, y sin transición, con la movilidad del

meridional, adoptó expresión halagüeña, melosa, casi humilde, y dirigiéndose al Franciscano y á la Hermanita más que al de los lentes, exclamó:

—¡Pues no que no entraría! Clavos timoneros soy capaz de arrancar con los dientes pa enviar algo de parné á la mujer y á los chiquititios. El corazón traigo como una lenteja, de que se me queden allá hambreado, después de tantas crujidas y tantas necesidades como aguantaron ya en este pinturero mundo. En especial la gurruminiya de once meses, me la llevaría yo, si pudiera, en los hombros como San Cristóbal, y la daría yo tortas de almibar amasás con mi sangre. ¡Por estas!

Y al besar la cruz de los dedos, una lágrima asomó repentinamente á los lagrimales del anarquista incendiario.

—¡Válganos la Virgen Santísima, qué desgracias hay en la tierra!—exclamó la Hermanita con simpatía profunda.

—Eso está muy bien—pronunció con calma el ingeniero.—Quiera V. mucho á sus chicos, y trabaje para ellos, y no se ladee... y le irá mejor. De los atentados y los crímenes no nace la justicia social. ¿A qué el Padre está conforme?—añadió dirigiéndose al franciscano.

—Entiendo poco de estas novedades de ahora—contestó el fraile afablemente, en voz cascada y lenta.—Yo, con decir misa, confesar y obedecer... Lo único que sé, es que nosotros, desde hace quinientos años, vivimos bajo el sistema de la comunidad de bienes. Por nosotros, aun-

que todo se repartiera... Ya ve V.: no podemos poseer ni el valor de un céntimo; no somos propietarios ni aun del sayal que nos cubre. Si V. me pregunta sobre eso, de que tanto se habla, del socialismo... un pobrecito fraile como yo, lo único que opina es que los ricos, por su propia conveniencia y para ganar el cielo, deben ablandarse de entrañas y dar mucha limosna... y los pobres ser resignados y laboriosos, porque dice el Evangelio que pobres siempre los habrá en el mundo, siempre...

—Bonito conzuelo é tripaz—gruñó el anarquista.

—¿Qué hizo nuestro Santo Patriarca?—prosiguió el viejecito con una llama de entusiasmo en las pupilas.—Dió cuanto tenía á los pobres... No quiso propiedad, no quiso dinero, porque la codicia es la que estraga el corazón... Nos descalzó, nos mandó pedir limosna... Quiso que todos fuésemos iguales, sin vanidades, ni distinciones, ni soberbias tontas, que se han de acabar en el sepulcro... ¿Hablan de nivelación social? Me parece que para nivelados... Que lo diga aquí la Hermanita; es cosa muy buena el ser libre y pobre; el dar de puntapiés, así, con la sandalia, al mundo y á las riquezas malditas.

—¡Ay, Padre!—respondió la simplona.—Ya que pregunta á servidora... si no me regaña... le diré mi parecer. No soy como V. Soy muy codiciosa. ¡Vaya si me gustaría que se repartiesen tantos millones como andan por ahí mal empleados! Cogería servidora un par de cientos de milloncitos... y ¡anda con ella!

—Hermana Belén!—advirtió severamente el fraile.

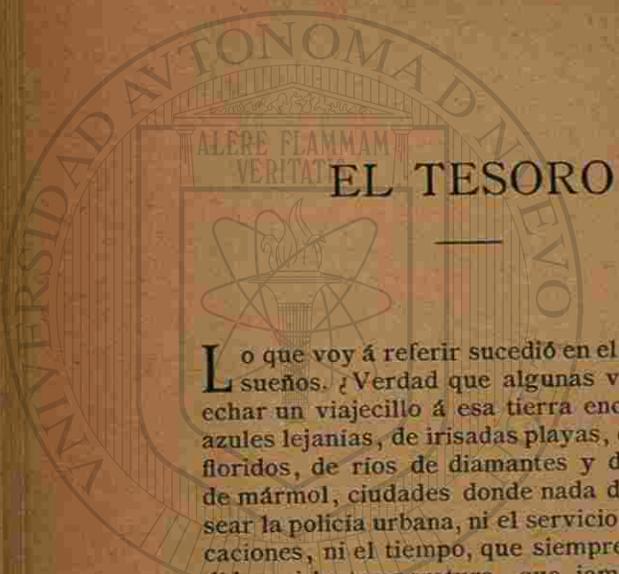
—¡Pero, Padre Salvador! V. es un santo, y como es un santo, ni ve, ni oye, ni entiende. ¿Ha estado en Madrid, en alguno de esos palacios tan atroces? Servidora, sí... que me llevó la mujer del cochero á ver las cuerdas de aquél grandísimo que está junto á Recoletos... antes de la Castellana. ¡Padre del alma! Hasta espejos y fuentes, y pilas de mármol blanco, y alfombras tenían los caballos allí. ¡Y nuestros ancianitos sin mantas con qué abrigarse en el invierno, arrecidos, tiritando! ¡Y los niños, ángeles míos, traspillados de miseria! No me llame tonta... yo sé lo que me digo... Había un perrito de la señora marquesa, que me lo trajeron en un cesto acolchado de raso, y era un bicho horrible... con unos pelos... una rata me pareció, tanto, que servidora pegó un chillido, así: ¡Uyy! Pues el perro había costado allá en Inglaterra cinco mil pesetas... ¿V. lo oye, Padre: Cinco mil... Con cinco mil pesetas se echan los cimientos del Asilo para los ancianos...! Y al avechuecho aquel me lo lavaban con jabón y agua de olor todos los días!... ¡Que si quiero reparto!

La carita de madera se había transfigurado; una ráfaga de pasión hacía brillar los ojos, fruncirse las cejas, palidecer las mejillas y dilatarse la nariz redonda.

—Si no fuera tan sencilla como es, hermana Belén, ahora merecería una peluca gorda—contestó el fraile.—Baje, baje á la cámara á ver cómo sigue del mareo la compañera.

La monjita obedeció, cruzando las manos, y echó á andar, sonándole las cuentas del rosario cuando bajaba la escalera. El vapor volaba, como si le animase la proximidad de la costa.

A lo lejos se divisaba ya el faro de Tánger.



EL TESORO

Lo que voy á referir sucedió en el país de los sueños. ¿Verdad que algunas veces gusta echar un viajecillo á esa tierra encantada, de azules lejanías, de irisadas playas, de bosques floridos, de ríos de diamantes y de ciudades de mármol, ciudades donde nada deja que de-sear la policía urbana, ni el servicio de comuni-caciones, ni el tiempo, que siempre es esplén-dido, ni la temperatura, que jamás sopla el trancazo y la bronquitis?

En tan deliciosa comarca vivía una moza como un pino de oro, llamada Inés. Quince Mayos agruparan en su gallarda persona todas las perfecciones y gracias de la naturaleza, y en su espíritu todos los atractivos misteriosos del ideal. Porque instintivamente—supongo que lo habréis notado—atribuimos á las niñas muy hermosas bellezas interiores y psicológicas que correspondan exactamente á las que en su exterior nos embelesan. Aquellos ojos tan claros, tan nacarados y tan húmedos de vida, no cabe duda que reflejan un pensamiento sin mancha,

comparable al ampo de la misma nieve. Aquella boca hecha de dos pétalos de rosa de Alejandria, sólo puede dar paso á palabras de miel, pero de miel cándida y fresca. Aquellas manitas tan pulcras, en nada feo ni torpe pueden emplearse: á lo sumo podrán entretejer flores, ó ejecutar primorosas laborcicas. Aquella frente lisa y ebúrnea no puede cobijar ningún pensamiento malo; aquellos pies no se hicieron para pisar el barro vil de la tierra, sino el polvo luminoso de los astros; aquella sonrisa es la del ángel... ¡Acabáramos! Esta es la palabra definitiva: de *ángeles* se gradúan todas las doncellitas lozanas, y de *brujas* todas las apollilladas y estropajosas viejas: que así como así el alma no se ve por un vidrio, sino envuelta en el engañoso ropaje de la forma, y si Carlota Corday no es linda, en vez del *ángel del asesinato* la ponen *el demonio*.

De lo dicho resulta que Inés poseía y ostentaba el diploma angelical, y no sólo lo poseía sino que era digna de él. Sus ojos radiantes, su ingenua boca entreabierta, su frente sin una nube, no mentían, no. Inés no sabía jota de lo malo. Imaginaos una tabla rasa donde nada hay escrito; suponed un lienzo sin una sola mácula; figuraos un pajarito de plumas blancas, al que ni por casualidad le encontraríamos una de medio color, y tendréis apropiada imagen de lo que eran el alma y el corazoncito y los sentidos y las potencias de Inés.

Con todo eso, y dado que á fuer de biógrafo puntual y exacto no quisiera errar ni en una

coma, he de confesaros que allá en el más escondido camarín del pensamiento de la niña había... ¿qué? ¿El pelito invisible que rompe el cristal? ¿El globulito de ácido que corroe el acero? Menos que eso... Una curiosidad.

Es el caso que yendo Inés cierta tarde de paseo por las orillas del riachuelo, festoneadas de anémonas, espadañas y gladiolos, en un remanso formado por dos peñascos que casi se tocaban, vió que hacia la base de las rocas abríase la bocaza de una cueva oscura. Mirando estaba al antro y cavilando qué podría ocultar en su seno, cuando del agujero se destacó una figura humana, un anciano de melena gris, túnica morada, gorro puntiagudo, varilla en cinto, y, en suma, toda la traza de un nigromante de comedia. Acercóse el brujo á la niña, y con sonrisilla de malignidad la entregó un cofrecito de preciosa filigrana, incrustado de corales y esmaltado de raros signos negros y desconocidos caracteres. Inés, que no podía más de miedo, iba á rehusar la dádiva del brujo; pero éste, con razones muy perfiladas y tono de autoridad, la mandó que se guardase el cofre, añadiendo que era un obsequio que la destinaba, ya que se había acercado tanto á la cueva, donde no entraba ningún ser humano. "El cofrecito — añadió — es de por sí un tesoro; pero contiene otro más inestimable aún: como que encierra el tesoro de tu inocencia. No pierdas nunca ese cofre, no lo abras, no lo rompas, no lo regales, no lo vendas, no te apartes de él un minuto... y adiós, y que seas muy feliz, Ine-

silla. ¡Ay! Desde que te he visto... créelo, me pesan más las tres mil Navidades que ayer cumplí."

Volvióse el mágico á su caverna, é Inés regresó á su casa con el cofrecillo muy agarrado, sin atreverse ni á mirarlo casi. La parecía tan bonito y tan frágil, que temía se fuese á evaporar. Lo depositó en sitio seguro, y desde aquella misma hora la inevitable curiosidad empezó á tentarla, dictándola monólogos del tenor siguiente:

— Bueno, ya sé que no debo abrir ni romper ese cofrecito. Corriente: no lo abriré, ni lo romperé. Pero ¿y si Dios quiere que se abra solo? Lo que es entonces... entonces si que, pese á quien pese, me entero de lo que hay guardado en él. ¿Se abrirá? Dios mío ¡que se abra! La estantigua del brujo aquel me dijo que el cofre encierra mi inocencia. Eso precisamente es lo que me hace rabiarse. Si me hubiese dicho que encerraba una flor, una alhaja, una mariposita, una cinta, un pomo de esencia... ¡bah! entonces, un comino se me importaría verlo. ¡Pero mi inocencia! Si no tuviese curiosidad sería yo de palo. ¿Cómo será una inocencia? Nunca me enseñaron por ahí inocencia alguna. ¿Será verde? ¿Será azul? ¿Será colorada? ¿Será larga? ¿Será redonda? ¿Será linda? ¿Será horrible? ¿Picará? ¿Tendrá veneno? ¿Será un gusano? ¿Será...? ¡Válgame Dios! ¡Pues si ya me ha levantado jaqueca la inocencia maldita!

En estos dares y tomares, y cavilaciones y discursos andaba Inés, y todos venían á parar

en ganas de mandar á paseo las prohibiciones del mágico y abrir el cofrecillo, en vista de que ninguna probabilidad tenía á su favor la hipótesis de que solo y por su propia virtud se abriese. No obstante, el recelo la contenía y el encantado cofre permanecía intacto.

Ahondando más en sus meditaciones, Inés se resolvió á salir de dudas sin infringir la ley, y empezó á preguntar á sus amigas y amigos qué hechura tenía la inocencia, de qué color era y para qué servía. Con gran sorpresa y mayor disgusto notó que nadie la respondía acorde, ni la proporcionaba el menor dato que pudiese guiarla en su indagación. Unos fruncían la boca, bajaban la vista y se quedaban perplejos; otros se reían, mitad con fisga y mitad con lástima; alguno la reprendió por venirse con tales preguntas, impropias de una niña formal y honrada, con lo cual Inés, muy compungida, lloró de vergüenza, ignorando qué clase de delito había cometido para que la trataran así.

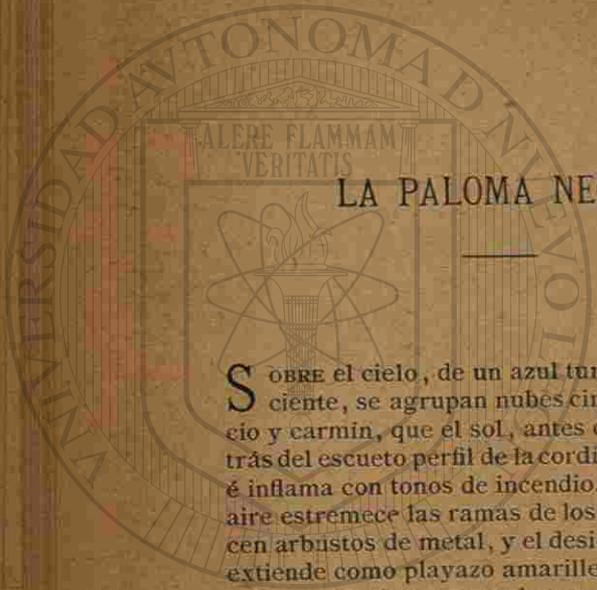
Convencida ya de que nadie la diría más que chirigotas ó cosas duras, atormentada por el enigma que se cifraba en el cofrecillo, la niña se desmejoró, se sintió atacada de inquietud febril, y, á ratos, de ese marasmo profundo que sigue á las reacciones violentas de la voluntad. Porque no hay cosa de más tormento para el espíritu que la acción concebida, deseada y no ejecutada, y ese es el mal terrible de Hamlet: la indecisión. En verdad os digo que si Hamlet fuese mujer, no se vuelve loco por estancación de la voluntad. La mujer es más resuelta: quie-

re y hace. Inés, al sentirse enferma, quiso sanar, y una mañana, sola, trémula, rompió la cerradura del cofrecillo del mago.

Alzó la tapa, aquel velo de Isis... ¡Oh asombro! En el fondo del cofrecillo no había cosa alguna... Repito que nada; ni rastro, ni ostugo, ni señal del cacareado tesoro. La atónita Inés únicamente creyó ver que por el aire se dispersaba una leve y blanquecina columna de humo... Al mismo tiempo, los desconocidos caracteres de esmalte negro que adornaban los frisos del cofrecillo se aclaraban hasta convertirse en signos del alfabeto que poseía Inés, la cual, abriendo mucho los ojos, leyó de corrido:

"Cuando sepas lo que es la inocencia, serás que la perdiste."





LA PALOMA NEGRA

Sobre el cielo, de un azul turquí resplandeciente, se agrupan nubes cirrosas, de topacio y carmín, que el sol, antes de ocultarse detrás del escueto perfil de la cordillera líbica, tiñe é inflama con tonos de incendio. Ni un soplo de aire estremece las ramas de los espinos; parecen arbustos de metal, y el desierto de arena se extiende como playazo amarillento, sin fin.

Los solitarios, que ya han rezado las oraciones vespertinas, entretegido buen pedazo de estera y paseado lentamente desde el oasis al montecillo, rodean ahora al santo monje del monasterio de Tabenas, su director espiritual, el que vino á instruirles en vida penitente y meritoria á los ojos de Dios. De él han aprendido á dormir sobre guijarros, á levantarse con el alba, á castigar la gula con el ayuno, á sustentarse de un puñado de hierbas sazonadas con ceniza, á usar el áspero cilicio, á disciplinarse con correas de piel de onagro, y á permanecer horas enteras inmóviles sobre la estela de granito, con los brazos en cruz y todo el peso del

cuerpo gravitando sobre una pierna. De él reciben también el consuelo y el valor que exigen tan recias mortificaciones: él, á la hora melancólica del anochecer, cuando el enemigo ronda entre las tinieblas, les entretiene y reanima contándoles doradas y dulces historias, y hablándoles del fervor de las patricias romanas, que se retiraron al monte Aventino para cultivar dos virtudes: la castidad y la limosna. Al oír estos prodigios del amor divinal, los solitarios olvidan la tristeza, y la concupiscencia, domada, lanza espumarajos por sus fauces de dragón.

Pendientes de la palabra del santo monje, los solitarios no advierten que una aparición, bien extraña en el desierto, baja del montecillo y se les aproxima. Una carcajada fresca, argentina y musical como un arpejo, les hace saltar atónitos. Quien se ríe es una hermosísima mujer.

De mediana estatura y delicadas proporciones, su cuerpo moreno, ceñido por estrecha túnica de gasa color de azafrán, que cubre una red de perlas, se cimbreaba ágil y nervioso, como avezado á la pantomima. Ligeramente zueco dorado calza su pie diminuto, y su inmensa y pesada cabellera negra, de cambiantes azulinos, entremezclada con gruesas perlas orientales, se desenrosca por los hombros y culebrea hasta el tobillo, donde sus últimas hebras se desflecan esparciendo penetrantes aromas de nardo, cinamomo y almizcle. Los ojos de la mujer son grandes, rasgados, pero los entorna lánguido é incitativo mohín: su boca, pálida y entre-

abierta, deja ver, al modular la risa, no sólo los dientes de nácar, sino la sombra rosada del paladar. Agitan sus manos crótalos de marfil, y saltando y riendo, columpiando el talle y las caderas al uso de las danzarinas gaditanas, viene á colocarse frente al círculo de los anacorétas.

Algunos se cubren los ojos con las manos ó se postran pegando al polvo la cara. Muchos permanecen de pie, hoscós, ceñudos, con las pupilas vibrando indignación. Uno, muy joven, tiembla, palidece y se coge á la túnica de piel de cabra del monje santo. Otro se descibe las disciplinas de cuero que lleva arrolladas á la cintura, con ánimo de flagelar á la pecadora y destrozár sus carnes malditas. El santo les manda detenerse por medio de una señal enérgica, y acercándose á la danzarina, exclama sin ira ni enojo:

—Hermana mía, ya sé quién eres. No te sorprendas: te conozco, aunque nunca te he visto. Sé también á qué vienes, y por qué nos buscas en esta soledad. Lo sé mejor que tú: tú crees que has venido á una cosa, y yo en verdad te digo que vienes, sin comprenderlo, á otra muy distinta. Hermanos, no temáis á la hermana: admirad sin recelo su hermosura, que al fin es obra de nuestro Padre. Miradla como yo la miro, con ojos puros, fraternales, limpios de todo infame apetito. ¿Sabéis el nombre de esta mujer?

—Yo sí—contesta sordamente el jovencito, sin alzar la vista, sin soltar la túnica del mon-

je. — Es la célebre cómica y bailarina á quien en Antioquia dan el sobrenombre de Margarita. Todos la adoran; Padre mío, todos se postran á sus pies; su casa parece templo de un ídolo, donde rebosa el oro y la pedrería. El diablo reside en ella, y las abominaciones la ahogan y la arrastran al infierno. Retirémonos á nuestras chozas. Esta mujer infesta el aire.

El monje guarda silencio. Por último, y dirigiéndose á la comedianta, que ya no agita los crótalos ni ríe, murmura con bondad, casi familiarmente:

—Mujer, te llaman Margarita por tu beldad y porque tus amadores te han cubierto de perlas. Posees tantas como lágrimas hiciste derramar. Tus cofrecillos de sándalo y plata están atestados de riquezas. Por cada perla de esas que ganaste con el vicio, yo te anuncio que has de verter un río de lágrimas. No me mires con terror. Yo te amo más que esos que te ciñeron las sartas magníficas y te colgaron de las orejas soles de diamantes. Sí: te amo, Margarita: te esperaba ya. Ayer noche, cuando rodeada de diez ó doce libertinos beodos apostaste que vendrías aquí á tentarnos, yo velaba y hacía oración en mi choza. De pronto, vi entrar por la ventanilla, revoloteando, una paloma, que más parecía un cuervo... porque no era blanca, sino negrísima. La paloma se me posó en el hombro arrullando, y su pico de rosa me hirió aquí. Mira.

Y el monje, apartando la túnica, muestra en

el velludo pecho una señal, una doble herida roja, un profundo picotazo.

—Cogí la paloma, y en vez de hacerla daño la sumergí en el ánfora donde conservamos el agua bendita para exorcisar. La paloma empezó a soltar su costra de negro fango, y blanqueando poco á poco, vino á quedar como la más pura nieve. Limpia ya, se me ocultó en el pecho... durmió allí, al calor de mi corazón amante, y por la mañana no la vi más. Tú eres ahora la paloma negra. Tú serás bien pronto la paloma blanca. Vuélvete á Antioquía; en la primer hondonada te aguardan tu silla de manos y sus portadores, y tu escolta y tus amigos y tus aduladores viles... Pero volverás, paloma mía negra; volverás á lavarte... ¡Hasta luego!

La danzarina mira al santo, incrédula, pro piensa todavía á mofarse, pero sintiendo la risa helada en la garganta, y á la vez contemplando con horror y curiosidad la barba enmarañada y larga hasta la cintura, las demacradas mejillas, los brazos secos y descarnados y los ojos de brasa del asceta.

—¡Hasta luego, hermana!—repite él gravemente, y con el dedo señala á la ladera del montecillo.

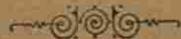
.....
Pasan cuatro años. El santo monje, acompañado del joven solitario que con tanto miedo se agarraba á su túnica, va á orar á los lugares donde murió Cristo, y al pasar por el monte Olivete, poblado también, como el yermo, de

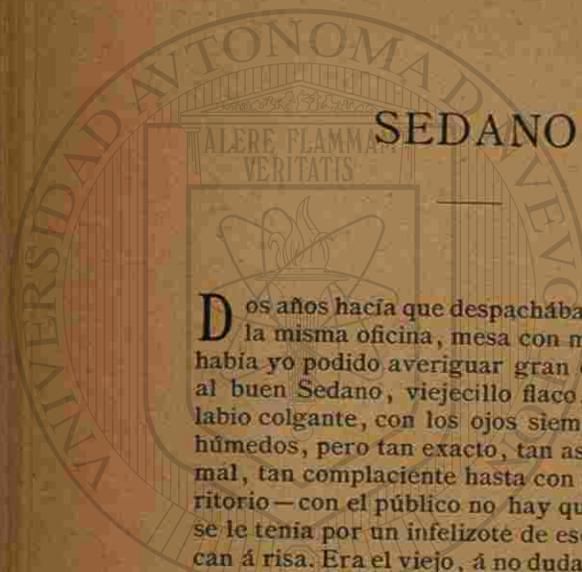
gentes consagradas á la penitencia, se detiene ante una choza tan reducida, que no se creería vivienda de un ser humano. Al punto se abre una reja y asoma un rostro espantoso, el de una mujer momia, con la piel pegada á los huesos, los labios consumidos, y los enormes ojos negros devastados por el torrente de lágrimas que sin cesar mana de ellos y cae empapando el andrajoso ropaje y el pelo revuelto, desgredado y cubierto de polvo.

—¿De qué color estoy, padre mío?—pregunta con ansiedad infinita, en voz cavernosa, la penitente.—¿Negra aún?

—Más blanca que la azucena; más que la túnica de los ángeles,—responde el monje, é inclinándose con ternura, imprime en la frente de la arrepentida el cristiano beso de paz. Vuélvese después hacia el discípulo, que torvo aún por el rencor de las viejas tentaciones, tiene fruncido el ceño, y murmura: —¿No recuerdas lo que dijo el Señor? Las mujeres á quienes los fariseos llaman perdidas nos precederán en el reino de los cielos.

Para que no dudéis de la verdad de las palabras del monje, añadiré que esta es, sin variación esencial, la leyenda de la bienaventurada santa Pelagia, á quien hoy veneramos en los altares, y á quien apodaban *la perla* cuando aplaudía sus pecaminosas danzas la capital de la tetrápolis de Siria.





SEDANO

Dos años hacía que despachábamos juntos en la misma oficina, mesa con mesa, y aún no había yo podido averiguar gran cosa respecto al buen Sedano, viejecillo flaco, temblón, de labio colgante, con los ojos siempre turbios y húmedos, pero tan exacto, tan asiduo, tan formal, tan complaciente hasta con el último memorio — con el público no hay que decir — que se le tenía por un infelizote de esos que provocan á risa. Era el viejo, á no dudarlo, lo que yo llamaría *un humillado y un vencido*; hombre que de plano y en conciencia se juzga inferior á los demás, y pide con su actitud que se le conserve de limosna el último puesto que ocupa en el indigesto y mezquino *banquete de la vida*.

Aficionado á los pobres de espíritu — que en compensación de la servidumbre de aquí abajo poseerán el reino de allá arriba — me declaré amigo de Sedano. A la salida de la oficina le acompañaba hasta su casa, le daba consejos, le regalaba cigarros y solía convidarle á una taza de café y á una copita de licor de damas — curacao, kumenl ó María Brizard. — Estos obsequios

me conquistaron una gratitud tan desproporcionada á su importancia y valor, que, á la verdad, me confundía, y casi diré que me atosigaba; sí, me atosigaba, conmoviéndome un poco... pero el tósigo se sobreponía á la emoción dulce. ¿No es cierto, lector, que existe en nosotros un pudor de alma que nos hace pesado el excesivo agradecimiento? ¿No es verdad que la mansedumbre y la modestia, en grado tan alto, nos cohiben y hasta nos abochornan?

— Sedano — le dije un día para desviar la conversación del terreno del reconocimiento — cuénteme usted su vida y milagros. ¿Es V. soltero, casado, viudo? He oído que tiene V. una hija no sé dónde. Ea, á hacer confesión general.

— ¡Bah! — respondió él con un destello de ironía mansa en las lloronas pupilas. — Yo tengo vida, pero milagros no; todo lo mío es bien vulgar. Soy de Zamora, y me crié en casa de una tía mía, con posibles, que me sirvió de madre. Me dejó algunos cuartitos en *treses*, que decíamos entonces. Vine á Madrid á acabar la carrera, y más adelante conseguí un destino, porque el Sr. D. Luis González Brabo había sido compañero de mi padre, que en gloria esté. Aquella aldaba me sirvió de mucho. No soy de los que más padecieron bajo el poder de Poncio Pilatos, es decir, de la cesantía. Verdad que procuro hacerme útil en *la casa*.

— Y esos cuartos que trajo V. de Zamora, ¿los gastó, ó los invirtió en otra clase de renta? — pregunté considerando el pelaje de Sedano y

suponiendo que tal vez los famosos *treses* serían el hilo de que yo deseaba tirar.

—¡Los treses!—repitió él, bajando la cabeza, mientras una súbita llamarada encendía sus amarillentos pómulos.— Los treses... ya sabe V. que con la revolución pegaron un bajón hasta los profundos abismos. Yo supe extraoficialmente, por un *ad látere* del señor D. Luis González Brabo, ¡Dios le haya dado su santa glorial,—que iban á caer al pozo los tresecitos, ¿y qué hago?, vendo con tiempo mis cuarenta y tantos mil pesos nominales... Así no pudo fastidiármelos la gloriosa —añadió, sonriendo con expresión de malicia pueril, como el que se frota las manos celebrando su propia sagacidad.

Miréle, y cada vez me parecieron sus trazas más incompatibles con cuarenta mil duros, ni nominales, ni efectivos. Era clásico en la oficina el gabán color de ala de mosca de Sedano, y su corbata, pasada de los frios y calores, y su paraguas que, picado y limado en las costuras, embarcaba más agua de la que repelía. Me confirmé en que los misteriosos *treses* encerraban la clave de la historia de aquel hombre.

—¿Y qué hizo V. con el dinero?—insistí aseediándole.

—¡El dinero!... El dinero es una cosa que no parece sino que tiene alas—dijo volviéndose al rincón obscuro, y hablando como si algo se le atragantase.

—Vamos, que lo despabiló V. alegremente. ¡Vaya con el pillín de Sedano! Francachelas,

¿eh? ¡Buenas mozas? Porque entonces era V. joven todavía.

—Francachelas, no por cierto... Yo he sido siempre raro... muy raro... hasta maniático... en ese particular de las mujeres. Me entraba un encogimiento... Nunca supe... vamos, empezar. Si no fuese por los amigos, que á veces le sacan á uno de sus casillas... Si yo le dijese á V.... iba V. á reírse de mí; pero á carcajadas. Sólo que como todo el mundo tiene su alma en su almarío... y de una manera ó de otra necesita querer á alguien, yo, cuando vine á Madrid, conocí á una señora muy guapa, viuda, hermana de un pariente mío por afinidad. Era tan buena... quiero decir, era tan cariñosa conmigo... que yo—figúrese V., un muchacho—me fui acostumbrando á su trato y á su carácter de un modo... en fin, no salía de aquella casa. Tanto, que las malas lenguas dieron en murmurar, y un día hasta oí que se decía en un corro si la señora estaba ó no en cierto compromiso. Naturalmente que primero me enfadé muchísimo y luego me burlé de los murmuradores, porque yo la miraba como se mira á las santas del cielo, y sabía de fijo que tal barbaridad no podía ser. En esto la señora se ausentó de Madrid y me quedé medio muerto, ¡con una tristeza! ¡con una soledad!... Figúrese V. mi admiración cuando una mañana entra en mi cuarto de la casa de huéspedes una mujer vestida de negro, muy tapada... ¡y se descubre y me pone en los brazos una niña! "Ampárela V., Sedano; no tiene padre, no tiene á nadie en el

mundo... á mí no me permite ampararla mi honor... ¡Qué disgusto pasé! Me acuerdo que hasta lloré con el berrinche...

—¿Era la viuda? ¿La que V. quería?

—La misma. Pero yo, por mi parte, le aseguro á V. que ni con el pensamiento...

—Lo creo, lo creo... ¿Y la niña?

Profunda transformación noté en la marchita cara de Sedano. Sus ojos, turbios y húmedos, se aclararon un instante, y augusta expresión de amor los hizo irradiar dulcemente. Os aseguro que es hermoso espectáculo el de la luz de la bondad iluminando el rostro de un hombre.

—La niña vivió conmigo veintiún años. Busqué ama, niñera... Vamos, me dió que hacer; ¡pero cosa más linda! Quisiera que V. la hubiese visto entonces. Llamaba la atención al sacarla á paseo vestidita de terciopelo azul. Yo rabiaba á veces, porque es mucha la jaqueca que levanta una chiquitina: que la dentición, que el miedo á la difteria, que la educación, que vigilarla para que ningún pillastre la engatusase... Luego gastos, muchos gastos... Por eso le pedí al señor González Brabo el destino. A Enriqueta no quería yo que la faltasen comodidades, ni gustos, ni diversiones. A su edad...

—¿Y qué ha sido de la niña?—pregunté con interés cada vez mayor.

—Casada está, y en Filipinas con su marido...

—La voz de Sedano, al decir esto, se ablandó como si la mojasen.—Se casó con un militar... En fin, á V. no he de andarle con tapujos. La

chiquilla se enamoró como una desesperada de un muchacho... que es guapo, muy simpático, muy jaranero, gracioso... perdido... ¡Así les gustan á ellas! Desde que la vi tan amelonada, no hubo más recurso que dejarlos casar. Me quedé hecho un páparo; no podía acostumbrarme, la casa se me venía encima y siempre me escapaba á la del matrimonio joven. Un día me encuentro á la criatura hecha un mar de lágrimas: "Chiquilla, ¿qué tienes?", "Ay, padrino (me llamaba así). Pepe ha jugado... fondos que no eran suyos... la vergüenza... el deshonor... Ayer compró un revólver... Si él se mata, yo también..." ¿Qué haría V. en mi caso?

—Entendido, Sedano: ya adivino el paradero de los treses...

—No, mire V., entonces no le di más que siete mil duros... Hasta dos años después... ¡Y si V. vieses! ¡Parecía que se había enmendado el maldito!

—Total, que no le quedó á V. más recurso que la oficina—exclamé alargando á Sedano un *entreacto* muy oloroso.

—Y quiera Dios que no me falte—respondió él, pagándome con una de aquellas sofocantes miradas de gratitud.

Desde esta conversación, me infunde cierto respeto el gabán color de ala de mosca, y desearía insinuarme con el ministro de Fomento, á fin de parar el golpe si amaga la cesantía de Sedano.

EL MILAGRO DEL HERMANUCO

PARA contrastes, el de la comunidad de Recoletas de Marineda con su hermanuco, donado ó sacristán,—que no sé á punto cierto cuál de estos nombres le cae mejor.

Son las Recoletas de Marineda ejemplo de austeridad monástica; gastan camisa de estameña; comen de vigilia todo el año; se acuestan en el suelo, sobre las losas húmedas, con una piedra por almohada; se disciplinan cruelmente; se levantan á las tres de la mañana para orar en el coro; hablan al través de doble reja y un velo tupido; para consultar con el médico no descubren la cara, y son tan pobres, que los republicanos carniceros ó polleros del Mercado y las lengüilargas verduleras, al ver pasar al hermanuco con la cesta, deslizan en ella el pedazo de vaca, el par de huevos, la patata, el cuarto de gallina, el torrezno, diciendo expresivamente: "Que sea para las madres ¿eh? para las enfermas." Porque saben que siempre hay en la enfermería dos ó tres Recoletas, lo menos, y que si no lo reciben de limosna, no ten-

drian caldo, pues ni la regla ni la necesidad las permiten salir de bacalao y sardina.

No quedaban tranquilas, sin embargo, las caritativas verduleras, y lo probaba lo recalcado de la frase: "Que sea para las madres ¿eh?," Porque así como se figuraban á las Recoletas de escuálidas, magras, amarillas y puntiagudas, así veían de rechoncho, barrigón, coloradote y enjundioso al donado.

Constábase además—y á alguna por experiencia—que el ejemplo de las madres surtía en el donado efectos contraproducentes, y que tanto cuanto eran las madres de castísimas, humildes, ayunadoras y sufridoras, era el donado... de todos los vicios opuestos á estas virtudes. No obstante, su humor jovial y bufonesco, sus cuentos verdes, sus equívocos, sus dicharachos, sus sátiras, le habían granjeado cierta popularidad en puestos y tenduchos.

Referíanse de él gorjas enormes, convites burlescos en que hacía de mesa un ataúd y de servilleta una pierna de calzoncillo; escenas cómicas de exorcismos y conjuros en que sacaba los demonios del cuerpo á las mozas con un gancho de escarbar la lumbré... y otras mil invenciones que se reían á carcajadas, y que lejos de perjudicar al donado le formaban aureola.

Acaso la plebe, subyugada y confundida ante la sublimidad de las mártires Recoletas, encontraba alivio y descanso festejando en el hermanuco al gremio de la pecadora humanidad.

Había en cambio una clase de mujeres que profesaban al hermanuco ojeriza singular y de-

clarada, y decían de él horrores: eran las beatas, cosa de docena á docena y media de vestiglos que no sabían salir de la iglesia del convento de Recoletas y á quienes no les parecía buena y cabal la misa, la novena ni ninguna clase de devoción, sino dentro de aquellas cuatro paredes.

La antipatía entre el hermanuco y las beatas nació precisamente de que andaba rabiando por cerrar, para largarse adonde el diablo sabía. En vano recorría la iglesia repicando el manojo de llaves; en vano tosía y mondaba el pecho y describía semicírculos alrededor de las arrodilladas, pues éstas, como si lo hiciesen á propósito, con los ojos en blanco y las manos juntas, continuaban bisbisando sus interminables, sus kilométricos rosarios. Si el hermanuco se dejase llevar de su genio, claro está que les daría con la escoba como á las cucarachas; lo malo era que la madre abadesa le tenía severamente prohibida toda viveza, todo regaño, toda descortesía con aquellas Recoletas seculares, y si fracasaban las insinuaciones, no había más que aguardar cachazudamente á que se acabasen los "misterios gloriosos, ó el septenario, ó la meditación.

Distinguíase entre las demás una devota, no sólo por la morosidad de sus rezos, sino por su catadura y años. Era el rostro de Doña Mariquita de aquellos que, según Quevedo, pueden servir á San Antonio de tentación y cochino: en mitad de la chupada boca quedábale un solo diente, largo, temblón, diente que había inspi-

rado á un ingenio local esta frase: "Así como hay ojos que muerden, hay dientes que miran y hasta que hacen guiños." Para no creer que Doña Mariquita iba á salir volando por la chimenea, á horcajadas en una escoba, era preciso recordar su mucha piedad, su continua oración, su incesante persecución de confesores, su sed perpetua de agua bendita. Así y todo, el hermanuco la nombraba siempre "la bruja."

Es de saber que cada devota tenía en la iglesia de las Recoletas su rincón predilecto, y que el hermanuco, al hacer la diaria requisa antes de cerrar, sabía de fijo que á Doña Petronilla, y. gr., la encontraría bajo las alas de San Miguel; á Doña Regaladita Sánz, acurrucada ante el Corazón de Jesús, y á Doña Mariquita en monólogo al pie del Cristo de la Buena Hora.

En esto de devoción como en todo, hay gente afecta á novedades; y si Regaladita Sanz y otras de su escuela andaban siempre averiguando la última moda de la piedad y no hablaban sino de los Corazones, ni rezaban sino á esos cromos abigarrados que hoy se ven en todas las iglesias, las beatas del temple de Doña Mariquita se atenían á las antiguas advocaciones y á las formas que ya van cayendo en desuso. Para Doña Mariquita no había en las Recoletas más efigie que la del Cristo de la Buena Hora.

Segura estoy de que á mí me pasaría lo mismo, y si entro en la iglesia, flechada me voy también á la sombría capilla, de negra verja rechinante, y altar donde, sobre un fondo rojo

oscuro, se alza la inmensa cruz, sosteniendo el cuerpo livido, estriado de sangre, pendiente y desplomado sobre las crispadas piernas. Está el Cristo de la Buena Hora representado en ocasión de pronunciar alguna de las siete desgarradoras Palabras, pues tiene la boca entreabierta y la faz no caída sobre el pecho, sino un tanto erguida, con esfuerzo doloroso. No le falta la correspondiente enaguilla de terciopelo negro, bordada de plata; y bajo sus pies talarados y contraídos, tres huevos de avestruz recuerdan la devoción de algún navegante.

Una sola lamparita mortecina alumbra la imagen y deja entrever—ó dejaba, porque ahora se ha procedido á recoger estos ingenuos emblemas—amarillentos exvotos, brazos, piernas, figuritas de niños.

El nombre de Cristo de la Buena Hora da á entender, sin embargo, que lo que se pide á aquella efigie no es la salud del cuerpo sino la del alma, la muerte no repentina sino con arrepentimiento, con sacramentos, con todos los auxilios y remedios espirituales. Y esto solicitaba con tal fervor Doña Mariquita—según las investigaciones del hermanuco,—y por eso, como cada día estaba la buena hora más próxima y la gordivieja beata arrastraba las piernas con mayor dificultad cada día, también prolongaba más las oraciones y cada día obligaba al donado á cerrar más tarde: así es que el donado había llegado á aborrecer al vejestorio, y al cabo se propuso jugarle alguna pasada que le quitase el hipo de tanto rezuqueo.

Discurriendo y discurriendo, acabó por encontrar una traza á su parecer muy linda. El camarín del Cristo era bastante hondo y tenía acceso por la sacristía, y el paño ó cortinaje que lo revestía estaba suelto, de modo que, trepando al altar, no era difícil quedarse escondido detrás del paño, de suerte que nadie pudiese sospechar allí la presencia de un hombre.

Habiendo ensayado la habilidad, el hermanuco esperó el momento en que, abierta la iglesia por la tarde, se aparecía doña Mariquita.

Todo sucedió según estaba prevenido. Cuando la devota se hincó de rodillas en el sitio de costumbre, el hermanuco, agazapado, la espiaba por un agujero hecho en la cortina.

Conviene no omitir una circunstancia, y es que aquel donado irreverente, mofador epicúreo de sacristía y volteriano de plazuela, sólo sentía cierta aprensión muy parecida al respeto ante la efigie del Cristo de la Buena Hora. Hubiese preferido mucho que su maligna travesura tuviera por teatro la capilla del Arcángel ó el altar nuevo de la Saleta. Hasta creo que al subir agarrándose á las piernas del Cristo, le temblaban un poco las suyas al donado. El deseo de venganza contra doña Mariquita pudo más que aquella medrosa impresión, y desde que vio llegar á la vieja saboreó anticipadamente el placer del triunfo.

Dejó á la devota enfrascarse en su monólogo, prestando oído á fin de graduar mejor el efecto, y así que la vio con las manos enclavijadas y los ojos fijos en el rostro de la imagen; así que la oyó

murmurar con ansia: "Señor mío Jesucristo, dame una buena horita, una buena horita", el maldito hermano se aferró bien, adelantó la cara hasta subirla á la altura de la del Cristo, y lentamente, con voz sepulcral y cavernosa articuló estas terribles palabras: "Tus oraciones no llegan á mí."

Se oyó un golpe sordo. Doña Mariquita había caído al suelo.

El hermanuco, sin poderse reprimir, soltó la risa.

Transcurrieron dos minutos, tres, y ya ningún ruido turbó el silencio de la capilla. Entonces el hermanuco, algo alarmado, salió de su escondite, y bajándose, tomó en peso á la devota, al parecer privada de sentido.

Un recelo inexplicable se apoderó del burlador: corrió á la pila del agua bendita, mojó un pañuelo y lo aplicó á las sienes de la vieja. Ni por esas; lejos de volver en sí, doña Mariquita pesaba cada vez más, como pesa el cuerpo muerto.

"¡Zambomba!, pensó él: "á que esta bruja me quiere dar un susto y se hace la desmayada... Tomó una aguja del moño de doña Mariquita y se la afincó en un carrillo, primero suave, luego recio. Nada: como si la hubiese clavado en un tapón de corcho.

Gotitas de sudor frío asomaron en la raíz de cada pelo del hermanuco, que empezó á entrever la espantosa verdad.

Por no mirar á la difunta, que estaba más fea aún que de viva; por no verle en la sima de la

abierta boca aquel único diente acusador, y también por el instinto de pedir socorro que nos asalta en las grandes congojas, el sacrilego hermanuco miró al Cristo como si le dijese: "resucítame este estafermo, Señor; resucítame este estafermo, y haré penitencia, y seré honrado, piadoso, continente, sobrio y humilde."

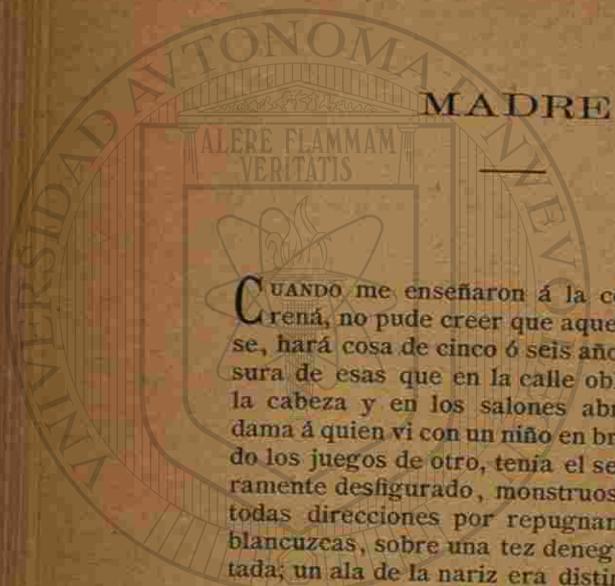
Al implorarle, y en medio de su turbación, el rostro del Cristo le pareció más imponente, mucho más, que el de la beata; y de sus ojos airados, de sus labios entreabiertos, sintió caer una maldición solemne.

Así fué cómo las Recoletas de Marinada se quedaron sin hermanuco. Tuvo que dejar el oficio porque no hubo fuerzas humanas que le moviesen á cruzar otra vez el umbral de la capilla del Cristo.

No por eso se convirtió. Al contrario, arreció en sus vicios y en sus maulas. Pero repito que á la capilla, ni atado.

Y cuando oía nombrar la Buena Hora, un escalofrío le corría por la espalda. Hízose muy borrachín de aguardiente de caña, y al preguntarle las verduleras por qué andaba siempre chispo, respondía cínicamente:

—Porque así no sabe el hombre cuando viene la Hora.



MADRE

CUANDO me enseñaron á la condesa de Serená, no pude creer que aquella señora fuese, hará cosa de cinco ó seis años, una hermosura de esas que en la calle obligan á volver la cabeza y en los salones abren surco. La dama á quien vi con un niño en brazos y vigilando los juegos de otro, tenía el semblante enteramente desfigurado, monstruoso, surcado en todas direcciones por repugnantes cicatrices blancuzcas, sobre una tez denegrida y amoratada; un ala de la nariz era distinta de la compañera, y hasta los mismos labios los afeaba profundo costurón. Sólo los ojos persistían magníficamente bellos, grandes, rasgados, húmedos, negrísimos; pero si cabía compararlos al sol, sería al sol en el momento de iluminar una comarca devastada y esterilizada por la tormenta.

Noté que el amigo que nos acompañaba, al pasar por delante de la condesa, se quitó el sombrero hasta los pies y saludó como únicamente se saluda á las reinas ó á las santas; y mientras dábamos vueltas por el paseo casi

solitario, el mismo amigo me refirió la historia ó leyenda de las cicatrices y de la pérdida hermosa, —bajando la voz siempre que nos acercábamos al banco que ocupaba la heroína del relato siguiente:

„La condesa de Serená se casó muy niña, y enviudó á los veintiún años, quedándole una hija á la cual se consagró con devoción idólatrica.

„La hija tenía la enfermiza constitución del padre, y la condesa pasó años de angustia cuidando á su Irene lo mismo que á planta delicada en invernadero. Y sucedió lo natural: Irene salió antojadiza, voluntariosa, exigente, convencida de que su capricho y su gusto eran lo único importante en la tierra.

„Desde el primer año de viudez rodearon á la condesa los pretendientes, acudiendo al cebo de una beldad espléndida y un envidiable caudal. De la beldad podemos hablar los que la conocimos en todo su brillo y—¿á qué negarlo?—también suspiramos por ella.

„Para imaginarse lo que fué la cara de la condesa, hay que recordar las cabezas admirables de la Virgen, creadas por Guido Reni: facciones muy regulares y á la vez muy expresivas, tez ni morena ni blanca, sino como dorada por un reflejo solar; agregue V. la gallardía del cuerpo, la morbidez de las formas, la riqueza del pelo y de los dientes, y esos ojos que aún pueden verse ahora... y comprenderá que tantos hombres de bien anduviesen vueltos tarumba por consolar á la dama.

„Perdieron, digo, perdimos el tiempo lastimosamente; ella se zafó de sus adoradores, despachando á los tercios, convirtiendo en amigos desinteresados á los demás, convenciendo á todos de que ni se volvía á casar ni pensaba en otra cosa sino en su hija, en fortalecerle la salud, en acrecentarle la hacienda. Vimos que era sincero el propósito; comprendimos que nada sacábamos en limpio; observamos que la condesa se vestía y peinaba de cierto modo que indica en la mujer desarme y neutralidad absoluta, y nos conformamos con mirar á la hermosa lo mismo que se mira un cuadro ó una estatua.

„Y empleo la palabra *mirar*, porque hasta las palabras lisonjeras y galantes conocimos que no eran gratas á la condesa, sobre todo desde que Irene empezó á espigar y presumir. Quiso la mala suerte que la hija de tan guapa señora heredase, al par que el temperamento, los rasgos fisionómicos de su padre, por lo cual Irene, en la flor de la juventud, era una mocita delgada y pálida, sin más encantos que eso que suele llamarse *belleza del diablo*, y yo comparo al saborete del agraz. Y la misma suerte caprichosa hizo que la condesa, acaso por efecto de la vida metódica y retirada en que economizó sus fuerzas vitales, entrase en el período de treinta á treinta y cinco, luciendo tan asombrosa frescura, tal plenitud de todas sus gracias, que á su lado la chiquilla daba compasión.

„De nada servía que su madre la emperejilase y se impusiese á sí propia la mayor modes-

tía en trajes y adornos; los ojos de las gentes se fijaban en el soberano otoño, apartándose de la primavera mustia; y en la calle, en la iglesia, en el campo, en los baños, doquiera que la madre y la hija apareciesen juntas, indiscretas y francas exclamaciones humillaban á Irene en lo más delicado de su vanidad femenil, y herían á la condesa en lo más íntimo de su ternura maternal.

„Fué peor todavía cuando, llegado el momento de introducir á Irene en lo que por antonomasia se llama *sociedad*, la condesa, que no había de presentarse hecha la criada de su hija, tuvo que adornarse, descotarse y lucir otra vez joyas y galas. Por más que ajustase su vestir á reglas de severidad y seriedad que nunca infringía; por más que los colores oscuros, las hechuras sencillas, la proscripción de toda coquetería picante en el tocado dijese bien á las claras que sólo por decoro se engalanaba la condesa, lo cierto es que el marco de riqueza y distinción duplicaba su hermosura divina, y de nuevo la asediaban los hombres, engolosinados y locos. De Irene apenas si hacía caso algún muchachuelo imberbe, y hubo ocasiones en que la madre, con piadosa astucia, toleró las asiduidades de apuesto galán, para adquirir el derecho de que sacase á bailar á Irene ó la llevase al comedor.

„Lo triste era que ya Irene, mortificada, ulcerado su amor propio, se mostraba desabrida con su madre, y pasaba semanas enteras sin hablarla. Notaba también la condesa que los

párpados de la muchacha estaban enrojecidos, y varias veces, al animarla á que se vistiese para alguna fiesta, Irene había respondido: —Vé tú; yo no voy; no me divierte.—De estas señales infería la condesa que roían á Irene la envidia y el despecho; y en vez de enojo, sentía la madre lástima infinita. Con vida y alma se hubiese quitado—á ser posible—aquella tez de alabastro y nácar, aquellos ojos de sol, y poniéndolos en una bandeja, como los de Santa Lucía, se los hubiese ofrecido á su niña, al ídolo de toda su honrada y noble existencia.

„No pudiendo regalar su beldad á Irene, pensó que resolvería el conflicto buscándola novio. Satisfecha con el amor de su esposo, pudiendo ir con él á todas partes, y retirada la condesa en su hogar, cesaba la tirante situación de madre é hija.

„Encontrar marido para la rica Irene no era difícil, pero la condesa aspiraba á un hombre de mérito, y su instinto de madre la guió para descubrirle y para aproximarle á Irene, preparando los sucesos. El elegido—Enrique de Acuña—era uno de los muchos admiradores y veneradores de la condesa, y puede asegurarse que influyó en él ese sentimiento que nos lleva á preferir para esposas á las hijas de las mujeres á quienes profesamos estimación altísima, y á quienes no hemos amado, pura y simplemente porque sabemos que no se dejarían amar. Persuadida la condesa de que Enrique reunía prendas no comunes de talento y corazón; viéndole tan guapo, tan digno de ser querido, tan

hombre y tan caballero, en suma, trabajó con inocente diplomacia y triunfó, pues no tardaron Irene y Enrique en ser amartelados prometidos.

„Casáronse pronto y salieron á hacer el acostumbrado viaje de luna de miel, que fué un siglo de dolor para la condesa. Acostumbrada á absorber su vida en la de su hija, á existir por ella y para ella solamente, ni sabía qué hacer del tiempo, ni podía habituarse á no ver á Irene apenas despertaba, á no besarla dormida. Ya se sentía enferma de nostalgia, cuando regresaron á Madrid los novios.

„La condesa notó con alegría que su yerno la demostraba vivo cariño, gran deferencia y familiaridad como de hermano. La consultaba todo; juntos trabajaban en el arreglo de las cuestiones de interés, y en broma solía repetir Enrique que, sólo por tener tal suegra, cien veces volvería á casarse con Irene Serená. La satisfacción de la condesa, no obstante, duró poco, pues advirtió que, según Enrique extremaba los halagos y el afecto, Irene reincidía en la antigua sequedad y dureza, y en los desplantes y murrias. Delante de su marido, contentábase, pero apenas él volvía la espalda, ella daba suelta al mal humor y á la acritud de su genio.

„Cierta día, saliendo la condesa á ver unos solares que deseaba adquirir, encontró en la puerta á Enrique, que se ofreció á acompañarla. A la mesa, por la noche, Enrique habló de la excursión, y dijo riendo que por poco le cuesta un lance acompañar á su suegra, pues todos

la decían flores, y hasta un necio la siguió, requebrándola...

—¿No sabes?—añadió Enrique dirigiéndose á Irene. —Tuve que llamarle al orden al caballero... Lo gracioso es que me tomó por marido de tu mamá, y yo, para hacerle rabiar, le dije que sí lo era...

„Al oír esto, Irene se levantó de la mesa, arrojando la servilleta al suelo; corriendo salió del comedor, y la oyeron cerrar con estrépito la puerta de su cuarto. Miráronse la madre y el esposo, y aquella mirada todo lo reveló; no necesitaron hablar. Enrique, ceñudo, siguió á su mujer y se encerró con ella. Al cabo de media hora, vino inmutadísimo á decir á la condesa que Irene no quería vivir más en la casa materna; y que era tal su empeño de irse, que si no se realizaba la separación, amenazaba con hacer *cualquier disparate*.

—„Pero tranquilcese V.—añadió en amargo tono de reconcentrada cólera:—he sabido imponerme y la he tratado con severidad, porque lo merece su locura.—Y como la condesa, más pálida que un difunto, se apoyase en un mueble por no caer, exclamó Enrique:

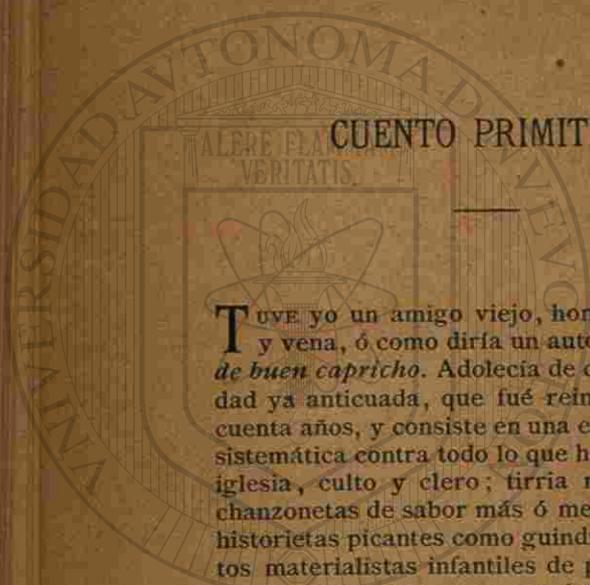
—„¡Señora, el carácter de su hija de V. preveo que nos costará muchas penas á todos!...

„Estas interioridades se supieron, según costumbre, por los criados, que las cazaron al vuelo entre cortinas y puertas; y ellos, los enemigos domésticos, fueron también los que divulgaron que el día del disgusto, la señora condesa se acostó dolorida y preocupada, y no se

fijó en que quedaba la luz ardiendo cerca de las cortinas; de modo que, á media noche, despertó envuelta en llamas, y aunque pudo evitar la desgracia mayor de perder la vida, no evitó que la cara padeciese quemaduras terribles. Con el susto y la impresión y la asistencia, Irene olvidó su enfado, y desde aquel día vivieron en paz: el señorito Enrique muy metido en sí, la señora cada vez más retirada del mundo, pensando sólo en cuidar á los niños que le fueron naciendo á la señorita...

—¿Qué opina V. de las quemaduras de la condesa?—preguntó al llegar aquí el narrador.

—Que esta María Coronel vale más que la otra—respondi, inclinándome á mi vez ante la madre de Irene, la cual, sospechando que hablábamos de ella, se levantó, y se retiró del paseo con sus nietecillos de la mano.



CUENTO PRIMITIVO

TUVE yo un amigo viejo, hombre de humor y vena, ó como diría un autor clásico, *loco de buen capricho*. Adolecía de cierta enfermedad ya anticuada, que fué reinante hace cincuenta años, y consiste en una especie de tirria sistemática contra todo lo que huele á religión, iglesia, culto y clero; tirria manifestada en chanzonetas de sabor más ó menos volteriano, historietas picantes como guindillas, argumentos materialistas infantiles de puro inocentes, y teorías burdamente carnales, opuestas de todo en todo á la manera de sentir y obrar del que siempre fué, después de tanto alarde de impiedad barata, persona honradísima, de limpias costumbres y benigno corazón.

Entre los asuntos que daban pie á mi amigo para despacharse á su gusto, figuraba en primer término la exégesis, ó sea la interpretación (trituratora, por supuesto) de los libros sagrados. Siempre andaba con la Biblia á vueltas, y liado á bofetadas con el Padre Scio de San Miguel. Empeñábase en que no debió llamarse *Padre Scio*, sino *Padre Nescio*, porque

había que ponerse anteojos para ver su ciencia, y las más veces discurría á trompicones por entre los laberintos y tinieblas de unos textos tan vetustos como difíciles de explicar. Sin echar de ver que él estaba en el mismo caso que el Padre Scio, y peor, pues carecía de la doctrina teológica y filológica del venerable escriturario, mi amigo se entrometía á enmendarle bizarramente la plana, diciendo peregrinos disparates que, tomados en broma, nos ayudaban á entretenir las largas horas de las veladas de invierno en la aldea, mientras la lluvia empapa la tierra y gotea desprendiéndose de las peladas ramas de los árboles, y los canes aullan medrosamente anunciando imaginarios peligros.

En una noche así, después de haber apurado el ligero ponche de leche con que espantábamos el frío, y cuando el tréscillo estaba en su plenitud, mi amigo la tomó con el Génesis, y rehizo á su manera la historia de la creación. No vaya á figurarse nadie que la rehizo en sentido darwinista: eso sería casi atenerse á la serie mosaica de los seis días, en que se asciende de lo inorgánico á lo orgánico, y de los organismos inferiores á los superiores. No: la creación, según mi amigo (que sin duda, para estar tan en autos, había celebrado alguna conferencia con el Creador), fué de la guisa que van Vds. á ver si continúan leyendo. Yo no hago sino transcribir lo esencial de la relación, aunque no respondo de ligeras variantes en la forma.

"En el primer día crió Dios al hombre. Sí, al hombre; á Adán, hecho del barro ó limo del

informe planeta. Pues qué, ¿iba Dios á necesitar ensayos y pruebas y tanteos y una semana de prácticas para salir al fin y al cabo con una pata de gallo como el hombre? Ni por pienso: lo único que explica y disculpa al hombre es que brotó al calor de la improvisación, aun no bien hubo determinado el Señor condensar en forma de esfera la materia caótica.

„Y crió primero al hombre, por una razón bien sencilla. Destinándole como le destinaba á rey y señor de lo creado, le pareció á Dios muy regular que el mismo Adán manifestase de qué hechura descaba sus señoríos y reinos. En suma, Dios, á fuer de buen Padre, quiso hacer feliz á su criatura y que pidiese por aquella bocaza.

„Apenas empezó Adán á rebullirse, dolorido aún de los pellizcos de los dedos divinos que modelaron sus formas, miró en derredor: y como las tinieblas cubrían aún la faz del abismo, Adán sintió miedo y tristeza, y quiso ver, disfrutar de la claridad esplendente. Dios pronunció el consabido *Fiat*, y apareció el glorioso sol en el firmamento, y el hombre vió, y su alma se inundó de júbilo.

„Mas al poco rato notó que lo que veía no era ni muy variado ni muy recreativo: inmensa extensión desnuda, calvos eriales en que reverberaba ardiente la luz solar, y que la devolvían en abrasadoras flechas. Adán gimió sordamente, murmurando que se achicharraba y que la tierra le parecía un páramo. Y sin tardanza suscitó Dios los vegetales, la hierba avelludada y mullida que reviste el suelo, los arbustos

en flor que lo adornan y engalanan, los majestuosos árboles que vierten sobre él deleitable sombra. Como Adán notase que esta vestidura encantadora de la superficie terrestre parecía languidecer, aparecieron los vastos mares, los caudalosos ríos, las reidoras fuentejillas, y el rocío cayó hecho menudo aljófara sobre los campos. Y quejándose Adán de que tanto sol ya le ofendía la vista, el infatigable Dios, en vez de regalar á su hechura unas antiparras ahumadas, crió nada menos que la luna y las estrellas, y estableció el turno pacífico de los días y las noches.

„A todas estas, el primer hombre ya iba encontrando habitable el Edén. Sabía cómo defenderse del calor y resguardarse del frío; el hambre y la sed se las había calmado al punto Dios, ofreciéndole puros manantiales y sazonados frutos. Podía recorrer libremente las espesuras, las selvas, los valles, los pensiles y las grutas de su mansión privilegiada. Podía coger todas las flores, gustar todas las variadísimas y golosas especies de fruta, saborear todas las aguas, recostarse en todos los lechos de césped y vivir sin cuitas ni afanes, dejando correr los días de su eterna mocedad en un mundo siempre joven.—Sin embargo, no le bastaba á Adán esta idílica bienandanza; echaba de menos alguna compañía, otros seres vivientes que animasen la extensión del Paraíso. Y Dios, siempre complaciente, se dió prisa á rodear á Adán de animales diversos: unos graciosos, tiernos, halagüeños y domésticos, como la paloma y la

tórtola; otros familiares, juguetones y traviosos como el mono y el gato; otros leales y fieles, como el perro, y otros, como el león, bellos y terribles en su aspecto, aunque para Adán todos eran mansos y humildes, y los mismos tigres le lamían la mano. No queriendo Dios que Adán pudiese volver á lamentarse de que le faltaba acompañamiento de seres vivos, los crió á millones, multiplicando organismos, desde los menudísimos infusorios suspensos en el aire y en el agua, hasta el monstruoso megaterio emboscado en las selvas profundas. Quiso que Adán encontrase la vida por doquiera, la vida enérgica y ardorosa, que sin cesar se renueva y se comunica, y que no se agota nunca, adaptándose á las condiciones del medio ambiente y aprovechando la menor chispa de fuego para reanimar su encendido foco.

„Al principio le divirtieron á Adán los avechuchos, y juguetó con ellos como un niño. No obstante, pasado algún tiempo, notó que iba cansándose de los seres inferiores, como se había cansado del sol, de la luna, de los mares y de las plantas. Si el sol todos los días aparece y se oculta de idéntico modo, los bichos repiten constantemente iguales gracias, iguales acciones y movimientos, previstos de antemano, según su especie. El mono es siempre imitador y muequero; el potro, brincador y gallardo; el perro, vigilante y adicto; el ruiseñor, ni por casualidad varía sus sonatas; el gato, ya es sabido que se pasa el muy posma las horas muertas haciendo *ron, ron*. Y Adán se despertó cierta mañana pensan-

do que la vida era bien estúpida y el Paraíso una secatura.

„Como Dios todo lo cala, en seguida caló que Adán se aburría por diez; y llamándole á capítulo, le increpó severamente. ¿Qué le faltaba al señorito? ¿No tenía todo cuanto podía apetecer? ¿No disfrutaba en el Edén de una paz soberana y una ventura envidiable? ¿No le obedecía la creación entera? ¿No estaba hecho un archipámpano?

„Adán confesó con noble franqueza que precisamente aquella calma, aquella seguridad, eran las que le tenían ahito, y que anhelaba un poco de imprevisto, alguna emoción, aunque la pagase al precio de su soñoliento reposo y amodorrada placidez.

„Entonces Dios, mirándole con cierta lástima, se le acercó, y sutilmente le fué sacando, no una costilla como dice el vulgo, sino unas miasmas del cerebro, unos pedacillos del corazón, unos haces de nervios, unos fragmentos de hueso, unas onzas de sangre... en fin, algo de toda su substancia; y como Dios, puesto á escoger, no iba á optar por lo más ruín, claro que tomó lo mejorcito, lo delicado y selecto, como si dijéramos, la flor del varón, para constituir y amasar á la hembra. De suerte que, al ser Eva criada, Adán quedó inferior á lo que era antes, y perjudicado, digámoslo así, en tercio y quinto.

„Por su parte, Dios, sabiendo que tenía entre manos lo más exquisito de la organización del hombre, se esmeró en darle figura y en modelarlo primorosamente. No se atrevió á apretar tanto los dedos como cuando plasmaba al varón;

y de la caricia suave y halagadora de sus palmas, proceden esas curvas muelles y esos contornos ondulados y elegantes que tanto contrastan con la rigidez y aspereza de las líneas masculinas.

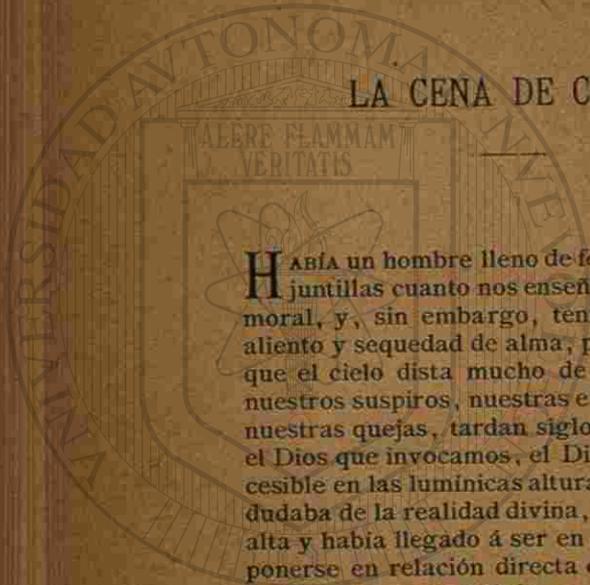
„Acabadita Eva, Dios la tomó de la mano y se la presentó á Adán, que se quedó embozado, atónito, creyendo hallarse en presencia de un ser celestial, de un luminoso querubín. Y en esta creencia siguió por algunos días, sin cansarse de mirar, remirar, admirar, ensalzar é incensar á la preciosa criatura. Por más que Eva juraba y perjuraba que era hecha del mismo barro que él, Adán no lo creía; Adán juraba á su vez que Eva procedía de otras regiones, de los azules espacios por donde giran las estrellas, del éter purísimo que envuelve el disco del sol, ó más bien del piélagos de lumbré en que flotan los espíritus ante el trono del Eterno. Créese que por entonces compuso Adán el primer soneto que ha sido en el mundo.

„Duró esta situación hasta que Adán, sin necesidad de ninguna insinuación de la serpiente traicionera, vino en antojo veheméntísimo de comerse una manzana que custodiaba Eva con gran cuidado. Yo sé de fijo que Eva la defendió mucho, y no la entregó á dos por tres; y este pasaje de la Escritura es de los más tergiversados. En suma, á pesar de la defensa, Adán venció como más fuerte, y se engulló la manzana. Apenas cayeron en su estómago los mal mascados pedazos del fruto de perdición, cuando ¡oh cambio asombroso! ¡oh

inconcebible versatilidad! en vez de tener á Eva por serafín, la tuvo por demonio ó fiera bruta; en vez de crearla limpia y sin mácula, la juzgó sentina de todas las impurezas y maldades; en vez de atribuirle su dicha y su arroboamiento, la echó la culpa de su desazón, de sus dolores, hasta del destierro que Dios les impuso, y de su eterna peregrinación por sendas de abrojos y espinas.

„El caso es que, á fuerza de oirlo, también Eva llegó á creerlo; se reconoció culpada, y perdió la memoria de su origen, no atreviéndose ya á afirmar que era de la misma substancia que el hombre, ni mejor ni peor, sino un poco más fina. Y el mito genesiaco se reproduce en la vida de de cada Eva: antes de la manzana, el Adán respectivo la eleva un altar y la adora en él; después de la manzana, la quita del altar y la lleva al pesebre ó al basurero...

„Y sin embargo—añadió mi amigo por vía de moraleja, tras de apurar otro vaso del inofensivo ponche—como Eva está formada de la más íntima substancia de Adán, Adán, hablando pesates de Eva, va tras Eva como la sogá tras el caldero, y sólo deja de ir cuando se le acaba la respiración y se le enfría el cielo de la boca. En realidad, sus aspiraciones se han cumplido: desde que Dios le trajo á Eva, el hombre no ha vuelto á aburrirse, ni á disfrutar la calma y descuido del Paraíso; y desterrado de tan apetecible mansión, sólo logra entreverla un instante en el fondo de las pupilas de Eva, donde se conserva un reflejo de su imagen..



LA CENA DE CRISTO

HABÍA un hombre lleno de fe, que creía á pies juntillas cuanto nos enseñan la religión y la moral, y, sin embargo, tenía horas de desaliento y sequedad de alma, porque le parecía que el cielo dista mucho de la tierra, y que nuestros suspiros, nuestras efusiones de amor, nuestras quejas, tardan siglos en llegar hasta el Dios que invocamos, el Dios distante, inaccesible en las luminicas alturas de la gloria. No dudaba de la realidad divina, pero la creía muy alta y había llegado á ser en él idea fija la de ponerse en relación directa con el que todo lo puede y lo consuela todo.

Persuadido de que el claustro está bastantes peldaños más cerca del cielo que de la sociedad, Eudoro—así se llamaba el creyente—entró de novicio en los Carmelitas. Espantó á sus hermanos el fervor de su vida monástica, y cuenta que en el convento estaban acostumbrados á ver austeridades y á adivinar rigores que la humildad encubría. Los de Eudoro, sin embargo, pasaban de la raya y llegaban á asombrar á los viejos, curtidos por una vida entera de maceraciones, verdaderos veteranos de la

penitencia. Eudoro ascendía por la áspera cuesta de la mortificación, creyendo que así se aproximaba á la gloria, y no tanto por merecerla después de su muerte, como por sentirla en vida, por cerciorarse de su realidad. Juzgo evidente que el demonio del escepticismo era quien á la sordina inspiraba tales anhelos, porque si Eudoro estuviese completamente seguro de que al morir el cielo se abre al que lo gana, no experimentaría tan ardiente afán de percibirlo, de acortar distancias, y, por decirlo así, de tocarlo con sus manos y verlo con sus ojos. Fuese lo que fuese, Eudoro practicó terribles asperezas consigo mismo; descalzo, debilitado por el ayuno, acardenalado por las disciplinas, de rodillas en la celda, cuyas desnudas paredes aparecían salpicadas de sangre, se pasó las noches enteras velando y pidiendo á Dios, entre lágrimas y sollozos, que se dignase aproximarse á su siervo. Fué inútil: sólo el triste aullido del viento en los árboles del huerto conventual respondió á sus llamamientos desesperados. Entonces salió del convento sin profesar, y los frailes viejos, edificados antes, hicieron la cruz sobre el pecho, con rostro grave y labios contraídos.

Eudoro se retiró á su casa, y descorazonado, imaginando que ya nunca se aproximaría al cielo, se dedicó á una vida activa, laboriosa y modesta, emprendiendo algunos negocios de los cuales se prometía lucro. El socio que admitió gozaba fama de probo; sin embargo, lo cierto es que engañó á Eudoro malamente, despo-

jándote de su capital y haciéndole pasar ante el mundo por tramposo y estafador. Esto último fue lo que más dolió á Eudoro, porque estimaba su honra y sufría vergüenza horrible al verse infamado y notar que se apartaban de él las gentes con desprecio. En su espíritu germinó un odio tenaz contra el calumniador, y la sed de venganza le amargó la boca.

Una noche, pasando por cierta calle desierta, Eudoro vió á un hombre que se defendía de tres que ya le tenían acorralado é iban á darle muerte. El farol contra el cual se apoyaba, le alumbraba el rostro de lleno, y Eudoro reconoció á su enemigo. Tuvo un instante de fluctuación; quiso alejarse... y de pronto volvió; iba armado; cargando con denuedo á los asesinos, les obligó á emprender precipitada fuga. Antes que el socorrido le diese las gracias, Eudoro se alejó también.

Casi llegaba á la puerta de su casa, cuando he aquí que le sale al camino un mendigo, descalzo, harapiento, encorvado, pidiéndole en voz lastimera, no dinero, sino algo de comer. "Me caigo de necesidad," gemía el pordiosero, y Eudoro, tomándole de la mano: "Vente conmigo," le dijo benignamente. "Partiremos la cena... y dormirás al abrigo del temporal y de la lluvia."

Subieron la escalera uno tras otro: Eudoro encendió luz y pasó á la cocina á calentar el caldo de la vispera y la humilde pitanza; al entrar en el comedor, llevando la tartera olorosa pudo ver la cara del pobre, que le espe-

raba sentado á la mesa ya, y notó con sorpresa que ni era viejo, ni feo, ni tenía enmarañado el pelo, ni sucias las manos, según suelen los mendigos; en cuanto á edad, representaba unos treinta años á lo sumo, y su rostro oval y su cabellera rubia, partida y flotante en bucles, eran de admirable belleza.

Sonreía dulcemente, y Eudoro le sirvió con reverencia, no atreviéndose á sentarse hasta que se lo ordenó el pobre. Comieron en silencio; pero Eudoro experimentaba un bienestar inexplicable, y parecía tan suave el yugo de la vida y tan ligera la carga de todos sus dolores pasados, que su corazón, inundado de gozo, se quería derramar en un llanto más refrigerante que el rocío de la mañana.

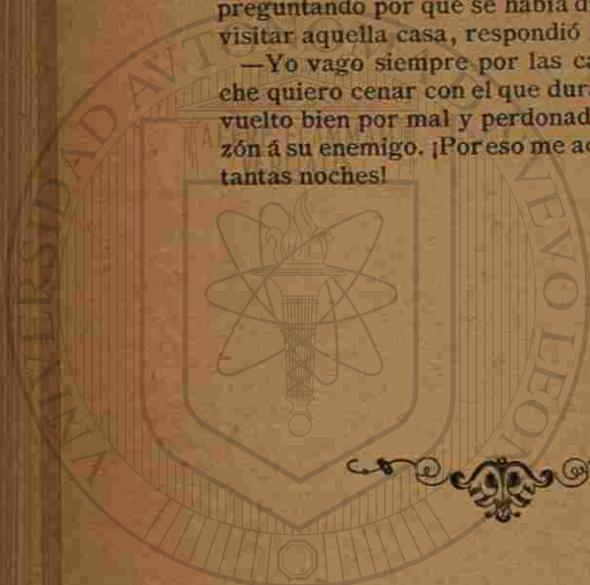
Así que hubo saciado el hambre, el mendigo, tomando el pan que estaba sobre la mesa, lo partió y ofreció la mitad á Eudoro. Y al ejecutar tan sencilla acción, Eudoro advirtió una imperceptible claridad que, naciendo en las sienes, rodeaba toda la cabeza del mendigo y jugaba en sus cabellos, como el sol juega en el irisado plumaje de un pájaro.

Eudoro se levantó con impetu irresistible, y postrándose rostro contra el suelo, vino á besar y á empapar de lágrimas los pies del mendigo, conociendo que era Cristo, Hijo de Dios, y que, en aquella noche venturosa, por fin se había aproximado el cielo á la tierra.

Cristo le miraba amorosamente, fijando en él los grandes y meditabundos ojos. Y como Eudoro se confundiese en protestas de humildad,

preguntando por qué se había dignado el Señor visitar aquella casa, respondió lentamente:

—Yo vago siempre por las calles. Cada noche quiero cenar con el que durante el día haya vuelto bien por mal y perdonado de todo corazón á su enemigo. ¡Por eso me acuesto sin cenar tantas noches!



APOSTASIA

CUANDO Diego Fortaleza visitó la ciudad de Villantigua, sus amigos y admiradores le tributaron una ovación que dejó memoria. Es de notar que á la ovación se asociaron todas las clases sociales, distinguiéndose especialmente las señoras y el clero. Y nada tiene de extraño que despertase entusiasmo y cosechase fervientes simpatías mozo tan elocuente, de tanto saber, de corazón tan intrépido y fe tan inquebrantable; el de la frase briosa y acerada, que defendía en el Parlamento y en el periódico, en los círculos y en los ateneos, los puros ideales del buen tiempo viejo, la santa intransigencia, las creencias robustas de nuestros mayores y todo lo que constituyó nuestra gloria y nuestra grandeza nacional. A la voz de Diego Fortaleza, derrumbábase el hueco aparato de la ruin civilización presente: resurgía la visión heroica del poderío y del vigor moral que demostramos antaño, y dijérase que nuestro eclipsado sol volvía á fulgurar en los cielos. Paladín y poeta á la vez, Diego arrullaba las

esperanzas muertas, y los que le escuchaban, creían firmemente que del caos de nuestra actual organización no podía tardar en salir reconstituida sobre sus venerandos cimientos, la España de ayer, la sana, la honrada, la amada, la llorada, la eterna.

Echaron, pues, la casa por la ventana en Villantigua para obsequiar al que llamaban *niño de plata* del partido. Hubo solemne velada en el Círculo tradicionalista, con mucho piano, himnos, discursos y lectura de composiciones poéticas alusivas; al final, cuando Diego se levantó á pronunciar "dos palabras", estallaron inmediatamente aplausos frenéticos, y á la salida fué llevado á su residencia casi en triunfo. No faltó la serenata, ni el banquete monstruo de ciento ochenta cubiertós, ni se omitió la gira á las pintorescas orillas del Narrio, ni la visita á la Virgen de la Ortigosa. Las gentes de fuste de Villantigua sobra decir que se rifaban á Diego, el cual todos los días se veía precisado á rehusar, en galante forma, varios convites, — pues si fuese á comer dondequiera que le invitaban, no tendría bastante con una docena de estómagos.

Ultimamente, cansados ya de enseñarle iglesias y paisajes, museos provinciales y fábricas, los gabinetes de física é historia natural del Instituto, y hasta la colección de monedas y medallas que el respetable numismático Sr. Mohoso, C. de la de la Historia, ocultaba á todo el mundo como un crimen y por especial favor dejó admirar á Diego, los admiradores del joven dipu-

tado resolvieron llevarle á la casa de Orates, ó dígase al manicomio.

Con gran acompañamiento de médicos y sacerdotes entró Diego en la morada triste. El director, avisado de antemano, había puesto orden en las dependencias, procurando que resaltase y luciese la inteligencia de su gestión. Sonriendo picarescamente, llevó á Diego al departamento de las locas, por donde pasaron aprisa, pues á algunas infelices las exaltaba la presencia del varón, y quitado de su espíritu el freno de la vergüenza, que la razón no quebranta jamás, declaraban con palabras y aun con acciones su penoso extravío. Llegados al departamento de los hombres, el director fué mostrando á Diego varios casos curiosos y dignos de ser observados: un loco místico, cuya manía era haberse encerrado en una cueva y practicar allí la pobreza, la austeridad y la oración; un inventor que enseñaba los planos de un globo dirigible á voluntad y una mecánica de palitroques con la cual declaraba resuelto el problema del movimiento continuo; un enamorado que escribía el nombre de su amada hasta en las suelas de las botas, y un economista que proponía planes de hacienda dignos del famoso arbitrista de Quevedo. Entre tanto tipo original, vió Diego uno que pareció despertar en sumo grado su interés.

Era un vejezuelo calvo, pálido, de ojos sumidos y párpados amarillentos. Su rostro tenía algo de sepulcral; diríase que ya no estaba en el mundo de los vivientes: la ausencia de color,

la inmóvil solemnidad de su fisonomía eran propias de cadáver. Su voz resonaba hueca y sorda, sin inflexiones. Hablaba con escogida frase, con palabras dignas y majestuosas; y tomó por asunto del discurso que dirigió á Diego, la injusticia que se cometía al retener cautivo, y en el manicomio, á un hombre cuyo único delito consistía en haber realizado, á fuerza de cavilaciones, cierto descubrimiento soberano.

Como Diego le preguntase qué descubrimiento era ese, el loco explicó que se trataba nada menos que de parar el mundo, el pícaro mundo en que habitamos y que hasta el día no ha cesado de rodar con perenne y vertiginoso volteo. Ese giro incesante —añadía el loco— es la causa de todos nuestros males y luchas. ¿Se concibe que existan paz, estabilidad, instituciones duraderas y prósperas, en un planeta desquiciado, precipitado en carrera insensata á través del espacio y sometido á una trepidación profunda que todo lo desmorona y lo hace polvo? ¿Es mucho que pasen y se desvanezcan los imperios, las civilizaciones, las grandezas y poderíos, si el mundo, epiléptico, agitado por perpetua convulsión, no puede evitar cubrirse de ruinas, destrozarse á sí propio, en el estéril y vano temblor que le consume?

El verdadero redentor de la humanidad sería el que lograra fijar con clavos de diamante la esfera andariega y corretona, dándole la hermosa quietud, la serenidad del reposo, la grandeza de lo inmutable, que ya por sí solo tiene algo de divino. Y ese redentor estaba allí; era él,

indignamente sujeto entre cuatro paredes por los que no le comprendían, ni se daban cuenta de los beneficios del invento.

Y el loco desarrollaba su vasto plan, el sistema de poleas, pesos, compensaciones, tornillos y barras que habían de fijar, mal de su grado, al rebelde planeta, quitándole las ganas de hacer cabriolas...

—¡Con qué atención oía nuestro don Diego á ese demente!—observó el director, siempre bromista, cuando salieron del patio.—Hasta parece que se ha quedado meditabundo. ¿A que sí?

—En efecto—contestó Diego alzando la cabeza.—Le aseguro á V. que me ha dado qué pensar el hombre.

—¡Extraña manía!—advirtió uno de los que acompañaban á Diego, rico propietario muy rígido y neto en sus ideas.—Es el primer caso que veo.

Diego calló, y al día siguiente salió de Villantigua, despedido por entusiasta multitud que quiso victorearle una vez más.

Honda y amarga fué la decepción que padecieron los villantigüeses ó villantigüenos aquel invierno mismo, cuando se reunieron las Cortes. ¡Diego Fortaleza, el propio Diego, el *niño de plata*, el adalid del pasado, apostató reconociendo lo presente, deponiendo su actitud quijotesca y noble, envainando su fulgurante espada de Arcángel exterminador, y dedicándose exclusivamente á una campaña de moralidad administrativa, raquítico fin de tan brillantes esperanzas! *La Voz del Empleo* le ex-

comulgó, y *La Santa Maldición* fué más lejos, pues le supuso vendido al gobierno por un plato de lentejas viles. En Villantigua se organizó un comité numeroso, sin más programa que el de silbar á Diego Fortaleza cuando aporte otra vez por allí, ¡que no aportará el muy Judas!

La única persona que aún habla bien de Diego es el director del manicomio, porque el joven diputado le envió varias cajas de soberbios Londres, con encargo de ofrecer una al loco que ha descubierto la manera de parar el mundo.

SANTIAGO EL MUDO

Qué obscura, pero qué dulce y tranquila se deslizaba en el vetusto Pazo de Quindoiro la existencia de Santiago!

Llamábanle en la aldea *Santiago el mudo*, no porque lo fuese, sino porque el mutismo voluntario equivale á la mudez, y Santiago acostumbraba callar. Taciturno, reconcentrado, vegetaba en el Pazo como la parietaria que se adhiere al muro ruinoso. Desde tiempo inmemorial, la familia de Santiago estaba al servicio de aquella casa; últimamente, sin embargo, se había roto la tradición: al trasladarse los señores del Pazo á la ciudad, dos hermanos de Santiago emigraron á la América del Sur; Santiago, huérfano ya, se quedó sólo en el noble caserón, declarando que se moriría si de allí se apartase. Santiago era hermano de leche del señorito Raimundo, también huérfano.

Las temporadas en que el señorito Raimundo venía al Pazo, se despejaba la frente y se animaba la adusta fisonomía de Santiago el mudo, á pesar de que la tal venida le costaba mil fatigas y sinsabores. El señorito tenía genio violento, altanero y despótico: mostrábase exigente en

comulgó, y *La Santa Maldición* fué más lejos, pues le supuso vendido al gobierno por un plato de lentejas viles. En Villantigua se organizó un comité numeroso, sin más programa que el de silbar á Diego Fortaleza cuando aporte otra vez por allí, ¡que no aportará el muy Judas!

La única persona que aún habla bien de Diego es el director del manicomio, porque el joven diputado le envió varias cajas de soberbios Londres, con encargo de ofrecer una al loco que ha descubierto la manera de parar el mundo.

SANTIAGO EL MUDO

Qué obscura, pero qué dulce y tranquila se deslizaba en el vetusto Pazo de Quindoiro la existencia de Santiago!

Llamábanle en la aldea *Santiago el mudo*, no porque lo fuese, sino porque el mutismo voluntario equivale á la mudez, y Santiago acostumbraba callar. Taciturno, reconcentrado, vegetaba en el Pazo como la parietaria que se adhiere al muro ruinoso. Desde tiempo inmemorial, la familia de Santiago estaba al servicio de aquella casa; últimamente, sin embargo, se había roto la tradición: al trasladarse los señores del Pazo á la ciudad, dos hermanos de Santiago emigraron á la América del Sur; Santiago, huérfano ya, se quedó sólo en el noble caserón, declarando que se moriría si de allí se apartase. Santiago era hermano de leche del señorito Raimundo, también huérfano.

Las temporadas en que el señorito Raimundo venía al Pazo, se despejaba la frente y se animaba la adusta fisonomía de Santiago el mudo, á pesar de que la tal venida le costaba mil fatigas y sinsabores. El señorito tenía genio violento, altanero y despótico: mostrábase exigente en

los detalles del servicio, pidiendo refinamientos que no estaban al alcance de un paleta como Santiago; pretendía que le adivinasen el gusto, y acusaba á Santiago de camuso y torpe, dejándose llevar de la impaciencia hasta pegar á su hermano de leche. Si; el señorito lo quería todo al estilo de los pueblos grandes donde había vivido y de las suntuosas residencias que tal vez había envidiado; el señorito era como una centella, y si se atufaba había que temblarle; pero su presencia comunicaba vida y movimiento; le acompañaban perros, caballos, amigos mozos y joviales, que correteaban por los desmantelados salones silbando y riendo, y á la mesa armaban descomunales gazaperas, haciendo salvas con el añejo vino guardado en la venerable *adega*.—Entre los huéspedes de Raimundo solían contarse jóvenes *morgados*; el Pazo se halla muy próximo á la frontera natural que forma el Miño á las dos naciones peninsulares, y el señorito iba con frecuencia á Oporto y á Lisboa, aprovechando la obsequiosa hospitalidad de algún magnate portugués.

Cierto día de otoño, presentóse en el Pazo el señorito, sin previo anuncio, y llamando á Santiago, encerráronse los dos en la habitación más retirada. Siempre la llegada de Raimundo era la señal de convocar apresuradamente á los pocos servidores útiles que existían en la villita más inmediata á Quindoiro, pero esta vez Santiago sólo avisó á una cocinera y se reservó la tarea de servir al señorito sin ajena ayuda. Al anoecer de aquel día, salieron juntos

del Pazo Santiago y Raimundo, y pasaron el Miño en una barca que ellos mismos manejaban. Bien entrada ya la noche, regresaron al Pazo, introduciéndose en él por una puertecilla del corral, que daba á un cobertizo, del cual se pasaba á la granera y á las habitaciones altas que servían de dormitorios. Nadie les había visto salir: nadie les vió volver, ni pudo observar que traían consigo á una dama, de airosa silueta y sombrerito con velo blanco. La dama se apoyaba en el brazo de Raimundo, y sofocaba una risilla nerviosa, á cada sitio estrecho y obscuro por donde tenían que pasar. Así que los dejó en salvo, Santiago se retiró.

A la mañana siguiente, cuando rondaba el aposento en que se habían recluido los amantes, esperando aviso para traer el desayuno, sintió de pronto que le ponían en el hombro una mano, vió frente á sí una faz demudada por el terror, y oyó la voz de Raimundo—ronca, sorda, desconocida—que pronunciaba una sola palabra:—“Ven.”—Obedeció el mudo: penetró en el dormitorio, y tendida sobre la inmensa cama, de dorado copete y salomónicas columnas, vió á una mujer de faz amoratada, con el seno descubierto, los ojos casi fuera de las órbitas y la lengua entre los dientes. Se lanzó Santiago á socorrerla, pero la rigidez de la muerte endurecía ya sus miembros. Arrodillado al pie de la cama, Raimundo, aterrado y suplicante, tendía á Santiago los brazos, exclamando con desesperación:

—¡Y ahora! ¡Y ahora!

— A la noche—respondió lacónicamente el mozo.—Yo respondo. Esperar. No asustarse.

Corrieron las horas del espantoso día, y sin abandonar á su amo ni un instante, Santiago le ofreció, á falta de consuelos elocuentes, el de su presencia. Así que obscureció, habiendo despachado á la cocinera con un pretexto, se presentó armado de una linterna, que confió al señorito, mientras él cargaba á hombros el frío cadáver. Y al través de los vastos salones, en cuyas paredes la luz de la linterna proyectaba grotescas y trágicas sombras, bajaron á la cocina y de allí pasaron á la *adega* ó bodega. Las magnas cubas del vino añejo presentaban su redondo vientre, y en los rincones sombríos las colgantes telarañas remedaban mortajas rotas. Santiago dejó en el suelo á la muerta, y señaló á un tonel de los más chicos, indicando á su amo que era preciso moverlo para cavar debajo la fosa y que no se viese la tierra removida. Y el exánime Raimundo tuvo que empuñar una barra de hierro y ayudar á desplazar el tonel. En seguida Santiago cavó solo la hoya, ancha y profunda, rasando la pared en sus cimientos. Mas para colocar el cuerpo necesitó Raimundo cogerlo por los pies, mientras lo llevaba por los hombros Santiago. Acabada la lúgubre faena, colmada la fosa, repuesto el tonel en su sitio, Santiago vió que su amo se tambaleaba, y comprendiendo que no podía ya sostenerse, le cogió en brazos, le llevó á otra habitación, le echó en la cama, le hizo beber casi á la fuerza una copa de coñac, y le

acompañó toda la noche. Al amanecer hizo un atadajo con las prendas que habían pertenecido á la muerta, reuniéndolo todo, sin olvidar ni una horquilla, y metiéndose en el bosque, quemó pieza por pieza y soterró las cenizas.

Raimundo, á las pocas horas, tenía fiebre y delirio. Santiago se apostó á la puerta del cuarto para impedir que entrase nadie: cuidó á su amo lo mejor que supo, y veló diez noches el agitado sueño del criminal. Convaleciente, aunque débil y abatidísimo, el señorito pudo disponer su marcha, y al tiempo de separarse de Santiago, su mirada se cruzó con la del mudo, cuyos ojos decían: "Vé tranquilo."

Por entonces habló la prensa portuguesa de un suceso extraño: la misteriosa desaparición de cierta bella dama, esposa de un personaje, y adorada por él, á pesar de la murmuración, que siempre se ceba en la hermosura, la gracia y el talento. Sabíase que, habiendo salido sola de Lisboa á pasar una semana en la quinta que poseía á orillas del Miño, la gentil vizcondesa fué por la tarde á pasear sola también como de costumbre, diciendo á los criados que pensaba dormir en otra quinta muy próxima, perteneciente á una anciana parienta. Sin embargo, al transcurrir cuatro ó seis días y no saberse de la dama, los criados se alarmaron, y más al convencerse de que tampoco en la quinta próxima la habían visto. Empezó el *tole tole*: se revolvió cielo y tierra: hasta se inquirió el paradero de la desaparecida en el Brasil. Tiempo perdido: de la señora no se encontró ni rastro,

porque nadie había de ir á buscarla en la bodega del Pazo de Quindiro, sepultada bajo un tonel que contenía muchos moyos de vino añejo.

En cinco años lo menos no volvió Raimundo al Pazo. Sin embargo, el tiempo y la impunidad iban calmando sus primeros terrores. Para disculparse, pensaba á solas que aquella mujer le había exaltado y puesto fuera de sí de celos con impudentes revelaciones, con retos insensatos, con burlas inicuas. Sentía además la singular querencia del asesino por el lugar donde cometió el crimen. Por otra parte, sus intereses le obligaban á no abandonar el Pazo enteramente. Se decidió... ¡Cosa rara! Lo único que le repugnaba cuando emprendió el camino, no era ni entrar en aquella casa, ni ver aquella cama de dorado copete, ni beber el vino de aquella bodega... sino tener delante á Santiago, al cómplice y encubridor, al testigo silencioso, al que *lo sabía y lo callaba y lo callaría* aunque le sometiesen á prueba de tormento...

Sin embargo, dirigióse al Pazo Raimundo, y el leal servidor le recibió con muestras de alegría. Apenas se encontró á solas con su amo Santiago el mudo, abriéronse sus labios, y en tono humilde, como quien se excusa, murmuró muy bajito:

—Señorito... puede... venir aquí... cuando guste... sin aprensión: Ya *no hay nada*... Este año por la Pascua moví la cuba, y *todo* lo saqué... Tenía encendido el horno... *Lo metí en él*... que no quedó... señal... ni miaja. Ni Dios, con ser Dios, descubre aquí cosa ninguna... Ni la tie-

rra lo sabe... ¡Venga cuando le parezca... sin cuidado!

Raimundo respiró hondamente. De su pecho se quitaba algo muy pesado, muy frío, muy hondo, una lápida que le oprimía los pulmones. Ya nunca podría su crimen arrastrarle á la afrenta, y quizá al patíbulo. La aprensión de los sentidos, que confunde el cuerpo del delito con el delito mismo, contribuía á persuadirle de que, borrada toda huella, estaba absuelto el criminal.

No obstante aún había en el Pazo una sombra, una negra proyección de aquel ignorado drama, algo en el ambiente, que ahogaba al señorito y no le permitía saborear la tranquilidad y el reposo...

A los pocos días de la llegada, llamando á Santiago á su aposento, Raimundo le ofreció una razonable suma, significándole que debía irse á Buenos Aires, reunirse con sus hermanos y labrarse cual ellos un porvenir. Bajo la morena pátina de su tez de labriego, Santiago palideció..., pero no replicó palabra. El instinto de perro fiel que le había guiado para ocultar el atentado del señorito, le decía ahora que estaba en el Pazo, y que ya la única memoria de la fatal noche era él, el mudo, el que conservaba en sus pupilas reflejos de la maldita linterna, y en sus manos partículas del polvo de la fosa...

A bordo del navío que tripulan emigrantes, ninguno más triste, ninguno más callado, ninguno más hosco que Santiago el mudo. Hasta que pierde de vista la costa, no aparta los ojos

de ella: así que en las nieblas del horizonte se oculta la verde patria, Santiago se sienta sobre un lío de cordaje, y alzando las rodillas con los brazos, mete la quijada en el pecho y permanece inmóvil, indiferente al bureo y á los cantares de los que también se van muy lejos, muy lejos, á desconocidos climas...

.....
 Por lo que respecta á Raimundo, se ha casado y veranea en el Pazo con su mujer y sus hijos.

LA FLOR DE LA SALUD

No lo dude V.—declaró el médico, afirmando las gafas con el pulgar y el anular de la abierta mano izquierda.—He realizado una curación sobrenatural, milagrosa, digna de la piscina de Lourdes. He salvado á un hombre que se moría por instantes, sin recetas, ni píldoras, ni directorio, ni método... sin más que ofrecerle una dosis del licor verde que llaman esperanza... y proponerle un acertijo...

—¿Higiénico?

—¡Botánico!

—¿Y quién era el enfermo?

—El desahuciado, dirá V.; Norberto Quiñones.

—¡Norberto Quiñones! Ahora sí que admiro su habilidad, doctor, y le tengo, más que por médico, por taumaturgo. Ese muchacho, que había nacido robusto y fuerte, al llegar á la juventud se encenagó en vicios y se precipitó á mil enormes disparates, apuestas locas y brutales regodeos; tal se puso, que la última vez que le vi en sociedad no le conocía; creí que me hablaba un espectro, un alma del otro mundo.

—El mismo efecto me produjo á mi— repuso el doctor. —Difícilmente se hallará demacración semejante ni ruina fisiológica más total. Ya sabe V. que Norberto, rico y refinado, vivía en un piso coquetón, muy acolchadito y lleno de baratijas; su cama, que era de esas antiguas, salomónicas y con bronce, la revestían paños bordados del Renacimiento, plata y raso carmesí. Pues le juro á V. que en la tal cama, sobre el fondo rojo del brocado, Norberto era la propia imagen de la muerte: un difunto amarillo, con tez de cera y ojos de cristal. Para acentuar el contraste, á su cabecera estaba la vida, representada por una mujer mórbida, ojinegra, de cutis de raso moreno, de boca de granada partida, de lozanísima frescura y alarmante languidez mimosa— la enfermera que manda el diablo á sus favoritos para que les disponga según conviene el cuerpo y el alma.

Norberto me alargó la mano, un manojito de huesos cubiertos por una piel pegajosa que ardía y trasudaba, y mirándome con ansia infinita, me dijo cavernosamente:

—No me dejé V. morir así, doctor. Tengo veintiséis años, y me da frío la idea de invernar en el cementerio. Es imposible que haya V. agotado todos los recursos de la ciencia.

¡El ruego me conmovió, y eso que la práctica nos endurece tanto! Tuve una inspiración; sentí un chispazo parecido al que debe de percibir el creador, el artista... y con los ojos hice seña de que la individuo estorbaba.

—Vete, chiquilla—ordenó sin más explicaciones Norberto.

Y nos quedamos solos.

Le apreté la mano con energía, y sacando el pomo del consabido licor verde, lo derramé en sus labios á oleadas.

—Animo—le dije.—V. va á sanar pronto. Volverá V. á tener vigor en los músculos, hierro en la sangre, oxígeno en el pulmón; las funciones de su organismo serán otra vez normales, plácidas y oportunas: el ritmo de la salud hará precipitarse el torrente vital, rápido y gozoso, de las arterias al corazón, y subiéndolo luego al cerebro despejado, engendrará en él las claras representaciones del presente y los dorados sueños del porvenir... Estoy seguro de lo que prometo; seguro, ¿lo oye?: V. sanará. No debo ocultarle á V. que la ciencia, lo que se dice la ciencia, ya no me ofreció recurso alguno nuevo, ni útil. Humanamente hablando, no tiene V. cura; pero donde acaba la naturaleza principia lo sobrenatural y portentoso, que no es sino lo desconocido ó inclasificado... La casualidad me permite ofrecer á V. el misterioso remedio que le devolverá instantáneamente todo cuanto perdió.

Cualquiera pensaría que al hablarle así á Norberto, iba á mirarme con honda desconfianza, sospechando una piadosa engañifa. ¡Ah, y qué poco conocería quien tal imaginase la condición de nuestro espíritu, en cuyos ocultos repliegues late permanente la credulidad, dispuesta á adoptar forma superior y llamarse fe!

Los ojos de Norberto se animaban; un tinte rosado se difundía por sus pómulos. Ansioso, incorporado casi, se cogía á mi levita, interrogándome con su actitud.

—Hay—le dije—una flor que devuelve instantáneamente la salud al que tiene la fortuna de descubrirla y cortarla por su propia mano. Esta condición precisa, y el no saberse dónde ni cuándo se produce la tal flor, son causa de que por ahora se hayan aprovechado de ella poquísimos enfermos. Digo que no se sabe dónde ni cuándo se produce, porque si bien suele encontrarse en las más altas montañas, también afirman que brota en la orilla del mar, á poca profundidad, entre las peñas; pero á veces, en leguas y leguas de costa ó de monte, no aparece ni rastro de la flor. En cambio tiene la ventaja de que no puede confundirse con ninguna otra: ¡imagínese V. la alegría del que la ve! Es del tamaño de una avellana: su forma imita bastante bien la de un corazón; su color, encarnado vivísimo; el olor, á almendra. No la equivoca V., no. Pero si va V. acompañado; si es otro el que la coge... entonces, amiguito, haga V. cuenta que perdió malamente el tiempo.

No afirmo que Norberto creyese á pies juntillas lo que yo iba encajándole con imperturbable seriedad y calor persuasivo. Si he de ser franco, supongo que dudó, y hasta me tuvo á ratos por un patrañero, un visionario ó un socarrón malicioso. Sin embargo, yo sabía que no habían de caer en saco roto mis palabras, porque á la larga siempre admitimos lo que nos con-

suela, y más en la suprema hora en que nos invade la desesperación y quisiéramos agarrarnos aunque fuese á un hilito de araña muy sutil. La expresión del rostro de Norberto cambió dos ó tres veces; le vi pasar del escepticismo á la confianza loca, y, por último, tomándome la mano entre las suyas febriles, exclamó trémulo de afán:

—¿Puede V. jurarme que no se está burlando de un moribundo?

No sé si V. conoce mi modo de pensar en esto del juramento. Le atribuyo escasísimo valor; es una fórmula cabaleresca, romántica é idealista, que entraña la afirmación de la inmutabilidad de nuestros sentimientos y convicciones—de que se derivan nuestros actos—siendo así que la idea y la acción nacen de circunstancias actuales, vivas y urgentes. No dando valor al juramento, mi moral tampoco se lo da al perjurio. Juré en falso, pues, con absoluta frescura, calma y convencimiento de hacer bien; y juré en falso invocando el nombre de Dios, en la seguridad de que Dios, que es benigno, también quería que el milagro se hiciese...

Y empezó á hacerse desde aquel mismo punto. Norberto, electrizado con la certeza de poder vivir, se irguió, se echó de la cama, sin ayuda de nadie fué hasta la puerta, llamó á su ayuda de cámara, y le ordenó preparar, inmediatamente, maletas y mantas de camino...

—Solito, ¿eh?—le repetí.—¡No olvidarse!

¡Solito! Ya lo creo que se fué solito Norberto. Desde su partida, todas las mañanas me des-

perté con miedo de recibir la esquila orlada de luto. Pasó, sin embargo, año y medio; encontré á los amigos del enfermo; averigué que nada se sabía de su paradero, pero que vivía. Y al cabo de diez y ocho meses, una tarde que me disponía á salir y ya tenía enganchado el coche para la visita diaria, entró como un huracán un fornido mozo, de traje gris, de hongo avellana, de obscura barba, de rostro atezado, que me estrujó con ímpetu entre los brazos musculosos y recios.

—¡Soy yo!—repetía en voz sonora y alegre.—
¡Norberto! ¿No me conoce V.? No me extraña; debo de estar algo variado... ¿Qué le parezco? ¡Cuánto se ha reído V. de mí! Y lo peor es que ha hecho muy bien, muy bien. Si no es por V., no encuentro la flor de la salud. ¿La ve V.? Aquí la traigo.

Abrió un estuche de cuero de Rusia y vi brillar sobre raso blanco un alfiler de corbata de un solo rubí, cercado de brillantes, en forma de corazón, que me entregó entre empujones amistosos y carcajadas.

—La he buscado primero á orillas del mar. Todos los días registraba las peñas. Al principio me cansaba tanto, que me daban síncope largos en que pensé quedarme. Pero me sostenía la ilusión de descubrir la flor. El aire del mar y el perseverante ejercicio me prestaron alguna fuerza. Ya no me arrastraba: andaba despacio. Registré bien la costa, peñón por peñón: la flor no la vi. Entonces me interné en un valle muy rústico y retirado. Me pasaba todo el

día agachadito, busca que te buscarás. Vivía entre aldeanos. Comía pan moreno, bebía leche. A cada paso me encontraba mejor... ¡V. advina lo demás! De allí subí á las montañas nevadas y fieras, que en otro tiempo me parecían horribles... Trepé á los picachos, recorrí los desfiladeros, evité los aludes, cacé, tuve frío, dormí á dos mil metros sobre el nivel del mar... Y un día, embriagado por el ambiente purísimo, sintiendo carnes de acero bajo mi piel de bronce, recuerdo que caí de rodillas en una meseta, y creí ver entre el musgo nuevo, húmedo y escarchado por el deshielo, la roja flor!

—¡Pues ahora que se ha cogido la flor—advertí al mozo—á cuidarla! ¡Que no se seque!

Norberto volvió la cara... Al anoecer del día siguiente le vi por casualidad, de lejos; acompañaba á una mujer, y me pareció que se escurría entre callejuelas, para no tropezarme. Entonces (me había dejado sus señas) le escribí este lacónico billetito:

"El santo Doctor*** no repite los milagros."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO FEDERAL DE BIBLIOTECAS

LA FLOR SECA

EL conde del Acerolo no había dado mala vida á su esposa: hasta podía preciarse de marido cortés, afable y correcto. Verificando un examen de conciencia, en el gabinete de la difunta, en ocasión de hacerse cargo de sus papeles y joyas, el conde sólo encontraba motivos para alabarse á sí propio; ninguno para que la condesa se hubiese ido de este mundo minada por una enfermedad de languidez. En efecto; el matrimonio—según el criteriosensatisimo del conde—no era ni por asomos una novela romántica, con extremos, arrebatos y desates de pasión. ¡Ah, eso sí que no podía serlo el matrimonio! Y el conde no recordaba haber faltado jamás á estos principios de seriedad y cordura. Se le acusaría de otra cosa; nunca de poner en verso la vida conyugal. La respetaba demasiado para eso. No hay que confundir los devaneos y los amoríos con la santa coyunda. Y no los confundía el conde.

Abiertos el secreter y los armarios de triple luna, su contenido aparecía patente, revelando todos los hábitos de una señora elegante y delicada. La ropa blanca, con nieve de encajes

sutiles; las ligeras cajas de los sombreros; las sombrillas de historiado puño; el calzado primoroso, que denuncia la brevedad del estrecho pie; las mantillas y los volantes de puntos rancios y viejos, en sus saquillos de raso con pintado blasón, los abanicos inestimables en sus acolchadas cajas; los guantes largos de blanda Suecia, que aún conservan como moldeada la redondez del brazo y la exquisita forma de la mano... iban saliendo de los estantes, para que el viudo, de una ojeada sola, resolviese allá en su fuero interno lo que convenía regalar á la fiel doncella, lo que debía encajonarse y remitirse al Banco, *por si andando el tiempo...* y lo que, á título de recuerdo cariñoso, debía ofrecer á las amigas de la muerta, entre las cuales había algunas muy guapas... ¡Ya lo creo que sí!

Esparciase por el ambiente un perfume vago y suave, formado de olores distintos: el iris de la ropa interior, el sándalo y la raíz de violeta de algún abanico, el alcanfor disipado de las pieles, el heliotropo de las mantillas que tocaron al cabello, y la madera de cedro de los cajones. Cuando el conde hizo girar la tapa del secreter y empezó á registrarlo, la fragancia fué más viva: el saquillo del papel timbrado y el cuero de Rusia de los estuches del guardajoyas, se unieron á los imperceptibles efluvios que ya saturaban el aire, comunicándoles algo de vivo y embriagador, como si del profanado secreter fuese á salir un interesante drama.

Metódicamente, el conde escudriñaba los di-

minutos cajoncitos, y con instintiva curiosidad se apoderaba de las cartas y las repasaba á prisa. Eran de esos billetes—en papel grueso de caprichosa forma, trazados con letra inglesa de prolongado rasgo rectilíneo—que se cruzan entre damas, y que no contienen nada íntimo, ni serio. La chimenea estaba encendida, y sobre la pirámide de inflamados troncos fué el conde dejando caer aquellos desabridos papeles. Cuando ya no quedó en el secreter ningún manuscrito, sintióse alegre el conde—alegre sin causa—y procedió al espurgo de otros cajones, en que se contenían mil monedas, revueltas con joyas y dijes.

Al llegar al cajoncito central, tiró con más cuidado y lo sacó del todo; porque no ignoraba que el secreter—magnífico mueble hereditario—tenía lo que se llama *un secreto*: un hueco entre el cajón y las columnas de cincelado bronce que lo encerraban, hueco en que nuestros candorosos y felices abuelos solían encerrar rollos de onzas.

El escondrijo sólo contenía una bolsita de raso, y dentro un diminuto envoltorio de papel de seda, algo obscuro y gastado, como si hubiese permanecido mucho tiempo en la bolsa. Esta, á su vez, mostraba señales evidentes de haber estado en contacto con una epidermis, pues la más limpia siempre empaña la superficie del raso. El conde deshizo el envoltorio, y vió adherido á la última doblez un ancho pensamiento, prensado y conservado perfectamente. Sobre las hojas amarillas de la flor había

escrita, en letra microscópica y desconocida, una detallada fecha: año, mes, día y hora. Era bastante reciente la fecha, y anterior á la época en que la condesa empezó á decaer, hasta postrarse herida de muerte.

El primer efecto que el hallazgo produjo en el conde, fué un estupor sólo comparable al de cierto personaje del *Barbero*, cuando sorprendió á Don Alonso y Rosina en coloquio harto animado. La inofensiva florecilla le pareció la cabeza de Medusa. Sus pétalos de crespón adquirieron desmesuradas proporciones, y á modo de negras alas de gigantesco pajarraco, palparon y le envolvieron aturdiéndole. ¿Qué demonios era aquel pensamiento de Lucifer? ¿Qué conmemoraba? ¿Qué sentido debía atribuirse á la minuciosa inscripción? Eso: ¿qué sentido? En lo del *sentido* hizo hincapié el conde...

Su despecho, su indignación fueron tales, que pisoteó la flor maldita, reduciéndola á polvo. Y casi al punto mismo se acordó de que era preciso no olvidar la fecha, si algo había de rastrear de aquella grande, imprevista y espantosa infamia... Cogió papel y pluma y apuntó la fecha cuidadosamente antes de que se le borrara de la memoria. Después, bufando y con ganas de romper algo, dió un puntapié al secreter y desperramó los estuches de collares y brazaletes. Ciego y desatentado, registró á òmpellones el mueble entero, con esperanzas de encontrar algo más que le iluminase: volcó cajones, destripó cajas, y convencido ya de que el secreter nada acusador contenía, lanzóse á

los armarios y empezó á echar al suelo ropas y prendas de vestir, que cayeron en revuelto montón; á abrir los saquillos, á revolverlo y remirarlo todo... sin que ni el más leve indicio, la más insignificante menudencia sospechosa, viniese á descifrar la obscura pero elocuentísima revelación del saquito.

¡Cuán preferible sería—pensaba el viudo— encontrar uno de esos mazos de correspondencia, atados con la indispensable cinta, que no dejan lugar á la duda, que narran la historia del atentado y descubren el nombre del cómplice! Una flor seca, una fecha en sus hojas... ¿qué expresan, qué quieren decir? ¿Son una ñoñería idílica, el tímido primer paso, ó sirven de insolente emblema al último baldón que cabe arrojar sobre un marido? ¿Quién había dado á la condesa el pensamiento? ¿Qué mano criminal trazó la fecha? El conde repasó nombres, contó personas... ¡Bah! ¡Se trata á tanta gente; son tantos los primos, amigos del esposo, hermanos de amigas, conocidos de sociedad, parejas de rigodón, en quienes podrían recaer las sospechas de maldad tan inicua como robar en la sombra el honor y la calma al conde del Acerolo!

¡Si él pudiese concretar la fecha y partir de ese dato para saber cómo empleó su esposa el día fatal; á dónde fué; quién la acompañó; quién vino á casa con ella!

El conde oprimió el botoncito de la campanilla y dió tres sacudidas. Entró la doncella de la difunta dama.

—Conteste V. claro y pronto. ¿Qué hizo su señora de V. tal día... tal mes... tal año?...

La chica le miró atónita.

—¿Señor conde?... El señor conde quiere que yo le diga... ¡Pero el señor bien comprende que es imposible acordarse! ¡Sobre que se le olvida á una lo que una misma hizo ayer, señor conde!

Obcecado y todo como se hallaba, el viudo conoció la razón, y dejó libre á la admirada y escamada sirvienta. Casi al punto, una inspiración súbita le movió á sacudir el botoncito dos veces seguidas.

—Manuel tiene un memorión... ¡un memorión ya fastidioso de puro exacto! Quizá recuerde... ¡A ver!

A la pregunta sacramental "¿qué hizo la señora tal día... tal mes... tal año?...", contestó, en efecto, el ayuda de cámara, algún tanto risueño, y con tono meloso, sin separar del suelo la vista:

—Lo que hizo la señora, no lo sé...; pero ese es un día en que tengo muy presente lo que hizo V. E... Porque justamente... vamos...

—A ver... ¿qué? ¿Qué *justamente* es ese? ¿Qué hice yo ese día?

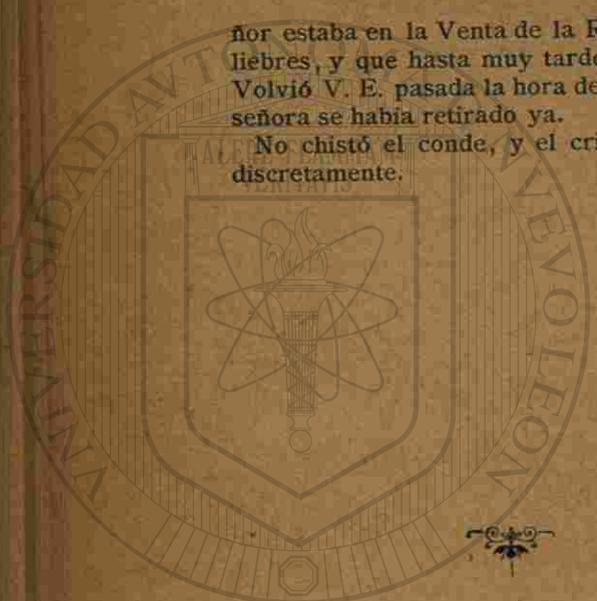
—¿Quiere el señor que lo diga?

—¿Hablo chino? Contesta á escape.

—La víspera pasó V. E. la noche fuera... ¡una casualidad! porque el señor no solía pasar fuera muchas... Le llevó el coche... ya sabe V. E... al barrio... Y para que la señora no maliciase nada, vine yo á contarla que el se-

ñor estaba en la Venta de la Rubia corriendo liebres, y que hasta muy tarde no volvería... Volvió V. E. pasada la hora de comer; pero la señora se había retirado ya.

No chistó el conde, y el criado hizo mutis discretamente.



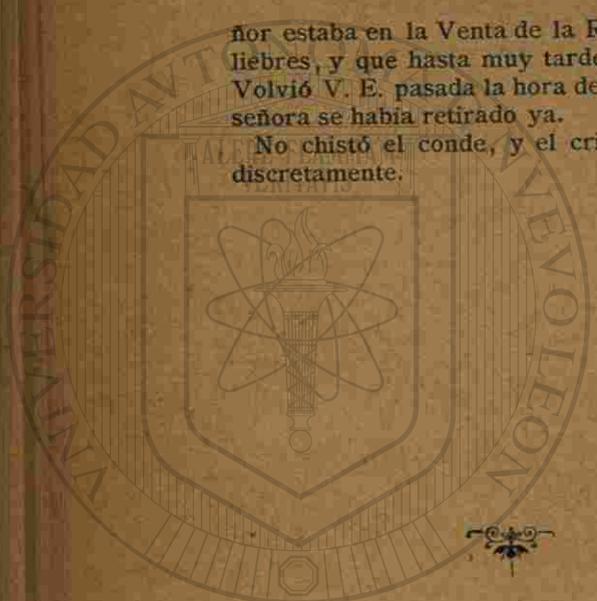
LA CRUZ ROJA

EN pintoresco caminito de aldea, no lejos de la costa, hay un sitio que siempre tuvo el privilegio de fijar mi atención y de sugerirme ideas románticas. Aquel nogal secular, inmenso, de tronco fulminado por el rayo; aquel crucero de piedra, revestido de musgo, de gradas rotas, casi cubiertas por ortigas y zarzas; y, por último, en especial, aquel caserón vetusto de ventanas desquiciadas y sin vidrios, que el viento zapateaba, y que tenía sobre la puerta, ya revestida de telarañas, fatídica señal: una cruz trazada en rojo color, parecida á una marca sangrienta...

¿Quién habría plantado el nogal, erigido el crucero y habitado la casa? ¿Quién estamparía en su fachada la huella de sangre? ¿Qué drama obscuro y misterioso se desarrolló entre aquellas cuatro paredes, ó á la sombra de aquel nogal maldito, ó al pie del signo de nuestra redención? ¿Por qué nadie vivía ya en el siniestro edificio, y cómo su actual dueño le dejaba pudrirse y desmoronarse, si no era que el recuerdo de la desconocida tragedia le erizaba el

ñor estaba en la Venta de la Rubia corriendo liebres, y que hasta muy tarde no volvería... Volvió V. E. pasada la hora de comer; pero la señora se había retirado ya.

No chistó el conde, y el criado hizo mutis discretamente.



LA CRUZ ROJA

EN pintoresco caminito de aldea, no lejos de la costa, hay un sitio que siempre tuvo el privilegio de fijar mi atención y de sugerirme ideas románticas. Aquel nogal secular, inmenso, de tronco fulminado por el rayo; aquel crucero de piedra, revestido de musgo, de gradas rotas, casi cubiertas por ortigas y zarzas; y, por último, en especial, aquel caserón vetusto de ventanas desquiciadas y sin vidrios, que el viento zapateaba, y que tenía sobre la puerta, ya revestida de telarañas, fatídica señal: una cruz trazada en rojo color, parecida á una marca sangrienta...

¿Quién habría plantado el nogal, erigido el crucero y habitado la casa? ¿Quién estamparía en su fachada la huella de sangre? ¿Qué drama obscuro y misterioso se desarrolló entre aquellas cuatro paredes, ó á la sombra de aquel nogal maldito, ó al pie del signo de nuestra redención? ¿Por qué nadie vivía ya en el siniestro edificio, y cómo su actual dueño le dejaba pudrirse y desmoronarse, si no era que el recuerdo de la desconocida tragedia le erizaba el

cabello, impulsándole á huir de tan funestos lugares?

Solíamos pasar ante la casa muy de prisa, á caballo, de vuelta de alguna excursión, y nunca se veía por allí alma viviente á quien preguntar. En las aldeas vecinas tampoco di con persona que supiese nada positivo de la roja cruz. Sólo conseguí respuestas reticentes, movimientos de cabeza significativos, indicaciones vagas: la casa llevaba su estigma, á la casa no convenía acercarse: ¿por qué? Sobre esto, chitón. Estaba deshabitada desde hacía veinticinco años lo menos: nadie supo decirme el nombre ni la condición de sus últimos moradores. Ni siquiera averigüé quién la poseía en la actualidad. Llegué á creer que todo lo concerniente á la ruinoso casa estaba envuelto en densas tinieblas.

Esto mismo me determinó á indagar por distintos medios. Cierta día, provistos de una escalera de mano, á la casa nos dirigimos. El cielo, cómplice de nuestra imaginación, aparecía cargado de nubarrones densos y plumizos, amagando borrasca.

Al llegar al pie del crucero, sulfúrea exhalación alumbró con luz azulada el horizonte, y un trueno lejano hizo empinar á los caballos las orejas. Echamos pie á tierra, dispuestos á realizar nuestro propósito, que no ofrecía dificultad alguna; tratábase de entrar en el caserío, no por la puerta, sino por la ventana de arrancados goznes.

Saltamos dentro de una sala grande, que co-

municaba con una alcoba, donde aún se veía esparcida la hoja de maíz del jergón. De un clavo colgaban hábitos eclesiásticos, una sotana raída y unos apolillados manteos. Nos estremecimos: sus fúnebres pliegues remedaban sobre la pared la silueta de un cura ahorcado. No sin cierta aprensión recorrimos la casa, y también con algún peligro, pues las tablas carcomidas del piso temblaban, y recelábamos que alguna viga ó algún pedazo del roto techo, al desprenderse, nos aplastase. Era, sin embargo, el edificio de recia construcción, y aún podía resistir años. No estaba la vivienda desmantelada del todo: quedaban muebles en muchas habitaciones; en la cocina aún se veían las cenizas del último fuego. Registramos intrépidamente, sin que nos arredrase ni el mal estado del edificio, ni los avechuchos que salían de los rincones, despavoridos y asquerosos. Esperábamos á cada momento hallar en el piso inveteradas manchas de sangre, ó descubrir un esqueleto en las arcas que abríamos. Curioseamos hasta la artesa del pan. Ni rastro de crimen; mas no por eso apagó sus fuegos nuestra imaginación. ¿Acaso todos los crímenes dejan rastro?

Ibamos de un aposento á otro, ceñudos, sombríos, preocupados y con caras de jueces. No nos comunicábamos impresiones: cada cual quería ser el primero á olfatear el drama. Salimos de allí cuando no nos quedó nada por ver, y emprendimos la vuelta al *Pazo*, reconcentrados y silenciosos, rumiando la historia que

se había forjado cada uno. Las cuatro novelas partían de un mismo dato evidente, auténtico: quién vivía en la casa maldita era un cura.

A la hora de la cena, cuando las patatas cocidas con su piel humeaban en los platos de pelitre, y el fresco mosto del país tenía de líquido granate el vaso de antigua talla, las lenguas se desataron, y por turno formulamos nuestras hipótesis.

—El cura—afirmó sentenciosamente el cazador viejo—estaba podrido de dinero. ¿No han visto tanta arca y tantísimo cofre? Todo para encerrar los ochavos. Prestaba á réditos y chupaba la sangre á los infelices. Una noche se metieron seis enmascarados en la casa: eran los deudores más comprometidos, que ya los iba á ejecutar la justicia y á dejarlos sin cama ni techo. El cura tenía una criada vieja y sorda... ¿Que cómo lo sé? Porque la maldita ni sintió ladrar al perro ni entrar á los ladrones, y ellos tuvieron que forzar la puerta del cuarto en que dormía... ¿No han visto la cerradura violentada? Bueno; pues los ladrones, así que se hallaron dentro, después de atar á la sorda, van, y ¿qué hacen? Me agarran al cura y me lo llevan á la cocina, y me lo descalzan, y me le aplican los pies á la lumbre... El hombre canta y suelta los cuartos. Los ladrones le acercan más á la brasa: "Dinos dónde tienes las *obligas*, ó te asamos como á San Lorenzo." Y así que aciertan con las *obligas*, las traen á brazados, y sin cuidarse de escoger las suyas, las echan al fuego y arden las deudas de toda la comarca... ¿No

se acuerdan que en el hogar había ceniza muy negra, así como de papeles quemados?... Antes de la madrugada se larga la gavilla, dejando al cura moribundo, y al salir pintan en la puerta la cruz roja, como el que dice: "No vinimos á robar, sino á castigar á un usurero infame."

—¡Ah!—exclamó el cazador joven.—Todo eso no lleva traza. Lo que ahí pasó fué que el cura tenía una sobrina muy bonita y moza, que vivía con él. ¿No repararon, en el cuarto de la cerradura rota, unas sayas de mujer y unos zapatos bien hechos, pequeños, llenos de polvo, en un rincón? Pues el cura se chifló por la sobrina, y empezó á darle vueltas á la idea... y andaba como loco; ni dormía ni comía. Sucedió que la rapaza se echó novio, y trataba de casarse, y el tío, cuando lo supo, daba con la cabeza por las paredes. Vino una noche en que el demonio le tentó más fuerte que otras... y en puntillas se fué al cuarto de la rapaza; pero como estaba cerrado con llave, tuvo que forzar la cerradura... ¡y mientras tanto ella saltó por la ventana y escapó para casa del novio, y el novio, por avergonzar al cura y amenazarle, pintó en la puerta la cruz colorada!

Había oído las dos versiones el coronel retirado, y la sonrisa medio burlona y medio desdenosa no se apartaba de sus labios, fija entre el erizado y canoso bigote.

—Señores, yo lo veo de otro modo... y mi explicación es tan clara y tan sencilla, y se justifica tan bien con ciertos detalles existentes en la casa, que no sé cómo no se les ha ocurrido

á Vds. El cura, cuando andaban mal las cosas políticas, se señaló por sus ideas carlistas, como uno de tantos, y eso le valió persecuciones y molestias de todo género. El era hombre de armas tomar: habrán Vds. observado que en varios muebles se conservan tacos, restos de cajas donde hubo pólvora, perdigones y balines. Un día le salieron al camino para apalearle, pero él les zorregó un tiro y dejó mal herido al que cogió más cerea. Comprendió entonces que le iban á echar á presidio; llegó á casa, tomó dinero, colgó los hábitos de aquel clavo, y pasó á Portugal y por Badajoz se unió en Extremadura á las facciones. Al salir, él mismo pintó la cruz roja, como quien dice: "Guerra en nombre de Dios."

Era llegado mi turno de arriesgar la hipótesis propia, ó de aceptar alguna de las ajenas. No me correspondía quedarme atrás en imaginación, y he aquí lo que me inspiró este numen:

—Vds. han visto en la casa mil detalles que en su opinión revelan al usurero, al enamorado energúmeno y al trabucaire... Yo me he fijado, especialmente, en otros que descubren al sacerdote estudioso, al místico solitario y enfrascado en meditaciones que acaban por trastornarle el seso. Tanto libro apolillado, en montones que devoran las ratas; tanta estampa devota colgada por las paredes, delatan las preocupaciones favoritas del infeliz que allí vivió. No le creo un sabio: para mí su cerebro era pobre, y la lectura, en vez de iluminarlo, lo poblaba de fantasmas, que bien pronto adquirieron cuerpo y

se convirtieron en horribles dudas y en extravagancias heréticas. Tal vez en su perturbado meollo renacieran las viejísimas doctrinas antitrinitarias de Sabelio; tal vez negó la consubstancialidad del Verbo, como Arrio, ó la humanidad de Cristo, como Nestorio; ó la absorbió en la divina, como Eutiquio; ó soñó cual los maniqueos, que el diablo comparte con Dios el dominio del Universo; ó desconoció las virtudes de la gracia, como Pelagio; ó cayó en los éxtasis y las flagelaciones de los montanistas... Imprudente y fanatizado, no supo callar, y entre los demás clérigos cundió la noticia de que sostenía proposiciones condenables, anticanónicas, dignas de tremendo castigo. Y corrió la voz, y fué aislado en su guarida, y los aldeanos le huyeron persiguiéndose. Cada vez se secó más su cerebro: en vano su leal criada le escondió los libros fatales con propósito de quemarlos: él forzó la puerta del cuarto y los sacó y se engolfó en ellos, y en sus cavilaciones y austeridades, hasta que, acabado de perder el juicio, negóse á comer por penitencia, y expiró diciendo que veía los cielos de par en par y los ángeles sobre nubecillas de oro, con palmas, coronas y muchos violines... El rayo hirió el árbol que daba sombra á la casa; y el pueblo, no conociendo que el hereje era un pobre mentecato, trazó en su puerta, en señal de reprobación y sentencia de infierno, la sangrienta cruz.

.....
No necesito decir que todos cuatro sostuvimos nuestra respectiva versión con lujo de

argumentos y pruebas. Cuando más nos habíamos enzarzado en la disputa, ladraron los perros, bajó el ganán á abrir la portalada, y entró el notario de Cebre, dispuesto á terciar en la partida de tresillo con que engañábamos las noches. Enterado del asunto que discutíamos, soltó una carcajada zafiota, se pegó un cachete en el testuz y exclamó sin cesar de reir:

—¡Alabada la Virgen, lo que discurren! ¡Pero, santos de Dios, si nunca en tal casa hubo ni sombra de cura!

—Pues ¿y los hábitos? ¿Y los libros? ¿Y...?

—Miren, esa casa... ¿por qué no me preguntaron? Se ahorrabán el viaje y la visita á las ratas y á los cienpiés! Esa casa fué de una buena familia, un matrimonio y una cuñada ó hermana que vivía con ellos. Cuando el cólera... ¿no saben? ¡que lo hubo terrible! les murió en el pueblo un tío cura, dejándolos por herederos. Al marido le tentó la codicia y fué á recoger la herencia. La trajo en ocho ó nueve arcas y baúles; pero también trajo el cólera. La gente ya lo olfateaba: nadie se acercó á la casa, y le pusieron esa señal de almazarrón, como quien dice: "escapar de aquí.". Y en la casa y sin auxilio, perecieron los tres con diferencia de horas. La cuñada se encerró en su cuarto para morir en paz y no oír los lamentos de la hermana... Hubo que romper la cerradura para sacar el cuerpo y enterrarlo. Esos manteos y esa sotana que Vds. vieron, á la cuenta eran de la herencia también, y los colgarían en el primer momento

para que no se apolillasen... De bastante les sirvió.

Quedamos callados y confusos los novelistas. Yo pensaba en las tres víctimas, expirando solas en una casa abandonada que aisló el miedo, y deducía que, bien mirado, lo real es tan patético como la ficción. Al mismo tiempo compadecía á los jueces que registrando el teatro de un crimen buscan la huella del reo, y á los historiadores que interpretan documentos caducos.

LINDA

DESPUÉS de una larga carrera literaria de trabajo y lucha, Argimiro Rosa no había conseguido, ya no digamos la gloria: ni siquiera asegurar el cotidiano sustento. La extrañeza de su nombre y apellido, que juntos parecían formar caprichoso pseudónimo, le fué útil al principio, en esos años juveniles en que brotan reputaciones efímeras, pronto derrocadas si no descansan en merecimientos positivos. Las primeras poesías y artículos inocentes de Argimiro Rosa se leyeron con cierto interés, y quedó en la memoria de muchos el eco de tan raro nombre. "¡Argimiro Rosa!—decían vagamente.—¡Argimiro Rosa! Sí, sí, ya caigo... Aguarde V... En el *Semanario*... en el *Museo de las familias*... En fin, no sé... Debe de ser de aquellos románticos melencólicos."

Verdaderamente, aunque Argimiro llevó largo tiempo trova negra, reluciente y bien atusada, y sólo la suprimió al advertir que se gastaba un sentido en remudar cuellos de gabanes, no se le podía afiliar á la escuela romántica genuina. Desde que los editores de obras por entregas hicieron presa en él y le impusieron

su estética propia, Argimiro fluctuó entre un pseudo romanticismo ojeroso y espeluznante y un pseudo realismo de presidio y taberna. Amarrado al duro banco de la producción forzada y del género de pacotilla, Argimiro imitó por turno y según lo requería el caso á Fernández y González, á Ortega y Frías, á Ayguals de Izco, á Pérez Escrich, en suma, á los maestros del género; y hasta llegó á competir con ellos, disputándoles asuntos efectistas y melodramáticos, encontrados por editores ingeniosos. Cierta popularidad obscura, que le valieron obras como *Los Canallas de guante blanco*, *Empevador*, *fraile y verdugo*, *La Sombra del parricidio* y *Los Hígados de un prestamista*, pudo en ocasiones hacerle creer que, si hubiese dispuesto de libertad, dejaría escrito algo más selecto, que salvase del olvido su nombre. Pero hacía bastantes años que Argimiro no acariciaba ese luminoso ensueño, hijo de la aurora. Aspiraba únicamente á ganar con sus engendros lo necesario, el duro pan de cada día, á fin de no ser gravoso á nadie.

Porque conviene decir que Argimiro guardaba en su alma nociones de innata honradez y de ese nobilísimo orgullo que impulsa á trabajar por la independencia; además tenía la cautela, la parsimonia, la callada modestia en el vivir, que caracterizan á las personas delicadas, en quienes es una segunda naturaleza la probidad. En este sentido, nadie menos bohemio que Argimiro Rosa, porque si conoció á fondo el arte de someterse á una privación

oculta, ignoró siempre el de rehuirla pidiendo prestado un duro. Bien podía Argimiro no ser ningún geniazo de esos que señalan su paso por el mundo con huella esplendente; pero tampoco era, de fijo, de los que confunden el genio con las trampas.

Hasta cabía sostener la paradoja de que era rico Argimiro, porque él no gastaba un céntimo más de sus ganancias y aun economizaba piquillos, que tenía de reserva, "para el entierro", solía decir con humorismo apacible. Repugnábale, en efecto, la idea de esos sepelios de caridad á que parecen sentenciados los escritores, y consideraba una profanación de la muerte el sentimentalismo de ultratumba. Quería irse de este mundo como había vivido en él: sin importunar, sin abusar, sin avergonzarse.

Con este criterio, ya se deja entender que Argimiro había renunciado deliberadamente á los intranquilos goces de la familia. Sostener esposa y niños no cabía en los posibles del buen novelista, y ni las horrendas fechorías de la alta aristocracia, ni las inauditas guapezas de los chulos, referidas en interminables entregas, daban para tanto. Se resignó Argimiro á no tener más sucesión que los aventureros de frac y los ruñanes de marsellés que creaba á docenas, á brochazos y en menos que canta un pollo, y formó su hogar en una casa de huéspedes, eligiendo patrona de buena entraña, manida y apacible, capaz de servir unatacica de caldo con cierta cordialidad afectuosa; y allí, en el reducido cuartucho, sobre angosta mesa, instaló el

molino al vapor de las cuartillas. Sólo Dios sabe cuántos raptos, desafíos, asaltos á conventos, intoxicaciones, puñaladas y desafueros de toda clase salieron de aquel modesto asilo, entre la cama de hierro, desvencijada ya, y una cómoda privada de tiradores. Mientras Argimiro deliberaba sobre si convenía emparedar al duque ó sería mejor acuchillarle por la espalda, la perrita de aguas, Linda, única compañera de la soledad de Argimiro, dormitaba hecha una rosca, probando que los irracionales son más dichosos que el rey de la creación.

No porque se hubiese condenado á celibato voluntario carecía Argimiro de sensibilidad. Al contrario: su alma tierna rebosaba cariño, y se asfixiaba con no poder desahogarlo. Si Argimiro hubiese sido perfecto (ya se sabe que no puede jactarse de serlo ningún hombre) no carga con la perrita; al cabo Linda era un lujo, una superfluidad del corazón, un capricho sentimental, y nadie ignora que el más pequeño, el más humilde de estos caprichos, entraña peligros sin cuento. ¡Imprudente Argimiro! ¿De qué te ha servido vedarte lo más dulce, abstenerte de lo más apetecible y natural, no tener esposa que te aguarde en la puerta, hijos que se te agarren á las rodillas? Para ti, el ser viviente que te da la bienvenida con alegres ladridos, que te mordisquea y te baba las manos y se tiende en el suelo de puro gozo cuando te ve, que comparte tu lecho, y al que guardas siempre el azúcar del café y las golosinas del postre... te va á costar tan caro como

podría costarte ese gran derroche de alma y bolsillo, ese gran poema en prosa que se llama el matrimonio. ¿Qué te valió atrincherarte? Dejaste un portillo y por él entró la muerte.

A fuerza de velar y de poner la imaginación en tortura para discurrir nuevos desatinos; á fuerza de vida sedentaria y de comidas insulsas, de esas cuyo secreto poseen las pupileras, Argimiro había contraído un padecimiento del estómago que amenazaba arruinar para siempre su salud. El médico, consultado seriamente, opinó que el enfermo necesitaba alimentación escogida y sana, algo muy variado, nutritivo y apetitoso, que á la vez combatiese la atonía y la anemia. De no ser así, auguraba pésimos resultados. Sabía era la prescripción, pero mala de seguir para Argimiro, que pagaba catorce reales de pupilaje, y jamás había puesto tacha ni reparo á las negras albóndigas, á la seca lonja de vaca, á las flatulentas judías y á la deslavada sopa de fideos (si bien le infundían repugnancia indecible).

Quiso la casualidad que el médico, paisano y amigo constante de Argimiro, hablase del asunto con el opulento negociante D. Martín Casallena, también paisano y amigo del médico y del escritor. Casallena era un rico de clara inteligencia y sentimientos generosos: adivinó que el enfermo no podía aplicar el método del doctor, y se apresuró á enviar á Argimiro una cartita, convidándole á comer aquella misma noche. El obsequio, aceptado, fué encantador; la señora del banquero prodigó á Argimiro las

más corteses atenciones; reinó gratísima confianza en la mesa, y el escritor quedó invitado con empeño para todos los miércoles. Al miércoles siguiente, se extendió el convite también á los sábados, y más adelante, con habilidad piadosa, se le rogó que viniese todos los días, excepto los pocos en que la familia Casallena salía convidada á su vez.

Sorprendente fué el efecto de la reparadora comida en Argimiro. Cesaron los desvanecimientos que nublaban su vista, los dolores agudos y las desconsoladoras molestias diarias; el trabajo se hizo relativamente fácil, y el bienestar del estómago contento irradió á todo el organismo. El novelista parecía otro: así se lo decían en la casa de huéspedes y se lo repetían en el café.

Una nube tenía, sin embargo, la reciente dicha de Argimiro. Su conciencia no estaba tranquila: mientras él disfrutaba de tan espléndida hospitalidad y tan opíparos banquetes, la pobre Linda, olvidada y sola, se aburría esperándole, y le acogía con bostezos llorones de hembra nerviosa que no se acostumbra al abandono en que la dejan y se desquita en malos humores y en gimoteos. En la mente de Argimiro nació el propósito de introducir á Linda en la buena sociedad que él frecuentaba. A fuerza de sacar conversaciones, de encarecer su apego á Linda, y las gracias y monerías de Linda, y de insistir en lo acostumbrada que estaba la perrilla á no separarse de su amo, logró que un día exclamase D. Martín Casallena:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1626 MONTERREY, MEXICO

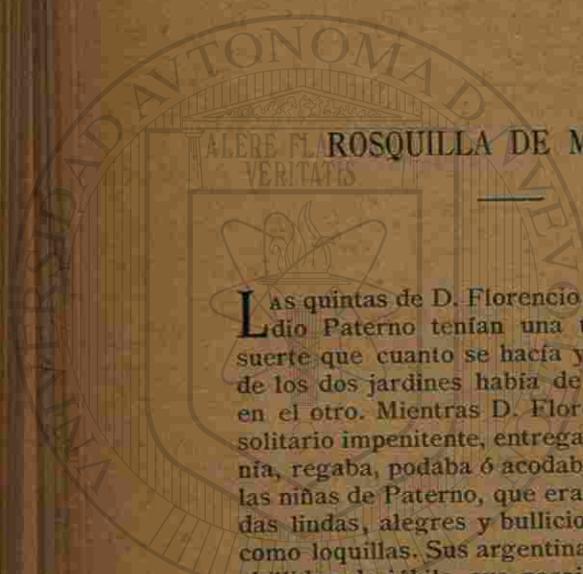
—Vamos, mañana se trae V. á Linda. Ya tenemos curiosidad de conocer á ese avechuchu tan simpático.

Aunque la señora de Casallena había torcido el gesto á esta espontaneidad de su consorte, Argimiro no quiso oír más, y Linda hizo su entrada solemne en los salones del banquero. Es de advertir que la señora de Casallena adoraba en sus magníficos muebles, y no podía resistir que le estropeasen ó manchasen las cortinas de crujidora seda y las tupidas y muelles alfombras. Al principio Linda se condujo muy diplomáticamente en este terreno: correcta y distinguida, cogió las galletitas con la punta del hocico, las devoró en silencio, y se hizo una rosca al pie de la chimenea, sobre el guardafuego, sin molestar á nadie. Por desgracia, así que empezó á tomar confianza y á dominar la situación, el animalito fué permitiéndose libertades, al pronto retozonas é inofensivas, después tan descomedidas, inconvenientes y enormes, que una noche, yendo la señorita de Casallena á recoger del musiquero la sonata en *fa* para estudiarla al piano, exhaló un chillido ratonil y huyó despavorida á su cuarto, á lavarse las manos con triple extracto de Colonia...

Por lo cual, el señor de Casallena llamó aparte al escritor, y con suma política y bastantes rodeos hubo de manifestarle que la presencia de Linda era incompatible con la tranquilidad de su hogar y el aseo de su mobiliario, y que le rogaba no la volviese á traer adonde producía tales disturbios. Y Argimiro, pálido, demudado

y tartamudo de enojo, respondió al banquero que insultar y expulsar á Linda valía tanto como insultarle y expulsarle á él; á lo cual replicó Casallena, á su vez amoscado, que ciertamente merecería la expulsión el dueño, si cometiese los mismos desmanes que la perra. Inclínose Argimiro con altivo gesto; hizo un saludo tieso y forzado, y abandonó la estancia llevándolo en brazos á Linda. Ni al día siguiente ni nunca volvió á comer... ¿qué es comer? ni á cruzar la puerta de su antiguo y opulento anfitrión. Explicaciones, recados, mensajes por el médico... todo se estrelló contra la dignidad herida de la perrita de aguas.

A los dos años, Argimiro Rosa falleció de un cáncer en el estómago; y como en la enfermedad se habían consumido sus economías, por fin le enterraron á expensas de algunos amigos. Casallena, que fué de los que dieron más, recogió á Linda y la mantuvo hasta que murió de vejez.


 ROSQUILLA DE MONJA...

Las quintas de D. Florencio Abrojo y D. Eladio Paterno tenían una tapia común, de suerte que cuanto se hacía y decía en alguno de los dos jardines había de oírse por fuerza en el otro. Mientras D. Florencio, solterón y solitario impenitente, entregado á su única manía, regaba, podaba ó acodaba arbustos raros, las niñas de Paterno, que eran siete, y casi todas lindas, alegres y bulliciosas, correteaban como loquillas. Sus argentinas carcajadas, sus chillidos de júbilo, sus pasajeras grescas por un fruto ó una flor, iban, cruzando el muro, á perturbar la calma y el silencio en que se complacía el fatigado y desengañado Abrojo.

La indole de la molesta algazara fué modificándose según crecían en años las señoritas de Paterno. Primero, juegos propiamente infantiles, escondites entre los rosales y las magnolias, paseos en carreta y pedradas á los árboles; después, chácharas interminables con amiguitas que venían de Marineda, partidas de croquet, mucho columpio, todo acompañado de meriendas de almibar y pan; luego se agregó

al elemento femenino el masculino, los señoritos animados y obsequiosos, y D. Florencio pudo escuchar, con irritación creciente, las bromas intencionadas, los piropos rendidos, el tiroteo de frases agridulces entre ellas y ellos. A este período de escaramuzas siguió aquel en que, habiéndose echado novio dos ó tres de las muchachas, las parejitas se sentaban en bancos de piedra, bajo los árboles que sombreaban la tapia misma, y sus voces llegaban como un arrullo á los dominios del señor de Abrojo.

El cual, precisamente, aspiraba á no ser molestado por ningún eco de las vanidades y ansias ociosas á que la humanidad se entrega. Misántropo, azotado por la vida como una barca por las olas, se había recogido á aquel huerto, buscando la paz y concretando sus deseos á intereses pequeñísimos, á aspiraciones que no causan goce ni dolor, á la floración de un jacinto, al crecimiento de una orquídea extraña. Sorda cólera le hervía dentro al entreoír las divinas tonterías del palique de los enamorados, y dos ó tres veces estuvo á punto de lanzarles la regadera á la cabeza. Lo peor fué que circunstancias fortuitas le obligaron á entrar, mal de su grado, en relación con la familia Paterno, y que á los pocos días de tratarse los vecinos, una de las niñas, María Consolación, se atrevió á deslizarse en el jardín de D. Florencio y pedirle clavelones para lucirlos en una corrida de toros. Sólo siendo muy desatento se podía rehuir el compromiso; gruñendo interiormente, D. Florencio dejó saquear los arriates; María

reunió un haz magnífico, embriagador, y después, con la sonrisa en los labios, lo curioseó todo en la finca, preguntando el nombre de cada planta desconocida, y admirando las que conocía ya. Pensaba el Sr. de Abrojo ocultarle á la chiquilla los tesoros del invernáculo; no obstante, sin darse cuenta de por qué lo hacía, abrió de par en par la puerta vidriera, y paseó á María por entre las flores maravillosas, llegando al extremo de ofrecerla la más bonita, la admirable *sterlicia regia*. María salió afirmando que el vecino no era un señor tan ridículo como decían, y que con ella había estado sumamente amable. Alentadas por tal precedente, las demás hermanas quisieron pedir claveles á su vez. Encontraron cerrado el portal; nadie contestó á los aldabonazos, y hubieron de comprender que D. Florencio resistía. Las señoritas no apretaron el cerco, y ninguna osó molestar más al solitario.

Los años corrieron; la familia de Paterno sufrió cambios y vicisitudes. El padre murió, tres hijas se casaron, marchándose con sus respectivos esposos, y María Consolación, la alborotadora niña de los claveles, sintió de pronto vocación religiosa, é ingresó en un monasterio compostelano. La madre de María, por no sostener la quinta, la dió en arriendo á un industrial de Marineda, que sólo pasaba en el campo los domingos, y D. Florencio, cada día más retraído y huraño, notó que el jardín próximo no le mandaba ya sino alto silencio y soñolienta modorra.

Cierto día, cuando menos se lo esperaba, recibió el Sr. de Abrojo una carta de angosto sobre, escrita con letra tímida y fina, letra femenil, y al abrirla, en la cabecera de la misiva se destacaron una cruz y las iniciales J. M. J.: *Jesús, María y José*. Era Consolación, hoy Sor María del Consuelo, la que enviaba á D. Florencio dos páginas difusas, ingenuas y melifluas, donde la monjita expresaba afectuosamente un sentimiento halagüeño y delicado: la gratitud por aquella distinción del regalo de los clavelones, y el deseo de que quien había sido para ella tan deferente, pasase unas Pascuas de Navidad felicísimas, y un Año Nuevo muy dichoso, si lo permitía el Señor, á quien rogaba siempre por D. Florencio. Sí, Sor María rogaba por él; Sor María solicitaba de Nuestra Señora que apartase de él toda desgracia. Lo único que Sor María lamentaba era que aquellos claveles, destinados á la profanidad, no hubiesen sido ofrecidos á la Virgen.

Venida de la soledad y del retiro, la carta conmovió un poco al solitario. Representóse á la graciosa criatura de revuelto pelo y encendidas mejillas, que un tiempo le pedía claveles— hoy pálida, macerada, bajo la austera toca, de hinojos en una iglesia desierta, apoyando la frente en la reja negra y fría,—y como la primera vez, repentino impulso desarrugó su corazón y le dictó un rasgo galante, un golpe de sus antiguos tiempos. Arrasó el invernáculo, encajonó entre musgo las flores más preciosas que aún quedaban, las camelias de nieve, los

resedas de invierno, las precoces violetas, y dirigió el cajón al convento, para Sor María.

La respuesta fué otra cartita más suave, más tierna, más llena de amistosa unción y atrevimientos inocentes. Sor María no se cansaba de alabar las flores: ¡qué cosas tan bonitas hace Nuestro Señor, y cómo serán los jardines del cielo, cuando así adorna los de la tierra! El altar estaba tan rico, con los floreros cuajados; y la comunidad admiraba aquellos primores. Sor María, en su pobreza, no podía pagar el obsequio sino con un escapulario; pero lo había bordado ella misma, y rogaba á su amigo que lo llevase puesto siempre. Y el Sr. de Abrojo, con más viveza de lo que consentían sus años, sacó el doble rectángulo de seda, deshizo el pulcro nudo del cordón, y pasó el escapulario al cuello. Más tarde se lo quitó; pero un gozo pueril le hizo releer la carta.

A los quince días la monja volvió á escribir. D. Florencio también releyó la epístola, mas no por saborearla, sino por cerciorarse de lo que envolvían las cuatro carillas de letrita bien prieta. En las tres primeras sólo halló candorosas efusiones: tratábase de la música, de Santa Cecilia, del piano, á que Sor María era aficionada cuando vivía en el siglo, y del armonio, que ahora estaba aprendiendo á tocar con el fin de servir de organista. Pero ¡qué fatalidad, luchar con un armonio de alquiler, de mala muerte, sin voces, sin sonoridad alguna! Si la comunidad no fuese tan pobre—aquí empezaba la cuarta plana—se resolverían á adquirir un

buen armonio, y á ella, á Sor María, sin duda por inspiración de Dios, y sin que la prelada se enterase, ¡quía!, se la había ocurrido que su predilecto amigo D. Florencio, de tan nobles sentimientos y generosa alma, no tendría quizás inconveniente en garantizar las dos mil pesetas del armonio, que se le irían abonando á plazos, según pudiese la pobrecilla comunidad. ¡Cuánto mayor gusto sentiría en estudiar en aquel instrumento, debiéndolo, como lo debería, á la limosnita afectuosa del Sr. de Abrojo!

Don Florencio soltó la carta, y sardónicamente mueca crispó sus labios que ocultaba el lacio bigote gris. ¡Ah! ¡La eterna perfidia de la mujer, su silbo de culebra, que sólo halaga para emponzoñar, su insinuante dulzura peor que los más activos venenos! No era el desengaño presente, la tenue y espiritualísima ilusión perdida, lo que inundaba como ola de hiel el alma del viejo, sino tantos recuerdos, que salían del olvido y revoloteaban azotándole con sus polvorientas alas de murciélago, al evocar historias hondamente tristes, de ajenos egoísmos y de propios dolores. Siempre el trueque interesado, la caricia moral y material á cambio de algo útil; siempre la misma comedia, que hasta desde el claustro podía representarse con éxito. ¿Con éxito? Se vería. El solterón tomó papel y pluma y contestó á la monja, una carta larga, borrascosa, incoherente, que al repararla antes de confiarla al correo, le hizo soltar, á solas, estruendosa carcajada, mientras malignamente se restregaba las manos.

—Pero ¿no me decía V. que D. Florencio es un señor ya anciano y formal, muy formal?— preguntó la Abadesa á Sor Maria, después de repasar la carta que ésta presentaba ruborosa y con los ojos bajos.

—Madre, sí que lo es; pero á mi me parece que se ha vuelto loco, ó que chochea antes de tiempo.

—¡Válgame Dios! Pues, hija, ¿sabe V. lo que yo creo? Que ni es loco ni chocho, sino un taño de mucha habilidad. Y este papelucho se quema ahora mismo—añadió severamente la Prelada, que ejecutado el auto de fe, dijo á Sor Maria viéndola arrodillarse.—No se altere V., hija, no se angustie... Claro que ya no vuelve V. nunca á escribir á ese... caballero, ni á acordarse de que existe.

Así puntualmente sucedió. El señor de Abrojo no supo más de la monjita, y siguió vegetando entre sus flores, que nada piden ni hacen soñar nada.



GEÓRGICAS ⁽¹⁾

Fué por el tiempo de las majas, mientras la rubia espiga tendida en las eras cruje blandamente, amortiguando el golpe del *mallo*, cuando empezó la discordia entre los del tío Ambrosio Lebríña y los del tío Juan Raposo.

Sucedió que todo el Julio había sido aquel año un condenado mes de agua, y que sólo á primeros de Agosto despejó el cielo y se metió calor, el calor seco y vivo que ayuda á la faena. "Hay que majar, que ya andan las canículas por el aire," decían los labriegos; y el tío Raposo pidió al tío Lebríña que le ayudase en la labor. Este ruego envolvía implícitamente el compromiso de que á su vez Raposo ayudaría á Lebríña, según se acostumbra entre aldeanos.

No obstante, llegado el momento de la maja de Lebríña, el socarrón de Raposo escurrió el bulto, pretextando enfermedades de sus hijos,

(1) Escrito este cuento, que se funda en hechos reales, parecióme que se asemejaba en su asunto á otro cuento de Tolstoy. Me anticipo á declararlo y veo en ello una prueba más de las afinidades que siempre noté entre el campesino ruso y el de mi tierra.—(N. DE LA A.)

—Pero ¿no me decía V. que D. Florencio es un señor ya anciano y formal, muy formal?— preguntó la Abadesa á Sor Maria, después de repasar la carta que ésta presentaba ruborosa y con los ojos bajos.

—Madre, sí que lo es; pero á mi me parece que se ha vuelto loco, ó que chochea antes de tiempo.

—¡Válgame Dios! Pues, hija, ¿sabe V. lo que yo creo? Que ni es loco ni chocho, sino un taño de mucha habilidad. Y este papelucho se quema ahora mismo—añadió severamente la Prelada, que ejecutado el auto de fe, dijo á Sor Maria viéndola arrodillarse.—No se altere V., hija, no se angustie... Claro que ya no vuelve V. nunca á escribir á ese... caballero, ni á acordarse de que existe.

Así puntualmente sucedió. El señor de Abrojo no supo más de la monjita, y siguió vegetando entre sus flores, que nada piden ni hacen soñar nada.



GEÓRGICAS ⁽¹⁾

Fué por el tiempo de las majas, mientras la rubia espiga tendida en las eras cruje blandamente, amortiguando el golpe del *mallo*, cuando empezó la discordia entre los del tío Ambrosio Lebríña y los del tío Juan Raposo.

Sucedió que todo el Julio había sido aquel año un condenado mes de agua, y que sólo á primeros de Agosto despejó el cielo y se metió calor, el calor seco y vivo que ayuda á la faena. "Hay que majar, que ya andan las canículas por el aire," decían los labriegos; y el tío Raposo pidió al tío Lebríña que le ayudase en la labor. Este ruego envolvía implícitamente el compromiso de que á su vez Raposo ayudaría á Lebríña, según se acostumbra entre aldeanos.

No obstante, llegado el momento de la maja de Lebríña, el socarrón de Raposo escurrió el bulto, pretextando enfermedades de sus hijos,

(1) Escrito este cuento, que se funda en hechos reales, parecióme que se asemejaba en su asunto á otro cuento de Tolstoy. Me anticipo á declararlo y veo en ello una prueba más de las afinidades que siempre noté entre el campesino ruso y el de mi tierra.—(N. DE LA A.)

ocupaciones; en plata, disculpas de mal pagador. Lebríña, indignado de la jugarreta, tuvo con Raposo unas palabras más altas que otras en el atrio de la iglesia, el domingo á la salida de misa. Por la tarde, en la romería, Andrés, el mayor de Lebríña, después de beber unos tragos, se encontró con Chinto, el mayor de Raposo, y requiriendo la *moca* ó porra clave-teada, miráronse de soslayo, como si fuesen á santiguarse... pero no hubo más entonces.

Vivían las familias de Lebríña y Raposo pared por medio, en dos casas gemelas, que el señor había mandado edificar de nuevo para dos lugarcitos muy redondos. Al recogerse aquel domingo, mientras los hombres, gruñones y enfurruñados, mascullaban la ira, las mujeres, sacando á la puerta los *tallos* ó asientos hechos de un tronco, se disponían á pasar las primeras horas de la noche al fresco. En vez de armar tertulia con las vecinas, cada bando afectó situarse lo más lejos que permitía la estrechez de los corrales. La tía Raposo y su hija Juliana, que tenían fama de mordaces y satíricas, tomaron sus panderetas é improvisaron una triada muy injuriosa; en substancia, venía á decir que en casa de Lebríña los hombres eran hembras y las mujeres machos bigotudos. Es de advertir que los Lebríñas debían su apodo, convertido en apellido ya, á cierta manse-dumbre tradicional en los varones de la familia; y también conviene saber que Aura Lebríña, moza soltera de unos veinticinco años de edad, lucía sobre sus gruesos y encendidos labios un

pronunciado bozo obscuro. Aura no sabía improvisar como las Raposos; pero ni tarda ni perezosa recogió el guante, y en prosa vil las soltó una carretada de desvergüenzas gordas, mezcladas con maldiciones á los hombres, gallinas cluecas, que no tenían alma para cosa ninguna. Al oír la *pauliña* de Aura, el tío Ambrosio asomó la nariz, y empujando á su hija por los hombros la hizo retirar, mientras los de Raposo la perseguían con pullas irónicas.

Pocos días después, yendo Chinto Raposo armado de *gavilo*, á cortar tojo en el monte, vió á Aura Lebríña que lindaba su vaca en una heredad de maíz. Aunque tostada del sol, como la heroína de los Cantares, y aunque de boca sombreada y recias formas, la moza no era despreciable, y al mozo se le ocurrió burlarla, más tentado por el fino gusto de pisotear á los Lebríñas que por los atractivos de la pastora. Y avínole mal, porque en el país galiciano, la mujer, hecha á trabajos tan rudos como el hombre, le iguala en fuerza física, y á veces le supera, y en el juego de la lucha no es raro el caso de que salgan vencedoras las mujeres. Sin más armas que sus puños, Aura sujetó á Chinto y le dió una paliza con el mango de la guadaña, mientras la vaca, pendiente el bocado de hierba entre los belfos, fijaba en el grupo su-ojos pensativos. Molido y humillado, Chinto Raposo se vengó cobardemente; aprovechó un descuido de Aura, y metiéndola de pronto la mano en la boca y apartando con violencia los dedos pulgar é índice, rasgó las comisuras

de los labios. La sorpresa y el dolor paralizaron un instante á la amazona, y Chinto pudo huir.

Todo el día lloriqueó la muchacha desesperadamente, porque el eterno femenino salta también de entre los terrones, y la infeliz temía quedar desfigurada. Las malditas comadres de las Raposos, desde su puerta, se mofaban de Aura sin compasión, apodándola *Boca rota*, y Aura, en sorda voz, murmuraba que, si se había concluido ya la casta de los hombres, saldrían á plaza las mujeres, y se vería lo que eran capaces de hacer.

Andrés Lebríña, muy descolorido, oía á su hermana y callaba como un muerto. Estos silencios cerrados son de mal agüero en las personas pacíficas. Sin embargo, pasó una semana, las heridas de Aura empezaron á cicatrizar, y los Raposos, más insolentes que nunca, se reían en público de toda la casta de Lebríña. El día de la feria, Chinto Raposo cargó un carro de repollos, y bajó á la ciudad á venderlo. Regresaba, anochecido ya, algo chispón, con el carro vacío, y al sepultarse en uno de esos caminos hondos y angostos, limitados por los surcos de la llanta, recibió á traición un golpe en el duro cráneo, y luego otro, que le derribó aturdimiento como un buey. En medio de su desvanecimiento sintió confusamente que algo muy pesado y duro le oprimía el pecho: eran unos zuecos de álamo, con tachuelas, bailando el pateado sobre su esternón.

Cuando suceden estas cosas en la aldea, en verdad os digo que rara vez pasa el asunto á

los tribunales. El labriego, por una parcelilla de terreno, por un tronco de pino, por un puñado de castañas, se apresurará en acudir á la justicia: la propiedad entiende él que ha de defenderse por las vías legales; pero la seguridad personal es cuenta de cada quisque: contra palos, palos, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. En la aldea, el que más y el que menos tiene sobre su alma una buena ración de leña administrada al prójimo, y nadie quiere habérselas con escribanos, procuradores y jueces, negras aves fatídicas, que traen la miseria entre su corvo pico.

Antes de que Chinto Raposo pudiese levantarse de la cama, donde permanecía arrojando en abundancia bocanadas de sangre, sus dos hermanos menores, Román y Duardos, le habían jurado la *vendetta*. Andrés Lebríña, por su parte, trataba de esconderse; pero el labriego ha de salir sin remedio á su trabajo, y la fatalidad quiso que le llamasen á jornal en la carretera en construcción, adonde también acudían los Raposos. Estos velaron á su enemigo, como el cazador á la perdiz, y aprovechándose de una disputa que se alzó entre los jornaleros, arrojaron á Andrés sobre un montón de piedra sin partir, y con otra piedra le machacaron la sién. Se formó causa, pero faltó prueba testifical: nadie sabe nada, nadie ha visto nada en tales casos. El señor abad de la parroquia de Tameige rezó unos responsos sobre el muerto, y hubo una cruz más en el camposanto: negra, torcida, con letras blancas.

El golpe aplanó completamente á los Lebrinañas. Ellos eran gente apocada, resignada, y sólo á fuerza de indignación y ultrajes había salido de sus casillas Andrés. También los Raposos, astutos en medio de su barbarie, creyeron que después de suprimir á un hombre les convenía estar callados y quietos, por lo cual cesaron completamente las provocaciones é inyectivas de las mujeres desde la puerta.

Sin embargo, había alguien que no olvidaba al que se pudría bajo la cruz negra del cementerio: Aura, la hermana, la que se había llevado toda la virilidad de la familia. Vestida de luto, de pie en el umbral de su casucha, ronca á fuerza de llorar, lanzaba á la casa de los Raposos ardientes miradas de reto y maldición. Y sucedió que al verano siguiente, cuando la cosecha recogida ya prometía abundancia, una noche, sin saber por qué, prendióse fuego al pajar de Raposo y á la vez aparecieron ardiendo el cobertizo, el hórreo y la vivienda. Los Raposos, aunque dormían como marmotas, al descubrirse el fuego pudieron salvar, sufriendo graves quemaduras; sólo á uno de los hijos, Román, el que pasaba por autor material de la muerte de Andrés Lebrinaña, se le encontró carbonizado, sin que nadie comprendiese cómo un mozo tan ágil no supo librarse del incendio.

Aquí tienen Vds. lo que aconteció en la feligresía de San Martín de Tameige, por no querer los Raposos ayudar á los Lebrinañas en la faena de la maja.

EL VOTO

SEBASTIÁN Becerro dejó su aldea á la edad de diez y siete años, y embarcó con rumbo á Buenos Aires, provisto, mediante varias oncesas ahorradas por su tío el cura, de un recio pa-raguas, un fuerte chaquetón, el pasaje, el pasaporte y el certificado falso de hallarse libre de quintas — que, con arreglo á tarifa, le facilitaron donde suelen facilitarse tales documentos.

Ya en la travesía, le salieron á Sebastián amigos y valedores. Llegado á la capital de la República Argentina, diríase que un misterioso talismán — acaso la higa de azabache que traía al cuello desde niño — se encargaba de removerle obstáculos. Admitido en poderosa casa de comercio, subió desde la plaza más ínfima á la más alta, siendo primero el hombre de confianza, luego el socio, por último, el amo. El rápido encumbramiento se explicaría — aunque no se justificase — por las condiciones de hormiga de nuestro Becerro, hombre capaz de extraer un billete de Banco de un guardacantón. Tan vigorosa adquisividad — unida á una probidad

de autómatas y á una laboriosidad más propia de máquinas que de seres humanos,—daría por sí sola la clave de la estupenda suerte de Becerro, si no supiésemos que toda planta muere si no encuentra atmósfera propicia. Las circunstancias ayudaron á Becerro, y él ayudó á las circunstancias.

Desde el primer día vivió sujeto á la monástica abstinencia del que concentra su energía en un fin esencial. Joven y robusto, ni volvió la cabeza para oír la melodía de las sirenas posadas en el escollo. Lenta y dura compresión atrofió al parecer sus sentidos y sentimientos. No tuvo sueños ni ilusiones; en cambio tenía una esperanza.

¿Quién no la adivina? Como todos los desuraza, Sebastián quería volver á su nativo terruño, fincar en él y deberle el descanso de sus huesos. A los veintidós años de emigración, de tereco trabajo, de regularidad maníaca, de vida de topo en la topinera, el que había salido de su aldea pobre, mozo, rubio como las barbas del maíz y fresco lo mismo que la planta del berro en el regato, volvía opulento, cuarentón, con la testa entrecana y el rostro marchito.

Fué la travesía—como al emigrar—plácida y hermosa, y al murmullo de las olas del Atlántico, Sebastián, libre por vez primera de la diaria esclavitud del trabajo, sintió que se despertaban en él extraños anhelos, aspiraciones nuevas, vivas, en que reclamaba su parte alcuota la imaginación. Y á la vez, viéndose rico, no viejo, dueño de sí, caminando hacia la tierra,

dió en una cavilación rara, que le fatigaba mucho: y fué que se empeñó en que la Providencia, el poder sobrenatural que rige el mundo, y que hasta entonces tanto había protegido á Sebastián Becerro, estaba cansado de protegerle, y le iba á zorregar disciplinazo firme, con las de alambre: que el barco embarrancaría á la vista del puerto, ó que él, Sebastián, se ahogaría al pie del muelle, ó que cogería un tabardillo pintado, ó una pulmonía doble.

De estas aprensiones suele padecer quien se acerca á la dicha esperada largo tiempo. Y con superstición análoga á la que obligó al tirano de Samos á echar al mar la rica esmeralda de su anillo, Sebastián, deseoso de ofrecer expiatorio holocausto, ideó ser la víctima, y reprimiendo antojos que le asaltarán al fresco aleatear de la brisa marina y al murmullo musical del oleaje, si había de prometer al Destino construir una capilla, un asilo, un manicomio, hizo otro voto más original, de superior abnegación: casarse sin remedio con la soltera más fea de su lugar. Solemnizado interiormente el voto, Sebastián recobró la paz del alma, y acabó su viaje sin tropiezo.

Cuando llegó á la aldea, poníase el sol entre celajes de oro; la campiña estaba muda, solitaria é impregnada de suavísima tristeza, todo lo cual es parte á sacar chispas de poesía de la corteza de un alcornoque, y no sé si pudo sacar alguna del alma de Sebastián. Lo cierto es que en el recodo del verde sendero encontró una fuente donde mil veces había bebido sien-

do rapaz, y junto á la fuente una moza como unas flores, alta, blanca, rubia, risueña; que el caminante le pidió agua, y la moza, aplicando el jarro al caño de la fuente, y sosteniéndolo después, con bíblica gracia, sobre el brazo desnudo y redondo, lo inclinó hasta la boca de Sebastián, encendiéndole el pecho con un sorbo de agua fría, una sonrisa deliciosa, y una frase pronunciada con humildad y cariño: "Beba, señor, y que le sirva de salud."

Siguió su camino el indiano, y á pocos pasos se le escapó un suspiro, tal vez el primero que no le arrancaba el cansancio físico; pero al llegar al pueblo recordó la promesa, y se propuso buscar sin dilación á su feróstica prometida y casarse con ella, así fuese el coco. Y, en efecto, al día siguiente, domingo, fué á misa mayor y pasó revista de getas, que las había muy negruzcas y muy dificultosas, tardando poco en divisar, bajo la orla abigarrada de un pañuelo amarillo, la carátula japonesa más horrible, los ojos más bizcos, la nariz más roma, la boca más bestial, la tez más curtida y la pelambreira más cerril que vieron los siglos; todo acompañado de unas manos y pies como paletas de lavar y de una gentil corcova.

Sebastián no dudó ni un instante que la monstruosa aldeana fuese soltera, solterísima, y no digo solterona, porque la suma fealdad, como la suma belleza, no permite el cálculo de edades. Cuando le dijeron que el espantajo estaba á merecer, no se sorprendió poco ni mucho, y vió en el caso lo contrario que Polícrates en el

hallazgo de su esmeralda al abrir el vientre de un pez: vió el perdón del Destino, pero... con sanción penal: con la fea de veras, la fea expiatoria. "Esta fea — pensó — se ha fabricado para mí expresamente, y si no cargo con ella habré de arruinarme ó morir."

Lo malo es que á la salida de misa había visto también el indiano á la niña de la fuente, y no hay que decir si con su ropa dominguera y su cara de pascua, y por la fuerza del contraste, le pareció bonita, dulce, encantadora, máxime cuando bajando los ojos y con mimoso dengue, la moza le preguntó "si hoy no quería *aguñá* bien fresca". ¡Vaya si la quería! Pero el hado, ó los hados (que así se invocan en singular como en plural) le obligaban á beber veneno, y Sebastián, hecho un héroe, entre el asombro de la aldea y las bascas del propio espanto, se informó de la feona, pidió á la feona, encargó las galas para la feona y avisó al cura y preparó la ceremonia de los feos despo-rios...

Acaeció que la víspera del día señalado, estando Sebastián á la puerta de su casa, que proyectaba transformar en suntuoso palacete, vió á la niña de la fuente que pasaba descalza y con la herrada en la cabeza. La llamó, sin que él mismo supiese para qué, y como la moza entrase al corral, de repente el indiano, al contemplarla tan linda é indefensa — pues la mujer que lleva una herrada no puede oponerse á demasías — la tomó una mano y la besó, como haría algún galán del teatro antiguo. Rióse la

niña, turbóse el indiano, ayudóla á posar la herrada, hubo palique, preguntas, exclamaciones, vino la noche y salió la luna, sin que se interrumpiese el coloquio, y á Sebastián le pareció que, en su espíritu, no era la luna, sino el sol de Mediodía lo que irradiaba en oleadas de luz ardorosa y fulgente...

—Señor cura—dijo pocas horas después al párroco—yo no puedo casarme con *aquella*, porque esta noche soñé que era un dragón y que me comía. Puede creerme, que lo soñé.

—No me admiro de eso—respondió el párroco reposadamente.—Ella dragón no será, pero se le asemeja mucho.

—El caso es que tengo hecho voto. ¿A V. qué le parece? Si le regalo la mitad de mi caudal á esa fiera, ¿quedaré libre?

—Aunque no le regale V. sino la cuarta parte ó la quinta... ¿Con dos reales que la dé para salir...

Sin duda el cura no era tan supersticioso como Becerro, pues el indiano, á pesar de la interpretación latísima del párroco, antes de casarse con la bonita hizo donación de la mitad de sus bienes á la fea, que salió ganando: no tardó en encontrar marido muy apuesto y joven. Lo cual parece menos inverosímil que el desprendimiento de Sebastián. Verdad que éste era fruto del miedo...

LOS HUEVOS ARREFALFADOS

Qué compasión de señora Martina la del tío Pedro el carretero! Si alguien se permitiese el desmán de alzar la ropa que cubría sus honestas carnes, vería en ellas un cóncave, un sacro colegio, con cardenales de todos los matices, desde el rojo iracundo de la cresta del pavo, hasta el morado obscuro de la madura berenjena. A ser el pellejo de las mujeres como la badana y la cabritilla, que cuanto mejor tundidas y zurradas más suaves y flexibles, no habría duquesa que pudiese apostárselas con la señora Martina en finura de cutis. Por desgracia, no está bien demostrado que la receta de la zurra aproveche á la piel ni siquiera al carácter femenino, y la esposa del carretero, en vez de ablandarse á fuerza de palizas, iba volviéndose más áspera, hasta darse al diablo renegando de la injusticia de la suerte. ¿Ella qué delito había cometido para recibir lección de solfeo diaria? ¿Qué motivo de queja podía alegar aquel bruto para administrar cada veinticuatro horas ración de leña á su mitad?

Martina criaba los chiquillos, los atendía, los

zagaleaba; Martina daba de comer al ganado; Martina remendaba y zurcía la ropa; Martina hacía el caldo, lavaba en el río, cortaba el tojo, hilaba el cerro, era una esclava, una negra de Angola... y con todo eso, ni un solo día del año le faltaba en aquella casa á San Benito de Palermo su vela encendida. En balde se devanaba los sesos la sin ventura para arbitrar modo de que no la santiguase á lampreazos su consorte. Procuraba no incurrir en el menor descuido; era activa, solícita, afectuosa, incansable, la mujer más cabal de toda la aldea. No obstante, Pedro había de encontrar siempre arbitrio para el vapuleo.

Solía Martina desahogar las cuitas y penas domésticas con su compadre el tabernero Roque, hombre viudo, de tan benigno carácter como agrio y desapacible era el de Pedro. Oía Roque con interés y piedad la relación de la desdichada esposa, y se desvivía en prodigarla sanos consejos y palabras de simpatía y compasión.

*Aquel Pedro no tenía perdón de Dios en tratar así á la comadre Martina, que después de haber echado al mundo cinco rapagones, era la mejor moza de toda la aldea y hasta, si á mano viene, de Lugo. Y luego tan trabajadora, limpia como el oro, mansita como el agua. ¡Ah, si él hubiese tenido la fortuna de encontrar mujer así, y no su difunta, que gastaba un geniazo como un perro!, Martina entonces rogaba al compadre que intentase convertir á su marido, que le hablase al corazón; y el tabernero pro-

metía hacerlo con mucha eficia y alegando mil razones persuasivas.—Pero, compadre, escuche y perdone—interrogaba la pobre apaleada.—¿Que quejas da de mí mi marido?—Como quejas, nada; fantesías, antojos, rarezas... Que el caldo estaba salado, y á él le gusta con poca sal... Que el pan estaba medio crudo... Que le faltaba un botón al chaleque...—Yo me enmendaré, compadre... A fe que de hoy en adelante no ha de notar falta ninguna.—Y en efecto, redoblando el cuidado y el cariño, Martina se descuajaba por quitar pretexto á las atrocidades de su hombre.

La casa marchaba como trompo en uña: la comida era gustosa, dentro de su pobreza; los suelos andaban barridos como el oro, y ni con poleas y cabrias se podían arrancar los botones del chaleque del tío Pedro. Así y todo, éste encontraba ingeniosos recursos en que fundar la consuetudinaria solfa. Por poco que duerma la buena voluntad, anda más despierta la mala, que nunca pega ojo.

Sin embargo, como también las costillas doloridas y brumadas infunden sutileza, Martina, á fuerza de paciente estudio, de hábil observación, de minuciosa solicitud y de eficaz memoria, llegó á amoldarse á los menores caprichos, á las más ridículas exigencias de su cónyuge, bailándole el agua de tal manera, que el tío Pedro no acertaba ya á buscar pretexto para enfadarse. Mas no era hombre de reparar en tan poco, y he aquí lo que discurrió para no dar reposo á la estaca.

Consistía generalmente la cena de los esposos en una taza de caldo guardado de mediodía, y unos huevos fresquitos, postura de las gallinas del corral. Deseosa de complacer al amo y señor, Martina se esmeraba en variar el aderezo de estos huevos, presentándolos unas veces fritos, escalfados otras, ya pasados, ya en tortilla. Pero el tío Pedro empezó á cansarse de tales guisos y á pedir, con sus buenos modos de costumbre, que se los variasen; y una noche que gruñó y renegó más de la cuenta, su mujer se atrevió á decirle con gran dulzura:

—Hombre, ¿qué guiso te apetece para los huevos?

La respuesta fué una terrible guantada, mientras una voz cavernosa decía:

—¡Los quiero arrefalfados! ¡Arrefalfados!

Con el dolor y el susto, Martina, no se atrevió á preguntar qué clase de aderezo era aquel; pero á la noche siguiente preparó los huevos por un estilo que le había enseñado una vecina, ex-cocinera de un rico hacendado lugués.

El plato trascendía á gloria cuando entró el carretero muy mal engestado y se sentó sin contestar á su mujer, que le daba las buenas noches. Con mano trémula depositó Martina sobre el artesón que servía de mesa el apetitoso guiso... Y su marido ¡sinistro presagio! callado, fosco, sin soltar la aguijada con que picaba á los bueyes de su carreta. Al divisar el guiso, una risa diabólica contrajo su rostro; apretó la vara y levantándose terrible, exclamó:

—¡Condenación del infierno! ¿No te tengo dicho que los quiero arrefalfados?

A estas frases acompañó un recio varazo en las espaldas de Martina, seguido de otro que se quedó un poco más cerca del suelo; y tal fué la impresión, que la infeliz hubo de exclamar con voz de agonía:

—¡Váleme, San Pedro! ¡Váleme, San Pablo!

Algún efecto produjo en el carretero la invocación, porque conviene saber que en la parroquia se profesaba devoción ferviente á las imágenes de estos grandes Apóstoles, dos efigies muy antiguas que adornaban la iglesia desde tiempo inmemorial. Pero poco duró el respeto religioso, pues el marido, volviendo á enarbolarse la vara, alcanzó á su mujer de un varazo en la cintura, tan recio y cruel, que Martina hubo de echar á correr, exclamando:

—¡Ay, ay, ay, ay! Socorro, vecinos... Qué me mata este hombre.

Disparada como un venablo atravesó la aldea, hasta refugiarse en la taberna del comadre Roque, á quien encontró disponiéndose á trancar la puerta, porque á semejante hora de la noche no contaba ya con parroquianos. Causóle gran sorpresa la llegada repentina de la comadre, y viéndola tan sobresaltada y fatigosa se apresuró á brindarla "una pinga, que no hay otra cosa como ella para espantar los disgustos". Bebió Martina, y ya más confortada, refirió, entre hipo y sollozos, la tragedia conyugal. "Mire, ahora sí que estoy convencida de que aquel infame no tiene temor de Dios, ni

caridad, ni vergüenza en la cara, y tira á acabar conmigo, á echarme á la sepultura...

„Que me reprendiese y me pegase tundas cuando notaba faltas, andando... Pero amañárselo todo á voluntad, matarme á hacerle bien la comida y los menesteres, y ahora inventar eso de los huevos arrefaldados, que un rayo me parta si sé lo que son... Compadre, por el alma de quien tiene en el otro mundo me diga cómo se ponen esos huevos...„

— Nunca tal guiso of mentar, comadre—respondió el tabernero ofreciendo á la desconsuada otra *pinga*.—Es una bribonada de ese mal hombre, porque no encuentra chatas que poner y quiere arrearle. A fe de Roque que ha de llevar su merecido. Comadre, déjeme á mí: V. calle y haga lo que yo le diga. Y ahora no piense en volver allá hasta mañana por la mañana...

— ¡Asús bendito!

— Lo dicho, no vuelva... Quédese aquí, que mal no le ha de pasar ninguno—profririó el tabernero mirándola con encandilados ojos—Cena para los dos la hay, y más un vino de gloria, y castañas nuevas. Que no lo sepa en la parroquia ni el aire... En amaneciendo se va á su casita. Guíese por mí; descanse en el compadre Roque. Que me muera si dentro de dos ó tres días no ha de estar aquel brutón más amoroso que la manteca. Ya me dará las gracias.

— ¿Y sí pregunta?

— Ya cavilaremos lo que se ha de contestar... V. sosiegue, que yo tomo el negocio de mi cuenta.

Tan cansada, dolorida, asustada y hambrienta estaba Martina, que se dejó convencer, y saboreó el mosto y las tempranas castañas.— Antes de ser de día, envuelta en el *mantelo*, llamaba con temor á la puerta de su casuca. El corazón la pegaba brincos, y creía sentir ya en los hombros el calor de la vara, ó en los carrillos los cinco mandamientos del indignado esposo. ¡Cosa rara, y explicable, sin embargo, por ciertas corrientes psicológicas á que obedecen las oscilaciones del barómetro conyugal! El tío Pedro la recibió con una cordialidad gruñona, que en él podría llamarse amabilidad y galantería. „Mujer ó trasno, ¿de dónde vienes? Como vuelvas á marcharte así, ya verás... ¿Onde dormiste?„ „En el monte...„

„¿En el monte, condenada?„ „Por cierto, junto al puente, donde está la tejera de Manuel...„ „El diaño que te coma, ¿y allí qué cama tenías?„ „Las espinas de los tojos, mal hombre; pero Dios consuela á los infelices y castiga á los sayones judíos como tú; ya te llegará la tuya, verdugo...„ „Demasiado hablas...—refunfuñó el carretero, queriendo desplegar gran aparato de enojo, pero subyugado indudablemente por el tono y el acento de su mujer. „¿Quién te ha dado ese gallo que traes?„ „Quien puede...„ „Como yo sepa que andas en chismes con las vecinas y aconsejándote de brujas... te he de brear...„ „No fué bruja ninguna, ladrón; no fué sino Dios del cielo, que ya se cansa de aguantar tus perradas...„ „Mismamente Dios te vino á ti con el recadito...„ „Dios, no; pero

San Pedro y San Pablo, sí; que los vi tan claros como te estoy viendo, y con la mar de angelitos alrededor, y unas caras muy respetuosas, y unas barbas que metían devoción; y me dijeron que ya te ajustarán ellos las cuentas por estar me crucificando... "A callar y á tu obligación, lenguatera... Atónita Martina de ver que su tirano no pasaba á vias de hecho, obedeció y se ocupó en labores domésticas, mientras el carretero, algo cabizbajo y mohino, preparaba su carro para acarrear leña á Lugo.

El mismo camino tomó el tabernero Roque, y apenas llegado á la ciudad, se dió á buscar á un su amigote, barbero por más señas, con quien celebró misterioso conciliábulo; y entre tajada de bacalao y copa de aguardiente, trazaron la broma que habían de ejecutar aquella misma noche. Para el objeto se procuraron una sábana blanca, una manta colorada, dos barbas postizas, dos pelucones de cerro y una linterna. La hora del anochecer sería cuando tabernero y barbero se apostaron cerca del puente, por donde el carretero tenía que pasar á la vuelta con el carro vacío. Ya se habían disfrazado los dos cómplices, riendo á carcajadas y auxiliados por Martina, que ajustó al uno las barbas blancas y el manto rojo de San Pablo, y al otro la sábana y el pelucón del primer pontífice. Y cuando ambos apóstoles, empuñando sendos garrótes, ó mejor dicho, claveteadas *mocas*, se ocultaron á corta distancia del puente, Martina tuvo un escrúpulo, y les dijo con suplicante voz:

—No me manquéis á mi hombre, que al fin él es quien gana el pan de los rapaces. Escarméntalo un poco, para que sepa cómo duele.

Al paso tardo de los bueyes, que mugían de nostalgia conforme se acercaban al establo, adelantaba el tío Pedro por el caminito estrecho y escabroso que limitaba de una parte el monte y el río Miño de otra. Apuraba al ganado, porque sin explicarse la razón, aquel día deseaba verse en su hogar despachando su cena, y la noche se había entrado muy pronto, como que corría entonces el solsticio de invierno. El carretero aguijaba á la yunta con la misma vara que le había servido para medir el costillaje de su esposa el día anterior. La luna, asomando por entre negros nubarrones, alumbraba medrosamente el paisaje, el agua triste del río, el monte próximo, los árboles decalvados por la estación invernal. Un estremecimiento de pavor heló el espíritu del carretero al acercarse al puente y ver blanquear las tapias de la tejera en la falda de la colina. De repente el carro se detuvo, y al resplandor lunar, dos figuras tremendas, saliendo de la sombra que proyectaba el arco del puente, se plantaron en mitad del camino. Eran los mismos apóstoles del retablo de la iglesia, San Pablo con sus barbas hasta la cintura y su manto colorado, San Pedro rechoncho y calvo, con su cerquillo de rizos y su blanca túnica sacerdotal. Sólo que en vez de la espada y las llaves, los apóstoles enarbolaban cada tranca que ponía miedo, y á compás las dejaban caer sobre los lomos del

cruel esposo, gritando para animarse más al castigo:

- ¡Pega tú, San Pedro!
- ¡Pega tú, San Pablo!
- ¡Estos son los huevos...
- ¡Arrefaldooooo!

.....
 El carretero se arrastró hasta su casa gimiendo, sin cuidarse de carro ni de bueyes. Llevaba las costillas medio hundidas, la cabeza partida por dos sitios, la cara monstruosa. Quince días pasó en la cama sin poderse me- near. Hoy anda como si tal cosa, porque los labriegos tienen piel de sapo; y lo único en que se le conoce que no pierde la memoria de la zurra es en que, cuando Martina le presenta cariñosamente el par de huevos de la cena, preguntándole si "están á gusto", él contesta aprisa y muy meloso:

- Bien están, mujeríña; de cualquier modo están bien.

EL BAILE DEL QUERUBÍN

MI infancia ha sido de las más divertidas y alegres. Vivían mis padres en Compostela, y residían en el caserón de nuestros mayores, edificio vetusto y ya destartado, aunque no ruinoso, amueblado con trastos antiguos y solemnes, cortinas de damasco carmesí, sillones de dorada talla, biombos de chinos y ahumados lienzos de santos mártires ó retratos de ascendientes con bordadas chupas y amarillentos pelucones. Próxima á nuestra morada—si bien con fachada y portal á otra calle—hallábase la de la hermana de papá, á la cual también favorecería el cielo otorgándole descendencia numerosa (nueve éramos nosotros, cinco hermanos y cuatro hermanas). Con docena y media de compañeritos y socios, ¿qué chiquillo conoce el aburrimiento?

No inventa el mismo enemigo del género humano las diabluras que sabíamos idear, cuando nos juntábamos los domingos y días de asueto en alguna de las dos casas. No dejábamos títere con cabeza; y como quiera que entonces no se estilaba aún lo de sacar á los chicos al

cruel esposo, gritando para animarse más al castigo:

- ¡Pega tú, San Pedro!
- ¡Pega tú, San Pablo!
- ¡Estos son los huevos...
- ¡Arrefaldooooo!

.....
 El carretero se arrastró hasta su casa gimiendo, sin cuidarse de carro ni de bueyes. Llevaba las costillas medio hundidas, la cabeza partida por dos sitios, la cara monstruosa. Quince días pasó en la cama sin poderse me- near. Hoy anda como si tal cosa, porque los labriegos tienen piel de sapo; y lo único en que se le conoce que no pierde la memoria de la zurra es en que, cuando Martina le presenta cariñosamente el par de huevos de la cena, preguntándole si "están á gusto", él contesta aprisa y muy meloso:

- Bien están, mujeríña; de cualquier modo están bien.

EL BAILE DEL QUERUBÍN

MI infancia ha sido de las más divertidas y alegres. Vivían mis padres en Compostela, y residían en el caserón de nuestros mayores, edificio vetusto y ya destartado, aunque no ruinoso, amueblado con trastos antiguos y solemnes, cortinas de damasco carmesí, sillones de dorada talla, biombos de chinos y ahumados lienzos de santos mártires ó retratos de ascendientes con bordadas chupas y amarillentos pelucones. Próxima á nuestra morada—si bien con fachada y portal á otra calle—hallábase la de la hermana de papá, á la cual también favorecería el cielo otorgándole descendencia numerosa (nueve éramos nosotros, cinco hermanos y cuatro hermanas). Con docena y media de compañeritos y socios, ¿qué chiquillo conoce el aburrimiento?

No inventa el mismo enemigo del género humano las diabluras que sabíamos idear, cuando nos juntábamos los domingos y días de asueto en alguna de las dos casas. No dejábamos títere con cabeza; y como quiera que entonces no se estilaba aún lo de sacar á los chicos al

campo, para que esparzan el hervor de la sangre rusticándose y fortaleciéndose, nosotros, con la vivienda por cárcel, nos desquitábamos recorriéndola en todos sentidos, de alto á bajo y de parte á parte, á carreras desatinadas y con gritos dementes; rodando las escaleras, disparándonos por los pasamanos, empujándonos por los pasillos, columpiándonos en el alféizar de las ventanas y hasta saliendo por las claraboyas de las buhardillas á disputar á los zapirones de la vecindad el área habitual de sus correteos.

Ajustándose al curso de los años, fué variando la indole de las travesuras y el carácter de nuestra birlesca. Recorrimos todas las etapas del retozo pueril. Apenas destetados, las escobas haciendo de corceles, las sillas atrailladas representando el tiro de la diligencia, los cazos y sartenes elevados á la categoría de instrumentos músicos, los muñecos despanzurrados, las pelotas pinchadas de alfileres y vacías de aire, las panderetas sin sonajas, las aleluyas hechas picadillo—despojos de la inquietud bullidora y ciega destructividad de la criatura entre tres y siete.—Luego, otros juegos ya más razonados, que revelan mayor refinamiento y conciencia; los que delatan, en el hombrecito, la tendencia á determinada profesión, y en la mujercita la vocación amorosa, el instinto maternal y el hábito, adquirido hereditariamente, del gobierno de casa. En este período, los chiquillos se apartan desdeñosamente de las chiquillas, organizan revistas y desfiles, se unifor-

man con kepis y apuntados de papel, ármanse con espadas de palo y fusiles de caña, desentieran los herrumbrosos sables de miliciano y los fanfarrones pistoletos de chispa, mientras alguno de la cohorte—un futuro obispo quizá—revístese la casulla hecha del floreado sayo de la abuela, y declarándose capellán del ejército, erige en un rincón su altarcillo, iluminado por mil candelicas, puestas en filigranados candeleros de plomo, y nos emboca la gran misa de campaña. Las niñas, entre tanto, cortan refajos y gorros para una muñeca declarada en período de lactancia, y que tiene cinco ó seis amas secas por lo menos: una le embadurna los carrillos de sopa, otra le compone un biberón de almidón y agua de fregar, ésta le limpia el trasero con un retal de hule, y aquélla, todavía más aseada, la sepulta en un baño completo, de donde sale la mísera muñeca hecha papilla. También hay chicuelas más frívolas, menos apégadas á los santos deberes del hogar doméstico, que, en vez de cuidar la prole, se dedican á hacerse *visitas* ó á salir de *paseo*, desde la sala á la antesala, muy peripuestas, luciendo ricas mantillas de guñapos y abanicándose con la pantalla ó el soplador. ¡Curioso panorama infantil de la existencia futura, teatro de inocentes marionetas, en quienes la *mimesia* ó parodia se adelanta al conocimiento reflexivo y á la comprobación de la vanidad universal!

A todas éstas, el tiempo no paraba su rodezno volador, y llegábase para muchos de nos-

otros la edad empalagosa comprendida entre el segundo y el tercer lustro, transición que introducía alteraciones nuevas en nuestros pasatiempos y barrabasadas. Claro está que no todos habíamos dejado de ser chiquillos á la vez; pero por el ascendiente que ejercen los mayores sobre los pequeños, las aficiones del decanato predominaban en la taifa de rapaces. Bien se colige que ningún zangolótino anda ya recortando casullas de papel de plata, ni arranca al gallo los tornasoles del rabo para empenachar el sombrero, ni calza al gato con nueces, ni sustrae el azúcar y las pasas, con otras demoniuras del mismo jaez; en desquite, durante esa edad, llamada no impropriamente *del pavo*, éntrales á los chicos un furor de independencia, un delirio por fumar á escondidas y un prurito de conducirse en todo como los hombres hechos y derechos, que los lleva, ya á extremos de incivilidad, ya á derroches de galantería con las muchachas. Ellas, á su vez, hácese las dengosas y las misteriosas, unas veces riendo alto, fuerte y sin motivo alguno, otras provocando á los varones con bromas incisivas, ya confabulándose y secreteando, ya fingiendo una dignidad precoz, dominando á los chiquillos con su temprana intuición del trato y la perfidia social...

Entre nosotros, ni fueron muy prontas ni muy empeñadas estas escaramuzas de sexo á sexo. Por lo mismo que nos habíamos criado juntos desde la cuna, que los primos y primas jugaban con nosotros diariamente, no nos pro-

ducíamos ese efecto, esa perturbadora impresión, mitad moral y mitad física, que causó en las imaginaciones frescas lo desconocido. No distinguíamos á las primitas de las hermanas, y con unas y otras retozábamos casta y brutalmente, á empellones, á palmadas, á carreras, sin asomo de incitativo melindre y sin rastro de cortesía ó deferencia hacia el *bello sexo*. La fraternidad que preconiza el conde Tolstoy para las relaciones entre las dos medias naranjas de la humanidad, realizábase plenamente en nuestros dominios.

No obstante, lo repito, la forma de nuestras distracciones ya no era la misma. Nos parecía ignominioso—particularmente á los que rayábamos en los diez y seis y calentábamos los bancos de la Universidad—que todo se volviese escondite y corro, y no tener nuestras tertulias, nuestra pizca de baile, al que podíamos convidar, dándonos tono, á algún amigote privilegiado. Los días festivos, los onomásticos, los cumpleaños, servían de pretexto á la reunión: charlábamos, proponíamos acertijos, apurábamos una letra, jugábamos á prendas, echábamos los estrechos—aunque no fuesen primeros de año—y, sobre todo, nos entregábamos á bailar.

¡Bailar! En los años mozos, esta palabra tiene un sonido, un eco, un retintín especialísimo. Hay en ella prestigio singular, recóndito aleteo de esa esperanza compañera de la juventud, cuando presentimos la vida á modo de interesante novela y esperamos á la ventura

como á *algo* positivo, que infaliblemente ha de realizarse cuando menos nos percatemos. Aparte del goce que encierra como ejercicio muscular, el chico adivina en el baile *otra cosa*: la representación simbólica del futuro drama amoroso, inseparable de la juventud.

Así es que bailábamos, sí con total inocencia, con poderosa ilusión. Ya no envidiábamos á los estudiantes que, libres del yugo paterno, concurrían á los saraos zapateriles de los Liceos; ni á los señoritos de levita y *bomba*, que en el Casino obsequiaban á las damiselas con azucarillos y bandejas de yemas acarameladas. También nosotros éramos gente, y nuestra *recepción* se la pasábamos por el hocico á cualquiera. ¡Allí sí que nos divertíamos!

¿Qué se bailaba? Todos los bailes que Dios crió. En la inmensa sala, económicamente alumbrada, porque aún no se había generalizado el petróleo; á los sonos de un piano que era en puridad una matraca, aporreado por las primicias ó las hermanas menores, agotábamos el menguado repertorio de la coreografía moderna—valeses, mazurkas, rigodones y galopes;—pasando después á los bailes anticuados;—lancers, virginia, minueto;—y á los regionales; jota, bolero, zapateado, ribeirana, contrapás. —Saltábamos como empujados por resortes internos; el sudor nos arroyaba de la frente á las mejillas; las carcajadas se mezclaban á los *desacordes* del piano; retemblaba el suelo; alzabase polvareda de la alfombra; y los colgantes de arañas y candelabros acompañaban nues-

tro brincoteo con suave y cristalino *tlín, tlin*.

Alguna que otra vez, desde el próximo gabinete, asomaban la cabeza las personas mayores, curioseando. Les entretenía hasta lo sumo la zambra nuestra, y el semblante un tanto severo de mi padre y la faz de mi madre, marchita por la ruda faena maternal, se iluminaban de placer viéndonos contentos. Acaso nos encargaban cuidado con algún mueble de especial estimación. "A ver si vais á romperme el fanal del florero de concha, niños." "Ese juego de café, de porcelana, retirarlo, que si tropezáis con la consola..." "Nosalgáis ahora al frío; sudáis como pollos." "Ya tenéis en el comedor el queso y el dulce de membrillo..." Nunca oíamos advertencias más duras.

Aconteció que la tarde del día de Inocentes del año...—no, la fecha la suprimo, que ya las arañas del otoño de la vida me hilaron muchos hilos de plata en el cabello;—la tarde, digo, de un día de Inocentes, bajaba yo dos á dos las escaleras de la Quintana, y por punto no me estrello contra un clérigo que las subía una á una, pausadamente, y que me llamó aturdido y mala cabeza. Nos detuvimos en el mismo escalón donde nos encontramos, y el Vicario de las monjas Bernardas—pues no era otro sino él—empezó á darme el gran solo, crucificándome á preguntas. Parecíame el sitio inoportuno para la conferencia; y si á los fatigados pulmones del respetable clérigo les convenía un descansito en mitad de la escalinata, mis pocos años y mucha viveza estaban pidiendo que me pusiese

como á *algo* positivo, que infaliblemente ha de realizarse cuando menos nos percatemos. Aparte del goce que encierra como ejercicio muscular, el chico adivina en el baile *otra cosa*; la representación simbólica del futuro drama amoroso, inseparable de la juventud.

Así es que bailábamos, sí con total inocencia, con poderosa ilusión. Ya no envidiábamos á los estudiantes que, libres del yugo paterno, concurrían á los saraos zapateriles de los Liceos; ni á los señoritos de levita y *bomba*, que en el Casino obsequiaban á las damiselas con azucarillos y bandejas de yemas acarameladas. También nosotros éramos gente, y nuestra *recepción* se la pasábamos por el hocico á cualquiera. ¡Allí sí que nos divertíamos!

¿Qué se bailaba? Todos los bailes que Dios crió. En la inmensa sala, económicamente alumbrada, porque aún no se había generalizado el petróleo; á los sonos de un piano que era en puridad una matraca, aporreado por las primillas ó las hermanas menores, agotábamos el menguado repertorio de la coreografía moderna—valeses, mazurkas, rigodones y galopes;—pasando después á los bailes anticuados;—lanceros, virginia, minueto;—y á los regionales; jota, bolero, zapateado, ribeirana, contrapás.—Saltábamos como empujados por resortes internos; el sudor nos arroyaba de la frente á las mejillas; las carcajadas se mezclaban á los *desacordes* del piano; retemblaba el suelo; alzabase polvareda de la alfombra; y los colgantes de arañas y candelabros acompañaban nues-

tro brincoteo con suave y cristalino *tlín, tlin*.

Alguna que otra vez, desde el próximo gabinete, asomaban la cabeza las personas mayores, curioseando. Les entretenía hasta lo sumo la zambra nuestra, y el semblante un tanto severo de mi padre y la faz de mi madre, marchita por la ruda faena maternal, se iluminaban de placer viéndonos contentos. Acaso nos encargaban cuidado con algún mueble de especial estimación. "A ver si vais á romperme el fanal del florero de concha, niños." "Ese juego de café, de porcelana, retirarlo, que si tropezáis con la consola..." "Nosalgáis ahora al frío; sudáis como pollos." "Ya tenéis en el comedor el queso y el dulce de membrillo..." Nunca oíamos advertencias más duras.

Aconteció que la tarde del día de Inocentes del año...—no, la fecha la suprimo, que ya las arañas del otoño de la vida me hilaron muchos hilos de plata en el cabello;—la tarde, digo, de un día de Inocentes, bajaba yo dos á dos las escaleras de la Quintana, y por punto no me estrello contra un clérigo que las subía una á una, pausadamente, y que me llamó aturdido y mala cabeza. Nos detuvimos en el mismo escalón donde nos encontramos, y el Vicario de las monjas Bernardas—pues no era otro sino él—empezó á darme el gran solo, crucificándome á preguntas. Parecíame el sitio inoportuno para la conferencia; y si á los fatigados pulmones del respetable clérigo les convenía un descansito en mitad de la escalinata, mis pocos años y mucha viveza estaban pidiendo que me pusiese

en cobro. No me entretenía la conversación, ni me indemnizaba el contemplar la bella fachada gótica de la catedral, que surgía coronando la escalinata, ni allá abajo, en la plaza, la fuente monumental, en cuyo pilón los caballos marinos remojaban sus palmeados pies. Además, mi interlocutor me inspiraba cierta tirria, un violento capricho de jugarle alguna trastada. Si me dejase llevar de mis impulsos (¡qué despiadada es la niñez!), le empujaría para verle aplastado como una rana contra el suelo.

El Padre Vicario de las monjas Bernardas, fraile exclaustro y excelente sujeto, según comprendí años adelante, cuando la experiencia me hubo enseñado tolerancia, tenía el defecto de meterse hasta en los charcos y de estar siempre arreglando las conciencias y las vidas ajenas, á poco resquicio que encontrase. ¡Ay de la casa donde tenían la debilidad de obsequiarle con una tacita de chocolate y un platillo de almibar! ¡Ay de quien, respetando su estado y edad, oía con sumisión real ó aparente alguna de sus homilias caseras! Que contase, el mejor día, con encontrar al Padre Vicario en la sopera, tasando las cucharadas de sopa que debe consumir una familia cristiana, ó fijando el precio de la vara deseda que una señora, cristiana también, puede vestir sin menoscabo de su cristiandad. La fiscalización del Padre descendía á tales pormenores, que yo, yo en persona, había oído este diálogo entre mi madre y la cocinera:

—Pepa, ¿se puede saber por qué no trajiste

la lamprea, como te tenía mandado? ¿Es que no hay lampreas en la plaza?

—Hay lampreas, hay, sí señora, y tenía ajustada una de gorda como mi brazo, con perdón.

—¿Y entonces...?

—Y entonces pasaba el Padre Vicario, y me riñó mucho, y me mandó comprar fanecas, porque dice que sólo entre los moros se come lamprea á la colación, y que en esta casa los señores tienen conciencia, y aquél, y temor de Dios, y no se les debe traer lamprea en semejante día. ¡Me regateó las fanecas él mismo... que las sacó bien baratas!

Excuso añadir que para los muchachos, ver al Padre Vicario era ver al demonio. Sus consejos acerca de la severidad en la educación, la supresión de todo recreo, el sistema celular y claustro, nos parecían nacidos de un corazón maligno y cruel; y sus entrometimientos nos indignaban hasta el punto de que bastase que el Padre Vicario dijese *haches*, para salir nosotros chillando *erres*. Declarado esto, nadie mostrará extrañeza ni me tachará de mentiroso, por el modo con que respondí á las preguntas del exclaustro, cuando me paró en la escalinata.

—Conque bailecitos, ¿eh? Ha llegado á mis oídos... porque todo se sabe. ¿Y mamá lo permite? ¿Y papá no pone dificultad? ¿Y cómo se baila, hombres con hombres y mujeres con mujeres, ó promiscuando? Y en la sala, ¿estáis solitos? ¿Ninguna persona formal autorizando y presenciando... el jolgorio? ¿Campáis por vues-

trós respetos? ¡Así, república, república! Pero, y mamá, ¿no dice ni esto? ¿Y qué bailáis? ¿Bailaréis de esas danzas tan bonitas, ¡tan asquerosas!, en que se pegan las chicas á los chicos, como la oblea al papel? ¡Ah! ¡Con que efectivamente! ¡Ya lo había olfateado, ya! ¡Tengo la nariz muy larga! ¿Y por dónde os cogéis? ¿Por la cintura? ¿También las manos? ¿Las piernas... así? ¡Jesús, Jesús y Señor! Imposible parece que tu mamá, una persona hasta hoy prudente, religiosa, cuerda, esté tan ciega y tan... Y la verdad; vamos, háblame aquí como si nos encontrásemos, tú en el santo tribunal de la Penitencia, y yo con los dedos levantados para absolverte. ¡No me ocultes nada, hijo mío, nada! Un buen movimiento... ¡Salga aquí la verdad! ¡La verdad, que es hija de Dios!... Vamos, nadie nos escucha; puedes espontanearte y descargar la conciencia de un peso. En esa sala medio oscura... en esa soledad en que os dejan... con esos bailes infernales y lúbricos... ¡discurridos por el que siempre está en acecho y no se duerme nunca!... no ha habido... quiero decirlo con toda la limpieza posible... no ha habido algún... vamos, algún roce... en fin, algún contacto... deshonesto... indiscreto... alguna aproximación excesiva... imprudente... entre personas de distinto sexo... algún... alguna... posición... que...

—Si señor que hubo—exclamé fuera de mí, dando salida á mi impaciencia y amontonando disparates por el gusto de amontonarlos.— ¡Vaya si hubo! ¡Pues qué! ¿Somos de cartón

nosotros? Ya hemos pasado de chiquillos. Nos aprovechamos cuanto podemos, y nos damos cada panzada de sobadura, que tiembla el misterio, Padre Vicario. Los besos se oyen desde la calle. ¿Qué se había figurado V.? ¡Aquello arde que es una gloria!

—¡Jesús, Jesús, María Santísima, Dios y Señor! Hijo mío, ¿pero qué me estás contando?—gimió el fraile consternadísimo, apretándose las sienes y dilatando los ojos de terror al ver confirmados sus recelos.—¡Ya me lo sospechaba yo, sí que me lo sospechaba! Pero no tanto, no tanto; creí que el mal sería cosa de menos trascendencia. ¡Hijo, hijo, medita, reflexiona, detente, escúchame! Pierdes tu alma y pierdes las de tus infelices compañeros; das ocasión á un escándalo gravísimo. ¡Señor! ¡Señor! ¡Abrid los ojos á los ciegos, á los padres, que deberían vigilar y se duermen! Atiende, Ramón: es preciso poner remedio á ese daño... Es indispensable, es de conciencia que vayas inmediatamente y se lo cuentes á tu mamá, diciéndole, por ejemplo, así:—Madre... V. no se asuste, pero tenemos que ponerla sobre aviso... En la casa ocurre esto, esto y esto... Cesen estos bailes, apáguense estas luces, entren aquí el recogimiento y el orden...

—¡Pero si estamos todos que nos chupamos los dedos!...—contesté, divirtiéndome en ver al señor Vicario enrojecerse y despedir chispas por sus ojuelos, enterrados entre el párpado y emboscados tras la ceja tupida é hirsuta.—¡Si no vemos el momento de que llegue el baile!...

—Muy bien, caballerito—interrumpió él con severidad y fiereza repentina.—Muy bien. El bobo soy yo. No es á V. á quien toca arreglar este asunto. Y se arreglará... ¡pues no nos faltaba otra cosa! Se arreglará, Dios mediante. Se lo digo yo á V., que se arreglará.

Embozóse en el manteo, aun cuando no hacía frío ninguno, y con heroico esfuerzo atacó velozmente la escalinata.

Aquella noche teníamos reunión danzante, por ser día festivo. Excuso decir que mucho antes de la hora, adelantándola en nuestra impaciencia, nos hallábamos congregados en la sala los futuros danzarines, divirtiéndonos, para esparcir la sangre, en hacer el *remolino*, ejercicio que acompañábamos con resonantes carcajadas, no bien, á fuerza de girar, se declaraba mareada alguna humana peonza. Estábamos en lo mejorcito, cuando por la entreabierta puerta del gabinete se deslizó mi madre, y en su cara y actitud comprendimos que se trataba de asunto urgente y serio.

—Ramón, ven acá—dijo encarándose conmigo y llevándome hacia un rincón.—Mira, ya eres crecido, y puedes hacerte cargo—añadió, no tan bajo que los demás, si prestaban oído atento, no pudiesen enterarse.—Está ahí el Vicario de las Bernardas, y nos ha puesto la cabeza como un bombo á tu padre y á mí. Dice que sois el escándalo de la población; que nos cortan sayos las señoras de respeto, horrorizadas de lo que en esta casa acontece; que el Padre te sacó los ochavos esta mañana, y que

tú le confesaste cosas muy feas; que ni en el callejón de la Apalpa sucede lo que aquí, y que ni somos cristianos ni padres, si no ponemos correctivo... Tu padre se ha disgustado: yo también por poco suelto el trapo á llorar...

—Pero, mamá, ¡por los clavos de Cristo!—interrumpi—¿á qué haces caso de las chocheas del Padre? Por darle cuerda y hacerle rabiar, le encajé hoy en la Quintana mil absurdos. Cuanto te dijo lo inventé yo, y fué pura guasa. ¿Qué viene á contarte? ¿No presencias tú y papá, siempre que se os antoja, nuestra reunión?

—No importa, hijo mío, no importa. Tu padre está alarmado, yo también. Realmente eso de bailar... así... cogidos...

—¡Pues así se baila en todas partes, mamá!—objeté con fuego.—En las tertulias más elegantes...

—Aquí no estertulia elegante—arguyó mamá, que, careciendo de razones, apeló al argumento de autoridad, imponiéndose.—Y, sobre todo, los demás... allá se arreglen con su conciencia. La mía, y la de tu padre, nos mandan deciros lo siguiente: no más bailes. Esto se acabó. Jugad... al corro... á las esquinas...

—¡Al corro! ¡A las esquinas!—clamé indignado.—¡Como si tuviésemos cinco años!

—Bueno; pues si no leed... ó armad una partida de tresillo.

—¡Como si tuviésemos sesenta!

—¡Pues haced lo que se os antoje... menos bailar agarrados! ¡Está dicho y... basta! Te encargo de hacer cumplir la orden...

Saltó la señora, y yo transmití el *ukase* maternal á la asamblea. Tristes y alicaídos, como si nos hubiesen administrado á cada cual una paliza, nos agrupamos alrededor del piano, amparándonos al altar del numen protector de la danza. Nos mirábamos carilargos y silenciosos, y aunque á nadie le inspiró Satanás la idea de desobedecer, á todos les sopló en el corazón la protesta. Nos sentíamos, no sólo privados de un juego favorito, de un goce, sino humillados, disminuidos, reducidos nuevamente á la condición de rapaces, de mequetrefes. ¿A quién, no siendo á un chiquillo, se le veda bailar? Una de mis primitas, de once años, sofocada, se escondió detrás de una cortina, á hacer pucheros. Otra, más varonil, de doce, me dijo por lo bajo: "Déjame encontrar en la calle al Padre Vicario, déjame. Lo he de poner de soplón y de chismoso y de acuseta, que no haya por donde cogerle ni con tenazas. Ya verás."

Así permanecíamos, consternados y furiosos, cuando, ¡oh sorpresa!, en la misma puerta vimos encuadrarse la respetable persona del autor de nuestro disgusto, á quien acompañaban los de nuestros días. Venía el buen Vicario (porque era bueno, no lo digo con retintín irónico) rebosando por el semblante gozo y paternidad espiritual. La alegría de haber sido obedecido; la satisfacción de haber rescatado nuestras almas, le infundían un júbilo visible, revelado en el afectuoso "Felices y santas noches, señoritos y señoritas," que pronunció antes de entrar. Mi madre, sonriente y como re-

clamando indulgencia, le daba explicaciones. "Ahí los tiene V.... Se han quedado aturdidos los pobres... Sienten no bailar, lo mismo que si les arrancasen las muelas."

—Vamos, vamos, ¡pobrecitos! ¡Sienten no bailar! Pero, señora mía, ¿quién les manda no bailar? Yo no he dicho que no bailen. Todas las cosas de este mundo pueden hacerse; depende solamente de cómo se hagan. No pueden ni *deben* sus hijos de V. danzar danzas impúdicas y lascivas, á ejemplo de la meretriz aquella, Salomé, que danzaba... ¡Ya sabemos todos con qué objeto danzaba la gran culebrona! Pero danzas honestas, como la de David ante el arca...

—Pues, Padre—intervino mi madre no sin asomos de impaciencia revelada en la voz—diganos V. cuáles son esas danzas que la moral no reprueba, porque á mí me disgusta ver á los niños aburridos y tristes, y, cuando están satisfechos, parece que se me quita de encima un peso de diez arrobas. A ver, ¿qué deben bailar, según V., los chicos?

—¿Qué deben bailar, qué deben bailar? Para que vea V. cómo me pongo en la razón, pueden bailar mil cosas bonitas... Por ejemplo: el baile del Querubín.

—¿Del Querubín?—gritamos todos, sacándonos la curiosidad de nuestra digna reserva.—¿Qué baile es ese?

—¿No lo saben? ¡Ay! ¿Ve, ve cómo no saben lo mejor? ¿Cómo sólo aprenden las picardías?—Y con ímpetu casi juvenil, el digno sacerdote se

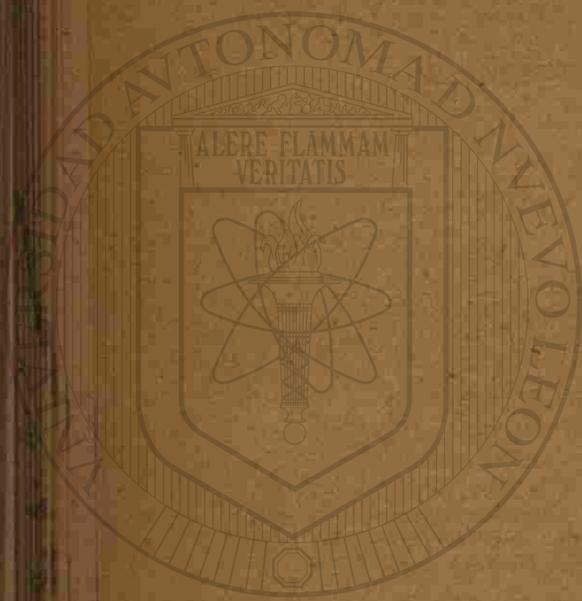
adelantó al centro de la sala.—Pues ya que no saben, voy á enseñárselo. Tú, Ramoncito, acá... (y diciendo y haciendo, me condujo á una esquina del salón, dejándome allí plantado).—Ahora tú, Conchita... (igual maniobra con mi hermana mayor, sólo que situándola en la esquina opuesta.) Ahora... tóquenme en ese piano una tonadita... religiosa... que conmueva mucho... vamos, el *Tantum ergo*... no, ¡un villancico será más propio!... Eso... bien... laialaro, lailá... (Y el Padre, animadísimo, gorjeaba.) Bueno: ahora tú, Ramoncito, sales así... moviendo los brazos como si fueran alas, alzando un pie con mucho compás... luego otro... mira... (y nos daba el ejemplo). Tú, Conchita... cruzas las manos sobre el corazón... bajas los ojos, muy modesta... haciendo una reverencia á cada paso que el Querubín dé hacia ti... Así, Ramón... Conchita, bien... Los movimientos de alas... ¡á compás! ¡á compás!

Yo no sé quién estalló primero: creo que fue la primilla que lloraba detrás de la cortina, y cambió el llanto, instantáneamente, en una explosión de risa tan melodiosa, que parecía la caída del agua en el tazón de una fuente de cristal. A aquella bonita risa de candor, provocada por el espectáculo del Padre Vicario, remanando la sotana y alzando "¡á compás! ¡á compás!", el pie, siguieron otras carcajadas agudas ó graves, que partían del grupo arrimado al piano. Yo mismo, el Querubín, no supe contenerme, y solté la risa á borbotones; y Conchita, mi pareja angelical, dando al diablo el com-

pás y la modestia, se agarró con ambas manos la cintura, que de tanto reír se le partía. Y como la hilaridad es contagiosa, mi madre, que no pecaba de risueña, acabó por sacar el pañuelo y aplicárselo á la boca y llenársele de lágrimas de risa los ojos... Hasta observé que mi padre se volvía de espaldas y se retiraba hacia el gabinete; y á despecho de su precaución y disimulo, yo juraría, por el sube y baja convulsivo de sus hombros, que iba perdido, derrotado de risa...

Abí tienen Vds. cómo nunca nos divertimos más que la noche en que pensamos aburrirnos mortalmente.

.....
¡Cuán lejos veo ya aquellas doradas horas! La vida me tomó en sus rudos brazos, y me zarrandé sin duelo, dándome, según acostumbra, á pena por día, y algunas veces ración doble. Sintiendo allá dentro un sublime hormigueo que llaman sed de gloria, me consagré á las letras, y emborroneé algunas páginas, que ignoro si habrán de sobrevivirme. Y en el curso de mi carrera literaria, encontré varios críticos que, inspirándose en las tradiciones del Padre Vicario, quisieron obligarme á que sólo bailase *el baile del Querubín*... ¡con muchísimo compás!



INDICE

	<u>Págs.</u>
Cuentos de Navidad.	
I.—La Noche Buena en el Infierno.	5
II.—La Noche Buena en el Purgatorio. ...	13
III.—La Noche Buena en el Limbo.	21
IV.—La Noche Buena en el Cielo.	29
V.—La Estéril.	38
VI.—Vida Nueva.	45
VII.—La Niña Mártir.	51
VIII.—El Cinco de copas.	58
Temprano y con sol.	65
Las dos vengadoras. — Al conde León Tolstoy.	75
La Mariposa de pedrería.	81
El Ruido.	87
Remordimiento.	93
Agravante.	101
Sobremesa.	117
Evocación.	123
Confidencia.	130
Piña.	138
La Calavera.	147
Cuatro socialistas.	157
El Tesoro.	164
La Paloma negra.	170

ÍNDICE

Sedano.....	176
El Milagro del hermanuco.....	182
Madre.....	190
Cuento primitivo.....	198
La Cena de Cristo.....	206
Apostasia.....	211
Santiago el mudo.....	217
La Flor de la salud.....	225
La Flor seca.....	232
La Cruz Roja.....	239
Linda.....	248
Rosquilla de Monja.....	256
Geórgicas.....	263
El Voto.....	269
Los Huevos arrefalfados.....	275
El Baile del Querubín.....	285

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TE